

UN GIRO INESPERADO

*¿Qué pasaría si
convirtiese en una*

*Meg tuviera que
diosa griega?*

No importa la distancia

JEN CALONITA



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Uno: En el aire

Dos: Un cambio de opinión

Tres: La vida y la pérdida

Cuatro: Una oferta que Megara no podrá rechazar

Cinco: El otro lado del agua

Seis: Huida

Siete: El gran Filoctetes

Ocho: Guerra

Nueve: A vida o muerte

Diez: Una elección fatídica

Once: Hogar, dulce hogar

Doce: La dura realidad

Trece: No lo diré

Catorce: La amarga realidad

Quince: Crecida de aguas

Dieciséis: Ventaja

Diecisiete: La imprudencia no te sienta nada bien

Dieciocho: Control

Diecinueve: Pensárselo dos veces

Veinte: Lo desconocido
Veintiuno: La nana de Cerbero
Veintidós: Hades
Veintitrés: La pradera de Asfódelos
Veinticuatro: Recuperar lo perdido
Veinticinco: Ultimátums
Veintiséis: Tejemanejes
Veintisiete: Otra canción
Veintiocho: La última oportunidad
Veintinueve: El final del río
Treinta: Reunión
Epílogo
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

No importa la distancia

UN GIRO INESPERADO

JEN CALONITA

LIBROS 

Para Tyler y Dylan, no importa la distancia
J. C.

Prólogo

Un tiempo atrás...

—¡Excusas, excusas! ¡Lo mismo todas las semanas!

—No son excusas, Thea. Es la verdad.

—¿La verdad? ¿Esperas que crea que todos los días sales de casa para ir a trabajar?

Sus voces resonaban por el diminuto espacio, sin poder evitar que llegasen a oídos de Megara, de cinco años, que estaba sentada junto a la ventana en la habitación contigua. La niña ni se inmutó cuando la discusión fue acalorándose y subiendo de volumen. Intercambiaban palabras muy hirientes, que Megara no entendía. Las peleas de sus padres se habían vuelto tan frecuentes como la salida del sol cada mañana y el brillo de la luna al caer la noche. Incluso su madre parecía preverlas, como si presintiera una inminente tormenta. Cuando el sol comenzaba a ponerse, la llevaba a la única habitación de la casa antes de que su padre entrara por la puerta.

—Quédate aquí jugando, Megara —le decía su madre, que parecía cansada incluso antes de que empezasen los gritos—. Pórtate bien y no hagas ruido.

Su madre solía colocar el *stromvos* frente a Megara para tenerla entretenida, una peonza tallada por su padre que era el más silencioso de todos sus juguetes, aunque nunca había sido su preferido. El que más le gustaba era el *platagi*, pero el cascabel hacía demasiado ruido para su

padre, y los *spheria* rodaban por todo el suelo. Una vez su padre se había tropezado con las canicas y había gritado tanto que las paredes retumbaron. Con lo que de verdad le habría gustado jugar era con una muñeca cuyos brazos y piernas se movieran, como la que tenían unas niñas en el mercado, aunque sabía que no debía pedir un regalo tan caro, ya que la mayoría de los días su madre se esforzaba por conseguir suficiente dinero zurciendo para comprarle leche.

—¿En qué te has gastado el dinero que has conseguido, Leonnatos? Lo necesitamos para el alquiler. Maya llegará en cualquier momento a cobrar.

Megara lanzaba el *stromvos* sujetándolo con el pulgar y el índice.

—No espero que entiendas cómo me siento cuando tú no haces más que pasarte aquí todo el día sentada con ella.

—¿Ella?, ¿quieres decir tu hija, esa niña que es tu viva imagen?, ¿a la que ignoras mientras yo, para alimentarla, me dedico a remendar y limpiar para otros, dado que tú no puedes encargarte?

Megara hizo un leve movimiento con los dedos y la peonza salió disparada, giró por el alféizar de la ventana y todos sus colores se fundieron en uno solo.

—¡Ya es bastante complicado alimentar una sola boca! ¿Esperas que gane lo suficiente para tres cuando no hay trabajo en toda Atenas?

—Querrás decir que no hay ningún trabajo que estés dispuesto a hacer, Leonnatos. Te veo cuando voy con Megara al mercado. Te pasas el día con esos patanes riendo, sin hacer nada, mientras yo peleo por comprarle leche.

—¡Ya basta!

El rugido de su padre le recordó al día que jugaba con las *spheria* y él aterrizó de espaldas tras pisar una de las canicas. Durante un instante, Megara miró hacia la puerta y contuvo la respiración, preguntándose si él irrumpiría en la habitación y comenzaría a gritarle aunque no hubiese hecho nada malo, como ocurría a veces.

—Ya no puedo más, Thea. Nunca he querido esta vida.

—Y aun así es la vida que tienes —dijo la madre de Megara con tristeza—. Hay que pagar hoy el alquiler, ya no queda comida y hay una niña en la otra habitación que nos necesita.

—No tengo nada que darle. —Su profunda voz se quebró—. Ahora depende de ti. Adiós, Thea.

Megara observó la peonza aproximándose al borde del alféizar de la ventana. Si no lo impedía, el *stromvos* caería.

—¡No se te ocurra salir por esa puerta! —exclamó la madre de Megara—. ¿Leonnatos?

Megara oyó abrirse la puerta de la otra habitación y, acto seguido, se cerró de golpe. A su madre se le escapó un sollozo y luego se quedó callada.

El *stromvos* siguió girando un instante. Antes de caer al suelo, atravesó la habitación y aterrizó frente a la puerta. Megara se dio la vuelta con intención de recogerlo, pero, justo antes de que pudiera alcanzarlo, se abrió la puerta, lanzando la peonza al otro lado de la habitación, que acabó bajo una silla.

Su madre entró en la habitación y comenzó a meter mantas y ropa en un saco gigante. Su pálido rostro lucía cansado y llevaba su cabello castaño en un moño descuidado, sujeto con una de sus agujas de tejer.

—Megara, recoge tus cosas. Nos vamos, así que date prisa.

—¿Vamos al mercado? —preguntó Megara esperanzada, dado que su estómago rugía, recordándole lo hambrienta que estaba.

No habían tomado nada más que un panecillo compartido el día anterior. El dinero que su madre conseguía remendando ropa nunca llegaba al final de la semana, y el último día Megara tenía suerte si conseguía una comida.

Megara recordó que la jarra con monedas estaba vacía esa mañana cuando su madre había echado un vistazo al interior para ver lo que quedaba. «Quizá hoy tu padre vuelva a casa con un salario», le había dicho

con esperanza su madre, aunque ella no le había respondido: su padre nunca regresaba a casa con dinero.

—Nos vamos —dijo su madre sin mirarla—. Tenemos que salir de aquí antes de que Maya venga a cobrar el alquiler, un dinero que no tenemos porque... —Suspiró—. Porque tu padre no hace más que generar sufrimiento.

—¿Está enfermo? —preguntó Megara sin entender.

—Está cansado de nosotras —murmuró Thea.

Miró a su hija y su expresión se suavizó. Dejó caer el saco y se arrodilló a la altura de Megara.

—Mírame, niña —dijo cogiendo a Megara por la barbilla con un solo dedo—. Tu padre se ha ido.

Megara parpadeó, no muy segura de lo que significaba aquella frase.

—¿Padre se ha ido al trabajo?

Aquello hizo que Thea riera, pero fue una risa amarga, como el sabor de las aceitunas de Kalamata. La miró a los ojos. Aunque se parecía a su padre en la piel pálida y en el cabello, profundamente rojo, compartía con su madre un extraño color de ojos violeta. Sus ojos eran tan magnéticos que no pasaba un día sin que alguien por la calle o en el mercado dijera algo sobre ellos. En ese momento, los ojos de su madre parecían estar encendidos.

—No. Tu padre se ha ido y no va a volver. Ahora solo estamos tú y yo. Necesito que seas fuerte.

«Se ha ido». Megara parpadeó deprisa. Él no iba a volver. Por la forma en que su madre la miraba, intuía que aquello significaba que todo lo que conocía hasta entonces iba a cambiar. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No vamos a llorar, Megara. —Su madre le colocó un mechón de pelo tras la oreja derecha—. Estamos mejor sin él, ya lo verás. —Le levantó la barbilla—. Que esto te sirva de lección, niña. No dejes nunca que un hombre apague tu luz. En este mundo, solo puedes contar contigo misma.

Megara gimoteó, pero no dijo nada.

Llamaron a la puerta.

—¿Thea? ¿Leonnatos? Soy Maya. ¿Estáis ahí?

Megara y su madre se miraron. Thea se llevó un dedo a los labios.

—Coge lo que puedas y vete a la ventana. Nos vamos.

—¿Ventana? —susurró Megara; la casa solo tenía una planta, así que no había posibilidad de caer, pero nunca antes había salido por la ventana—. ¿La puerta no?

—Nada de puerta. —Su madre la llevó hasta la ventana y la abrió—. No hay súplica que valga con esa mujer —dijo lanzando el saco fuera—. ¿Crees que se sentirá mal por nosotras al saber que Leonnatos se ha ido, que no podemos pagar por estar aquí y que está dejando a una niña en la calle? No. Lo único que le importa es perder el dinero de la renta.

—¿Thea? ¡Sé que estás ahí!

—Encontraremos otro lugar donde vivir —le dijo su madre mientras los golpes en la puerta cada vez eran más fuertes—. Lo prometo.

Megara echó un último vistazo a la pequeña casa. Los escasos muebles, la manta hecha jirones sobre la cama que todos compartían, la diminuta mesa donde su madre se sentaba a zurcir y las orquídeas frescas en un jarrón (el único lujo que Thea se permitía). Ninguna de las posesiones que dejaban atrás era realmente suya, aunque había algo en aquel espacio en el que llevaba viviendo cinco años que Megara estaba segura de que les costaría volver a encontrar: un verdadero hogar. Su mundo no era gran cosa, pero su padre se lo había arrebatado. Posó los ojos sobre el *stromvos*, olvidado bajo una silla; aquella peonza era lo único que recordaba que le hubiera regalado su padre. Instintivamente, echó a correr para recogerla y alcanzó la peonza a la vez que su madre la alcanzaba a ella.

—Megara, ¿qué estás haciendo? —susurró Thea.

Tiró de la niña y la levantó para sacarla por la ventana. A Megara se le escurrió el *stromvos* y lo oyó golpear el suelo dentro de la casa, aunque sabía que no debía pedirle a su madre que lo cogiese. Su padre y la peonza

ya no estaban, no tenía sentido llorar por ellos. Megara miró hacia arriba y vio a su madre saliendo por la ventana tras ella.

Maya apareció en la ventana muy enfadada.

—¡Me debes la renta!

Thea ignoró a Maya. Cogió a su hija de la mano y ambas echaron a correr.

—¡Thea!

Megara siguió oyendo los gritos de Maya por la ventana mientras ellas desaparecían entre la multitud al final de la calle. Si algo había aprendido en su breve vida era que el amor no valía la pena.

Uno: En el aire

Presente

La vista era espectacular. Eso fue lo primero que pensó Megara cuando el fortachón la levantó en sus brazos y una nube los transportó a los dos por el aire sobre la ciudad de Tebas.

Lo segundo fue no mirar abajo. No iba a dejar que su miedo a las alturas estropease el momento. Hércules estaba a su lado, y su cuerpo entero relucía en un tono dorado ardiente como el sol. Meg supo nada más mirarlo que había completado su trabajo. El fortachón ya era un dios, y ella... ¿Qué era exactamente?, ¿estaba viva?

En los últimos años, Meg había ido al infierno y vuelto, literalmente. Había vendido su alma al dios del Inframundo y pasado sus días y noches cumpliendo cada orden de Hades. A pesar de que seguía caminando por el mundo de los vivos, su vida ya no le pertenecía.

Reencontrarse con Hércules había despertado algo en ella. Sinceramente, no sabía de qué se trataba, pero sí que era importante. ¿Por qué si no iba a colocarse frente a una columna que estaba cayendo para salvarlo, causando así su propia muerte? Aquel momento y el rescate posterior del fortachón ya estaban algo borrosos, como tantas otras pesadillas que intentaba olvidar. Lo siguiente que recordaba era el aire llenando sus pulmones, como si hubiera estado aguantando la respiración bajo el agua demasiado tiempo. Después, un relámpago, un remolino de nubes y el fortachón y ella conducidos por los cielos hasta el monte Olimpo.

La ciudad descansaba sobre un lecho de nubes que brillaban tanto como el sol que resplandecía tras ellas. El majestuoso hogar de los dioses se elevaba en el cielo. Las cimas llegaban hasta las nubes, y en ellas había varios edificios y cascadas. Cuando su nube se acercó a la enorme escalinata que conducía a las puertas perladas del monte Olimpo, Meg oyó el júbilo. A ambos lados de los escalones, se disponían en fila todos los dioses del Olimpo para felicitar al fortachón.

—¡Tres hurras por el poderoso Hércules! —gritaban mientras lanzaban flores y daban besos al aire en señal de gratitud.

En ese momento, Pegaso aterrizó en una nube cercana con Fil. El sátiro atrapó una flor amarilla en el aire y comenzó a masticarla felizmente mientras contemplaba la celebración.

—¡Lo conseguiste, chico! —gritó Fil.

—¿Te lo puedes creer, Meg? —dijo Hércules, asombrado—. Me están vitoreando a mí.

—Te lo mereces —respondió ella afectuosamente..., pero algo la atormentaba.

Tenía sentido que Fil estuviese allí: había entrenado al fortachón en la Tierra y lo había ayudado a ser un auténtico héroe. Sin embargo, ¿cómo es que ella también estaba en aquella fiesta en primera fila? Su alianza con Hades, y acatar sus órdenes, casi le había costado a Hércules vivir ese momento. ¿Eran conscientes aquellos dioses de que la mujer que estaba junto al recién ungido dios casi había acabado con su sueño?

—¿Meg?

Alzó la vista. Hércules estaba ofreciéndole la mano. En algún momento debía de haberse detenido, porque estaba quieta mientras la nube se balanceaba ligeramente.

—¿Vienes?

Meg dudó, pasando la mirada desde Hércules hasta la multitud de admiradores que había en aquellos inmensos escalones que subían hasta las

puertas del monte Olimpo. Su cabeza era un hervidero de pensamientos, y no todos ellos agradables.

Tal vez el fortachón la quisiera allí, pero estaba claro que un mortal no tenía cabida entre las deidades del monte Olimpo, y Hércules se había transformado en dios. ¿En qué los convertía aquello?, porque los mortales no podían salir con dioses, ¿no? ¿Sería esa la última vez que lo viese? En tal caso, allí estaba, echándolo todo a perder, sin decir nada de lo que quería, pero ¿qué quería decirle en realidad?

Por un lado, él tenía una manera única de hacerle apreciar cosas de la vida en las que nunca antes se había fijado, como el perfume de los lirios o la sonrisa de un niño en el mercado. Él tenía un optimismo contagioso que colmaba su recién adquirida energía. Por otro lado, estaban los momentos robados entre los entrenamientos y triunfos de Hércules y los espantosos encuentros de Meg con Hades. Paseaban por el jardín y hablaban tanto como podían. No se cansaban nunca de estar juntos, se embebían de los pensamientos y observaciones del otro como granjeros sedientos buscando agua en un pozo rebosante. Hércules le apartaba el cabello de los ojos a Meg, y ella se burlaba de él, haciendo que las orejas se le pusieran coloradas de una forma adorable. Ambos se retaban a considerar distintos puntos de vista, a expandir su mundo mucho más allá del monte Olimpo y del Inframundo. Aquellos momentos habían sido solo suyos, o quizá aún lo fuesen. ¿Sabrían los dioses todo el tiempo que pasaban juntos?, ¿les importaba?

Bueno, estaba claro que quedaban asuntos pendientes, y Meg ignoraba por completo lo que estaba pensando el nuevo dios que tenía frente a ella. Eso es lo que de verdad quería saber, pero dudaba si preguntárselo justo en ese momento, por el que tanto se había esforzado, y bajo la atenta mirada de todos los dioses del Olimpo.

De pronto, la multitud quedó en silencio. Meg siguió la mirada de los demás hasta las dos figuras que habían aparecido en la parte superior de la

escalinata. Zeus y su mujer, Hera, componían una majestuosa escena: Zeus, una bola de luz cegadora con larga barba y abundante cabello, y unos músculos tan marcados que parecían pertenecer a varios hombres; Hera, desprendiendo destellos rosas, la melena ondulada y una túnica que deslumbraba cual gema.

Meg sintió la fuerte respiración del chico al ver a sus padres. Aquello era lo que él quería, por lo que había trabajado toda su vida. Hércules la miró un instante antes de echar a correr escaleras arriba para encontrarse con ellos. Meg no dijo nada, se limitó a observar sus prominentes gemelos mientras subía. Solo un pensamiento le vino a la mente: «Debería haberle cogido la mano».

«Muy bien hecho, Meg. Hércules te pregunta si vas con él, y tú te limitas a quedarte ahí plantada como una estatua griega. ¿Por qué no hablas con él? ¿Por qué no le has dicho “fortachón, quiero que te quedes, no te conviertas en dios”? Claro que eso sería algo egoísta. Además, ¿qué derecho tengo yo a pedirle eso, después de lo que le ha costado conseguirlo?». Podría haberle dicho la verdad. «¿Y cuál es la verdad, Meg? —se preguntó a sí misma—, ¿qué es lo que sientes en realidad por él?».

Cuando Meg lo vio alcanzar las puertas, le dio un vuelco el corazón. Solo había una cosa de la que estaba segura.

—No te vayas —susurró.

Hércules estaba demasiado lejos como para oírla.

—Hércules —dijo Hera abrazando a su hijo—, estamos muy orgullosos de ti.

—¡Excelente trabajo, muchacho! —Zeus le dio un golpe en el brazo con cariño mientras sus ojos azules, que se reflejaban en los de Hércules, brillaban con orgullo—. ¡Lo has conseguido: eres un auténtico héroe!

Meg sintió los ojos de Hera sobre ella. Todos los demás dioses allí reunidos se volvieron para mirar a la única mortal que había entre las nubes.

Meg se removi6 con incomodidad por la repentina atenci6n de los inmortales.

—Estabas dispuesto a dar tu vida para rescatar a esta joven —dijo Hera con asombro.

Ni siquiera Meg podfa creerse que el fortach6n pretendiese sacrificarse para salvarla, a ella, de entre todo el mundo, y aun asf allf estaban. «No te vayas, no te vayas», pens6.

—Un verdadero h6roe no se mide por su fuerza, sino por la grandeza de su coraz6n —dijo Zeus a H6rcules mientras lo rodeaba con su enorme brazo—. Ahora, al fin puedes volver a casa, hijo mfo.

Las puertas del monte Olimpo se abrieron, revelando un mundo tras ellas que Meg era incapaz de describir. Era el cielo, simple y llanamente. El parafo. Un mundo que no estaba hecho para una mortal como ella.

Fue consciente de lo que habfa cambiado cuando su coraz6n —que ya volvf a latir con normalidad— se detuvo de pronto al ver todo aquello. En cualquier momento, el fortach6n atravesarfa las puertas y no volverfa a mirar atr6s. No podfa culparlo. Zeus le estaba poniendo en bandeja su suefo hecho realidad: la inmortalidad, su familia y un hogar.

Un hogar. Ese era el suefo de todo el mundo. Ella nunca habfa tenido uno, no de verdad. Durante afoos, habfa ido de un sitio para otro sin pasar el suficiente tiempo en ninguno como para colgar nada en la pared. Nunca habfa vivido en un lugar al que quisiera regresar, donde se sintiese querida y segura, un sitio que no quisiera dejar. Bueno, en realidad sf lo habfa tenido una vez durante un breve periodo de tiempo..., aunque el resultado no hubiera sido el esperado.

Los dem6s dioses se arremolinaron en torno a H6rcules, vitoreando una vez m6s al chico que habfan perdido y encontrado. Al 6ir un lamento, Meg no pudo evitar volverse. La diosa del amor, Afrodita, que emitfa destellos p6rpura, estaba siendo consolada por una diosa verde con un sombrero de hojas a la que no reconocfa.

—No puedo creer que por fin tengamos a Hércules de vuelta —dijo Afrodita secándose las lágrimas—. Estoy tan feliz por esta familia. Hera lleva mucho tiempo esperando volver a ver a su hijo.

—Sí, bueno, eso podría haber sucedido antes, pero ya conoces a Zeus, es más de ver el bosque, y no el árbol —dijo la diosa verde, y Afrodita la miró con sorpresa—. No me lo tengas en cuenta en tan feliz ocasión. No es más que un cotilleo que me han contado.

Afrodita se acercó.

—Déjate de cotilleos, Deméter.

Deméter era la diosa de la cosecha, a la que el primer amor de Meg siempre rezaba cuando cultivaba los campos para el año siguiente. Meg aguzó el oído para entender lo que decía la voluptuosa diosa de labios rosados.

—Bueno, me han dicho que Hera estaba inconsolable por la pérdida de Hércules. Por ello, Zeus se propuso encontrar al muchacho, y así lo hizo, pero, cuando se dio cuenta de que el chico era mortal, lo abandonó. Las Moiras predijeron que el hijo de Zeus sería el único capaz de detener a los titanes dieciocho años después de su nacimiento, por lo que Zeus se limitó a esperar. Ahora ya tiene al muchacho entrenado y lo suficientemente fuerte para las batallas venideras.

Meg resopló, y Afrodita ahogó un grito.

—¡No! ¿Abandonó al muchacho en la Tierra? A Hera se le rompería el corazón si lo supiera.

«¡Por Zeus! ¿Será cierto?», pensó Meg.

Deméter se encogió de hombros y agitó con poco entusiasmo una palma a modo de celebración.

—Bueno, solo es un rumor, pero te diré una cosa: si fuese mi hija, nunca la hubiera dejado en una cuna para que se la llevarsen, y jamás hubiera permitido que fuese sola por la Tierra. Si supiera dónde está, nada podría detenerme hasta que la recuperase. Nada.

Afrodita le dio una palmadita en la espalda.

—Encontraremos a Perséfone, no te preocupes. Estoy segura de que la chica no está más que vagando de nuevo por las praderas y los cultivos, como le gusta hacer.

—Quizá, pero pronto tendrá que encargarse de las cosechas en la Tierra —dijo Deméter con los ojos puestos sobre Zeus mientras este recibía elogios por su hijo—. De todos modos, lo único que sé es que no descansaré hasta que la encuentre.

Fil se apresuró a ir junto a los dioses, pasando junto a Meg sin siquiera saludarla. Corrió por las escaleras tan deprisa como sus pequeñas pezuñas le permitían. Meg lo observó, distraída. No podía quitarse de la cabeza lo que Deméter había dicho. ¿Sabría Hércules que su padre lo tenía localizado y que no había ido a buscarlo a pesar de saber dónde estaba durante toda su vida?

Meg sintió un escalofrío. Intentó olvidar el rumor y no dejar que la afectase. Ya tenía bastante de lo que preocuparse, incluyendo despedirse del fortachón en su gran momento. Él le había descubierto todo un nuevo estilo de vida, uno en el que el sacrificio se veía recompensado, la gente era buena y los héroes salvaban el mundo. Sin embargo, tenía que regresar sola a la Tierra. No le quedaba nada en Tebas. Ya no.

No podía culpar a nadie por su desgracia. Aquello que su madre siempre decía, lo de no confiar más que en sí misma, era cierto. Después de que su padre las abandonase, perdiera a su madre y, al final, a su primer novio, ¿cuándo entendería que el amor era un juego peligroso en el que nunca se ganaba? ¿De verdad le resultaba una sorpresa estar a punto de perder también al fortachón?

Estaba al borde del llanto, pero Meg se resistió. No tenía ni idea de lo que pasaría después, aunque por el momento podía seguir en su nube y observar a Hércules hasta que desapareciese tras las puertas del Olimpo. El

muchacho estaba en casa, y ella se sentía feliz por él, de verdad, incluso aunque sintiera el impulso de gritar «no te vayas» una vez más.

—Felicidades, fortachón —dijo en voz baja mirándolo por última vez—. Serás un gran dios.

No había dado más que unos pasos cuando alguien la agarró de la mano. Sorprendida, se dio la vuelta. Sin saber cómo había llegado, Hércules estaba tras ella.

—Padre, este es el momento que siempre he soñado —dijo—, pero una vida sin Meg, incluso siendo inmortal, estaría vacía. —La estrechó junto a él y la miró a los ojos, haciendo que su corazón volviera a latir deprisa—. Me... me gustaría quedarme en la Tierra con ella.

Meg le apretó el brazo con fuerza. ¿Había escuchado bien?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Estás seguro? —susurró, sin creer a sus oídos.

—Al fin sé cuál es mi sitio —respondió Hércules también susurrando—. Y es contigo.

De pronto, Hércules la estaba besando, y ella lo rodeaba con los brazos mientras él la elevaba en el aire. Oía los vítores de los dioses, y esa vez no era solo por Hércules. Era por los dos y por su amor, que de alguna manera desafiaba toda lógica.

Meg se echó a reír y luego pensó que podría llorar. Se quedó contemplando sus ojos azules sin saber qué decir. No pasaba nada, no tenía que acelerar sus pensamientos. Tenían tiempo, un montón de tiempo. El fortachón regresaría con ella a la Tierra y les quedaba toda una vida por delante. ¿Al fin le estaba saliendo algo bien? No le parecía posible, aunque los labios del fortachón pegados a los suyos eran la prueba. Y los dioses lo aprobaban, estaban felices por ellos, estaban...

—No.

¿No? Al principio, Meg pensó que se había imaginado a alguien pronunciando aquella palabra por no estar de acuerdo con los deseos de Hércules, pero le bastó con mirar al severo rostro de Zeus para saber que el

padre de todos los dioses estaba poniendo fin a su relación antes incluso de que empezase.

Dos: Un cambio de opinión

El viento se detuvo. Nadie dijo ni una palabra. Todos tenían los ojos o bien puestos sobre Zeus o sobre su hijo, recientemente convertido en dios, que miraba hacia abajo confuso.

—¿Padre? —dijo Hércules, todavía sujetando la mano de Meg.

—Respondo que no a tu petición, muchacho —repitió Zeus.

Meg se dio cuenta de que el resto de los dioses habían percibido la tensión en el aire y estaban comenzando a irse. Sin duda, nadie quería estar en el punto de mira de Zeus. Solo Hera permaneció a su lado, escuchando con paciencia el razonamiento de su esposo. Fil le hizo un gesto a Pegaso, subió a lomos del caballo y echó a volar sin siquiera despedirse. El transporte de Meg se había ido.

—Hemos esperado una vida entera para tenerte de vuelta y que ocupes tu sitio entre tu madre y yo —explicó Zeus—. Y, ahora que estás aquí, ¿pretendes renunciar a todo y seguir siendo humano?

—No, pero quiero estar con Meg —dijo Hércules pasándose una mano por los rizos, como siempre hacía cuando se ponía nervioso—. Si yo no puedo regresar, ¿puede quedarse ella aquí?

—No —dijo Zeus de nuevo, dejando escapar una risa—. El monte Olimpo no es lugar para mortales.

Dijo la palabra *mortales* como si fueran la escoria de la Tierra. «Nosotros somos quienes rezamos a los dioses, hacemos sacrificios y cumplimos su voluntad, y sin embargo no somos dignos de su compañía»,

se dijo Meg, de pronto a la defensiva, a pesar de que había pensado justo eso mismo solo unos momentos antes.

—Zeus —empezó a decir Hera, pero él siguió hablando.

—Hijo, cuando visitabas mi templo, estaba agradecido por saber que seguías vivo y que estabas bien. —Cogió a Hera de la mano y sonrió—. Tu madre y yo esperábamos que siguieras vivo en alguna parte y te encontrásemos algún día, y rezábamos por ello. Sin embargo, eres tú quien nos ha encontrado.

Meg dirigió la vista hacia Deméter. La diosa no mostraba expresión alguna, aunque se fijó en que tenía el vello de punta. «Zeus está mintiendo», pensó.

—Ese es el motivo por el que te impuse un trabajo para convertirte en héroe —continuó diciendo Zeus—. Queríamos que volvieras a ser un dios. Hiciste todo lo que te pedimos, e incluso más, para conseguirlo. Luchaste con cada bestia que se interpuso en tu camino y la venciste. Has demostrado ser abnegado y un luchador. Te mereces volver a ser un dios, chico, y como bien sabes los dioses deben estar aquí. Has pasado un tiempo en la Tierra con los mortales, y me alegra que hayas disfrutado con esta —dijo mirando a Meg para luego apartar los ojos con desdén—, pero ahora debes quedarte aquí con nosotros.

Hércules soltó a Meg.

—Pero, padre...

Meg se quedó fría. «Me alegra que hayas disfrutado con esta». ¿Hablaban en serio Zeus? ¿Quién era él para juzgar su relación cuando apenas la conocía? ¡Si ni siquiera conocía a su propio hijo! Si lo que decía Deméter era cierto, a Hércules no le había hecho falta esperar para probar su valía como héroe. Zeus lo había dejado en la Tierra hasta necesitar su ayuda. Había abandonado a su hijo como la habían abandonado a ella infinidad de veces. Y, en ese momento, el dios estaba despreciando el amor que sentía Hércules por ella como si no valiera nada. ¿Por qué seguía

sorprendiéndose? Cuando su primer amor yacía moribundo, no había sido Zeus quien lo salvara, sino Hades.

Meg sintió un arrebató de ira. Si Hércules iba a quedarse en el monte Olimpo, merecía saber lo que su padre había hecho, igual que ella había descubierto la dolorosa verdad sobre el suyo. Ambos los habían abandonado a su suerte.

—¡Espera! Hércules, mereces saber la verdad —dijo casi sin aliento, ya que estaba algo mareada, pues la altitud había acabado perjudicándola—. Zeus sabía que estabas vivo, incluso antes de que fueras al templo. Te dejó en la Tierra para que crecieras hasta que te necesitase para luchar contra los titanes.

Se oyeron resoplidos, y Zeus la miró con desprecio. Meg buscó a Deméter, pero la diosa había desaparecido de repente entre la multitud, y también Afrodita. Inteligente movimiento. Quizá debería haberse pensado lo de revelar una noticia así teniendo público.

—¿Qué? —susurró Hércules.

La expresión de dolor del chico hizo que a Meg se le encogiera el estómago.

—Zeus, ¿es eso cierto? —preguntó Hera, en cuyo rostro se reflejaba la misma angustia que en el de su hijo.

Zeus desvió la mirada mientras se ponía cada vez más rojo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hércules.

—He escuchado a alguien contando la historia —reconoció Meg, decidiendo no revelar el nombre de Deméter; ya era bastante tener a un dios enfadado con ella—. Eras mortal, así que te dejó en la Tierra esperando hasta que Hades resucitó a los titanes para que lucharas contra ellos por él —continuó diciendo mientras le ardían las mejillas al pensar en que Hércules no era más que el peón en el juego de un dios—. Solo quiere que te quedes aquí para que luches en sus batallas. Lo siento, creo que debes saber a lo que te enfrentas.

Hércules miró a Zeus, cuya expresión era incluso más pétrea.

—¿Padre?

Zeus le lanzó una mirada feroz a Meg.

—¿A quién vas a creer, hijo, a mí o a esta mortal?

A Meg le centelleaban los ojos.

—No soy yo quien dejó que secuestraran a su propio hijo mientras dormía —dijo.

En cuanto las palabras salieron de su boca, supo que había ido demasiado lejos.

Los dioses que quedaban se esfumaron de inmediato. Hera no se movió, aunque Meg se preguntaba si era porque estaba consternada.

Zeus parecía haber triplicado su tamaño y su rostro se tornó violeta. Tras él, el cielo empezaba a oscurecerse. Una tormenta eléctrica se aproximaba, cuyos rayos cruzaban el cielo. Instintivamente, Hércules se colocó delante de Meg y le puso una mano en el brazo, pero ella se apartó. Había vivido con Hades, no le asustaba enfrentarse a Zeus.

—¿Te atreves a cuestionar mis decisiones, Megara? —tronó Zeus mientras las nubes de tormenta se arremolinaban en torno a él y los rayos caían peligrosamente cerca de donde estaban Hércules y ella—. Tú, la mujer que ha tratado de impedir que mi hijo completara su trabajo.

Pensándose mejor, quizá Meg sí debería de haberle tenido cierto miedo a Zeus, sobre todo al darse cuenta de que él estaba al tanto de lo que ella había hecho.

—Sí, también lo sé todo sobre tu vida, Megara —dijo Zeus—. Sospecho que mucho más de lo que sabe mi hijo.

A Meg se le encendieron las mejillas. Era cierto que no le había contado todo al fortachón.

—Cumpliste las órdenes de mi hermano, tratando de engañar a Hércules sobre el lugar que debía ocupar a mi lado. ¿Crees que voy a dejar que vuelva contigo a la Tierra?

Mientras Zeus hablaba, Hera la miraba a ella.

—Yo...

Meg quería explicarse, aunque Zeus estaba en racha.

—¿Pensabas que poner a mi hijo contra mí haría que se quedase contigo? No eres digna del amor de un dios.

—¡Padre, ella me salvó la vida! —exclamó Hércules.

Zeus se estremeció y los rayos cesaron.

—Puede que eso sea cierto —dijo encogiéndose hasta volver a su tamaño habitual—. Y también es cierto que yo habría podido ir antes a buscarte, hijo. —Su voz reflejaba el arrepentimiento mientras dirigía una breve mirada a su esposa—. Sin embargo, no tenía sentido que acabase con tu infancia cuando unas buenas personas como Anfitrión y Alcmena podían protegerte y mantener tu identidad oculta hasta que fueras lo bastante mayor como para luchar por tu derecho a ser un dios de nuevo. Y eso es lo que debía hacerse. Solo un dios puede llamar hogar al monte Olimpo, y necesitabas tiempo para asumir ese papel. Habría sido estúpido y egoísta apremiarte. —Entrecerró los ojos mirando a Meg—. Por ese motivo, sacrifiqué nuestro tiempo juntos, no porque no te quisiera aquí, jamás por eso.

A Meg le ardían las mejillas y apartó la mirada. «Vale, eso tiene cierto sentido. Muy bien, Meg».

—Intentaba protegerte —añadió Zeus—. Megara, ¿puedes decir que tú has hecho lo mismo durante el tiempo que ha pasado Hércules en la Tierra?

Meg bajó la vista al suelo. Ambos sabían la respuesta.

—Lo siento, hijo, pero esta mortal no merece tu amor —añadió Zeus—. Mi decisión es firme. Tú te quedarás aquí, y ella se irá de inmediato.

—¡No! —gritó Hércules.

Hera entornó los ojos.

—¡Hermes! —bramó Zeus.

Su mensajero llegó volando a su lado en un instante.

—¿Me ha llamado, señor?

Hermes revoloteaba frente a él gracias a las alas de su sombrero. Se frotó las gafas, empañadas, para verlos mejor a todos.

—Sí —dijo Zeus—. Lleva a Megara de vuelta a la Tierra. —Miró a su hijo y su expresión se suavizó levemente—. Os dejo un momento para que os despidáis —añadió.

Se deslizó por las escaleras en dirección a las puertas. Las nubes de tormenta comenzaron a disiparse poco a poco.

Hércules volvió la vista a Meg.

—Yo... No..., no te muevas de aquí. Hablaré con él. —Echó a correr tras Zeus—. ¡Padre!

Hermes voló al lado de Meg.

—Vaya, tú sí que sabes cómo cabrear al grandullón. ¿Lista para irte?

Hera apareció frente a Meg.

—¿Nos dejas un momento, Hermes? —dijo.

Hermes se alejó volando, y ambas mujeres se quedaron mirándose la una a la otra. De cerca, Hera aún imponía más: desprendía una luz cegadora y era la viva imagen de la realeza, con su túnica brillante y el cabello rosado recogido sobre la corona. Unos pequeños anillos de oro sostenían las mangas drapeadas de su peplo, que se agitaban con el viento. Al contrario que Zeus, ella mostraba una expresión franca y curiosa mientras observaba a la mortal que tenía enfrente. Extendió un brazo.

—Creo que deberíamos hablar —se limitó a decir la diosa.

Meg respiró hondo.

—Sobre lo que he dicho antes...

—Más tarde me ocuparé de Zeus, no es de eso de lo que quiero hablar contigo. Quiero saber por qué has sentido la necesidad de contarle a mi hijo lo de su padre. ¿Esperabas ganarte el favor de Hércules?

—No. Solo creí que merecía saberlo.

—¿Por qué?

—Porque nadie debería vivir con mentiras —dijo Meg.

—¿Y?

Estaba claro que Hera buscaba algo. Meg pensó unos instantes.

—Y porque se lo debo. Él me ha cambiado la vida —añadió.

Hera se acercó más. Una vez Meg se hubo acostumbrado a la luz que emanaba de la diosa, se dio cuenta de que Hércules tenía los mismos ojos que ella. Sí, Zeus compartía el mismo tono azul magnético, pero la bondad de la mirada de Hera y Hércules la tranquilizó al momento.

—¿Y cómo hizo eso?

Meg cerró los ojos y pensó de nuevo en el fortachón. Recordó su encuentro en una pradera apartada, un pícnic sorpresa al borde del agua. Aquellos momentos eran algunos de los más felices que había vivido en mucho tiempo. Él había salvado literalmente su cuerpo de la laguna Estigia, su alma de Hades, pero era mucho más que eso. Cuando estaban juntos, se sentía tan ligera como las nubes que flotaban bajo sus pies. Todo lo que sabía con certeza era que estar a su lado la hacía feliz, como al colocar en su sitio la pieza de un puzzle. Sin embargo, ¿cómo iba a contarle todo aquello a la madre del chico? De ninguna manera. Mejor hacerlo sencillo.

—Me devolvió mi vida. Una chica no olvida eso.

Hera se quedó pensativa mientras se golpeaba la barbilla.

—Ya veo. ¿Esa es la única razón por la que deseas que mi hijo regrese a la Tierra contigo?

Meg abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—Supongo que quieres que regrese a la Tierra, ¿verdad? No has protestado cuando él lo ha sugerido —añadió Hera esbozando una sonrisa.

Meg volvió la vista a Hércules, que parecía estar hablando con sus manos, moviéndolas como si estuviera a punto de lanzar un disco.

—Yo... Claro que me encantaría pasar más tiempo con él, pero si es feliz aquí... —Sintió que se le formaba un nudo en la garganta y no podía creer

que aquello estuviera sucediendo; no lloraría mientras hablaba con Hera—. Quiero que sea feliz, se lo merece.

Hera asintió.

—Y tú, Megara, ¿mereces ser feliz? Todo me lleva a pensar que eres tú quien lo hace feliz a él. Y, si él se queda aquí y tú regresas, no creo que ninguno de los dos lo sea. —Observó a su hijo y a Zeus, aún discutiendo—. No, está claro que esta decisión de mi esposo no va a funcionar. Debemos idear otro plan.

¿Estaba la diosa del matrimonio y el alumbramiento ofreciéndole una rama de olivo? Meg respiró hondo y trató de medir sus palabras.

—¿Qué sugieres?

Hera no apartó la vista de ella.

—Eso depende. ¿Estás enamorada de mi hijo?

—¿Enamorada?

Meg dio un paso atrás. Recordó algo que le había dicho a Hércules mientras yacían moribundos en Tebas: «La gente hace locuras cuando se enamora».

¿De eso se trataba, de amor? ¿Estaba enamorada de un dios? No. Sí. Tal vez. ¿Cómo se sabía a ciencia cierta? Podría decirse que su trayectoria en lo referente al amor era algo turbia, en el mejor de los casos, y el fortachón y ella no se conocían desde hacía demasiado tiempo. Estaban bastante unidos, sí, pero en el momento en el que aquellas palabras salieron de su boca pensó que era el final del camino. Su experiencia con el amor hasta entonces había sido desastrosa y llena de dolor, aunque había sentido que las cosas podrían haber sido diferentes con Hércules, si se hubiese dado el caso: esa era la clave. No tenía ninguna duda de lo que haría nada más descender de su nube, sobre todo si su mundo no incluía al fortachón. ¿Le estaba dando Hera la oportunidad de cambiar su destino una vez más? Meg miró a la diosa. Si decirle que estaba enamorada suponía una oportunidad

para Hércules y ella de saber lo que les deparaba su historia, no podía hacer ningún daño.

—Claro que lo estoy —dijo Megara con firmeza.

Hera juntó las manos y sonrió.

—¡Maravilloso! Entonces no hay más que hablar: tú, Megara, has de convertirte en diosa.

Meg no estaba segura de haber entendido a Hera.

—¿Cómo dices?

—Has de convertirte en diosa —repitió Hera, como si fuera igual de sencillo que comprar higos en el mercado—. Es la única solución lógica a todo este lío.

Meg entornó los ojos. Los dioses no ofrecían el don de la inmortalidad sin razón aparente. La gente reza por tal honor todo el tiempo, pero, al contrario que Hércules, que había nacido dios y perdido tal condición tras su secuestro, ella podía contar con los dedos de la mano los dioses que conocía que habían empezado siendo mortales: Psiqué, Tíone, Ariadna...

Dionisio también contaba, dado que supuestamente tenía una madre mortal, aunque Zeus era su padre. En cambio, ella no había hecho nada para ayudar a los dioses como los demás. Todo lo que había conseguido era provocar la ira de Zeus. Volvió la vista de nuevo al fortachón, que continuaba suplicándole a su padre, quien parecía más enfadado que nunca.

—¿Y Zeus estará de acuerdo?

Hera movió una mano quitándole importancia.

—Deja que yo me ocupe de mi esposo. ¿Te interesa lo que te estoy diciendo o no? No tenemos demasiado tiempo.

Meg seguía sin creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué tengo que hacer? Déjame adivinar: salvar a unos niños atrapados en una sima. Ah, no, espera, eso ya lo hizo Hércules cuando Hades le tendió una trampa para que fracasara.

La sonrisa de Hera se desvaneció.

—¿Piensas que estoy intentando engañarte?

Vale, quizá se hubiera excedido. De nuevo. El estruendo de un rayo a lo lejos hizo que Meg eligiese sus siguientes palabras con cuidado.

—Provengo de un lugar donde estos ofrecimientos no se hacen tan a la ligera. Tendrás que disculparme por preguntar dónde está la trampa.

La sonrisa de Hera regresó a su rostro.

—Me gusta tu carácter. Y sin duda os preocupáis el uno por el otro. Mi hijo no pretendería renunciar a todo esto si no fuese así. —Miró fijamente a Meg—. Tengo el presentimiento de que formaríais una buena pareja, y eso es bastante inusual, algo que también ayudaría al mundo. ¿De qué sirve un dios desdichado cuando puede haber dos dioses extraordinarios? Por eso quiero ayudarte. Te aseguro que mi oferta no es ningún engaño. Si puedes demostrar tu valía, se te concederá el don de la inmortalidad. En algunas circunstancias muy concretas, los mortales pueden convertirse en dioses y, si estas acontecen, podríais estar juntos. —Sus ojos brillaban con picardía—. Le guste a Zeus o no.

Meg se había quedado sin palabras. Hera no bromeaba. La diosa le estaba ofreciendo algo con lo que jamás había soñado. Se tomó un instante para recuperar el aliento.

—Una diosa —repitió Meg.

—Una diosa —dijo Hera de nuevo—. Si puedes demostrar tu valía.

Meg se llevó una mano a la cadera y ladeó la cabeza mientras su cola de caballo se balanceaba.

—¿Y cómo voy a hacer tal cosa, ayudando a los niños a cruzar la calle y acompañando a los ancianos al mercado?

Hera se echó a reír.

—No. Si quieres estar con mi hijo y convertirte en una diosa digna del monte Olimpo, debes entender que el amor es una fortaleza, no una debilidad, que depositar tu confianza en alguien a quien amas no quiere decir que no puedas valerte por ti misma. Significa que sabes compartir la

responsabilidad y aceptar ayuda cuando la necesitas. —Colocó las manos en los hombros de Meg—. Quiero que aprendas a ser vulnerable, Megara, y que entiendas que el amor requiere abrir tu corazón, incluso aunque la historia no siempre termine como deseas.

Meg se cruzó de brazos.

—Ya sé todas esas cosas.

Hera bajó los brazos y le sonrió con amabilidad.

—¿De verdad?

—Sí —insistió Meg algo desafiante.

Hera continuó examinándola.

—Entonces, supongo que le habrás contado a Hércules los seres queridos que has perdido. ¿Le has hablado de Egeo?

El simple hecho de oír el nombre de Egeo hizo que a Meg le ardiesen los pulmones. Regresaron a su mente los llantos y los gritos que asociaba con el nombre de su primer amor. Como siempre, trató de eludir aquellos pensamientos.

—Por supuesto —dijo Meg, lo cual no era del todo falso, ya que el fortachón sabía que la habían despreciado antes, aunque no cómo exactamente.

A Hera le brillaban los ojos.

—¿Y le has hablado de tu madre?

Tres: La vida y la pérdida

Tiempo antes...

Los trece años suponen una edad complicada para una niña. Sobre todo cuando se ve obligada a actuar como si fuera la madre. Quizá Megara no se hubiera percatado de cuánto iba a cambiar su vida el día que su padre las abandonó a su madre y a ella, pero aprendería deprisa.

Thea se vio obligada a mantener a su hija en una sociedad que veía a las mujeres como inferiores, donde no podía poseer tierras ni votar. Su única función se reducía a mantener la casa, pero, como ya no tenía casa, y sí una hija a la que alimentar, se las había ingeniado para sortear la ley. Aceptaba trabajos de costura y, cuando no los encontraba, limpiaba casas de hombres cuyas mujeres estaban demasiado ocupadas con la crianza de infinidad de hijos como para fregar el suelo. (Megara observaba maravillada a su madre convenciendo a los hombres de que sus esposas necesitaban otro par de manos para ayudarlas. Por dura que Thea hubiera sido siempre con su padre, era tan dulce como el néctar con aquellos hombres escépticos, quienes casi siempre cedían y le daban trabajo).

Mientras su madre trabajaba, Megara se encargaba de la vida de ambas: limpiar los espacios alquilados, cocinar para que su madre no tuviera que hacerlo tras un día agotador y manejar el dinero que llegaba a casa. Si la joven Megara había aprendido algo del tiempo que había pasado con su padre era a conservar sus dracmas. Contaba una y otra vez lo que ganaba su madre y había aprendido a tener un presupuesto para comida, de modo que

no pasasen hambre si podían evitarlo. Y, aunque a las niñas no se les permitía asistir a la escuela, Meg había aprendido a leer por su cuenta gracias a los letreros de piedra de la plaza y robando los trabajos de Homero de los escolares cuando podía. Observaba a los comerciantes recibir pagos de vendedores, y así aprendió a contar monedas y cuánto valía cada una de ellas. Por eso, cuando las valiosas monedas que guardaba en la jarra desaparecieron, fue directa a su madre para saber dónde habían ido a parar.

—¡Pero si no son más que unos cuantos dracmas! —dijo su madre, tumbada en la cama que compartían intentando descansar los ojos.

—Esos dracmas eran para comprar los huevos del desayuno de esta semana —la regañó Megara—. ¿Qué vamos a comer ahora?

Su madre se incorporó de golpe con los ojos brillantes.

—¿Quién necesita comida cuando tiene esto? —dijo abriendo un saco al lado de la cama, de donde sacó una vieja flauta—. Es para ti.

Meg la miró con disgusto.

—No sé tocarla.

—Ya aprenderás. La música alimenta el alma. Yo siempre he querido aprender, pero nunca tuve la oportunidad. Tú, mi querida Megara, sí la tienes. Toma, inténtalo.

Meg se mordió la lengua. Su madre estaba emocionada, pero ella seguía odiando lo impulsiva que era. ¿Cómo podía pensar que un instrumento de viento era mejor que los huevos que podrían alimentarlas durante una semana? Era justo como aquella vez en que su madre había comprado un jarrón que, según se rumoreaba, había sido propiedad de los dioses pensando que podrían venderlo por un buen precio (nunca lo hicieron). En otra ocasión, había comprado unos objetos de cobre antiguos con la esperanza de cambiarlos por otros bienes mejores. Aquello tampoco había funcionado. Por no mencionar las flores frescas que seguía comprando cada vez que podía. Meg estaba cansada de todo aquello.

—Piensa que, cuanto más practiques, más hermosas serán las notas —dijo su madre intentándolo de nuevo y colocando un dedo sobre uno de los orificios—. No importa la apariencia de la flauta, niña, es la melodía lo que puede alejarte de todo esto. —Señaló su pequeño espacio arrendado—. Si aprendes a tocar, la gente querrá escucharte; lo sé. —Apartó el instrumento y sostuvo las manos de Meg entre sus callosas manos—. Cuando vi la flauta, fue como si los dioses hubieran hablado diciendo «Megara podría ser una gran música si la ayudas». ¿Cómo iba a decir que no?

—Pero, madre, los huevos...

—Niña, ¿qué es lo que siempre digo?

—Confía en ti misma —dijo Meg a la vez que su madre.

—Eso es. —Su madre parecía complacida—. Al ver esta flauta, mi instinto me dijo que nuestro dinero estaría bien invertido en ella, más que en cualquier otra cosa para comer. Aprender a tocar puede cambiar nuestras vidas. —Volvió a coger el instrumento y se lo tendió a Meg—. Te estoy pidiendo que lo intentes.

A Meg le rugía el estómago. ¿Cómo iba a tocar si en lo único en que podía pensar era en comida? Además, ¿cómo iba a aprender a tocar si su madre nunca lo había hecho? ¿Por qué su madre era tan exasperante? ¿Y si se equivocaba? Meg pensó en decirlo en voz alta hasta que vio la cara de su madre, franca y expectante. Accedió y tomó la flauta de sus manos extendidas. Se la llevó a los labios y sopló. El sonido que emitió fue tan espantoso que incluso los perros ladraron a lo lejos.

Su madre sonrió esperanzada.

—¡Solo te hace falta práctica!

Y Meg practicaba. Cada vez que veía aquella flauta y recordaba el dinero tirado, se sentía dispuesta a conseguir que algo bueno saliera de aquella compra impulsiva de su madre. Cuando Thea tenía algún trabajo ocasional, Meg aprendía notas, algunas veces melodías. A fin de inspirarse, se sentaba en la plaza y escuchaba tocar a los músicos para tratar de

imitarlos. Después de algún tiempo, mejoró, lo cual la hizo practicar más aún. Noche tras noche, probaba con nuevas notas y melodías enlazadas, y experimentaba con la posición de la boca y los dedos o con la fuerza al soplar. La primera canción completa que aprendió fue una sobre la suerte de un lirio blanco. Se dejó llevar por su belleza y por su capacidad para volcar en ella todo lo que llevaba dentro: su frustración por la complicada vida que les había tocado a su madre y a ella, el anhelo de contar con un lugar en el mundo, su orgullo por lo lejos que habían llegado. Al poco, su madre la animó a tocar para otros.

—¡Querrán escucharte! —dijo Thea guiándola por la plaza del pueblo, y añadió unas palabras que Megara jamás olvidó—: Eres una superviviente, igual que yo. Recuérdalo. Pase lo que pase, podrás afrontarlo. Confía en ti misma.

Megara recordaba haber mostrado cierto escepticismo, pero el tiempo le daría de nuevo la razón a su madre. Cuando se dejó llevar por la música, la gente detuvo lo que estaba haciendo para escucharla. Unos cuantos incluso le lanzaron monedas a los pies y preguntaron cuándo volvería a tocar.

—¿Mañana? —dijo Megara, buscando ayuda en el radiante rostro de su madre.

—¡Por supuesto! —respondió Thea.

Su madre recogió las monedas y se las guardó en el bolsillo. Luego, rodeó a Megara con un brazo mientras se iban de la plaza y la miró.

—Ya te lo dije, Megara, estás destinada a brillar. Y, ¡mira!, lo estás haciendo y te ves recompensada por ello. —Thea observó el pueblo con felicidad—. Me gusta estar aquí, creo que deberíamos quedarnos para que puedas tocar siempre.

Megara trató de no emocionarse con la idea de echar raíces. No importaba lo entusiasmada que estuviera su madre con un nuevo pueblo: el encanto siempre se desvanecía unos días después, como el brillo de un viejo jarrón, y probablemente también pasase allí. Megara no la culpaba. Thea ya

había salido escaldada con anterioridad. Algunas veces, por culpa de alguna familia que se negaba a pagarle tras una agotadora semana de trabajo o por promesas de un empleo a largo plazo que se esfumaban a los pocos días. Si a eso se sumaba su afilada lengua y su impulsividad, Megara tenía claro que la opinión de su madre cambiaba tanto como el viento. Thea no confiaba en nadie y siempre pensaba que lo bueno que les sucedía era parte de alguna artimaña. Sin embargo, Megara no expresó nada de aquello; se limitó a sonreír y dijo:

—Me encantaría quedarme.

—Bien —dijo su madre apretándole la mano.

Una semana más tarde, su madre entró por la puerta como una repentina ráfaga de viento.

—Recoge tus cosas. ¡Nos vamos!

Thea daba vueltas por la habitación buscando sus sacos de viaje. Los vio llenos junto a la puerta y miró a su hija con recelo.

—¿Ha sucedido algo con Argos? —preguntó Megara inocentemente.

—¡Sí, Argos! —Su madre levantó las manos, olvidándose del equipaje listo—. ¡No me fío de ese hombre!

Ese hombre era el hermano viudo del patrón de Thea en aquel momento. Se habían conocido la semana anterior, cuando Thea remendaba camisas para la familia. Argos le había preguntado si podía darle más trabajo. Megara se había encontrado con él y con su hijo pequeño en el mercado. Recordaba que era de voz suave y tenía los ojos marrones y largas pestañas. Argos le había preguntado su edad y cuándo era su cumpleaños, y los adultos rara vez hablaban a los niños sobre ese tipo de cosas, por lo que ella sabía. Cuando se dio cuenta de que Megara observaba los frutos secos, demasiado caros como para plantearse siquiera comprarlos, le había regalado unos cuantos. Estaban dulces, eran como el cielo. A Thea aquello no le había gustado y había dicho «Tal vez pretenda que cosa toda esta ropa gratis».

Por su parte, Megara se había enterado en el mercado —que siempre es el mejor lugar para el cotilleo— de que Argos buscaba una nueva esposa. Deseaba que su madre fuera esa persona y le había suplicado que no estropease las cosas.

—Argos parece muy agradable —dijo Megara—. Y su hijo es encantador.

—Sí, sí, pero tan joven y demandante como cualquier niño —respondió su madre con indiferencia.

Megara se esforzó por no tomárselo como una ofensa. Thea bajó la mirada y se fijó en la expresión de su hija.

—Tú no, Megara. Es solo que no tengo tiempo para jugar con el chico si estoy trabajando. Además, Argos siempre lo lleva con él, y hoy me ha dicho... ha dicho que está buscando... —Megara se dio cuenta del miedo que mostraban los ojos de su madre—. No importa. No eran más que mentiras. Nunca puedes fiarte de un hombre. Solo puedes confiar en ti misma.

—Lo sé —dijo Megara, que se sabía al dedillo el lema de su madre—, pero Argos...

Su madre le lanzó una mirada desaprobatoria.

—No necesito a ningún hombre que nos complique las cosas. Ahora debemos irnos antes de que llegue; le he dicho que viniese dentro de un rato.

—¿Es que no vas a decirle que nos vamos? —dijo Megara—. Madre, eso es...

—¡Ya basta, niña! —Su madre se echó el saco al hombro y miró por última vez la austera habitación—. Vámonos.

—Sí, madre —dijo Megara cogiendo la jarra con las monedas.

Thea ni siquiera había preguntado si tenían dinero para el viaje; quizá ya supiera que, si había algo, Megara se acordaría de cogerlo. El jarrón que su

madre había apreciado fugazmente quedaba olvidado. El único recuerdo de su estancia en aquel pueblo era la flauta deslucida.

Megara mantuvo la cabeza gacha mientras salían a toda prisa del pueblo y se esforzó por no pensar cómo habría sido su vida si su madre hubiera aceptado la propuesta de Argos. De todos modos, no tenía sentido soñar con una vida que nunca tendría. No necesitaban a ningún hombre si se tenían la una a la otra. Hasta que un día eso también cambió.

El siguiente pueblo en el que acabaron no era diferente de la docena en que habían estado antes. Thea volvió a encontrar trabajo remendando y limpiando, mientras que Megara contaba el dinero y se hacía cargo de la casa y de cocinar, además de practicar con su flauta por las tardes.

—Gracias por el trato, Teo —dijo Megara al joven del mercado que le había vendido a buen precio pan del día anterior—. Es un buen pedazo.

Luego, se dio la vuelta con un astuto movimiento de su larga melena roja, que ya casi le llegaba a la cintura, meneando las caderas mientras se alejaba. Al crecer, Megara se dio cuenta de que su encanto era una herramienta de la que podía fiarse.

Pensar en lo que podía hacer con dos rebanadas de pan casi la mareaba. Su madre quedaría encantada al regresar del trabajo por la noche. Sin embargo, cuando Megara estaba llegando a casa, vio a una multitud reunida en la calle, y se oían gritos y lágrimas. No fue capaz de ver lo que estaba sucediendo hasta que se acercó más. Allí estaba Thea, bajo un carro conducido por caballos.

—¡Madre! —gritó Megara.

Dejó caer el pan al suelo y corrió a su lado.

—Ni siquiera la he visto, ha salido de la nada —decía el conductor del carruaje a quien lo escuchara—. No miraba por dónde iba.

Unos cuantos hombres estaban intentando levantar el carruaje, pero Megara sabía que ya era demasiado tarde. Su madre se debilitaba rápidamente.

—¡Aguanta! —exclamó Megara dando hipidos mientras la agarraba de la mano—. No me dejes, madre.

Thea estaba pálida y se le cerraban los ojos.

—Quédate conmigo —suplicó Megara, que lloraba tanto que apenas podía ver.

—Megara, escúchame: estarás bien —susurró su madre mientras empezaba a irse—. Confía en ti misma. Recuerda: pase lo que pase, podrás afrontarlo.

Megara se quedó inmóvil. Era como si supiera lo que su madre iba a decir. Era lo que siempre le decía cuando las cosas se ponían difíciles y parecía que la situación era insostenible. Megara siempre era la que se preocupaba en la relación, y su madre la que hacía bromas. Esa vez no tenía gracia.

—Eres una chica grande y fuerte —dijo su madre con un hilo de voz.

—¡No! —gritó Megara—. ¡Por favor!

Su madre cerró los ojos.

—Sabes atarte las sandalias y todo...

La mano de su madre perdió fuerza, y Megara se tiró sobre ella. Thea se había ido.

Cuatro: Una oferta que Megara no podrá rechazar En el monte Olimpo

—Ya has dejado claro lo que piensas: necesito superar la pérdida de mi madre. ¿Qué tiene que ver eso con esta misión?

Meg sabía que se mostraba más molesta de lo que debería, teniendo en cuenta que estaba hablando con la madre del chico que le gustaba, que resultaba ser una diosa casada con el padre de todos los dioses. Por suerte, Hera no pareció inmutarse. Volvió a echar un rápido vistazo a su esposo y a Hércules.

—Lo entenderás con el tiempo —dijo—. Por el momento, lo único por lo que tienes que preocuparte es por encontrar el aulós perdido de Atenea.

Meg no estaba segura de haberla entendido.

—Entonces, para convertirme en diosa, ¿todo lo que tengo que hacer es encontrar la flauta doble de Atenea?

Hera sonrió.

—Ese es el primer paso.

Ah, ahí estaba la trampa. Encontrar la flauta de Atenea, la cual asumía que no estaba simplemente perdida en el claro de un bosque o escondida bajo una roca. No sería tan sencillo como Hera pretendía dar a entender. La última vez que había hecho un trato con un dios había acabado entregando su alma. ¿Qué ocurriría si arriesgaba su vida en esa misión y fracasaba?

Bueno, una cosa estaba clara: Hades nunca más la dejaría abandonar el Inframundo. Meg se estremeció solo de pensarlo. No quería volver allí. Aunque, si se convertía en diosa, no tendría que regresar jamás.

Sería una diosa. ¡Una diosa de verdad! Cuando pensó en ello con detenimiento, se dio cuenta de que sería increíblemente buena. No se pondría a juzgar, lanzando rayos, como Zeus. No, ella perdonaría a la gente por sus errores, igual que Hércules la había perdonado a ella por las innumerables malas decisiones que había tomado antes de que él llegase a su vida. Y, por haber sido mortales, Hércules y ella conocerían el mundo de una forma que no estaba al alcance de aquellos dioses etéreos. Juntos, podrían hacer mucho bien en el monte Olimpo. Por lo que sabía de su propia experiencia, los dioses no siempre actuaban de la forma debida. Meg miró hacia las puertas del monte Olimpo de nuevo y se preguntó «¿Qué pasaría si...?».

—Deberías saber que no hago ofertas a la ligera —añadió Hera, que ya empezaba a impacientarse—. Si encuentras lo que está perdido y completas las siguientes tareas, ascenderás al monte Olimpo como diosa y pasarás a la eternidad con mi hijo.

¿La *eternidad*? Esa palabra le hizo sentirse como si una nereida le hubiera dado un puñetazo en el estómago y la dejase sin aire. ¿Quería decir para siempre? Su relación más larga había durado un año, y no había más que ver cómo había acabado. ¿Cómo iba a saber si Hércules y ella durarían tanto tiempo? Tenía claro que quería tener la oportunidad de ver si su relación funcionaba sin que Zeus interfiriera, aunque, si todo iba como decía Hera, pasaría la eternidad con el fortachón. ¿Se veía capaz? Los dioses se pasaban la vida engañándose, luchando unos con otros y teniendo amantes. ¿Era aquello lo que sucedería con Hércules y con ella si aceptaba? Y, si no, ¿cuál era la alternativa?

—Creo que tienes experiencia con las flautas, ¿no es así? —dijo Hera interrumpiendo sus pensamientos.

Así que Hera lo sabía todo acerca de su pasado. Meg llevaba sin coger una flauta desde lo de Egeo, pero la simple palabra evocaba momentos y melodías en los que no se había atrevido a pensar en mucho tiempo.

—Sí, sé tocar —admitió Meg con voz ronca.

Hera asintió.

—Bien, entonces la música te será útil en tu periplo.

—¡Y no se hable más! —gritó Zeus.

Meg y Hera alzaron la vista. Zeus atravesó cual tormenta las puertas del monte Olimpo, que se cerraron con firmeza tras él. Hércules pareció encogerse por completo en señal de derrota, y Meg sintió una punzada en el corazón. No era solo la forma en que siempre la miraba, con una genuina mezcla de júbilo y nostalgia, ni su apariencia, aunque era difícil no ver aquellos pectorales tan marcados. Se sentía atraída por los amables ojos azules de Hércules y su prominente mandíbula, que movía al pensar. Por sus hoyuelos en las mejillas cuando le regalaba su magnética sonrisa y la forma en que un único rizo de su cabello rubio rojizo le caía sobre los ojos. Pero, sobre todo, por su naturaleza sincera y por su necesidad de buscar lo bueno de cada situación, muy diferente a como veía ella la vida, lo que le daba esperanza en que el mundo podía ser mucho más de lo que imaginaba. Lo único que tenía claro era que no estaba preparada para decirle adiós.

—Gracias por tan generosa oferta. Acepto —le dijo a Hera.

De inmediato, sintió algo en su mano: era un reloj de arena, en cuyo interior la arena rosa, el color de Hera, se apilaba en uno de los extremos, mientras que el otro estaba vacío. Poco a poco, los granos de arena comenzaron a caer al lado vacío del reloj.

—Tienes diez días para completar la misión —dijo Hera—. Te deseo lo mejor, Megara.

Luego la diosa desapareció.

—¿Diez días?

Meg se quedó inmóvil. Hera no había dicho nada de que hubiera un plazo. ¿Qué sucedería si la arena caía del todo?

—¡Espera! ¡Tengo preguntas! ¡Vuelve! —exclamó Meg justo cuando Hércules la alcanzaba al pie de las escaleras.

—Me alegra tanto que sigas aquí. —La abrazó—. ¿Estás bien? ¿De qué estabais hablando mi madre y tú?

Meg hundió la cara en su pecho y aspiró su olor. Sintió el repentino deseo de quedarse entre sus brazos y olvidar el reloj de arena.

—Bueno, ya sabes, de esto y de aquello. Tu madre me ha encomendado una misión.

—¿Una misión? —repitió Hércules—. ¿Por qué?

Había mucho que olvidar. Meg alzó la cabeza y lo miró a los ojos. Hércules se mostraba curioso y preocupado, con el ceño algo fruncido. Sin duda, él era muy especial.

—Si demuestro mi valía y completo sus tareas, me convertirá en diosa para que podamos estar juntos.

A Hércules cada vez se le abrían más los ojos conforme procesaba las palabras de Meg. Luego, mostró una gran sonrisa.

—¡Eso es maravilloso!

La alzó en el aire y dio vueltas con ella mientras Megara reía a su pesar. Con cuidado, volvió a dejarla sobre la nube sin apartar los brazos de ella.

—Sí, maravilloso para ti. Tú no tienes que cumplir con la misión. —Meg recorrió con los dedos su gran omóplato—. Tengo diez días, y la cuenta atrás ha empezado.

Le mostró el reloj de arena.

—¡Diez días es muchísimo tiempo! Puedes conseguirlo, Meg —dijo—. Puedes hacer cualquier cosa que tengas en mente, lo sé.

Volvió a levantarla del suelo y dio vueltas más deprisa esa vez. Megara le golpeaba en la espalda con los puños mientras reía.

—Bájame. ¿No te he dicho que tengo un plazo?

—Perdona. —Hércules la bajó con cuidado—. ¡Es que estoy muy emocionado! Si te conviertes en diosa, podremos estar juntos para siempre.

Otra vez aquella idea. Meg respiró hondo.

—Las misiones no son fáciles.

—Cualquier cosa es más fácil que hablar con mi padre —dijo Hércules con un suspiro—. He tratado de convencerlo de cuánto bien podría hacer en la Tierra, pero él cree que mi sitio está aquí. —Volvió a sonreír—. Sin embargo, ahora tú también puedes quedarte. Si mi madre cree en nosotros, no podemos fallar. Hera ama el amor y me ama a mí. Quiere que seamos felices. —Hérculesladeó la cabeza y tomó la mano de Meg—. ¿Qué es lo que quiere que hagas?

—Solo me ha dicho el primer paso: tengo que encontrar la flauta doble de Atenea —explicó Meg mientras una nube pasaba junto a ellos, dejándolos llenos de humedad—. ¿Tienes alguna pista de dónde podría estar?

El rostro de Hércules se oscureció.

—He oído que la robó el guardián de un río.

—¿El guardián de un río? —dijo Meg más relajada—. ¡No es tan grave! Hércules negó con la cabeza.

—Meg, son gigantes y malvados. ¿No te acuerdas de Neso?

Ella le dirigió una mirada de cabreo.

—Lo siento, sé que puedes cuidar de ti misma. Lo que no entiendo es que mi madre te haya encomendado una misión sin ofrecerte ninguna pista de dónde encontrar la flauta. El mundo es muy grande.

—Eso es cierto.

«Vamos, Hera, ¿qué me estoy perdiendo?», pensó Meg, mirando el reloj de arena en busca de pistas. En ese momento, se fijó en algo que no había visto hasta entonces, un diminuto grabado en la parte superior con una única palabra: KOUFONISIA.

—¿Significa esto algo para ti?

Meg le mostró de nuevo el reloj de arena a Hércules.

—¡Creo que es una isla! Debe de ser una de las Cícladas Menores. Está justo ahí.

Hércules condujo a Meg hasta el extremo de la nube y señaló una gran mancha azul bajo ellos con una serie de diminutas islas alrededor.

—¡Vaya! No tan cerca del borde.

Meg retrocedió unos cuantos pasos antes de que le diese vértigo. Si se convertía en diosa, le llevaría un tiempo acostumbrarse a aquella altura.

—Lo siento —dijo Hércules—. ¡Eh, está bastante cerca de la isla de Fil! Deberías llevarlo contigo.

—Ah, no. —Meg retrocedió más—. Ese pequeño cararroja me odia.

—Fil no te odia, solo pensaba que eras una distracción. —Hércules hizo una pausa—. Y no le gustó demasiado saber que trabajabas con Hades, pero todo eso ya es pasado. Ahora le caes bien, y sería muy buen guía.

Tal vez Hércules no lo pillara, pero el sátiro y ella no se podían ni ver.

—Me gusta tu entusiasmo, aunque no necesito ayuda, puedo hacerlo sola.

—Lo sé. —Le acarició la cara—. Es que me gustaría ir contigo.

—Ambos sabemos que eso no va a pasar —dijo Meg con delicadeza.

Hércules se apartó.

—Quizá haya una forma de estar contigo, al menos un poco. ¡Tengo una idea! ¡Espera!

Hércules echó a correr al otro lado de la nube y regresó a una velocidad imposible. Meg no podía creer que fuese mortal hasta hacía poco. Viéndolo, cualquiera pensaría que había sido un dios toda su vida. Regresó con dos pequeñas alforjas en una mano y con una brillante orquídea fucsia en la otra.

—Esto es para ti —dijo.

—Es preciosa —dijo Meg cogiendo la flor.

Nunca antes había visto una orquídea como aquella, brillaba tanto como los dioses.

—Esta orquídea es poderosa. Fil me habló de ella una vez. Es tan rara como la ambrosía y solo crece en el monte Olimpo. Piensa en ella como si tuvieras tu propio mensajero con los dioses. Si quieres decirme algo, arranca uno de los pétalos, di mi nombre, y allí estaré.

—Bien, así lo haré. —Con cuidado, prendió el tallo al broche de su túnica—. Solo tiene tres pétalos. ¿Qué pasa si se acaban?

Volvió a aparecer una arruga en la frente de Hércules.

—No podré conseguir otra. Esta es la única flor madura que encontrado. —Le tocó la cara—. Pero no necesitarás otra, sé que puedes hacerlo. Y después estaremos juntos.

—Sí.

Meg trató de no pensar en sus dudas. Había muerto, la habían salvado de la laguna Estigia y le habían ofrecido la oportunidad de convertirse en diosa; todo en un día. Era mucho que asimilar para cualquier chica.

—Tú eres mi mundo, Meg. —Hércules le tomó el rostro entre sus enormes manos—. No me imagino vivir una eternidad sin ti. Ten cuidado.

Por alguna razón, la advertencia hizo que pensara en su madre.

—Soy una chica grande y fuerte. Estaré bien. Sé atarme las sandalias y todo.

El fortachón sonrió y se inclinó para besarla. Sus labios apenas habían rozado los de Megara justo cuando oyeron el estruendo de un rayo.

¡Pum! Apareció Hermes, cuyas alas del sombrero se movían salvajemente.

—¡Saludos, tortolitos! Zeus me ha enviado para acelerar la despedida.

Meg vio las nubes de tormenta arremolinándose de nuevo tras ellos. Lo último que quería era que volviese a aparecer Zeus. Agarró con fuerza el reloj de arena; al fondo, ya se veía un rastro de arena rosa.

—Debería irme —dijo.

Hércules la abrazó con fuerza.

—Deja que envíe a Pegaso contigo. —Megara abrió la boca para protestar—. Irás más deprisa con él que a pie.

El caballo se acercó trotando, y Hércules colgó ambas alforjas de su lomo. Meg las miró con curiosidad.

—Provisiones —explicó Hércules.

—Vale —dijo Meg.

Aspiró el dulce aroma de Hércules una vez más, sonrió con delicadeza y colocó el reloj de arena en una de las alforjas. Hércules se inclinó para besarla de nuevo. En ese momento, Pegaso la empujó por la espalda y la montó sobre su lomo. Salió al galope hacia el borde de la nube antes de que Meg pudiera despedirse.

—¡ESPERA! —gritó.

Meg cerró los ojos y se agarró a Pegaso como si le fuera la vida en ello.

—No te sueltes en ningún momento —le dijo Hermes a Meg cuando Pegaso pasó galopando junto a él—. ¡Disfruta del viaje hasta Koufonisia!

Cinco: El otro lado del agua

Estaban cayendo. Al menos eso era lo que sentía Megara mientras Pegaso se precipitaba al vacío. Se agarró desesperadamente a su cuello. Sentía el viento a su alrededor, que agitaba su coleta, mientras caían en picado.

«No mires, no mires, no mires —se decía a sí misma—. Estabas arriba, así que tienes que descender, todo va bien».

El ascenso al monte Olimpo había sido casi placentero. Estaba viva, en los brazos de Hércules y de pronto él era un dios. Una sola de aquellas cosas le habría bastado para sentirse eufórica. Sin embargo, viajar con aquella bestia voladora era diferente. ¿Y por qué tenía la sensación de que Pegaso disfrutaba de su miedo?

Pegaso volvió a descender y Meg soltó otro grito de pánico. Se agarró a su cuello todavía con más fuerza y, en contra de su buen juicio, abrió los ojos. El caballo se movía por entre las nubes a tal velocidad que Meg estaba segura de que iba a marearse. Quería que terminara el viaje.

—¡Oye! —Meg tiró de su crin azul—. Si no quieres que te arrastre hasta Poseidón y te convierta en caballito de mar, ¡ve más despacio ahora mismo!

Pegaso bufó, contrariado, pero redujo la velocidad hasta planear.

—Gracias —dijo Meg.

Esa vez, Pegaso resopló con suavidad. Meg aflojó el agarre de su crin y echó un vistazo alrededor. Se aproximaban a Koufonisia. Estaban lo bastante cerca como para distinguir unas cuantas montañas y masas de agua en la isla.

—Mira, Peg... ¿Puedo llamarte Peg? —Pegaso soltó un relincho poco entusiasta—. Esto me gusta tan poco como a ti. Hércules quería que te trajese para esta misión. —Pegaso continuó batiendo sus majestuosas alas—. Cuanto antes encontremos lo que estamos buscando, antes regresaremos a casa. Dondequiera que esté —murmuró para sí misma—. Así que encontremos la flauta y salgamos de aquí. ¿Trato hecho?

Pegaso relinchó con más fuerza; parecía contento. A medida que descendían, las nubes se iban disipando, dando paso a un brillante sol y a unas aguas turquesas. Se desplazaban tan cerca del mar que las alas de Peg rozaban las olas. Al final, llegaron a la playa. Meg bajó de Pegaso y le dio unas palmaditas en el lomo.

—Buen aterrizaje, Peg. —Desató la alforja donde había guardado el reloj de arena y lo colocó en el suelo—. ¿Por qué no vas a beber y te das una vuelta por la isla antes de que empecemos a explorar?

Pegaso relinchó y volvió a alzar el vuelo, lo que le dio un momento a Meg para echar un vistazo alrededor. Koufonisia era bastante impresionante. La playa de arena blanca rodeaba un bosque de exuberante vegetación, con arbustos de flores rosas y árboles naranjas. A lo lejos, divisó una cascada en la cima de una montaña verde. Lo único que se oía era el sonido de los pájaros. No había rastro de barcos, ni huellas, ni humo. La isla parecía estar deshabitada. Meg levantó los ojos hacia el sol y sintió el calor en su rostro. Quizá Koufonisia fuera el equivalente del Elíseo en la Tierra. Tal vez pudiera esconderse allí y nadie se diese cuenta. No estaría Hades para torturarla, ni ningún dios para recordarle la pérdida de su madre o la traición de Egeo. Allí podría ser ella misma. ¿Estaba tan mal como para querer saltarse la misión y pasar los días tumbada sobre la cálida arena, comiendo fruta y observando las olas?

Claro que también tenía que pensar en Hércules. «¿Estás enamorada de mi hijo?», volvía a preguntarle Hera en su mente. Meg observó las alforjas, un poco alejadas de ella. Hércules había sido muy considerado al mandarle

provisiones, incluso en sus últimos momentos juntos. Quería pasar más tiempo con él, de eso estaba segura, lo que significaba que tenía trabajo por hacer.

Meg recorrió la distancia que la separaba de la alforja y sacó el pequeño reloj de arena. No había más que una mancha rosa en el fondo, pero los granos de arena caían sin parar, como burlándose de ella. «Se te está acabando el tiempo», parecían decir.

Volvió la atención al resto del equipaje, que incluía fruta y agua, así como un saquito más pequeño, perfecto para la orquídea y el reloj de arena. Al meter la mano, encontró algo más al fondo: una honda. El mango con forma de Y parecía tallado a mano, mientras que las correas y el saco eran de piel curtida. En el mango, había un diminuto puño grabado, que interpretó como un símbolo de fuerza. Meg miró hacia los cielos.

—Fortachón, estás lleno de sorpresas —dijo en voz baja—. Gracias.

Introdujo con cuidado el reloj de arena y la flor en el saco, junto con la honda, y utilizó el cordel de la alforja para sujetárselo a la cintura; quería llevar lo más importante con ella. Casi destroza la alforja en el proceso, aunque siempre podría dejar la comida en la otra alforja de Pegaso cuando regresase.

Pero ¿dónde estaba Pegaso? La isla no parecía tan grande; podría haber dado una vuelta alrededor y volver enseguida, y aun así no había rastro de él. Se le erizó el vello de la nuca. ¿Por qué de pronto sentía que la observaban? Miró hacia el agua, que se había quedado muy quieta, y luego alzó la vista hacia las montañas, cubiertas por las sombras de las nubes. Entonces, vio una mancha en el cielo. Peg volaba hacia ella. Cayó en picado hacia la playa y aterrizó justo enfrente.

—Me alegro de verte. Por un momento pensé que me habías abandonado. —Peg bufó, molesto—. Sí, lo sé, la lealtad y todo eso, pero llevas fuera un buen rato. ¿Has encontrado algo bueno?

Peg se levantó sobre las patas traseras y relinchó con fuerza. Después, le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiese.

—Has encontrado algo, ¿eh? —Meg lo siguió por la playa frotándose las manos, que ya tenía frías—. ¿Por casualidad es la flauta?

Pegaso se adelantó al galope y se detuvo al borde de una parte rocosa junto al mar. Más allá, había una hilera de palmeras entre la densa maleza. A lo lejos, un sonido familiar llegaba del bosque. Definitivamente, parecía un instrumento de viento. Meg no llevaba en la isla más que un rato y ya parecía haber localizado la flauta de Atenea. Quizá su misión fuese más fácil de lo que pensaba.

—Buen trabajo, Peg. —Acarició el costado del caballo—. Creo que es mejor que te quedes cerca. —Peg resopló—. Mientras sobrevolabas la isla, ¿has visto el aulós o solo lo has oído?

Peg resopló de nuevo y pateó la arena con la pezuña delantera. Meg vio al caballo estremecerse. Algo lo inquietaba.

—¿Por qué no me das una vuelta para que tenga una visión aérea de la isla?

Peg se arrodilló sobre las patas delanteras y se inclinó para que Meg pudiera montar con facilidad sobre él. En cuanto estuvo acomodada, Pegaso alzó el vuelo. Esa vez, no la zarandeaba ni pasaba por entre las nubes a una velocidad de vértigo. Iba progresando.

La flauta no se veía por ninguna parte, aunque Meg seguía oyéndola. Sin duda, cada vez se acercaban más. Quizá estuviese en la cima de la montaña.

—Peg, gira a la derecha —dijo Meg al oír el sonido de agua corriente.

Pegaso descendió, y la cascada que había visto desde la playa apareció ante sus ojos. La melodía de la flauta cada vez era más fuerte.

Meg dirigió al caballo hacia una zona de hierba junto a la cascada.

—Vayamos hacia allí. Estamos cerca.

Al desmontar, el sonido del agua tapaba el de la flauta, aunque Meg todavía oía la música llamándola. ¿Dónde estaba el instrumento de viento?

Se acercó a la montaña.

—Parece que viene directamente del agua, si eso fuera posible. A no ser que... —Meg se quedó pensativa mientras miraba el agua frente a ella—. Tal vez el aulós esté atrapado bajo una roca o algo así.

Meg se dirigió hacia las piedras y vio una grieta. La cascada ocultaba la entrada a una cueva, aunque se distinguía un camino. Meg levantó una enredadera que cubría el sendero y la flauta emitió una nota alta repentinamente, lo que hizo que tres pájaros cercanos alzaran el vuelo.

—Peg, la música procede de la cueva. La pregunta es de dónde exactamente y por qué. —Hizo una pausa—. Supongo que solo hay una manera de averiguarlo.

Meg dio un paso adelante, pero Peg se colocó enseguida frente a ella.

—Sé que da miedo, pero no tengo elección, tengo que entrar ahí.

Pegaso se elevó sobre las patas traseras.

Megara no pudo evitar pensar en Fil: el sátiro nunca permitiría que Hércules entrase a ciegas en una cueva de la que brotaba una misteriosa música sin contar con un plan.

—¿Y si llevo un arma? —sugirió—. Hércules me ha dado una honda; solo necesito algunas piedras.

Recogió unas cuantas y se las echó en la pechera de la túnica, temerosa de que aplastasen la orquídea si las metía en el saco.

—¿Ves? Ahora estoy preparada para todo —dijo Meg volviéndose hacia el caballo; en ese momento, se le cayeron todas las piedras al suelo—. Vale, quizá necesite un plan B. —Colocó la orquídea en la solapa interior del saco y puso las piedras al fondo—. Esto servirá.

Pegaso seguía sin estar muy convencido, pero no protestó cuando Megara volvió a dirigirse a la entrada de la cueva.

De pronto, la música comenzó a sonar más fuerte. Las notas llegaban a toda velocidad, como olas, componiendo una melodía. Meg se quedó inmóvil. El sonido le resultaba familiar. Unas cuantas notas más salieron del

agua y todo encajó: era la primera canción que había aprendido a tocar, *La suerte de un lirio blanco*. Agarró con fuerza la honda con la mano derecha y palpó el saco con la otra para asegurarse de que el reloj de arena siguiera allí.

—Será mejor que acabe con esto —le dijo a Peg, que comenzó a seguirla—. No, tú quédate aquí.

Peg bufó.

—Aprecio tu repentina lealtad, Peg, pero yo me encargo de esto. Además, si necesito una huida rápida, te tengo a ti. —Levantó la honda—. Estaré bien.

Peg pateó el suelo, pero Meg le dedicó una sonrisa alentadora. Con la honda en alto, se dirigió a la cascada, apartando las espesas enredaderas. Al otro lado del agua, el ruido era ensordecedor, por lo que resultaba más complicado oír la flauta, pero Meg siguió avanzando hasta que la cueva al fin se abrió ante ella: una sima de piedra y agua. Allí, la melodía era más clara.

—Vaya, vaya, parece que aquí vive alguien —se dijo Meg a sí misma observando una serie de antorchas a lo largo de las paredes de piedra.

Con el sonido de su voz, la flauta se detuvo y la luz de las antorchas se atenuó, dejando la cueva sumida en sombras.

—Jueguecitos, ¿eh? —La voz de Meg resonó en la oscuridad—. Muy bien, yo también sé jugar.

Tras haber pasado una temporada en el Inframundo, no le daba miedo la oscuridad de la cueva, ni tampoco los monstruos que pudieran vivir allí. Lo que de verdad le preocupaba era no saber a qué tipo de monstruo se iba a enfrentar. Cogió una de las antorchas de la pared y caminó despacio, escudriñando el oscuro camino frente a ella. No vio ningún otro túnel. Parecía que solo había una forma de entrar en esa cueva, y una única salida. Echó a andar. Cuando por fin volvió la vista atrás, la cascada no era más

que un punto lejano; apenas la oía. El único sonido era el del agua que se filtraba por la condensación del musgo en la roca que la rodeaba.

Oyó la flauta. Volvía a sonar lejos de ella. «¿Cómo de grande es esta cueva?», pensó acelerando el paso. Las antorchas que tenía frente a ella rugieron y el camino se ensanchó. Al fin estaba llegando a alguna parte. La música la llamaba, invitándola a acercarse. Y, aunque todo su cuerpo le decía que podría estar dirigiéndose hacia una trampa, tenía que seguir adelante. «Tú eres la única que puede salvarte ahora mismo. Confía en ti misma». Era la dueña de su destino. Respiró hondo, sostuvo la antorcha frente a ella y siguió caminando. No pensaba irse sin la flauta de Atenea.

La música cada vez se oía con más fuerza conforme el camino descendía y se iba iluminando. «¿Se están ajustando mis ojos a la oscuridad o de verdad hay luz allí?», se preguntó. Al volver la esquina, vio un camino que conducía hasta una cascada. ¿Era otra cascada o la misma de la que procedía? ¿Había estado dando vueltas en círculo? No estaba segura. Oyó el aulós de nuevo y se dio la vuelta. Esa vez el sonido provenía de la dirección contraria. A su derecha, había otro camino. Giró por él y siguió avanzando. Al final, había una gran cueva, donde una bella mujer, sentada sobre un trono tallado en la roca, tocaba el aulós de Atenea. Meg quedó embelesada.

La mujer estaba absorta en la música. Tocaba la flauta de doble caña con los ojos cerrados y movía la cabeza siguiendo el ritmo. Su melena azabache le caía por los hombros y llevaba una larga túnica color melocotón, cuya cola cubría todo el espacio, envolviéndolo en tela. Meg miró el aulós, asombrada.

La leyenda contaba que Atenea había tirado la flauta con indignación porque tocarla deformaba su rostro y estropeaba su belleza. Sin embargo, esa mujer brillaba conforme las notas salían del instrumento. Megara escuchó atentamente y se sintió embargada por la emoción. Tocaba mucho mejor que cualquier otra persona a la que hubiese escuchado antes. Sintió

un repentino remordimiento. Quienquiera que fuese la mujer estaba destinada a quedarse la flauta de Atenea.

A Megara le costó darse cuenta de que se había acercado al trono para escuchar. Aun así, la mujer no levantó la vista. Meg cerró los ojos y dejó que la melodía la llevara a otro tiempo y lugar, a aquel pequeño pueblo y al sonido de su madre durmiendo profundamente en la cama mientras ella practicaba junto a la ventana. De pronto, la invadió el sueño. ¿Y si se echaba en el suelo y descansaba un momento? Meg comenzó a caer sobre las rodillas.

—¡Megara! ¡Megara! Estate alerta —le ordenó una voz en su cabeza.

Meg salió del trance, abrió los ojos y ahogó un grito. Tenía a la mujer a un palmo de la cara y sujetaba con fuerza la flauta doble de Atenea. Sus ojos azules eran del mismo color que el mar que rodeaba la isla y su piel, de un blanco lechoso brillante. Se quedó mirando a Meg durante unos instantes y después la rodeó despacio. Meg trató de mantener la calma; se sentía muy cansada, podría haber dormido mil años.

—Tocas de maravilla —dijo Meg tratando de centrarse—. Conozco bien esa melodía.

—¿Sí? —respondió la mujer.

Meg se fijó en que había dicho la palabra casi como silbando. El corazón comenzó a latirle con fuerza.

—Antes tocaba sin parar.

Meg agarró con fuerza la honda con la mano derecha y rezó por que la mujer no la viese. Parecía inofensiva, pero cada poro de su piel le decía que no creyera en las apariencias. Se quedó rígida cuando los ojos de la mujer se posaron en su rostro.

—¿Has venido a tocar para mí? —susurró la mujer.

¿Tocar? Meg se puso tensa. Hera no le había dicho nada de que tuviera que tocar la flauta..., ¿o sí? Le había preguntado si sabía tocar, pero saber y hacer eran dos cosas muy diferentes. La última vez que había tocado... No.

No quería pensar en aquello ni por un momento. Tenía la oportunidad de conseguir la única cosa que cambiaría su destino; necesitaba centrarse.

—Algunos dicen que toco tan bien como para dormir a Cerbero. —La mujer abrió de par en par sus ojos azules—. Si quieres, puedo enseñártelo —dijo Meg extendiendo la mano.

La mujer la miró con curiosidad, sin duda considerando la oferta. Al final, le tendió la flauta.

A Meg se le aceleró la respiración. La doble caña estaba bellamente elaborada, en comparación con la flauta deslustrada que había tenido ella. Dejó sus dudas a un lado y clavó los ojos en la mujer mientras alargaba lentamente la mano. Sus dedos rozaron el tubo de caña. Y todo lo que había frente a ella comenzó a arder.

Seis: Huida

Meg sintió que el fuego le chamuscaba los brazos y gritó sorprendida.

Lo que tenía delante no era una mujer. Su túnica había caído, revelando una pierna de bronce y otra de asno con pezuña, y tenía el cabello azabache envuelto en llamas rojas y naranjas. Avanzaba hacia Meg chorreando sangre por la boca. Tenía unas alas escamosas similares a las de los murciélagos, tan grandes que no podía abrirlas del todo en la cueva. Era una empusa, la bestia vampírica conocida por seducir a los hombres y darse un banquete con su carne y sangre, aunque, a falta de hombres, no iba a dejar que otra posible presa saliera indemne. Y ella había entrado en su guarida.

Meg trastabilló intentando quitarse de en medio, aunque le ardían los brazos. Procuró ir más deprisa y oyó un crujido bajo sus pies. Jadeó. Lo que cubría el suelo de la cueva no era la cola de una preciosa túnica, ¡sino una montaña de huesos!

La empusa olfateó el aire.

—Sangre joven, sangre pura.

Se acercó a Meg con el brazo estirado. Meg la observó guardar la flauta doble en una funda de cuero que llevaba colgada al hombro.

—Llevo mucho tiempo sin tomar sangre joven. Daría todo por probarla.

—Lo siento —dijo Meg pasando sobre los huesos para escapar—. Me gusta conservar la sangre en mi cuerpo.

Cogió una piedra grande y se la lanzó al monstruo, pero la empusa seguía avanzando.

—Muy pocos llegan a esta isla —dijo deslizándose hacia ella—. Muchos se dan cuenta de lo que hay aquí y se van antes de acercárseme, pero tú, niña, has venido por voluntad propia a llevarte algo que no te pertenece.

—Tampoco te pertenece a ti. —Meg cogió una piedra de su saco, la colocó en la honda y la lanzó al camino de la empusa—. Esa flauta es de Atenea y la quiere.

A la empusa le brillaron los ojos.

—Si la quiere, tendrá que arrebátarmela de mis manos muertas, mortal.

La empusa se abalanzó sobre ella y alcanzó su túnica. Meg gritó y cayó de rodillas cuando le hincó las garras en el muslo. Su honda salió volando, y se lanzó a por ella, tratando en vano de alcanzarla, pero se detuvo al ver a la empusa a punto de clavarle una garra en el hombro. Trató de retroceder a gatas, aunque tenía las manos y los pies quemados, mientras buscaba con desesperación un arma en el suelo. Clavó las uñas en la tierra, intentando agarrar cualquier cosa que le sirviese de ayuda. Al final, palpó algo grande, un cráneo humano, y se lo lanzó a la cabeza a la criatura.

La empusa gritó y cayó de espaldas, cubriéndose con una de sus alas. Meg agarró otros dos huesos grandes y se los lanzó también, con la esperanza de mantener a la criatura en el suelo.

—Levántate —ordenó una voz en su cabeza.

Meg obedeció con un gesto de dolor y se apresuró a salir de la cueva. Trató de orientarse. ¿Dónde estaba?, ¿era la cueva principal u otro camino? ¿Y la cascada? «¿Qué pasa con la flauta? —pensó—. Es la flauta o tu vida. ¡Vete!».

Se adentró en la oscuridad, arrastrando como podía la pierna herida. Su única esperanza era llegar hasta la cascada y salir de allí antes de que la empusa la atrapara. Podía oírla susurrando. Al darse la vuelta, la vio en la esquina. Las llamas de su pelo azotaban las paredes y hacían arder el musgo que crecía en la roca. La cueva se llenó de humo enseguida.

—Puedo olerte —dijo la empusa—. ¡No puedes esconderte de mí, mortal!

Meg comenzó a toser, con los ojos cubiertos de humo. Se apoyó en la pared para mantenerse en pie. Le sangraba la pierna, sin duda indicándole con su aroma a la empusa su situación exacta, y tenía la piel de los brazos tan maltrecha que sentía como si aún estuvieran ardiendo. Cada vez había más humo en la cueva, de modo que ya no podía ver.

«He fracasado —pensó—. Ni flauta ni salida. Moriré en esta cueva». A Meg empezaban a cerrársele los ojos.

—¡Estate alerta, Megara! —dijo una voz, que la hizo abrir los ojos y mirar alrededor, aunque todo lo que veía era humo—. Sigue adelante. Date prisa, ya casi has llegado.

Meg dio un paso adelante y se cubrió la boca con el brazo mientras tosía sin parar. Entrecerró los ojos y divisó una forma que se acercaba. Se detuvo justo frente a ella.

—¡Peg! —exclamó, y subió a su lomo mientras luchaba contra el dolor—. Me alegra que no me hayas hecho caso. Tenemos que salir de aquí.

Pegaso echó a galopar por el camino. Entonces, Meg oyó un grito. La empusa los estaba alcanzando y trataba de alzar el vuelo por la cueva con las alas plegadas. Emergió de la oscuridad chorreando sangre por los colmillos.

Cuando Pegaso dobló la esquina, Meg ya veía luz y oía la cascada.

—¡Muévete, Peg! Ya casi estamos ahí —exclamó.

En ese momento, el caballo se sacudió hacia atrás. La empusa lo tenía agarrado por la cola. Meg rebuscó en su saco, cogió otra piedra y se la lanzó a la criatura. La empusa gritó y los soltó.

—¡Más deprisa! —gritó Meg.

El caballo batía sus alas con fuerza y se sacudía a derecha e izquierda para escapar, pero la empusa ya rugía de nuevo tras ellos y logró agarrarle

la túnica a Meg, que se la quitó de encima con una mueca de dolor por el repentino gesto.

—¡Peg! —gritó cuando la empusa volvía a intentarlo.

Tomando impulso, Pegaso llegó corriendo hasta la cascada, saltó directo a ella y emergió al otro lado. La corriente era lo único que le hacía falta a Meg para recuperarse: el agua bañando sus heridas le dio unos instantes de alivio. El aire limpio le llenaba los pulmones, y parpadeó con fuerza tratando de deshacerse de la sensación de tener humo en los ojos.

Entonces, oyó a la empusa chillar. Salió de la cascada justo tras ellos y alzó el vuelo con sus enormes alas, siguiendo el ritmo de Pegaso. El caballo resolló.

—Ya lo sé. ¡Salgamos de aquí! —exclamó Meg.

Deseaba más que nada que Peg la sacase de la isla y la llevara... ¿adónde? Si se iba de Koufonisia sin la flauta, su misión habría terminado. Volvió a mirar a la empusa y vio que el aulós aún colgaba de una correa en el pecho del animal. ¿Tenía alguna posibilidad de cogerlo? «Piensa, Meg», se dijo. Echó un vistazo alrededor buscando inspiración y divisó otra cueva al borde de uno de los acantilados. Sobre ella, había unas cuantas rocas. Aquello le dio una idea.

—¡Espera! ¡Peg, nuevo plan! ¡Gira con fuerza a la izquierda; vamos a esa cueva! —gritó Meg.

Pegaso comenzó a bufar, furioso.

—Sí, ya sé que casi morimos, pero necesito la flauta. ¡Tengo que intentarlo!

Peg continuó en dirección al horizonte. Por un instante, Meg pensó que iba a ignorarla, pero entonces el caballo descendió en picado. Meg se sujetó a él antes de que virase a la izquierda. La empusa soltó un grito y fue tras ellos.

—Sí, nos está siguiendo. Mantén a esa criatura alejada.

Peg se movía a toda velocidad arriba y abajo, por entre las nubes y alrededor de ellas. Se aproximaban muy deprisa a la cueva. Meg se agarró con fuerza al cuello del animal. Estaba decidiendo su próximo movimiento cuando notó la sacudida. Peg se golpeó tan fuerte que cayó de lado, y casi la tira. El caballo chilló, y Meg vio un tajo en su costado.

—¡Peg! —gritó cuando Pegaso comenzaba a girar en espiral, cayendo a toda velocidad.

Meg estaba segura de que se estrellarían contra la roca, pero el caballo se las arregló para recuperar el equilibrio en el último momento y llegó como pudo hasta la cueva. Meg miró alrededor. La entrada era bastante amplia. Si la empusa entraba volando, con un poco de suerte, podían salir también volando justo al mismo tiempo y... ¡PUM!

La empusa se estrelló con Pegaso y tiró a Meg al suelo, donde se golpeó con fuerza. Le zumbaban los oídos y veía la cueva borrosa mientras oía los gritos y resoplidos nerviosos de Peg. Al parecer, la empusa había chocado contra el muro de la cueva y yacía inconsciente. Meg se esforzó por levantarse y dio gracias al ver a Pegaso aproximándose a ella. Sabía lo que significaban sus resoplidos: «Vámonos de aquí, no sobreviviremos a un segundo ataque». Tenía razón, pero no podía irse sin la flauta. Se abalanzó sobre el instrumento, que la criatura aún llevaba colgando, y agarró con fuerza ambas cañas. Luego dio un fuerte tirón a la correa y liberó el aulós. La empusa se removió al instante, y sus miradas se cruzaron: una violeta y la otra de un ardiente rojo. Meg dio un salto y echó a correr.

—¡Peg, vamos! —gritó Meg corriendo tras el caballo, que dudaba entre esperarla o echar a volar.

Meg alcanzó desesperadamente la crin del caballo, aunque la empusa le agarró la túnica. Soltó un grito y Peg comenzó a correr con ella colgando de su cola. Al final, Pegaso salió de la cueva y alzó el vuelo. Iba más despacio debido a sus heridas, pero aun así consiguió escapar de allí y volar cada vez más alto. Sin embargo, no estaban en el claro del bosque. Meg sabía que, si

no lograban deshacerse de la empusa de una vez por todas, los seguiría hasta acabar con ellos. Al bajar la vista, vio las rocas. Ni siquiera lo pensó: se dejó caer, sabiendo que Peg la seguiría. Y así lo hizo: el caballo resoplaba frenéticamente mientras caía en picado, pero Meg ya estaba metiendo la flauta en su saco. Luego, colocó una enorme roca en el borde del precipicio.

—¡Deprisa! ¡Ayúdame!

Peg empujó la roca con el hocico hasta que comenzó a rodar. Meg oía los gritos de la empusa y supo que se estaba acercando.

—¡Sigue! —gritó.

Le ardían los brazos y todavía le sangraba la pierna, y Pegaso estaba herido, pero juntos lograron hacer rodar la más grande de todas las rocas hasta el acantilado. Entonces, Meg se quedó de pie en el borde, convirtiéndose en el objetivo. «Ven a por mí», pensó.

Al asomarse, vio a la empusa volando hacia arriba con las garras fuera para cogerla. La roca debía caer por el precipicio en el momento justo, o no la alcanzaría. «Espera —pensó Meg mientras se acercaba—. Espera». Peg la miraba esperando indicaciones. La empusa estaba muy cerca, dispuesta a atraparla.

—¡Ahora! —gritó Meg.

Ella y Pegaso lanzaron la roca por el precipicio. La empusa solo fue consciente de lo que estaba sucediendo cuando ya era demasiado tarde. La criatura abrió mucho sus ojos rojos cuando la roca dio en el blanco y la lanzó directa hacia el suelo.

Meg cayó de rodillas al ver cómo el cabello de la empusa se consumía en llamas. Luego miró a Peg con sorpresa y alivio, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Con las manos temblorosas, sacó la flauta doble de Atenea del saco y la levantó hacia el cielo, como esperando que Hera apareciese y elogiara su trabajo.

No ocurrió nada.

Peg se acercó despacio, abatido. Meg se desplomó en el suelo. Su pecho subía y bajaba a toda prisa. Le dolía tanto que apenas podía respirar. «¿Y ahora qué?», pensó. De repente, se acordó del reloj de arena y lo buscó en el saco. Había una capa de arena rosa en el fondo difícil de ignorar.

Por mucho que a Meg le molestara reconocerlo, Hércules tenía razón: necesitaba ayuda. Nunca sobreviviría a otro ataque como ese ella sola. Levantó la vista hacia el claro cielo azul y suspiró con fuerza. Peg la miró. Sabía lo que tenía que hacer, pero no le gustaba. En absoluto.

—Pegaso, llévame hasta ese sátiro cascarrabias antes de que cambie de opinión.

Siete: El gran Filoctetes

«Aaaah, ¡esto es vida!», pensó Fil tumbado en su hamaca. Se colocó las manos tras la cabeza y dejó colgar su enorme barriga para que el resto de la isla la viera. Por suerte, no había nadie en aquel paraíso a excepción de él, algunas cabras y un grupo de ninfas, aunque eso iba a cambiar pronto. ¡En cuanto se corriera la voz de que, gracias a él, Hércules había pasado de ser un donnadie a un superhombre, y luego se había convertido en dios, todo el mundo alabaría al gran Filoctetes!

No era por presumir, pero él era algo así como una leyenda viva; eso les decía a aquellas ninfas que llevaba años persiguiendo en la isla, sin éxito. Odiseo, Perseo y lo que quedaba de Teseo caerían en el olvido. Su trabajo con Hércules sería lo que el mundo recordase. Cuando al fin llegara al Inframundo, seguro que acabaría ascendiendo a los campos Elíseos. Y vaya si tendría historias que contar. ¿Cuántos sátiros visitaban el monte Olimpo? Había presenciado la gloria de Hércules y había tenido delante de sus propios ojos al poderoso Zeus y a Hera. Claro que también se sentía un poco mal por haberse ido sin despedirse del chico, pero no quería tener nada que ver con todo aquello de Meg. ¡Cielos!, Zeus estaba que echaba humo cuando el chico le había pedido seguir siendo mortal, ¿y quién podía culparlo, después de todo lo que ambos habían hecho por Hércules? ¡Cómo se atrevía! Iba a intentar olvidarse de que el chico había tomado la peor de las decisiones. Zeus le había dicho que no, y tenía la última palabra.

Fil cerró los ojos. Estaba a punto de quedarse dormido cuando oyó a los pájaros cantar como locos. Se espabiló de golpe y echó un vistazo

alrededor. Una figura blanca que le resultaba familiar sobrevolaba el mar Egeo.

—¿Pegaso? —Fil se rascó una oreja—. ¿Qué estás haciendo...?

Divisó algo desplomado sobre el lomo del caballo y se quedó paralizado. ¿Qué era aquello? ¿Y por qué Pegaso descendía tan deprisa en un ángulo tan pronunciado? Fil dio un balido y saltó de la hamaca justo antes de que el caballo se estrellara contra ella y quedase tirado en el suelo. Pegaso tenía un corte en el costado izquierdo y respiraba con dificultad, lo cual era preocupante, pero todavía más a quien transportaba. Tan pronto como Fil vio el cabello pelirrojo supo de quién se trataba. Aquella mujer.

—Oh, no —dijo Fil retrocediendo—. No, no, no. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué quieres? —Se puso colorado, a juego con su mitad inferior, de un castaño rojizo.

Aquella mujer suponía problemas, y él ya tenía suficientes, por lo menos para tres vidas. La pelirroja levantó la cabeza para mirarlo, y Fil se dio cuenta de lo pálida que estaba. Tenía cardenales en las piernas y quemaduras en los brazos. ¿En qué lío se habían metido Pegaso y ella? ¿Acaso no la había salvado Hércules del mismísimo Hades?

—Fil —dijo la pelirroja con dificultad, intentando bajarse de Pegaso—. Yo...

—No me interesa —la cortó Fil—. No me importa lo que haya pasado. El negocio está cerrado, querida. —Miró a Pegaso—. Voy a curar a mi amigo y después ambos seguiréis vuestro camino hacia Tebas o a dondequiera que os dirigieseis antes de que, sin duda, os metierais en algún lío.

La pelirroja no protestó, y a Fil le pudo la curiosidad.

—¿Qué os ha ocurrido a vosotros dos, si se puede saber?

La pelirroja entreabrió los ojos y luego los cerró.

—Hércules me pidió que viniera aquí primero, pero no le hice caso —dijo tratando de desmontar de nuevo, poniendo una mueca de dolor.

Fil abrió los ojos de par en par.

—¿Esto es culpa de Hércules? Ya verás cuando pille a ese chico. ¡Decirte dónde vivo! ¡Mandarte aquí con su caballo!

—Él tenía razón —dijo la pelirroja bajando lentamente del lomo de Pegaso—. Necesito... ayuda. —Se tambaleó hacia él.

—¡Qué pena! —dijo Fil—. Búscate a otro que haga el trabajo sucio por ti, sea el que sea. Ya me has causado suficientes problemas. ¿Por qué iba yo a...?

La pelirroja rebuscó en el saco que llevaba a la cintura y sacó la flauta doble. Fil abrió los ojos como platos al reconocerla.

—Un momento —dijo Fil—. ¿Es la de... Atenea?

Antes de que la pelirroja pudiera responder, se desplomó a sus pies.

¿Qué otra elección tenía después de aquello? No podía dejar que muriese otra vez.

Bueno, quizá lo hubiera considerado durante un instante, pero nadie podría culparlo por ello.

Ambos estaban maltrechos. Los llevó a casa para curarlos, pero su puerta era del tamaño de una chinche en comparación con el conjunto. Vivir en el hueco de la cabeza y los hombros de una estatua tenía sus inconvenientes. Encontró refugio para Pegaso bajo un grupo de árboles cercanos y, gracias a algunos cuidados, el caballo se iba recuperando. Sin embargo, a la pelirroja le estaba llevando más tiempo reponerse. Estuvo inconsciente un día entero antes de que se moviese siquiera, aunque sus remedios para las quemaduras estaban empezando a surtir efecto. Había tenido que enfrentarse a muchos percances durante los entrenamientos a lo largo de los años, así que, por fortuna, se había vuelto muy bueno con los cuidados de emergencia. Pronto estaría en pie y corriendo. Mientras tanto, haría algunas tareas del hogar y estaría cerca de ella. Sin duda, aquel lugar necesitaba una buena limpieza.

A punto estaba de sacar brillo a una de las antiguas espadas de Jasón cuando oyó a la pelirroja carraspear y luego comenzó a toser. Se dirigió hacia la cama con un vaso de agua.

—Bébetelo, te sentirás mejor.

La pelirroja dio un largo trago y luego observó a Fil, confusa.

—Gracias. ¿Dónde estoy?

—En mi casa —dijo, señalando a la habitación de extrañas formas con objetos apilados casi hasta el techo.

Era un poco acumulador, pero ¿cómo iba a desprenderse de cosas como el mástil del *Argo*? Lo exhibía con orgullo, por supuesto, colgando de una cuerda del techo.

Enseguida apareció la característica sonrisa de la pelirroja.

—Te sentías culpable, ¿eh?

—¿Qué otra elección tenía? —preguntó Fil, acalorado—. Si apareciste de súbito sangrando sin parar... No podía dejarte allí.

—¿Dónde está Pegaso? —Meg abrió sus ojos violetas de par en par.

—Está bien. Lo he curado enseguida. Está recorriendo la isla, haciendo algunos vuelos de prueba. Como nuevo.

—Oh, no. —Comenzó a mover mantas y cojines—. ¿Dónde está la flauta?

—Colgada justo detrás de ti, igual que tu saco —dijo señalando la pared—. Debo decir que estoy deseando saber cómo la has conseguido.

La pelirroja abrió el saco. Sacó la orquídea y luego un pequeño reloj de arena. Una cuarta parte del fondo estaba llena, y la arena rosa de la parte superior caía a un ritmo constante.

—Oh, no. No. No. No. No. ¡No! —Miró a Fil, preocupada—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un día. ¿Por qué? —Señaló el reloj de arena—. ¿Qué es lo que cuenta esa cosa?

La pelirroja movió despacio las piernas hacia un lado y se fijó en las vendas que llevaba.

—Tengo un plazo —dijo, con frustración—. Y he perdido todo un día aquí tirada.

—No es que te haya invitado. Fuiste tú quien se presentó aquí. ¿Quieres irte? ¡Vete! Tengo cosas que hacer.

Fil cogió el vaso de agua de al lado de la cama y cruzó la habitación arrastrando las patas.

—No, Fil, espera. —La pelirroja suspiró y trató de levantarse con cuidado—. Lo siento, ¿vale? Si no hubieras estado allí cuando Pegaso y yo aterrizamos...

Fil se cruzó de brazos.

—¡Probablemente estarías de regreso al Hades!

La pelirroja cerró los ojos, tratando de no pensar en aquello.

—Estás en lo cierto. Te debo una por habernos salvado. Y, si hubiera escuchado a Hércules y hubiese venido aquí primero, tal vez no habríamos estado a punto de morir a manos de una empusa.

Fil cayó sobre sus cuatro patas.

—¿Os habéis enfrentado a una empusa y habéis sobrevivido? ¿Cómo?

La pelirroja levantó la barbilla, desafiante.

—Hércules me dio una honda, y yo improvisé el resto.

Fil se echó a reír a carcajadas.

—¿Una honda y el ingenio?, ¿contra una empusa? Necesitabas una armadura resistente al fuego, y al menos tres espadas, y arco y flecha para perforar sus alas. Y un plan de escape suicida. —Movió una mano con autosuficiencia—. Esas cosas atraen a los inocentes hasta las cuevas y los atrapan allí.

—Ya, lo hemos aprendido de la forma más difícil. —Hizo una pausa—. Mira, no se me da bien pedir favores. —Se soltó el pelo, y Fil supo de inmediato que volvía a sentirse ella misma—. Pero ese es el motivo por el

que estoy aquí, así que no volveré a meter la pata. —Bajó la vista al suelo un momento y luego lo miró—. ¿Me prestarías tu ayuda?

—¿Yo ayudarte a ti?, ¿con qué? —Meneó la cabeza; ¿estaba pensando en complacerla?—. No puedo, estoy retirado.

—Enhorabuena. Escucha, no se trata de un trabajo a largo plazo. Hablamos de ocho días como mucho. La versión abreviada de lo que fuera que hiciste con Hércules.

Fil resopló.

—¿Ayudarte a convertirte en heroína en ocho días? No es posible. Ni hablar. Lo siento, señorita.

La pelirroja echó la cabeza hacia atrás, disgustada.

—¿En qué estaba pensando al negociar con un sátiro? Me largo de aquí. Cogió el saco y la flauta, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Muy bien! —soltó Fil.

Vaya agradecimiento le estaba dando. Que se fuera. En ocho días... no podía hacerse. Fil se rascó el cuerno derecho.

—Oye, ¿y por qué solo tienes ocho días?

La pelirroja se detuvo junto a la puerta sin mirarlo.

—Es una misión para Hera.

—¿Una misión para Hera? —Fil se echó a reír—. Más quisieras.

El sátiro se dio la vuelta, cogió un trapo y comenzó a lustrar un escudo de oro. La égida mostraba la cabeza de Medusa, otra de sus más preciadas posesiones.

La pelirroja se dio la vuelta con los ojos brillantes.

—Es cierto. —Fil continuó riendo mientras ella abría la puerta—. Olvídalo. Pegaso y yo nos vamos.

Se dirigió al exterior. Fil la siguió y vio a Pegaso trotando hacia ella. La pelirroja le acarició la crin, y él resopló con suavidad. Trató de montarse en el caballo, aunque puso una mueca de dolor.

—Oye, chica, si quieres quedarte un poco más hasta que te recuperes del todo... —comenzó a decir Fil.

La pelirroja negó con la cabeza.

—No pasa nada. No quiero abusar de tu hospitalidad. Gracias, Fil —dijo guardando la flauta en su saco. Acarició la crin de Pegaso y se preparó para tratar de subir a su lomo de nuevo—. Tenemos que irnos.

De pronto, Fil se dio cuenta de que, si se iba, nunca sabría en qué consistía todo aquello.

—Oye, ¿de qué va esa supuesta misión?

La pelirroja no respondió.

—Vamos, te he curado. Lo menos que puedes hacer es contarme qué es lo que te ha pedido Hera que hagas.

—Hera me pidió que encontrase la flauta doble de Atenea. Una vez que lo hiciera, dijo que sabría cómo continuar, pero no tengo más noticias. —La pelirroja miró hacia el cielo buscando respuestas—. Supongo que pensaba que debías estar a mi lado sin importar lo que sucediese, así que aquí estoy. Ha sido una idea estúpida.

Fil casi se cae de espaldas. La pelirroja acababa de dedicarle un cumplido.

—Pero ¿para qué es la misión? —insistió—. Los dioses no van por ahí pidiendo favores sin dar nada a cambio.

La pelirroja se apartó unos mechones de la cara.

—Hera dijo que, si probaba mi valía, me convertiría en diosa para que Hércules y yo pudiésemos estar juntos.

Fil casi se cae de nuevo.

—Sagrada Hera.

La pelirroja asintió.

—Eso mismo pensé yo.

Fil se dejó caer sobre un trozo derrumbado de la estatua en la que vivía.

—Eso significa que el chico y tú podríais estar juntos para siempre. —
Creyó notar la inquietud de la joven—. No me extraña que hayas acudido a
mí en busca de ayuda. No puedes llevar a cabo una misión como esta tú
sola.

La pelirroja lo miró con recelo.

—Oye, no sé si te acuerdas, pero sobreviví al Inframundo yo solita.

Tanto si estaba preparada para la tarea como si no, nadie rechazaba a una
diosa, y menos a una que le ofreciera aquella clase de recompensa. Si Hera
le había encomendado una misión, tal vez hubiese visto algo en la pelirroja
que él no veía.

—¿Has comprobado si hay algún mensaje oculto en la flauta o una nota
en la correa?

—No. —La pelirroja la cogió del saco y le dio vueltas con sus manos
heridas—. No veo nada.

Fil siguió pensando.

—¿Has probado a tocar?

—No creo que eso sirva de nada —dijo con una extraña expresión.

—¿Cómo estás tan segura? ¿Sabes hacerlo?

La pelirroja dudó.

—Sí, pero...

—Sopla esa cosa —dijo Fil con impaciencia—. Quizá Hera quiera oírte.

Meg suspiró. Parecía incómoda observando el instrumento.

—De acuerdo, pero no esperes demasiado.

La primera nota sonó demasiado fuerte y desafinada, aunque después
pareció encontrar el tono y enseguida emitió unas cuantas notas bastante
agradables. No tocó el tiempo suficiente como para que él se hiciera una
idea de sus habilidades. Cuando hubo terminado, levantó la flauta y puso
una mueca.

—¿Feliz?

—No.

La pelirroja, Fil y Pegaso se dieron la vuelta.

Atenea, diosa de la guerra y la sabiduría, estaba en carne y hueso frente a ellos.

Ocho: Guerra

Meg supo que se trataba de Atenea nada más verla. Como la mayoría de los griegos, había visto muchas estatuas que representaban a la diosa en las que esta aparecía con un mochuelo posado sobre sus musculosos hombros y un escudo preparado en una mano. Utilizó la otra para señalar a Meg.

—¿De dónde has sacado esa flauta, mortal?

Atenea estaba plantada frente a ellos al borde del precipicio, de espaldas al sol. Su cuerpo lavanda resplandecía, y su cimera y guantes de plata eran prácticamente fluorescentes. Llevaba una coraza sobre la túnica y un casco azul marino que contrastaba con su cabello, del color del cielo. Sus oscuros ojos no parecían en absoluto conformes.

Pegaso iba de un lado a otro con inquietud, y Fil se quedó tan quieto como una estatua mientras Atenea se aproximaba.

—Te he hecho una pregunta: ¿de dónde has sacado mi aulós?

Meg enseguida reaccionó y dijo:

—Lo he recuperado de una empusa que lo ocultaba en la isla de Koufonisia.

Atenea dio un paso hacia atrás. Parecía estar midiendo a Meg.

—¿Tú?, ¿una mortal le ha robado mi flauta a una empusa?

A Fil se le escapó un balido.

—Es difícil de creer, Atenea, lo sé, teniendo en cuenta que yo, el gran Filoctetes, no la he entrenado, pero esa es la historia que me ha contado a mí también.

—Gracias, Fil —dijo Meg con sequedad—. Es cierto, aunque, como puedes ver, me habría venido bien algo de ayuda —dijo moviendo sus brazos vendados—. ¿Has venido a ofrecerme consejo?

—Depende —dijo Atenea—. ¿Qué es lo que quieres, Megara?

«Sabe quién soy».

—¿Qué es lo que quiero? —repitió Meg, no muy segura.

—Sí. —Atenea se acercó y la miró a los ojos—. ¿Qué es lo que quieres? —dijo pronunciando muy bien cada palabra.

Meg se lo pensó muy bien antes de responder.

—Lo que quiero es saber cuál es la siguiente parte de mi misión. ¿Has venido a decírmelo?

Atenea suspiró con impaciencia.

—¿Y por qué quieres saberlo?

Lo que decía aquella diosa no tenía ningún sentido. «Para que pueda completar mi misión», pensó Meg, aunque sabía que aquello no era lo que Atenea quería oír.

—Para poder estar con Hércules —acabó soltando Fil, y le dirigió una mirada a Meg—. ¿Cómo es posible que no entiendas la pregunta?

—¿Es eso lo que quieres, Megara?, ¿estar con Hércules y ser una diosa, igual que él? —preguntó Atenea con la voz tensa.

«Di que sí —pensó Megara—. Aunque, si se da cuenta de que pareces insegura, lo sabrá; es una diosa, lo sabe todo».

—Eso creo —dijo.

Fil se tapó los ojos, aunque Atenea, sorprendentemente, parecía satisfecha.

—¡Al fin una respuesta de verdad! —El mochuelo de Atenea empezó a ulular—. Aprecio tu sinceridad, Megara, pero la verdad solo puede servirte hasta cierto punto. —Señaló con un dedo el pecho de Meg—. Eres una mortal que no sabe lo que quiere, y por eso careces de propósito. ¿Cuál es

tu motivación? ¿Cómo esperas llevar a cabo una misión como esta si no tienes nada por lo que luchar?

—Tengo propósito y motivación —dijo Meg de mala gana, cruzándose de brazos.

—¿Ah, sí? —preguntó Atenea casi burlándose—. ¿Por eso has tocado mi flauta así de *bien* al tener la oportunidad? Las dos sabemos que sabes tocar.

—¿Sabes? —preguntó Fil—. No lo parecía. Sin ofender.

Meg se puso un poco colorada.

—Ya no toco la flauta.

—No porque no sepas, sino porque has perdido la motivación —señaló Atenea—. He ahí el problema.

—¿Y por qué has dejado de tocar? —quiso saber Fil.

—No importa —dijo Meg ignorando la pregunta.

A Atenea le brillaban los ojos.

—Al contrario, es muy importante. Vas a ir a la guerra, Megara, y en la guerra tienes que luchar por aquello que quieres, o perderás la batalla con tanta rapidez como una espada atraviesa el aire.

Meg reprimió un suspiro, con cuidado de no ofender a la diosa que estaba frente a ella. «¿Qué es lo que quiero? —se preguntó a sí misma—. Me importa Hércules, pero estamos empezando a conocernos. ¿Cómo sé si quiero estar con él para siempre? ¿Cómo sé en realidad si sería una buena diosa? Supone un gran compromiso, ¿y desde cuándo se me dan bien?».

—¡Bien! —Atenea asintió en señal de reconocimiento—. Por fin estamos llegando a alguna parte. Sin cuestionarte dónde has estado, nunca entenderás hacia dónde debes ir.

Meg trató de no parecer sorprendida. Así que Atenea podía leer sus pensamientos. Supuso que tenía sentido; le había rezado antes a los dioses esperando respuestas, y una de ellas resultaba estar justo enfrente en ese momento.

—Esperad, ¿qué me he perdido? —preguntó Fil.

Ambas mujeres lo ignoraron.

—Pero ¿cómo voy a saber lo que quiero si no tengo tiempo para pensar en ello? —quiso saber Meg.

—La guerra no espera por nadie —dijo Atenea—. Tienes un plazo determinado. Para encontrar respuestas, debes mirar tanto al pasado como al futuro en busca de guía.

Meg seguía sin estar muy segura de entenderlo. ¿Cómo se suponía que iba a entender algo como el amor? ¿Cómo iba a saber lo que quería de Hércules, de sí misma? ¿Cómo iba a ser una diosa igual que Atenea si no tenía las respuestas a aquellas preguntas?

—Sí, justo así —dijo Atenea, de nuevo pareciendo leerle el pensamiento—. Cuantas más preguntas, mejor. Quiero ver fuego en tus entrañas, Megara. Sé que lo tienes; de lo contrario, no habrías sido capaz de vencer a la empusa. —La diosa examinó a Meg—. Tal vez Hera estaba en lo cierto al depositar su fe en ti. Si haces lo que te digo, te irá bien en el viaje que te espera.

Meg respiró hondo. ¡La siguiente parte de su misión!

—¿Qué tengo que hacer?

Fil, Pegaso y Meg fijaron los ojos en Atenea. Su túnica ondeaba por la ligera brisa mientras parecía reflexionar sobre la pregunta. Al fin habló.

—Debes ir al Inframundo y recuperar un alma perdida.

Meg sintió que la tierra bajo sus pies se alejaba de ella. Se le secó la boca.

—¿El Inframundo?

Aquello tenía que ser una broma macabra. No era posible que Hera esperase que viajara a la Tierra de los muertos y fuese capaz de regresar por tercera vez.

—¡Pero si acabamos de sacarla de allí! —exclamó Fil.

¡Exacto! Meg quería llorar, aunque estaba demasiado atemorizada como para hablar.

—Las misiones no son para los pusilánimes —se limitó a decir Atenea.

Hades no permitía que las almas entraran o saliesen. Caronte, el barquero, solo transportaba a los muertos y, aunque alguien lo sortease, allí estaba el perro de tres cabezas, Cerbero, en la entrada del Inframundo, para mantener a los mortales fuera. Aquella era una misión imposible. Meg se frotó las vendas del brazo, tratando de que no se notara su miedo.

—¿Sabes qué alma estamos buscando? Por desgracia, el Inframundo es un sitio bastante grande.

Atenea clavó la punta de su espada en la arena y se puso firme.

—Su nombre es Katerina. Creo que le robó el corazón a alguien a quien amabas.

—¿Katerina? —Meg sintió que el mundo empezaba a darle vueltas.

Fue a buscar a Peg. Sentía que iban a fallarle las rodillas.

—¿Katerina? —repitió Fil—. ¿Quién es Katerina?

Meg no estaba segura de poder responder aquella pregunta sin abrir la caja de Pandora.

—Me dejó por Katerina.

Fil se rascó el cuerno derecho.

—¿Hércules?

—No. —Megara notaba su propia impaciencia; sentía opresión en el pecho y de pronto le costaba respirar—. Egeo.

—¿Quién es Egeo? —preguntó Fil.

Meg no era capaz de hablar. Atenea tuvo que hacerlo por ella.

—Es por quien Megara entregó su alma.

Nueve: A vida o muerte

Años antes

A la deriva. Así es como Meg describiría más tarde los años posteriores a la muerte de su madre. Era un barco perdido en el mar sin ningún puerto donde anclar, de ciudad en ciudad, sin quedarse nunca demasiado tiempo en el mismo sitio. Sus razones para ser nómada no eran las mismas que las de su madre. No, Meg se ponía en marcha cada vez que algo le recordaba su antigua vida con Thea. Podía ser una canción tarareada por las mujeres mientras lavaban o la forma en que una niña pelirroja llamaba a sus padres, o incluso el hecho de ver flores frescas en el mercado, y cuando Meg sentía aquello no podía quedarse. Estuvo huyendo del fantasma de su madre hasta que no pudo correr más, y en sus viajes solo llevaba una cosa de su antigua vida: la flauta oxidada que Thea le había regalado.

Hacía sonar aquella flauta hasta que le salían callos y le sangraban los dedos. Convertía su dolor y su pena en música, creando melodías que tocaba al atardecer, a mediodía y en mitad de la noche. La habilidad que un día había rechazado por haberle costado los huevos de una semana de pronto se convirtió en su más preciada posesión, y su madre resultó tener razón en una cosa: la música la había salvado. Meg no era de las que aceptaban limosna ni estaba dispuesta a confiar en la bondad de los extraños. No. Su madre la había avisado acerca de vivir de aquella forma. En su lugar, usaba la música para pagar la renta y la comida. Y, con la edad

y su talento, recibía cada vez más invitaciones para tocar la flauta junto con otros músicos.

En uno de aquellos conciertos conoció a Egeo.

—Tienes un don —recordó que le había dicho una noche mientras se dirigía hacia el escenario del anfiteatro—. Un don que no deberías desperdiciar tocando sola. Toca conmigo.

Recordaba haberse sentido molesta por sus palabras. Lo había visto antes aquella noche. Tocaba el laúd como ningún otro músico que hubiera conocido, y no pudo evitar quedarse prendada de su cabello oscuro y sus ojos verdes, que destacaban en su piel morena.

—Algo atrevido, ¿no te parece, ricitos?

Él le dedicó una media sonrisa.

—Tenía que decir algo para evitar que te fueras. —Extendió una mano—. Me llamo Egeo.

Ella vaciló un momento antes de estrechársela.

—Megara.

En cuanto sus dedos tocaron los suyos, dejó de estar a la deriva. Por primera vez desde la muerte de Thea, Meg se abría a otra persona. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había tenido compañía, tanto que casi había olvidado cómo era conectar con otro ser humano. No pasó mucho tiempo hasta que estuvieron tocando juntos en un escenario, y Megara se enamoró de él, a pesar de su buen juicio. Su madre le había dicho que nunca depositara su fe en otra persona ni confiara en nadie, y allí estaba ella, haciendo planes con un hombre que apenas conocía. Sin embargo, Egeo no era como el padre de sus vagos recuerdos. Nunca levantaba la voz y solo lo había visto enfadado una vez, cuando un mercader se había negado a pagarles por una actuación. La vida con Egeo era sencilla, y no estaba mal tener a alguien con quien crear música.

—Tus habilidades me hacen sentirme una impostora —se lamentó Meg una noche.

Egeo había se había lucido componiendo un arreglo rápido, y ella no estaba muy contenta.

—Te subestimas —le dijo Egeo—. ¡Eres buena!

—Soy aceptable.

—¡Eres magistral!

—Soy tu aprendiz —lo rebatió, acurrucándose en su pecho, frente al fuego que Egeo había encendido.

—No digas eso. —Egeo le pasó la mano por el pelo—. No te conviertes en una maestra comportándote como una...

—Aprendiz —dijo Meg acabando la frase, uno de sus dichos preferidos—. Lo sé.

Egeo cogió de nuevo el laúd; rasgaba tan deprisa las cuerdas que parecía que el instrumento tocara solo.

—Eres autodidacta, Megara. Nunca has tomado ni una sola clase. Un talento así es un don de las musas. Quién sabe, quizá algún día tus habilidades te ayuden a dormir a Cerbero.

—¿Y por qué iba a necesitar aprender a dormir a Cerbero? —respondió ella riendo.

—Orfeo lo hizo —le recordó Egeo—. Cuando su amada Eurídice murió, tocó una melodía tan hermosa que engañó a Cerbero para que dejase pasar a un mortal al Inframundo a recuperar su alma. —Alargó la mano y le acarició la mejilla—. Si alguna vez llega el momento en que tenga que hacer lo mismo, mi amor, por una vez tocaré como un maestro y navegaré junto a Cerbero mientras duerme para ir a buscarte.

Megara le cogió la cara con ambas manos.

—Yo haré lo mismo por ti.

Egeo había reparado su corazón roto. ¿Qué más podía desear en la vida? Sabía que pronto le pediría la mano —lo insinuaba a diario—, y ella sin duda aceptaría. ¿Aprobaría su madre el matrimonio, el hecho de que confiase en alguien? Probablemente no, aunque Thea no siempre tenía

razón, ¿verdad? Egeo jamás la traicionaría. Sin embargo, el resto del mundo sí podía hacerlo.

Un día, Egeo cayó gravemente enfermo. Meg trató de conseguir ayuda, aunque no podía costearse las hierbas medicinales. Acudió a sus compañeros músicos, pero la ignoraron.

—Si está enfermo, es un castigo de los dioses —dijeron unos cuantos de ellos con ciertos celos en la voz.

Nunca les había gustado que Egeo destacara más que ellos en el escenario.

—Entonces, si se pone bien, ¿es un regalo de los dioses? —arguyó enfadada, aunque no esperó respuesta.

¿Por qué iban los dioses a castigar a Egeo? No había hecho más que brindarle alegría y ofrecer al mundo una conmovedora y maravillosa música. A pesar de la discusión, comenzó a rezarle a cada dios que se le ocurría para que lo curase. Aun así, Egeo empeoró.

Mientras yacía en la cama, esforzándose por respirar, Meg pensó en su madre. «Ya te lo dije —le habría dicho—, nadie te ayudará. La gente no es buena. No puedes confiar en los demás».

«Pero Egeo sí es bueno —le respondió a la voz de su cabeza—. Merece vivir. ¡Lo necesito! Por favor, dioses, salvadlo». Sin embargo, la enfermedad de Egeo no hizo más que agravarse.

«Quizá esté rezando a los dioses equivocados», se temió una noche cuando pensaba que Egeo estaba a punto de expirar. Sus amigos lo habían abandonado, no tenían dinero para el tratamiento y nadie acudía en su ayuda. Tal vez hubiese otra forma. «Cerbera», musitó, pensando en el Inframundo. Sus pensamientos se habían vuelto oscuros y el camino de tinieblas no conducía sino al dios del Inframundo. Acercó los labios a la flauta y tocó su melodía más preciada en honor de Hades: *La suerte de un lirio blanco*.

«Hades, si le salvas la vida a mi amado, te daré lo que me pidas —rezó en silencio mientras tocaba la flauta—. No te lleves a Egeo demasiado pronto, como hiciste con mi madre. Te daré cualquier cosa».

«¿Cualquier cosa?», preguntó una voz en su cabeza. Meg levantó la vista y dejó de tocar. ¿Estaba aquella voz en su cabeza o al fin un dios respondía a sus plegarias?

—Cualquier cosa —repitió, esa vez en voz alta, sosteniendo con fuerza las manos de Egeo para evitar que temblasen.

«¿También tu alma?», preguntó la voz.

Meg bajó la vista hacia Egeo, tan pálido y débil que no aguantaría otra noche. Lo amaba como a ningún otro. Él le había dado mucho los últimos meses: compañía, inspiración..., un hogar. No podía imaginarse el mundo sin él.

—Sí —dijo con firmeza.

Fue la última palabra que pronunció antes de que, de súbito, su cuerpo se desvaneciera. Alcanzó la mano de Egeo, pero se le escapó de entre los dedos. Su flauta cayó al suelo.

—Espera, espera —suplicó al darse cuenta de lo que estaba sucediendo—. No estoy lista para irme.

Ni siquiera le dio tiempo a ver a Egeo abrir los ojos.

Estaba cayendo, deprisa, en una oscuridad infinita que hacía que sus gritos se apagaran antes de llegar al fondo. Su cuerpo pasó del frío a un inmenso calor. Le ardían los pulmones y estaba segura de que iba a empezar a derretirse, pero siguió cayendo hasta que al fin alcanzó el suelo y sintió la tierra entre los dedos.

Sin aliento, Meg trataba de respirar, dando bocanadas en busca de aire. Se incorporó enseguida y echó un vistazo alrededor.

—¡Egeo! Egeo, ¿dónde estás? —gritó.

Su voz retumbó en la oscuridad, pero no hubo respuesta. Parpadeó unas cuantas veces para acostumbrarse a la falta de luz. Estaba en una cueva iluminada por una antorcha. El aire era denso e insoportablemente caliente, y oía gritos a lo lejos. De pronto, tres figuras encapuchadas aparecieron en la oscuridad. Meg gritó una vez más mientras trataba de refugiarse entre las sombras.

—¿Estáis seguras de que es ella? —graznó una criatura alta y grisácea, cuyas cuencas de los ojos estaban vacías, con la barbilla y nariz afiladas, mientras sostenía unas tijeras entre sus largos y huesudos dedos contra un hilo que tensaban las otras dos.

—Porque si no... zis zas —dijo su compañera, bajita y rechoncha, de piel rosada y con un único ojo en el centro de la frente.

—Hay que dar cuenta de cada alma —dijo la tercera, que no tenía ojos y cuya nariz doblaba en longitud su cara.

—¿Quiénes sois vosotras?! —exclamó Meg—. ¿Dónde está Egeo?

No hubo respuesta.

—Pueden retirarse, señoras —dijo una voz grave en la oscuridad—. Esta me pertenece.

Un dios con los ojos huecos y de cuya cabeza salían llamaradas azules dio un paso adelante. Sonrió, mostrando sus dientes afilados.

—Hola, mi pequeña Meg. Me alegra que hayas podido venir.

—Hades —susurró Meg.

—En carne y hueso —dijo Hades inclinándose—. Y, oye, tú también. Por el momento.

Aquello no podía estar pasando. Había hecho un trato con el demonio, y él había ido a cobrarlo. Meg temía desmayarse. Ella estaba en el Inframundo, y Egeo muriendo en la Tierra.

—¡Egeo! ¡Egeo! —gritó Meg.

Buscó por la roca alguna abertura por la que pudiese correr hasta Cerbero y tocar una melodía para salir de allí, pero... Empezó a palparse,

asustada, y entró en pánico. No llevaba la flauta con ella. Se la había dejado con...

—¡Egeo!

—No puede oírte aquí abajo, nadie puede. —Hades entrelazó sus dedos grises—. Bueno, excepto yo, así que puedes dejarlo ya; no estoy acostumbrado a que las almas estén vivas cuando llegan aquí.

—Ha sido elección tuya —graznó la criatura de nariz afilada.

—¡¿Quién eres tú?! —exclamó Meg.

—Meg, estas son las Moiras. Moiras, esta es Meg —dijo Hades—. Va a trabajar para mí durante un tiempo, siempre que se comporte; si no, será como ellas dicen. —Hizo el gesto de cortar—. Zis zas.

«Las Moiras». Meg siguió retrocediendo hasta que sintió la fría roca en el trasero. Las Moiras no solo lo sabían todo, sino que lo decidían todo, y en aquel momento tenían su vida, literalmente, en sus manos con garras.

—¡Pero, si cumples lo prometido, todo irá bien, genial, magnífico! —dijo Hades.

El dios les quitó el hilo de Meg a las Moiras y se lo guardó.

Las Moiras se fueron arrastrando los pies.

—No te preocupes, el hilo de Egeo sigue intacto. —Aplaudió—. Oye, tienes lo que querías: ¡tu chico está vivo!

A Meg le latía tan deprisa el corazón que pensó que se le iba a parar.

—¿Egeo está bien? ¿Vivirá?

—Sí, y tú también. Técnicamente, claro. Es una situación complicada. —Hades hizo un gesto con la mano y apareció una ráfaga de humo—. Se supone que los mortales no pueden estar en el Inframundo, va contra las reglas y esas cosas. Por eso las Moiras están en pie de guerra y ojo avizor y qué sé yo qué más. Pero no puedo hacer lo que he de hacer yo solo aquí abajo. —Sus ojos se volvieron más amarillos conforme se acercaba a ella—. Necesito a alguien en la Tierra que se encargue de la limpieza, por así decirlo. Están pasando cosas muy importantes. ¡Importantísimas! Es un

momento emocionante aquí en el Inframundo. —Hizo una pausa y la miró, expectante—. ¿No quieres saber por qué?

Meg le devolvió la mirada, aunque no dijo nada. Sus pensamientos iban a toda velocidad mientras trataba de comprender lo que estaba sucediendo. Estaba en el Inframundo. Estaba en el Inframundo. Estaba en el Inframundo.

—Vale, vale, deja de pincharme por todo esto, te estás poniendo en un compromiso tú sola. Por si te interesa, tengo algunos asuntos pendientes con los titanes. Están organizando su vuelta. Por suerte. Y, si todo sale bien, voy a ascender. Podemos dejar los detalles para más tarde. La cuestión es que te estoy ofreciendo un trabajo.

«¿La Tierra? ¿Un trabajo?».

—Entonces, ¿estoy viva? —repitió Meg vacilando.

«Egeo. Tengo que volver con él».

—Viva, sí. ¿Puedes ver a tu chico ahora mismo? No. —El rostro de Hades se oscureció—. Tu alma me pertenece, ¿recuerdas?

Meg se secó el sudor de la frente; tenía tanto calor que no podía soportarlo.

—Pero estoy viva, y eso significa que no puedo estar aquí, ¿no?

Hades se acercó a ella de inmediato entre neblina y le susurró al oído:

—Técnicamente, si alguien descubre que una mortal está aquí, las cosas podrían ponerse bastante feas para mí, pero no vamos a contárselo a nadie, ¿verdad? —Se le borró la sonrisa—. No queremos que nada le suceda a Egeo antes de que pagues tu deuda, sería una auténtica pena, sobre todo después de haberle salvado la vida. Así que todo va bien. De todos modos, voy a mandarte a la superficie para trabajar, lo que significa que saldrás de aquí.

«¿La superficie? ¿La Tierra? ¿El reino de los vivos? ¿Egeo?». Las siguientes palabras le salieron como un torrente.

—Haré lo que necesites para pagar mi deuda, cualquier cosa. Empezaré ahora mismo. Por favor. Solo quiero volver a casa. —Meg odiaba lo patética que había sonado.

Hades la miró.

—No es que no admire la ética en el trabajo, pero ¿estás segura de que quieres volver con ese tipo? —Dio unas vueltas con las manos y lanzó humo hacia una chimenea en un rincón que Meg no había visto hasta entonces, donde apareció una imagen en el repentino fuego—. Parece que ya ha vuelto al mercado.

—¡Egeo!

Meg se abalanzó hacia las llamas azules, aunque retrocedió unos cuantos pasos en cuanto le llegó una oleada de calor. Se agarró los brazos y se fijó en que, a través del fuego, podía ver una imagen tan clara como el día. Ahí estaba su amado, atravesando a toda prisa el mercado del pueblo. ¡Tenía buen aspecto! A Meg se le escapó un sollozo. Egeo estaba muy bien. ¡Hades lo había salvado!

—Un momento —dijo al darse cuenta de algo—. ¿Cómo es que está en el mercado? Estamos en mitad de la noche. —Se acercó—. ¿O ya es de día?

Hades lanzó humo a las llamas y la imagen desapareció.

—¡Sí! El tiempo pasa deprisa aquí abajo. Si quieres que el chico te recuerde, será mejor que te pongas en marcha.

Y así Meg comenzó a trabajar para el dios del Inframundo. Los días pasaban mientras ella conocía a las criaturas más desagradables de toda Grecia, quienes, por lo general, nunca mostraban su rostro a la luz del día. Negociaba con dioses de ríos y arpías, el león de Nemea y el Minotauro para convencerlos de unirse a Hades en su tarea de derrocar al viejo Zeus, y no se sentía para nada mal por lo que estaba haciendo. No había sido Zeus quien había acudido a su ayuda para salvar a Egeo. Había sido Hades. Además, cualquier logro para el dios de allí abajo significaba que estaba un paso más cerca de regresar a su antigua vida con su amado.

Tras siete días a su servicio, Hades la felicitó.

—Una semana juntos, mi cabecita loca —dijo rodeándola con un brazo—. Y vaya semana. Se te da bien el trabajo, pequeña Meg. Has conseguido cinco nuevos aliados en este equipo.

—Sí —refunfuñó Meg zafándose de él—. Y uno de ellos casi me come.

—¿El Minotauro? Es inofensivo, solo quería asustarte. Eh, lo has hecho mucho mejor de lo que pensaba, así que tengo algo para ti.

Se llevó la mano a la espalda y, por entre el humo, Meg vio algo que le resultaba familiar flotando hacia ella.

—Mi flauta —dijo, sorprendida, alargando la mano para coger el precioso instrumento.

La agarró con fuerza contra su pecho y se obligó a no llorar. No le daría a Hades el placer de saber cuánto significaba aquello. Sería una razón más para otorgarle poder sobre ella.

—Pero ¿cómo la has conseguido?

Hades se encogió de hombros.

—Soy el dios del Inframundo, ¿recuerdas? Tengo mis trucos. Aunque he de decir que no es nada agradable a la vista, es una cosa vieja y oxidada.

—Me trae muchos recuerdos —dijo mirando la flauta.

—¿De tu querida mamá? —preguntó Hades.

Meg se quedó paralizada. Lo miró, con una idea descabellada en mente, algo que no podía creer que no se le hubiera ocurrido antes.

—Por favor...

—¡No! No puedes verla. Lo siento. No es bueno para ella ni para ti. Le puse un velo en cuanto llegaste para que no se enterara de tus idas y venidas.

Meg empezó a protestar, y Hades levantó su larga mano.

—Tienes que concentrarte, y Thea solo te distraerá. Además, los residentes se pondrían nerviosos si supieran que hay una mortal entre ellos.

A menos que... —Se acercó a ella—. Quieras quedarte para siempre. Entonces, podría organizar un encuentro.

—¡No! Dijiste que, en cuanto pagase mi deuda, podría largarme de aquí. —Meg frunció el ceño, algo bastante habitual en ella en el Inframundo—. A no ser que quieras que alguien se entere de que estoy aquí —lo amenazó—. Llevo bastante tiempo sin rezarle a ningún dios... —Aquello era lo único que podía usar contra él.

—Ya, lo sé, lo sé, quieres regresar con tu amado —dijo hablando tan deprisa como podía—. Lo echas de menos, él te echa de menos, por lo menos antes..., hasta que la conoció a ella.

Meg se dio la vuelta en un suspiro, con el corazón casi saliéndole por la garganta.

—¿Quién es ella?

—Bueno, no importa. —Hades se encogió de hombros—. No debí haberlo mencionado. Oye, deberíamos repasar la agenda para mañana; necesito que vayas a ver a un grifo.

—¿Quién es ella? —repitió despacio, y el dios se mostró avergonzado—. ¡Hades!

—Vale, vale, no iba a decirte nada porque sé que has estado en el infierno y has vuelto, literalmente. ¡Ja! Pero, bueno, hay novedades respecto a tu chico.

Hades se dirigió hacia el fuego y apareció otra imagen. Meg se acercó con la flauta en la mano.

Egeo estaba de pie junto al mar abrazando a una mujer con una larga melena rubia. No podía oír lo que le decía, pero estaban hablando muy cerca mientras él aproximaba su mejilla a la de ella. Entonces, la mujer le plantó un beso en los labios.

Meg sintió la bilis subiendo por su garganta.

—No. Todo esto no es más que un truco de los tuyos. Egeo me ama, iba a pedirme la mano antes de ponerse enfermo. Solo estás intentando

volverme loca.

Hades parecía desolado.

—Meg, puedo ser muchas cosas: un tipo malo, un embustero, un sinvergüenza, el líder del Inframundo..., pero no soy ningún mago. Esto es real.

Volvió a señalar las llamas azules, y Meg observó con desesperación a Egeo levantando a la mujer en brazos y haciéndola girar. Los dos reían.

—Odio decirte esto, pero el mundo es un lugar cruel. ¿Tu madre nunca te lo dijo?

«Sí», pensó Meg con tristeza.

—No puedes confiar en la gente porque siempre te traiciona. Egeo ha seguido adelante, mi cabecita loca. Es un chico, no saben estar solos, forma parte de su naturaleza.

En ese momento, Meg supo que Hades tenía razón. No se trataba de magia. Egeo no la amaba. Si lo hubiese hecho, no se habría ido con otra mujer una semana después de que ella lo hubiera sacrificado todo para salvarlo. ¡Una semana!

—Mira, sé que esto duele. Has entregado tu alma por el chico, y así es como te lo paga. ¡Au! Pero este hombre no merece la pena. Tú lo sabes. Yo lo sé. Canaliza tu rabia hacia algo con lo que puedas trabajar y completa tu condena para que puedas volver arriba, ¿no es eso lo que quieres?

«Has entregado tu alma por el chico». Cualquier esperanza que le quedase parecía desvanecerse como el infame humo de Hades.

—¿Quién es ella? —susurró Meg.

—Vamos... —Hades parecía triste—. ¿Acaso importa?

—¡Dime su nombre!

Hades suspiró.

—Katerina. Se llama Katerina.

Katerina. Meg bajó la vista hacia la flauta que tenía en las manos y la apretó hasta que los dedos se le pusieron blancos. Su madre tenía razón: la

única persona en la que podía confiar era en sí misma. El amor era para los tontos, y a ella la habían tomado por una.

Meg emitió un sonido gutural, levantó la mano y lanzó la flauta a las llamas mientras Hades la observaba horrorizado. Egeo estaba muerto para ella.

Hay que regresar al trabajo. Meg miró a Hades.

—Cuéntame más sobre ese grifo.

Diez: Una elección fatídica

En la isla de Fil

Meg tenía una cosa clara: aquella misión era más que cruel. Era vengativa. Parecía que Hera estaba lista para ser una suegra infernal. Si es que llegaba tan lejos.

Atenea y Fil se quedaron mirándola, a la espera de que dijese algo.

«¿Voy al Inframundo a salvar el alma de la mujer por la que Egeo me dejó, o rechazo a Hera y me convierto en enemiga de una de las diosas más poderosas del monte Olimpo? Grandes opciones», pensó.

—¿Estás bien, pelirroja? —preguntó Fil con cara de preocupación.

Atenea seguía observándola. Sin duda, informaría de todo aquello a Hera. Meg se imaginaba a los dioses sentados sobre una nube riéndose de ella. «¡Esa mortal nunca sobrevivirá! —dirían—. ¡Eres muy inteligente, Hera!». Pues no iba a darles esa satisfacción. Tenía dos opciones y, aunque ninguna parecía demasiado apetecible, la idea de echarse atrás le dejaba mal sabor de boca. Podía ser muchas cosas, pero no cobarde. Rememoró algo que Hércules le había dicho unos meses antes, tras huir (ella, para cumplir en secreto las órdenes de Hades y acercarse al futuro dios; él, de Fil).

—¿Sabes lo que me gusta de ti, Meg? —le había dicho Hércules—. Que no te rindes.

Llevaban un buen rato tumbados en un acantilado con vistas al océano. Hablando a corazón abierto con aquel dulce chico, dejándose llevar por sus reflexiones estaba rompiendo las reglas, pero, por primera vez en mucho tiempo, no le importaba. Algo del fortachón, como acostumbraba a llamarlo, la atraía como el polen a las abejas.

—¿Por qué piensas eso? Apenas me conoces.

Él le apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Podrías haber dejado que usara mi fuerza para sacarte de aquel lío con Neso —dijo refiriéndose al dios del río por el que se habían conocido—, pero preferiste luchar a tu manera.

—Recuerdo que me llamaste señora —lo acusó, y a Hércules se le pusieron las orejas de un rosa brillante—. Aunque tienes razón, lo tenía todo controlado hasta que tú apareciste. Me gustan los desafíos.

—Es más que eso, Meg —dijo Hércules con suavidad—. Es la forma en que hablas, te mueves, actúas. Eres ambiciosa; no aceptas un no por respuesta. A veces creo que debería parecerme más a ti.

A Meg la invadió la culpa. Si Hércules hubiera sabido para quién trabajaba, habría pensado diferente.

En ese momento, frente a Atenea, Meg consideró las palabras de Hércules desde otra perspectiva. Le había dicho que debería parecerse más a ella. ¿Significaba aquello que merecía ser también diosa? Tal vez.

Quizá así tuviese ocasión de saber por fin qué hacer con su vida. Había perdido a su madre y a Egeo, entregado su alma, ido al infierno y regresado, y aun así seguía respirando. Y Hera le había dado otra oportunidad. No podía entusiasmarle menos la idea de ayudar a Katerina y a Egeo, pero seguía queriendo probar que podía soportar cualquier cosa que los dioses le impusieran. Aquella misión suponía mucho más que la oportunidad de estar con Hércules; le serviría para demostrarse a sí misma que era lo bastante

fuerte como para afrontar cualquier reto tan desalentador como el que tenía entre manos sin rendirse. Y para ver en qué podía convertirse.

Una nueva sensación recorrió sus venas, una que llevaba mucho tiempo sin experimentar: la determinación.

—Dile a Hera que lo haré —le dijo a Atenea mientras Fil la miraba sorprendido.

—No esperaba menos —se limitó a decir Atenea.

—Antes tengo una pregunta —dijo Meg—. ¿Qué tiene Katerina que la hace merecedora de darse otra vuelta por la Tierra?

—Ay, pelirroja..., la gente no suele preguntar a los dioses ese tipo de cosas —susurró Fil, y se le escapó un balido sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

Solo pronunciar el nombre de Katerina hizo que a Meg le supiera la boca a bilis. Podría haber pasado a otra nueva y mejor (aunque complicada) relación, pero siempre que imaginaba a aquella mujer de piel lechosa, cabello rubio y risa tímida le dolía el estómago por la injusticia de todo aquello.

—Creo que tengo derecho a saberlo —dijo Meg mirando a Atenea—. Entregué mi alma por un hombre, lo cual reconozco que fue algo estúpido, pero después él se enamoró de esta mujer en menos de lo que canta un gallo. Y Hera pretende que la salve. ¿Por qué?

Atenea se acercó a Meg, tanto que sus narices casi se tocaban. Irradiaba poder.

—Escucha al sátiro. Tú, mortal, no tienes derecho a hacerle esas preguntas a una diosa —dijo en voz baja, llena de ira.

Meg intentó no parecer asustada. Contuvo la respiración.

El rostro de Atenea se suavizó ligeramente.

—Pero, teniendo en cuenta que has encontrado mi flauta, te perdonaré esta transgresión. Te sugiero que te concentres en tu viaje. El Inframundo es un lugar muy grande y no tienes demasiado tiempo.

Meg suspiró. Aunque quisiera salvar a Katerina, la inmensidad del Inframundo suponía un problema. Estaba formado por tres reinos, y la mayoría de la gente descansaba en la vasta pradera de Asfódelos. Los peores estaban en el Tártaro, y los más venerados en los campos Elíseos. Era imposible que Katerina viviera en el paraíso, lo que significaba que se encontraba en uno de los otros dos lugares; y eran difíciles de recorrer, incluso con guía.

Además, el Inframundo contaba con sus propias normas, por supuesto: los mortales no podían ni entrar ni salir, y Hades nunca había renunciado a ningún alma una vez que estaba allí. La deuda de Meg con el dios parecía poco clara y se había librado en su momento, pero Katerina ya estaba muerta; regresar con ella al mundo de los vivos era imposible, y debía lograrlo en un plazo concreto.

—¿Cómo voy a encontrar a alguien a quien no conozco? —preguntó cambiando de táctica.

—Comenzarás el viaje visitando a Egeo y descubriendo todo lo que puedas sobre su esposa —respondió Atenea.

«Su esposa». Meg trató de evitar un repentino escalofrío. Así que se habían casado. No solo tendría que enfrentarse a Egeo, sino escucharlo hablar sobre Katerina, su esposa. Aquello parecía increíblemente cruel.

—Lo encontrarás en Atenas, cerca de un acantilado muy parecido a este. Vive en un camino enclavado en un olivar, en una humilde casa cerca del mar.

—Conozco el lugar —dijo Meg.

El olivar era el lugar favorito de Egeo y de ella en Atenas. Se sentaban en la cima del acantilado, tocaban música y hablaban de la casa que un día construirían juntos allí, la que sustituiría a la pequeña cabaña que compartían al pie de la colina.

—Bueno, ahora que ya sabemos lo que la pelirroja tiene que hacer, supongo que puedo regresar a mi retiro. Buena suerte, chica.

Fil se dio la vuelta y echó a andar en dirección a su casa.

Atenea desvió la mirada hacia él mientras su mochuelo ululaba.

—¿Adónde crees que vas, sátiro?

Fil se detuvo y quedó de pie en equilibrio sobre una pata.

—No esperarás que la acompañe en esta misión, ¿verdad?

Atenea no respondió. Fil rio con nerviosismo y le salió un balido.

—Habrás oído todo lo que he hecho por el monte Olimpo ya —añadió el sátiro—. Ahora solo intento disfrutar de mi retiro.

Meg soltó un suspiro. Fil era el último de sus problemas.

—Por mí perfecto —dijo—. ¡Vete! De todas formas, no te necesito. No es que seamos precisamente amigos —le dijo a Atenea, que parecía divertirse—. Si me dices cómo llegar a la entrada del Inframundo, estoy segura de que podré hacerlo por mi cuenta.

—Uy, sí, seguro. Igual que pudiste encargarte tú sola de la empusa —baló Fil.

—Claro que me encargué de la empusa —soltó Meg.

—Si casi no sobrevives, y fui yo quien te curó las heridas —dijo Fil mirando a Atenea.

—¿Qué dices, arrogante cabrito? —se quejó Meg.

Fil se puso rojísimo.

—¿Me has llamado cabrito? Porque voy a...

—¡Callaos! —tronó Atenea, y así lo hicieron—. Filoctetes, sabes cómo ayudar a los héroes en sus periplos, así que acompañarás a Megara hasta la entrada del Inframundo por el río Aqueronte. Una vez lleguéis a la laguna Estigia, será Caronte quien la pase del mundo de los vivos al mundo de los muertos. Es una orden.

Fil puso cara larga.

—Pero...

—Saldréis de la isla al amanecer —dijo Atenea levantando la barbilla.

—¿Al amanecer? ¿Esperas que la ayude a encontrar el Inframundo cuando no tiene experiencia con este tipo de misiones ni luchando con monstruos? —dijo Fil, crispado.

—Sí —dijo Atenea sin parpadear.

—Estamos perdidos —dijo Fil.

—Genial —dijo Meg al mismo tiempo.

Atenea se adelantó y se detuvo para mover una estatua rota con el pie.

—Sugiero que agradezcáis a los dioses sus dones y os alimentéis bien. Recoged vuestras pertenencias. Aprended lo que podáis el uno del otro. Este viaje no será fácil.

—¡No me digas! —Fil se rascó el pecho y suspiró—. Supongo que voy a cenar. —Avanzó por entre algunas cabras—. Paso.

—Quizá debería ayudarlo —sugirió Meg.

—No —respondió Atenea, sorprendiéndola—. Demos un paseo.

Meg miró a la diosa, que se había dado la vuelta y se dirigía hacia el extremo de la isla. La siguió rápidamente. Cuando alcanzaron un acantilado desde el que se veía el agua, Atenea se detuvo y le entregó su aulós.

—Toca para mí.

Meg observó desalentada la flauta doble, cuyo bronce brillaba a la luz del día. No tenía ningún deseo de tocar, pero tampoco de insultar todavía más a la diosa negándose. Tomó el instrumento de las manos extendidas de Atenea y notó su peso. Aquella flauta era una pieza artística, estaba labrada cuidadosamente, nada que ver con su flauta oxidada. Aun así, en teoría, las notas eran las mismas. Meg no quería oírlas.

—¿Hay algún problema? —preguntó Atenea.

—No —se apresuró a responder.

Sin embargo, lo cierto era que temía que el simple acto de volver a tener aquel instrumento entre las manos la llenase de una profunda angustia por la vida que había perdido. Pero no podía decirle que no a Atenea. Respiró hondo y llevó los labios a la doble boquilla de las cañas. Cerrando los ojos,

comenzó a tocar algunas notas de una canción familiar casi por instinto: *La suerte de un lirio blanco*. El sonido que emitía era diferente al que estaba acostumbrada, aunque parecía bueno; eso la ayudó a separar la melodía de sus recuerdos. Cuando hubo terminado, sintió alivio al devolverle la flauta a Atenea.

Atenea aplaudió mientras su deslumbrante cabello se mecía al viento.

—Brava, Megara, no has olvidado ni una sola nota. Y aun así no puedo evitar pensar en que falta algo en tu ejecución.

—¿Cómo dices? —dijo Meg vacilante.

—No me malinterpretes, sin duda eres una excelente música, una de quien las musas estarían orgullosas, seguro. Pero una verdadera artista siente las notas en su alma. —Miró a Meg—. Claramente, has perdido el interés por el camino. Ya no tocas como antes.

Meg frunció el ceño.

—¿Me has oído tocar antes?

Atenea sonrió lánguidamente.

—En un concierto en Atenas. Cuando los buenos músicos tocan en honor a sus dioses, vamos a escuchar de vez en cuando. Estuviste soberbia aquella noche. Es una pena lo perdida que estás.

A Meg se le encendieron las mejillas.

—Tal vez sea porque esta flauta no es mía. Estoy acostumbrada a mi flauta.

Atenea se volvió hacia ella.

—¿Y dónde está?

Meg evitó el contacto visual.

—En el Inframundo. —Al menos, era verdad a medias.

—Ya veo. —Atenea se apartó un instante y miró hacia el oscuro mar—. Entonces te llevarás mi flauta en tu viaje. —Le tendió el instrumento de nuevo.

—No puedo hacer eso. Llevas mucho tiempo sin ella —dijo Meg.

No quería ser responsable del instrumento de la diosa, y toda esa charla sobre la música la hacía sentir más inquieta. No tenía ningún interés en volver a tocar.

Atenea sonrió.

—Sospecho que volverá a mí en el futuro. Por ahora, te será más útil a ti que a mí. —Giró la cabeza hacia un lado—. Además, a mí no me gusta tocar. Hace que se me contorsione la cara de una manera poco atractiva.

Atenea extendió la flauta hacia ella. Esa vez, Meg la cogió, sabiendo que no tenía sentido discutir.

—Gracias —dijo—. La cuidaré como si fuera mía.

—Sé que eres fuerte, tienes coraje, orgullo. Te ayudaré siempre que pueda.

Megara había oído historias sobre Atenea ayudando a quienes se encontraban en empresas heroicas, pero nunca imaginó que ella merecería tal cosa.

—Gracias —repitió, esa vez más conmovida.

—Promete que abrirás tu mente y escucharás —siguió diciendo Atenea—. Ese es el mejor consejo que puedo darte. Podrás completar la misión si crees que puedes hacerlo. Evita las distracciones.

Meg asintió. Atenea hablaba como su madre; la única persona en la que podía confiar en el Inframundo era en sí misma.

—Entendido.

—A veces será tu cabeza la que te guíe; otras, tu corazón.

La imagen de Hércules apareció en la cabeza de Meg e, instintivamente, metió la mano en el saco, donde estaba la orquídea.

—Recuerda que las arenas del tiempo no pueden detenerse —advirtió Atenea con más gravedad—. Si pierdes el rumbo, no volverás a ver la luz del día.

Meg se rodeó el pecho con sus brazos quemados. El viento parecía arreciar mientras la noche se volvía más cerrada. Sintió otro escalofrío.

—Entendido.

—Debes preguntarle a Egeo sobre Katerina —insistió Atenea, y a Meg se le volvió a encoger el estómago—. Lo que sabe sobre esa mujer puede ser la clave para salvar los futuros de ambas, Megara. Buena suerte. —Le estrechó la mano—. Estaré observando.

Y la diosa se desvaneció justo cuando el sol comenzaba a ocultarse en el mar.

Once: Hogar, dulce hogar

El viaje de Meg hasta Atenas con Fil y Pegaso estuvo exento de inconvenientes. Apenas hablaron, y Meg no tenía claro si era porque ninguno estaba entusiasmado con la compañía de los otros o por culpa del viento, que solo permitía oír sus silbidos.

De todos modos, ya le resultaba bastante complicado centrarse en no caer del caballo alado. En cuanto Peg se elevó sobre Atenas, la vasta ciudad se exhibió ante ellos, dándoles la bienvenida. Las casas y los templos plagaban el paisaje como si fueran árboles. ¿Cómo era posible que nunca se hubiese dado cuenta de lo grande que era la ciudad? Atenas era el último escenario que había considerado su hogar..., gracias a Egeo.

—Si de verdad queremos hacer música digna de las musas, tenemos que ir donde hay movimiento, y el movimiento está en Atenas —le había dicho una noche Egeo después de que solo hubieran sacado unas míseras monedas por actuar en un pequeño pueblo.

—No sé. —Meg había dudado, ya que su madre nunca había sido partidaria de encerrarse en una gran ciudad—. Atenas es inmensa.

—Venga, Meg. —Egeo la rodeó con un brazo—. ¿Haría yo algo que te perjudicase?

«No estoy segura, ¿lo harías?». Quería preguntarle muchas cosas, pero a veces con las cuestiones más difíciles, aquellas sobre las que su madre siempre la prevenía, se le formaba un nudo en la garganta.

—Te amo y quiero que tengamos una nueva vida —dijo Egeo acariciándole la mejilla.

—Yo también.

Egeo ya había insinuado la idea del matrimonio. Comenzar su nueva vida en una gran ciudad podría ser la oportunidad para que Meg por fin se deshiciera de los fantasmas del pasado y siguiese adelante con su vida.

Meg echó un vistazo a la plaza del pequeño pueblo en el que llevaba viviendo desde que había conocido a Egeo. Allí estaba el carnicero discutiendo con el señor Kostas por el precio de la carne otra vez. Dos puertas más allá, el habitual grupo de mujeres vigilaba a sus niños jugando en una fuente. Si daba unos pasos más, sabía que se encontraría con el limosnero fuera del ágora, donde todos los mercaderes estaban con sus telas, especias de Siria y dátiles. El pregonero estaría informando del pescado fresco que acababa de llegar, y la señora Aikos probando toda la fruta antes de tener que pagarla. Meg conocía tan bien el mercado que podía recorrerlo con los ojos cerrados. Llevaba viviendo más tiempo en aquel pueblo del que había pasado en ninguna otra parte desde la muerte de su madre.

Mantenía oculto en su corazón una gran parte de su pasado que nunca compartía con nadie más. Egeo sabía que su madre había muerto cuando ella era pequeña, pero no estaba al tanto de los detalles. No es que pensara que fuese a mirarla por encima del hombro, solo que su vida era muy diferente de la suya. Él vivía solo, pero porque así lo quería, no porque no tuviese a nadie. En alguna parte, Egeo seguía teniendo una madre y un padre que le enviaban dinero cuando podían. Solía hablar de sus hermanos y hermanas y decía que lo visitarían pronto. Él tenía muchos parientes, mientras que Meg solo tenía una. Quizá seguía habiendo una parte de ella que temía contarle demasiado y asustarlo.

—¿Crees que destacaremos en un sitio con tanta gente? —preguntó Meg.

Egeo la hizo dar vueltas.

—¿Cómo no iban a fijarse en ti, querida? Eres extraordinaria, y en Atenas serás una musa para los estudiantes. Nada que ver con el señor Kostas.

Egeo volvió a dejarla en el suelo, y Meg miró al señor Kostas, que seguía discutiendo con el carnicero.

—En eso tienes razón.

—¿Entonces? —Egeo estaba tan entusiasmado que la sonrisa prácticamente le tapaba la cara—. ¿Empezamos nuestra nueva vida juntos en Atenas?

«Nuestra nueva vida juntos». Sonaba tan bien que Meg trató de deshacerse de la voz de su madre. Estaba tomando la decisión de estar con aquel hombre. Seguiría mirando por sí misma, aunque también podría hacerlo por ambos.

—Sí —dijo Meg—. ¡Vámonos a Atenas!

Egeo gritó tan fuerte que el carnicero y el señor Kostas dejaron de discutir. Ambos estaban absurdamente felices.

Qué tonta había sido.

Fil le dio un codazo.

—Eh, pelirroja, ¿dónde estamos?

Meg se llevó la mano al estómago, todavía dolorido por las heridas de la empusa.

—No estaría nada mal que dejaras de darme en las costillas cada vez que quieres hacer una pregunta, Fil.

—¡Perdón! ¿Ves la casa de Egeo por alguna parte? —gritó a través del viento.

—¡Peg! —Meg golpeó el costado del caballo con la pierna derecha—. ¿Puedes acercarnos para que busque algún punto de referencia?

Peg relinchó y bajó en picado por entre una nube, haciéndolos descender lo suficiente como para que Meg pudiera al fin tener una visión clara de la ciudad y del agua. Egeo y ella no tenían suficiente dinero para mudarse al centro de la ciudad, así que se habían quedado a las afueras, utilizando sus ahorros para comprar un pequeño terreno en un acantilado. Mientras Peg sobrevolaba la costa de Apolo, Meg divisó la arboleda.

—¡Ahí está! ¡Peg, aterriza cerca de esos olivos! —gritó Meg.

La casa debía estar junto a la arboleda, pero, cuando Peg se acercó volando, lo único que vio Meg fue agua discurriendo al pie de la colina. «Qué extraño —pensó—. ¿Dónde está nuestra casa?». Meg buscó en la zona y vio la casa más grande que había contemplado nunca. Le dio un vuelco el corazón. Egeo había construido la casa de sus sueños para Katerina.

Peg se acercó para aterrizar en el acantilado, cerca de los escalones de la entrada. Meg ayudó a Fil a desmontar y luego lo hizo ella.

—Escucha, pelirroja, tienes que enfocar esta reunión de una manera concreta —dijo Fil mientras se apresuraba a darle agua a Peg y a descargar algunos sacos—. No asustes a ese tipo.

Meg apenas lo estaba escuchando, lo único que podía hacer era contemplar la casa sobre la que Egeo y ella habían hablado. Era de arcilla, con una sola planta, y tenía el gran porche que ella tanto deseaba y varias ventanas que se abrían al mar para que pasara el aire salado. Había construido aquella casa según sus especificaciones exactas. Egeo había cambiado su sueño por otro con Katerina. Y, aunque ese ya no era su sueño, todavía le dolía.

—Oye, Fil —dijo Meg de repente—. ¿Crees que vale la pena salvar a esta mujer?

Fil se encogió de hombros.

—Qué sé yo. No la conozco. Aunque parece que a los dioses les gusta.

—A diferencia de mí —dijo Meg—, que nadie notó que había desaparecido del mundo. Nadie luchó por mi alma.

—Hércules sí —le recordó—. Vio algo en ti que sin duda yo no vi. Quizá debas hacer lo mismo con Katerina. —Meg no pudo evitar poner una mueca—. Mira, esta conversación con Egeo no va a ser ningún camino de rosas, pero ¿a quién le importa que te dejase por otra mujer? Estás tratando de convertirte en diosa. Ahora, descubre lo que necesitas saber y nos iremos.

Meg miró con pesadumbre la puerta de entrada. Tal vez Egeo no estuviese en casa y tuvieran que regresar.

—No tenemos todo el día. —Fil se cruzó de brazos.

—Ya voy.

Meg se dirigió hasta la puerta, dejando a Fil y a Peg en el jardín, tras ella. Se apartó el flequillo de la cara y se ajustó la túnica. Aunque seguía teniendo los brazos vendados, le dolían menos que el día anterior. Se estaba volviendo más fuerte. Era fuerte. Ella era Megara, alguien que Hera pensaba que podría convertirse en diosa. Sería capaz de tener una pequeña charla con su ex. Alcanzó la puerta y llamó.

—¿Hay alguien ahí? —Era la voz de Egeo; el corazón comenzó a latirle deprisa—. ¡Ya voy! Nunca tenemos visita. ¿Quién será?

¿Por qué hablaba de una manera tan despreocupada? Katerina estaba en el Inframundo. A Meg le ardía la cara. ¿Se había ido de nuevo Egeo con otra? ¡Increíble! Aunque trató de contenerse, retiró el brazo derecho y empezó a formar un puño.

—Pelirroja, ¡¿qué estás haciendo?! —gritó Fil—. ¿Pelirroja?

A Meg se le aceleró el corazón al oír girar el pomo de la puerta. Tuvo visiones de su puño golpeando la cincelada cara del mentiroso, infiel y desleal Egeo. Alzó la mano cuando la puerta se abrió del todo. Era Egeo.

—Me-Me-Megara... —Se puso pálido.

—¿Egeo? —A Meg le tembló la voz y, conmovida, dejó caer el puño al ver lo que el hombre llevaba en brazos.

Era un bebé de pocos meses, con la cara redonda y regordeta, y unos enormes ojos oscuros como los de Egeo. Tenía las piernas rollizas y los rizos rubios. La niña miró a Meg y rompió a llorar.

Meg comprendió lo que sentía. También quería llorar, pero se contuvo. Egeo lo hizo por ella.

Doce: La dura realidad

—¿Qué es lo que le has dicho? —dijo Fil tras ella—. Te pedí que fueras amable.

—Ni una sola palabra —insistió Meg.

Fil se cubrió sus puntiagudas orejas cuando el llanto del bebé alcanzó su punto álgido, lo cual solo consiguió que Egeo llorase todavía más.

—Pues haz que pare; me está dando dolor de cabeza.

—¿Crees que sé cómo hacer que un bebé deje de llorar? ¡No sé nada sobre bebés!

—Bueno, a él sí lo conoces, haz que se calle —dijo Fil señalando a Egeo, cuyo rostro estaba surcado de lágrimas y sollozaba tan fuerte que le temblaba todo el cuerpo.

Lo que le preocupaba era que se le cayera la cosa..., bebé..., niña. En realidad, no había tiempo para esos inconvenientes.

—¿Egeo? —dijo Meg.

Sin embargo, él seguía llorando mientras abrazaba a la bebé contra su pecho. Ambos sollozaban sin parar.

—¿Egeo?

El hombre se apoyó en el quicio de la puerta y cerró los ojos. Su llanto cada vez era más fuerte.

—¿Por qué, mis dioses? ¡¿Por qué?! —gritó al cielo.

Parecía que iba a dejar caer los brazos, así que Meg se apresuró a coger a la niña. Lo hizo justo cuando Egeo se desplomaba contra el marco de la puerta. Cuando la bebé se dio cuenta de que era Meg quien la sostenía

empezó a gritar más. Meg la sujetó por debajo de las axilas como si aquella criatura fuera a morderla.

Nunca antes había tenido a un bebé en brazos en su vida. Egeo solía hablarle sobre sus sobrinos y cuánto deseaba tener hijos propios, aunque ella nunca había sentido ese deseo. La vida de su madre había sido dura, y tener una hija a la que mantener la había complicado aún más. Sus circunstancias no fueron mucho mejores, ni siquiera al conocer a Egeo; habían salido adelante, pero en absoluto estaban acomodados. No podía imaginar añadir un niño. Sin embargo, allí estaba, sosteniendo en brazos a la bebé de Egeo; de él y, por supuesto, de Katerina.

La niña tenía el cabello claro de ella y los ojos de él. Por mucho que Meg hubiera tratado de negarlo en su momento, Hades tenía razón: Egeo no la amaba. No le había guardado luto. Lo había superado enseguida y había formado una familia con Katerina, olvidándose de su existencia.

La verdad era tan dolorosa como las heridas que todavía se estaban curando en sus piernas. Deseaba que el sufrimiento desapareciese, pero aquella criatura estaba en sus brazos gritando. Tal vez pudiera dejar a la bebé en alguna parte. ¿Por qué lloraba tanto? ¿Cómo podía hacer que parase? Las lágrimas de la niña le caían por los brazos. Estaba paralizada.

—Dame a la niña —dijo Fil extendiendo los brazos.

—Con mucho gusto.

Meg le entregó a la bebé, y Fil la acunó en sus brazos mientras la arrullaba yendo de un lado para otro. Sorprendentemente, la niña dejó de llorar. Mientras la mecían para dormirla, empezaron a cerrársele los ojos, aunque seguía sollozando. Fil pasó al interior de la casa. Egeo y Meg lo siguieron.

—Mi niña —dijo Egeo entre lágrimas.

—Tranquilo, papá —le dijo Fil—. No tengo ningún interés en llevármela, solo quiero que se calme. Esta bebé tiene que dormir. Ah, aquí está lo que necesitamos.

Fil divisó una cuna de madera al lado de la ventana y dejó a la bebé en ella. Luego, la meció un poco para asegurarse y miró a Egeo.

—Ahora vosotros dos podéis hablar tranquilamente —le dijo.

—Necesito tomar el aire —dijo Egeo secándose los ojos mientras se dirigía hacia la salida.

Meg estaba maravillada con Fil.

—¿Cómo has hecho eso?

—Soy un sátiro, tenemos mano para estas cosas. Yo era el mayor de cuatro; cuidaba de los más pequeños —dijo con orgullo—. Siempre me han gustado los bebés.

Meg pensó que eso suponía un montón de trabajo.

—Yo era hija única —dijo—. Cuidaba de mí misma.

—Bueno, ahora tienes que cuidar de él —dijo Fil señalando a Egeo, que se había adelantado caminando—. Ve a hablar con él, ¡y hacedlo en voz baja para no despertar a la niña!

Meg suspiró y siguió a Egeo al exterior, donde paseaba por los jardines al lado de la casa. ¿Cómo iba a afrontar aquella conversación cuando lo único que quería era retorcerle el pescuezo?

—Egeo —dijo con tanta calma como pudo—, tengo que hablar contigo.

—Mi niña... —empezó a decir él mirando hacia la casa.

—La bebé está a salvo con Fil —dijo Meg con despreocupación—. Prácticamente, es una niñera.

Su respuesta hizo que a Egeo se le volvieran a saltar las lágrimas. Por el contrario, Meg cada vez estaba más enfadada. ¿Cómo se atrevía a echarse a llorar al verla? Era él quien la había traicionado y le había pagado su enorme sacrificio formando una familia con otra. Pensó en las palabras de su madre: confía en ti misma. Tal vez, si lo hubiera hecho, no se habría metido en ese lío, y estaría hablando con cualquier otro hombre sobre su esposa perdida para cumplir la misión encomendada por Hera. En cualquier

caso, no iba a permitirle a Egeo que malgastara el poco tiempo que le quedaba con lágrimas de cocodrilo.

—¡Basta ya! —dijo Meg agarrándolo de la túnica para darle la vuelta—. ¡Egeo, para de una vez! —gritó.

Cuando sus miradas se cruzaron, Egeo se restregó los ojos.

—¿Cómo es posible? —preguntó, agitado—. Diría que eres un fantasma, pero has aparecido aquí con un sátiro y un caballo alado. Megara, ¿estoy soñando o has regresado de entre los muertos?

—Estoy viva —dijo—. Aunque no gracias a ti.

Egeo alzó las manos al cielo.

—¡Gracias a los dioses! Mis sacrificios y plegarias al fin tienen respuesta. Estás bien.

Se acercó a ella para acariciarle la cara, pero Meg se apartó.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó, indignada.

Egeo negó con la cabeza, aún con los ojos húmedos.

—Lo siento, pensé que nunca volvería a verte. No puedo creerme que hayas vuelto con nosotros después de tanto tiempo.

«¿Nosotros?». ¿Se refería a él y a su esposa Katerina? ¿A qué jugaba Egeo? Sabía que Fil le diría que se ciñese al plan y consiguiera la información sobre Katerina, pero no podía contenerse.

—¿Regresar? No actúes como si estuvieras feliz de que haya vuelto. ¡Me abandonaste! —gritó Meg, y Egeo se estremeció—. ¡En cuanto me fui, seguiste con tu vida y te buscaste una esposa! —Egeo se arrinconó contra un olivo, como empujado por sus palabras—. Hice un trato con Hades para salvar tu vida. Ni siquiera te preguntaste adónde había ido cuando ya estabas bien como para levantarte de la cama. Te limitaste a largarte con la siguiente mujer que se cruzó en tu camino. Entregué mi alma por ti.

—¿Qué? —Egeo se quedó boquiabierto—. Meg, yo...

—¡Y, en cuanto desaparecí, te casaste con Katerina! —soltó Meg—. Eso es demasiado, teniendo en cuenta que querías pasar tu vida conmigo. ¡Lo vi

con mis propios ojos! Hades me lo mostró todo.

—¿Hades? —Egeo volvió a negar con la cabeza y se le escapó un gemido de angustia—. No entiendo nada.

No se dejaría convencer por su dolor. Megara ya tenía bastante con el suyo propio como para tres vidas. Egeo debía saber lo herida que estaba. Había renunciado a todo por él. Qué tonta había sido.

—Y ahora te encuentro en nuestra casa soñada con un bebé. —Las lágrimas le rodaban por las mejillas—. Se suponía que debía ser nuestra. Ahorré cada moneda que ganaba para ayudarte a comprar la madera y los materiales. Y, en cuanto me voy, tú vas y construyes esta casa para ti y tu nueva mujer. No me llegas ni a la suela de las sandalias.

—No, Meg, por favor, escúchame —suplicó Egeo tratando de cogerle las manos, pero ella volvió a apartarse.

—¿Por qué iba a hacerlo? —rugió Meg—, ¿para que puedas soltar más mentiras? Soy yo quien va a hablar ahora.

Meg hizo una pausa al darse cuenta de que estaba haciendo todo lo que Atenea le había advertido que no hiciera: distraerse. Tomó aire y se centró.

—Mira —continuó diciendo—, solo estoy aquí por una razón: por mí misma. Necesito que me cuentes todo lo que sabes sobre Katerina.

Sonaba ridículo, incluso para ella, pero una vez que el auténtico propósito de su visita estaba al descubierto, se cruzó de brazos a la espera. Cuanto antes acabase con aquello, mejor.

Egeo abrió los ojos como platos.

—¿Katerina? ¿Cómo es que conoces a mi esposa?

—Ella es la razón por la que estoy aquí —dijo Meg con la cabeza bien alta—. Hera me ha encargado que recupere su alma del Inframundo.

—¿Vas a traerla de vuelta?

Egeo se llevó las manos a la cabeza sin dejar de llorar.

Meg no podía soportar aquel llanto, ni los recuerdos dolorosos de su antigua vida. Sin duda, no iba a ninguna parte con Egeo y no tenía ningunas

ganas de reconfortarlo. Aquello no era lo suyo. Tenía que pensar.

Antes de que se diese cuenta, Meg corría para salir del jardín. Oyó a Fil llamarla, pero no le importó. Le silbó a Pegaso y el caballo apareció a su lado.

—Sácame de aquí —dijo subiendo a su lomo.

Despegaron en dirección al cielo y no miró atrás.

Trece: No lo diré

Meg respiró hondo, inhalando el aire salado mientras levantaban el vuelo y dejando que llenara sus pulmones. El sonido del viento ayudó a que su corazón se ralentizara y, por primera vez que recordase, no estaba apretando el cuello de Pegaso. «Quizá esto de volar no sea tan malo al fin y al cabo —pensó—. Tal vez solo necesitara ser presa del pánico para disfrutarlo». Por supuesto, Meg no iba a bajar la vista, pero sin duda se sentía más tranquila y con más control que en tierra. Cuanto más se alejaban de Egeo y de su antigua vida en aquel acantilado, más cambiaba lo que sentía: libertad. Con Pegaso, podía ir a cualquier lugar que deseara, y nadie podría seguirla. Meg notó un rugido primario surgiendo de su interior.

—¡SÍÍÍÍÍÍÍ! —gritó mientras atravesaban las nubes.

Peg relinchó con nerviosismo.

—¡Estoy bien! —Meg le acarició la crin—. Mejor que bien.

Comenzó a reír. Nunca se había sentido tan libre. Podía imaginar lo que experimentaba Hércules al cabalgar sobre Pegaso.

«Hércules. —Se llevó la mano al saco en busca de la orquídea—. No estaría mal oír su voz en este momento —pensó—. Captar las emociones se le da mucho mejor que a mí». Tal vez él supiera manejar la conversación pendiente con Egeo.

—Peg, ¿puedes aterrizar en algún lugar donde Fil y Egeo no sean capaces de encontrarnos?

El caballo relinchó de nuevo.

—No para siempre —aclaró Meg—. Solo para tomarme un respiro. Todo esto de los sentimientos es agotador.

Pegaso pareció entenderlo, porque se dirigió a un prado lleno de jacintos, orquídeas e infinidad de flores de colores. Era precioso e íntimo. No se veía ni un alma alrededor. Con cuidado, Meg sacó la orquídea y la puso al sol.

—¿Estás preparado para ver a tu amigo? —le preguntó a Peg, que levantó las patas delanteras con emoción—. A ver qué pasa.

Meg arrancó un pétalo y lo observó alejarse volando. Un momento después, vio un destello brillante. Tuvo que protegerse los ojos cuando una bola luminosa comenzó a formarse en el aire. Un instante después, Hércules estaba frente a ella.

—¡Meg! —dijo corriendo hacia ella; la alzó en el aire y la hizo girar antes de arrimarse más para darle un beso—. ¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido? ¿Necesitas mi ayuda?

La dejó en el suelo y sacó la espada de un plumazo. Su rostro se ensombreció y empezó a dar vueltas, alerta.

—No necesito nada —dijo ella sin dejar de reír.

El bobo de Hércules era gracioso cuando se ponía en modo protector. De pronto, se dio cuenta de que no se le había ocurrido llamarlo durante su batalla con la empusa.

—Bueno, eso no es del todo cierto —añadió—, me vendría bien tu consejo. —Le tocó sus rizos rubios—. Además, quería verte; ¿es suficiente razón para llamarte?

—¡Más que suficiente! —Volvió a tomarla en sus brazos—. Te echaba de menos.

—Yo también te echaba de menos.

Meg se hundió en sus enormes brazos brillantes. Aún estaba acostumbrándose a que fuera un dios. Se quedaron quietos, solo acompañados por el sonido de las flores mecidas por la brisa y el latido de sus corazones. Entonces, se oyó un relincho.

—¿Pegaso? —dijo Hércules dándose la vuelta mientras Peg brincaba alrededor—. ¡Hola, chico! ¿Has cuidado bien de Meg?

Cuando Hércules acarició el lomo del caballo, vio la herida.

—¡Vaya! ¿Qué te ha pasado? —Se fijó en la venda del brazo de Meg—. ¿Y a ti?

—Te has perdido unas cuantas cosas mientras estabas ahí arriba —dijo Meg mirando al cielo.

Lo informó enseguida acerca de su lucha con la empusa, la búsqueda de Fil, el encuentro con Atenea y la insistencia de la diosa en que hablase con Egeo. Le resultaba agotador revivirlo todo. Quizá por eso se ahorró la parte más importante de la historia.

—Vaya, Meg..., siento mucho que hayas pasado por todo eso tú sola. —La abrazó con más fuerza—. Ver a Egeo debe de haber sido duro.

—Brutal.

Meg hundió la cabeza en su pecho y deseó poder olvidarse del día.

—¿Y por qué quería Atenea que hablastes con él? —quiso saber Hércules—. ¿Tiene que ver con el resto de tu misión? Por cierto, ¿en qué consiste? No me has dicho lo que Atenea te dijo que quería mi madre que hicieses una vez tuvieras la flauta doble.

Meg suspiró. No podía posponer lo inevitable.

—Quizá sea mejor que te sientes para oír lo que voy a decirte.

Meg pasó la mano por el exuberante césped bajo sus pies. Hércules parecía preocupado mientras se sentaba a su lado. Meg se enderezó; quería parecer fuerte. Era fuerte. Aun así, le temblaba el labio inferior.

—He de recuperar un alma del Inframundo..., el alma de la mujer de Egeo; Katerina, para ser más concreta.

Hércules dio un salto.

—Meg, no, no puedo dejar que regreses —dijo atropelladamente—. Hades no permitirá que vuelvas a irte. ¡Es imposible! ¿Y todo eso para salvar a la nueva mujer de un antiguo amor? ¡Es una locura!

Meg se sintió reconfortada. Sin duda, era especial: de inmediato se ponía de su lado, sin mostrar ni una pizca de celos, ni siquiera cuando estaban hablando de su ex. Entonces Hércules se levantó, dispuesto a irse.

—Tengo que hablar con mi madre.

—¡No! —Meg lo agarró de la mano e hizo que se sentara de nuevo—. Sabes que no puedes hacer eso. El trato es entre ella y yo. Además, no te estoy contando todo esto para que intentes convencerla de nada por mí. Pensaba que necesitaba oír yo misma el plan. —Le dirigió una mirada furtiva—. Es tan malo como parece, ¿verdad?

Hércules no respondió de inmediato.

—Es..., bueno, digamos que no es fácil, pero estamos hablando de ti, puedes hacer cualquier cosa que tengas en mente. Yo te ayudaré como pueda, solo tienes que pedirlo.

Por cosas como esa le gustaba aquel chico; es decir, aquel dios.

—Gracias —dijo apretándole la mano.

Hércules se inclinó y le dio un suave beso.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó, con los labios aún cerca de los de ella—. ¿Le has hablado a Egeo de Katerina? Quizá pueda contarte un poco más sobre ella que sea útil para buscarla en el Inframundo, es un sitio bastante grande.

—Ya, ya me acuerdo —dijo arrancando una amapola cerca de sus pies—. He intentado hablar con Egeo, pero nuestra conversación no fue muy bien. —Miró a Hércules—. Le solté una buena reprimenda. —Hércules abrió mucho los ojos—. ¡Ya lo sé! No hace falta que lo digas. Sé que necesito su ayuda, pero el hecho de volver a ver su estúpida cara otra vez hizo que me calentara. No sabes lo que es estar frente a alguien a quien amabas y que te traicionó... —dijo bajando la voz mientras se miraban el uno al otro; Hércules no pudo evitar una leve sonrisa, y ella se puso roja—. Vale, debería tragarme mis palabras de antes. Es que ha sido bastante duro.

Megara rompió la amapola en pedazos, que volaron con el viento.

—Claro que lo ha sido —dijo él con amabilidad—, pero sigues teniendo que enfrentarte a él si quieres saber más sobre Katerina. Quién sabe, tal vez te sorprenda. —Le tocó la mano—. A veces la gente lo hace, ya lo sabes.

Sin duda, el fortachón era demasiado bueno para el mundo.

—Es cierto, aunque no tengo ninguna esperanza con Egeo. Estuve fuera una triste semana cuando se recuperó de su enfermedad, conoció a Katerina y se olvidó por completo de mi existencia.

—¿Una semana? ¿Cómo es posible? —Hércules arrancó otra amapola y se la tendió—. No puedo imaginar que nadie se olvide de alguien como tú, y menos en una semana.

—Deberías verlo ahora —refunfuñó Meg—. Está casado, y tiene una hija y todo. —Lo miró—. No es que quiera esas cosas con él ni nada parecido. Es que..., bueno, me duele.

Hércules parecía distraído.

—Una semana... —susurró, sacudiendo la cabeza—. No tiene sentido. No estoy defendiendo al tipo ni nada, pero ¿una semana? Meg, ¿estás segura?

—¡Sí! —Volvió a descargar su ira sobre la flor, rompiendo sus pétalos—. Hades me los mostró juntos siete días después de llegar al Inframundo. Después de eso, me hacía ver escenas de Egeo y Katerina por la noche, como si fuera una especie de actuación.

Hércules se enderezó.

—Así que Hades hizo eso. —Echó un vistazo a la pradera—. ¿Eh?

—¿Qué quieres decir?

—¿Crees lo que él dice? Al fin y al cabo, es Hades, el dios del Inframundo. Nos ha hecho bastantes jugarretas a ambos. ¿Y si era mentira?

—¿Mentira? —Meg dejó caer el tallo de la flor—. Me enseñó cómo se iban acercando el uno al otro y enamorándose. Y han acabado casados.

—No digo que no acabasen juntos —dijo Hércules asintiendo—. Sin embargo, Hades sabe muy bien tergiversar las cosas. Si tuvieras que elegir,

¿te fiarías de Hades o de Egeo?

—¡De ninguno! —dijo Meg, aunque sabía que Hércules tenía razón.

En realidad, en ningún momento había dudado del astuto dios del Inframundo. Se tumbó sobre la hierba, miró las nubes y soltó un quejido.

—Por los dioses. Ahora ya no sé qué pensar. Además, sin duda le he soltado una buena bronca a Egeo. Siendo clara, si él hubiera sido Medusa, le habría cortado la cabeza con una afilada espada.

Hércules se recostó junto a ella.

—Solo digo que le des a Egeo la oportunidad de explicarse, igual que yo hice contigo.

Le apretó la mano, y Meg se echó a reír.

—Vale, sí, tienes razón. Hablaré otra vez con Egeo. —Le revolvió el pelo—. Gracias por los ánimos; por eso me gusta tenerte cerca —bromeó.

Hércules apoyó la barbilla en la mano de Meg.

—Me alegra que así sea —dijo—. Y piensa que, cuando acabes esta misión, estaremos juntos toda la eternidad.

A Meg se le borró la sonrisa de la cara. Otra vez aquella palabra: *eternidad*; eso era mucho tiempo. Sin embargo, se recordó a sí misma que seguía teniendo una misión que cumplir y una semana para pensar en ello. Paso a paso.

—Me alegra que estés aquí —dijo.

—Y a mí. —Volvió a besarla—. Sé que esta misión no es tan divertida como lo mío, lo de derrotar monstruos y todo eso, aunque mi madre debe confiar en ti si te ha encargado algo tan importante. Hay una razón por la que quiere que salves a Katerina. Los dioses no nos lo cuentan todo, o al menos eso es lo que me decían en las clases en el Olimpo. —Puso los ojos en blanco—. Hay muchas cosas que puedes hacer y que no, y reglas en esto de ser dios. No tenía ni idea.

—Espera —dijo Meg tapándole la boca—. Retrocede. ¿Qué decías de una razón?

—¿Te refieres a la parte de que los dioses deben de tener sus razones? —repitió.

—¡Sí! —Meg se llevó la mano a la barbilla—. Tal vez necesiten a Katerina para algo, ¿sabes por qué?

Hércules vaciló.

—¡Lo sabes! —dijo Meg apuntándolo con el dedo—. ¡Cuéntamelo!

—Lo único que sé es lo que he escuchado a mi madre decirle a Atenea —reconoció Hércules—. Mencionaron el nombre de Katerina al día siguiente de que te fueras; parece importante, aunque no tengo claro por qué. Sé que mi padre se siente culpable por su muerte, no creo que fuese su intención que ocurriera. Mi madre dijo algo sobre una inundación.

Meg pensó un momento.

—Una inundación, ¿eh? Los dioses saben que en Grecia hay muchas.

—Tal vez así es como debes ayudar a la mujer de Egeo —sugirió—. Pensando por qué ella no tenía que morir.

—Cierto.

Meg se pasó una mano por su melena roja y pensó en la bebé; era demasiado joven para quedarse sin madre, incluso más que ella al perder a la suya. Cerró los ojos, dejando que el sol le calentara el rostro, y luego los abrió para mirar a Hércules tanto tiempo como pudo. Los jacintos se mecían tras él.

—Ojalá pudiese vivir en este prado, es precioso.

—Sí, lo es —convino Hércules—. Es obra de Perséfone, la diosa de la vegetación —explicó.

—La hija de Deméter, ¿verdad? —dijo Meg—. La oí hablar cuando estaba en el Olimpo; decía algo sobre que no sabía adónde había huido su hija.

—Sí —dijo Hércules asintiendo—. Deméter sigue suplicándole a mi padre que la encuentre. Llevan meses sin verla, y la cosecha se acerca. —Pasó los dedos por los jacintos—. Cada flor tiene su temporada.

De repente, se oyó el característico tintineo de unas campanillas. Meg miró a Hércules, que sonrió avergonzado.

—Uy..., me están llamando arriba.

¡Puf! Hermes apareció frente a ellos con una tablilla y un utensilio de escritura. Miró a Hércules por encima de las gafas mientras su sombrero alado se agitaba con rapidez.

—Hércules, tu padre quiere que vuelvas a casa de inmediato. Helios está amenazando con dejar el trabajo y se niega a recorrer mañana el cielo con su carro. Dice que necesita vacaciones, y Zeus quiere que lo ayudes a resolver la disputa.

—De acuerdo, ya voy. Deja que me despida de Meg. —El fortachón se dio la vuelta para mirarla—. ¿Te parece bien que me vaya?

—Por supuesto —respondió, y luego se sentó y lo abrazó una vez más—. Yo también debería regresar.

Hércules se inclinó para darle otro beso mientras todo su cuerpo comenzaba a desvanecerse.

—Ten cuidado, Meg. Te quie...

Hércules desapareció antes de que pudiera acabar la frase.

Catorce: La amarga realidad

Pegaso y Meg aterrizaron cuidadosamente al lado de la casa de Egeo cuando comenzaba a caer la noche. Parecía haber una hoguera en la parte trasera que creaba sombras por el terreno, aunque todo estaba tranquilo, excepto por el murmullo del mar a lo lejos. Meg había estado fuera más tiempo del que pretendía, pero ya se sentía mucho más preparada. «Ha llegado el momento de enfrentarse a la verdad», pensó mientras acariciaba a Pegaso. Se dirigió a la puerta, aunque, antes de que tocara, notó un tirón en su falda. Al darse la vuelta, se encontró con Fil.

—Quieta —susurró.

—Fil, yo... —empezó a decir Meg.

—¡Chissst! —la hizo callar Fil—. ¡Casia está dormida!

—¿Casia?

—La bebé —dijo Fil poniendo los ojos en blanco—. Me ha costado bastante rato que se durmiera. —La agarró del brazo—. Estamos sentados en la parte de atrás para no despertarla. Ven, tienes que hablar con él.

—Lo sé —dijo Meg con un suspiro.

—No conoces toda la historia, ¿vale?

—Estoy empezando a darme cuenta —le dijo Meg.

—No te cabrees por lo que voy a decir, pero Egeo parece un buen tipo, y la bebé... —Fil puso cara de bobo—. Es una monada. —Su rostro se tensó de nuevo—. Creo que deberías olvidarte de vuestra historia y ayudar a la niña.

—Por eso he vuelto, Fil, para hablar con Egeo. A solas.

—¡Al fin! Ve y sé concisa, ¿vale? Solo te quedan siete días.

—No necesito que me lo recuerdes.

Fil se dirigió al jardín, donde estaba Egeo sentado sobre un tronco, mirando las llamas. Meg vaciló.

—¿A qué estás esperando? Habla con el chico.

Meg ladeó la cabeza.

—¿Eras tan mandón con Hércules?

—Mucho más —dijo Fil—. Venga, yo tengo que lavar unas cuantas cosas de Casia y limpiar un poco la casa. Esa niña es un desastre.

Fil meneó la cabeza, esbozando una sonrisa, y se fue.

Enderezando los hombros, Meg avanzó hacia el jardín. Una suave música le llegó a los oídos y se dio cuenta de que Egeo tenía su laúd. Escuchar la melodía la hizo detenerse. Al notar su presencia, Egeo bajó el instrumento y levantó la vista. No rompió a llorar, lo que supuso una mejora.

—No dejes de tocar por mí —dijo Meg acercándose.

—Sonaría mejor si tuviera compañía. —Egeo sonrió levemente—. Me han dicho que tienes una flauta nueva.

Al parecer, el sátiro le había estado contando cosas.

—No es mía. Me la han dejado.

—¿Te apetecería que tocásemos algo juntos?

La idea era demasiado dolorosa como para considerarla siquiera. Negó con la cabeza.

—Aún tenemos que hablar sobre tu mujer.

—Claro —dijo Egeo con tristeza—. Y lo haremos, aunque primero debo explicarme.

—Egeo... —dijo tratando de cortarlo.

—No, por favor. —Dejó el laúd a su lado sobre la hierba—. Necesito entender lo que nos pasó. ¿De verdad hiciste un trato con Hades para salvarme la vida?

A lo lejos, Meg creyó oír a Fil trasteando por el interior de la casa.

—Sí, entregué mi alma por ti.

Egeo se crispó.

—¿Por qué?

—No podía dejarte morir —respondió Meg con la voz quebrada mientras se sentaba a su lado en el tronco—. Estabas muy enfermo, y no podía imaginarme el mundo sin ti. Recé a muchos dioses, y Hades fue el único que respondió a mi llamada e hizo un trato conmigo. Solo que no me di cuenta de que vendría a por mi alma en ese preciso instante.

—Megara, no puedo creer... —Egeo hablaba tan bajo que apenas podía oírlo y jugueteaba nervioso con sus manos—. Bueno, eso explica por qué no estabas cuando desperté.

Megara cerró los ojos, reviviendo el momento, muy a su pesar.

—Sí, yo no estaba, y tú eras libre de seguir con tu vida —añadió con amargura—, lo cual hiciste de inmediato.

—En eso te equivocas —dijo Egeo volviéndose hacia ella—. Cuando desapareciste, te busqué sin cesar. Supuse que habrías ido a alguna parte en busca de ayuda, pero, como no regresaste, me temí lo peor. Estuve llamando a puertas y poniendo carteles durante meses. No podía dormir, no podía comer; estaba desesperado por encontrarte. —La miró con tristeza—. Megara, pasé casi dos años buscándote.

De repente, Megara volvió la cabeza hacia él. Las palabras de Egeo la estaban haciendo sentir como si estuviera en caída libre.

—¿Dos años? Pero...

—Dos años —repitió—. Al no haber rastro de ti después de ese tiempo, supe que tenía que aceptar que te habías ido de verdad.

A Meg se le formó un nudo en la garganta. ¿Había pasado más tiempo del que ella pensaba? En el Inframundo, aquello solía suceder. Había visto muchas almas atravesar las puertas del Hades imaginando que acababan de morir cuando en realidad habían pasado años. ¿Le había ocurrido también a

ella? ¿Lo que pensaba que eran días habían sido en realidad meses?, ¿años? Le temblaban las manos; todo cobraba sentido. Para que Hades le permitiese regresar a la Tierra y hacer el trabajo sucio por él, tenía que asegurarse de que no iría en busca de Egeo, y la única forma de que no buscara a su amado era mantenerla allí el tiempo necesario para que Egeo creyera que ella se había ido. Y, después, asegurarse de que lo odiara haciéndola creer que él la había traicionado. «Ay, fortachón, tenías razón», pensó.

—Estaba tan consumido por la pena que construí esta casa para mantener la cordura, esperando que regresaras —dijo con tristeza—. No la hice para mi nueva familia, sino como homenaje a ti.

—No lo sabía. —Meg seguía asombrada—. Pensaba que te habías ido con Katerina menos de una semana después.

—Te juro que traté de encontrarte —dijo Egeo—. Al final, me di cuenta de que tenía que dejar de vivir con angustia, porque tú no querías que lo hiciese. Dejé de trabajar en la casa vacía. Luego, conocí a Katerina, aunque, incluso después de casarnos, seguía sin poder imaginarme viviendo aquí. Esta casa era tu sueño, y ella lo entendía. Así que arreglé la casa de la base de la colina y comenzamos nuestra vida juntos allí.

—¿Ah, sí? —A Megara le temblaba la voz.

Egeo cerró los ojos un instante.

—Solo me trasladé cuando Katerina murió y nuestra casa quedó destruida. La bebé y yo necesitábamos otro sitio donde vivir. —Se le humedecieron de nuevo los ojos.

—Lo siento. ¿Cómo murió? —preguntó Megara con la mayor delicadeza posible.

—Hubo una tormenta como nunca antes había visto. La lluvia golpeaba el tejado como si fueran los puños de los titanes. El viento era tan fuerte que pensé que el propio Zeus soplaba sobre la casa, dispuesto a derrumbarla. Me temí que no aguantara la noche, así que le dije a Katerina que

necesitábamos irnos a la casa nueva. Sabía que la estructura era lo bastante estable como para resistir aquellas condiciones. Katerina me dio a la bebé y me dijo que fuera yo primero mientras ella recogía algunas cosas. — Empezaron a caerle las lágrimas—. No había hecho más que comenzar a subir por la colina cuando... las aguas se llevaron la casa. —Se le escapó un gemido—. Katerina había desaparecido.

Egeo parecía completamente destrozado.

«Una inundación». ¿No era eso lo que había mencionado Hércules?

—Y ahora, de repente, hay un río donde estaba la casa —añadió—. ¡Un auténtico río! Es un recordatorio constante de lo que he perdido, como si los propios dioses lo hubieran puesto ahí.

«Los propios dioses. Una lluvia que golpeaba como si fueran los puños de los titanes». Meg se quedó pensativa.

—¿Cuándo dices que apareció el río? —preguntó.

—Hace unos días —dijo Egeo con un nudo en la garganta.

Meg contempló las llamas danzantes mientras todo empezaba a encajar. La inundación había ocurrido durante el regreso de los titanes, cuando el mundo había quedado sumido en el caos..., antes de que Hércules lo salvara, claro. Los titanes y los dioses eran los causantes del desastre que había acabado con la vida de Katerina. «Tal vez, si consigo salvarla, todos encontremos al fin la paz».

—¿De verdad piensas que puedes traer a Katerina de vuelta? —La suave voz de Egeo interrumpió sus pensamientos.

—Voy a intentarlo —dijo Meg con determinación, y volvió a centrar su atención en Egeo—. ¿Qué puedes decirme sobre ella que me ayude a encontrarla en el más allá?

—En realidad, se parecía bastante a ti —dijo Egeo—. No tenía demasiada familia cerca, así que ella se encargaba de todo.

«La admiro», pensó Meg.

—¿Qué más?

—Su nombre de nacimiento era Katerina Aikos, pero tomó mi apellido cuando nos casamos.

«Dimas», pensó Meg. Solía imaginarse cómo sonaría Megara Dimas, aunque nunca lo había dicho en voz alta. De todos modos, Katerina Dimas sonaba mejor.

—¿Y?

—Sus padres viven en la otra punta de Grecia, llevaba años sin verlos, lo que puede parecer raro, lo sé, pero decía que le resulta doloroso visitarlos.

—¿Y eso por qué?

—Katerina tenía una hermana pequeña, Layla, que murió a causa de una enfermedad cuando tenía siete años. Estaban muy unidas. Ella siempre se culpaba por la muerte de la niña.

—Pero si estaba enferma...

Egeo negó con la cabeza.

—Al igual que tú, no fue capaz de aceptar que alguien amado muriese. Le rezó a los dioses para que curasen su enfermedad, pero no atendieron sus plegarias. No le gustaba hablar de la muerte de Layla, así que todo lo que sé es sobre la vida de la niña. Era pura alegría, eso es lo que siempre decía Katerina. Layla se inventaba historias tan fantasiosas como los mitos. Y le encantaba recoger amapolas, que colocaba por toda la casa. A Katerina también le gustaban.

«Layla Aikos. Contar historias. Amapolas». Meg trató de memorizar los detalles.

Egeo sonrió con melancolía.

—Nunca he visto a Katerina sin una amapola en el pelo. Así la distinguí aquel día en el mercado, por la flor roja. Debí de parecer demacrado, porque se la quitó y me la ofreció diciendo que yo necesitaba un poco de luz del sol más que ella. Después de aquello, hablábamos siempre que iba al mercado. Empecé a ir a diario con la esperanza de encontrármela. Sentía que teníamos algo en común, ambos habíamos perdido a quien amábamos,

y eso hizo que conectáramos. Al principio, solo hablábamos de vosotras dos.

—¿De mí? —Meg se sorprendió.

—Sí. Katerina quería conocer a la mujer que me había robado el corazón. Me animó a hablar sobre ti más a menudo, como si siguieras entre nosotros respirando el mismo aire. Ella hablaba de Layla de la misma forma. Decía que llevamos a quienes perdemos en nuestro corazón.

«Madre mía», pensó Meg. Katerina tenía razón... A pesar de que su madre ya no estaba, siempre la llevaba con ella.

—De hecho, Katerina fue quien me inspiró a volver a coger el laúd —continuó diciendo Egeo—. Quería escuchar las canciones que habíamos compuesto. Me animó a tocar para el público de nuevo en tu honor.

—¿Ah, sí?

Katerina estaba haciendo que Meg se sintiera horrible por haber pensado tan mal de ella. Y también algo celosa. Parecía... perfecta. «Pero ¿qué me pasa?».

—Esto es mucho que asimilar —reconoció Meg.

—Lo sé —dijo Egeo—. Quería que supieras que siempre estarás en mi corazón, Megara, aunque las Moiras nos hagan seguir caminos diferentes.

Meg era consciente de que el final de su relación había sido trágico, pero no había terminado porque hubieran dejado de amarse. Las Moiras, o en su caso Hades, habían intervenido. Había canalizado su ira y odio hacia una mujer a la que nunca había conocido y a un hombre que en realidad se preocupaba por ella. Pero, tras conocer la verdad, aquella ira se estaba disipando tan deprisa como una tormenta de verano. Por horrible que aquel periodo de su vida hubiera sido, la había conducido hasta el fortachón y le había dado la oportunidad de descubrir su lugar en el mundo. ¿Cómo iba a enfadarse por eso?

Un llanto sacó a Meg de sus pensamientos.

—Casia está despierta —dijo Egeo levantándose—. Me temo que no duerme demasiado bien. He de ir con ella. Fil ha sido un regalo del cielo, aunque necesita descansar para vuestro viaje. Dice que debéis partir por la mañana.

Meg siguió a Egeo al interior de la casa, donde encontraron a Fil con cara de sueño meciendo la cuna.

—¿Por qué no echáis un sueñecito, y yo me siento con la niña? —dijo Meg cogiéndola de la cuna.

Esa vez, la bebé dejó de llorar, casi sorprendida. Se quedó mirándola con sus enormes ojos oscuros; parecía preguntarse lo mismo que Meg: ¿vamos a llevarnos bien o no?

—¿Tú? —soltó Fil.

—¿Por qué no?

Meg colocó a la niña sobre su cadera con cierto esfuerzo. Los bebés pesaban. Egeo y Fil se miraron el uno al otro.

—No voy a romperla, si es eso lo que os preocupa. Dormid un poco. Las chicas estaremos bien solas.

Tal vez la brisa nocturna la calmase. Al salir, Meg vio un pequeño *platagi* de madera y se lo llevó. Regresó donde estaba el fuego y echó un vistazo alrededor, buscando algo que sirviera para sentarse. Sostener a un bebé sobre un tronco probablemente no fuera muy cómodo. Entonces, divisó un *klismós* situado entre los árboles. La silla tenía el respaldo curvado, patas que se estrechaban en la parte baja y asiento de tela. Meg se llevó a Casia allí y la balanceó sobre sus rodillas mientras se miraban.

—Bueno, solo estamos tú y yo, niña; al menos ahora.

Tras decir aquello, Casia comenzó a lloriquear, y Meg la balanceó más deprisa.

—No, no..., nada de lágrimas, ya hemos tenido bastantes por hoy. Si sigues así, la casa se irá flotando, como la última.

Entonces, Casia se puso a llorar.

—Lo siento. Vale, llora si lo necesitas. Me refiero a que necesitamos un poco de tranquilidad. Hemos tenido una charla complicada sobre cosas con las que nunca tendrás que lidiar, con un poco de suerte. A diferencia de tu padre, mi madre y yo, quizá tú conozcas a alguien agradable y te asientes sin que las Moiras o el dios del Inframundo muevan los hilos.

Casia rompió a llorar con más fuerza.

—De acuerdo, no se hable más del Inframundo ni de tragedias.

Meg agitó el sonajero, haciendo que se moviesen las cuentas en su interior. Cuando la bebé lo vio, cesó el llanto. Alargó sus regordetas manos para agarrarlo y lo agitó con tanta fuerza que golpeó a Meg en la nariz.

—Un poco menos de entusiasmo, por favor. —Meg apartó con suavidad el sonajero para que no siguiera golpeándole en la cara—. Pero suena bien.

Cuando Meg era pequeña, su padre nunca le dejaba jugar con su sonajero; decía que hacía demasiado ruido. Pero Meg descubrió que aquel sonido le gustaba. «Agítalo, niña», pensó.

Meg empezó a tararear con el sonajero a la vez que acunaba a Casia. Las dos permanecieron así un rato. Poco después, vio que a la niña se le cerraban los ojos lentamente. Cogió el sonajero de sus pequeñas manos y mecía la silla todo lo que pudo. Meg nunca se había sentido más feliz por la tranquilidad. No era partidaria de los dramas. Su madre no los permitía.

Meg no debía de tener más que seis o siete años por aquel entonces, aunque recordaba que las lágrimas le brotaban sin parar. Se había encontrado con su madre regresando del bosque con el arco y las flechas y un saco, quizá lleno de pájaros o liebres para la cena, y había echado a correr a sus brazos.

—Estate tranquila, Megara, no pasa nada —le dijo su madre dejando las flechas y el arco en el suelo, y abrazándola, pero ella seguía llorando—. ¿Qué te he dicho sobre malgastar las lágrimas? No nos ayuda. ¿Cuál es el problema? Lo arreglaremos juntas. Cuéntame qué te pasa.

Meg miró a su madre, cuyas mejillas estaban ligeramente quemadas por el sol y tenía ojeras debidas a las largas jornadas en los olivares. Thea no tenía demasiado, pero luchaba mucho por todo. Incluso a una edad temprana, Meg sabía que decirle la verdad le rompería el corazón, pero ya había aprendido que discutir con su madre carecía de sentido.

—Me han dicho que no puedo jugar con ellos —dijo Meg en voz baja—. Que no juegan con mendigas.

—No eres una mendiga, Megara —le dijo su madre abrazándola con más fuerza—. Eres fuerte, inteligente y valiente. Sabes que amigos como esos no merecen que malgastes tu tiempo. Confía en tus instintos. —Con cuidado, colocó el arco y el carcaj con flechas en las manos de Megara, instándola a usarlos—. No te llevarán por el mal camino, recuérdalo.

«Confía en ti misma, confía en tus instintos». Era algo que su madre solía decirle sin parar. No necesitaba a nadie más que a sí misma. Y, por supuesto, su madre tenía razón, pero no podía evitar desear que aquella mujer siguiera estando en la Tierra para ayudarla a enfrentarse al mundo. Apretó a Casia con fuerza, algo tensa, mientras observaba su carita rosada y escuchaba su respiración. Era muy pequeña. Ni siquiera había tenido la oportunidad de conocer a su madre. ¿Tendría alguna pista de lo que había perdido a una edad tan temprana? ¿Cuánto cambiaría la vida de aquella niña si lograba que Katerina regresase con ella?

«Puedes salvarla». Meg escuchó las palabras en su cabeza con tanta claridad como si las hubiera dicho en voz alta, y sabía que eran ciertas. Estaría a la altura del reto y ayudaría a aquella inocente niña. Casia no tendría que crecer como ella, sintiéndose perdida. Se merecía ver el mundo de forma diferente. A Megara se le saltaron las lágrimas.

Casia se removi6; agitaba los brazos en sueños. Se los frotó con suavidad, y la niña agarró con fuerza su dedo con la mano derecha. Meg no

se movió.

«¿Quién eres? —se preguntó Meg observando el rostro dormido de la niña—. ¿En quién te convertirás? Debes de ser alguien importante para Hera si muestra tal interés, pero, aunque no lo seas, yo te ayudaré».

—No dejaré que crezcas sin madre como yo, Casia —susurró—. Te prometo que traeré a Katerina de vuelta contigo.

En algún momento, Meg también se quedó dormida. Al despertar, unos remolinos de color púrpura y rosa recorrían el cielo, y Helios se preparaba para comenzar el día. Era obvio que Hércules había obrado su magia y resuelto el tema de las vacaciones del dios.

Egeo y Fil aparecieron con cara de asombro por que todo siguiese en silencio. Meg se levantó, con la bebé todavía dormida.

—Nos hemos hecho amigas. —Dejó a Casia en los brazos de Egeo—. Dile que regresaré pronto y que su madre me acompañará.

Fil mostró una sonrisa radiante.

—¡Así se habla! Una pregunta: ¿hacia dónde nos dirigimos ahora? Seguimos sin tener ni idea de dónde está la entrada al Inframundo.

—Ojalá pudiera ayudaros a buscarla —dijo Egeo—. Apenas salgo del acantilado. Los nuevos rápidos que hay a los pies de la colina hacen que sea imposible viajar con Casia.

Los rápidos, el nuevo río: la inundación que habían provocado los titanes y su guerra con los dioses. Meg fue hasta el borde del acantilado y miró hacia abajo. El agua corría velozmente, los desechos y las ramitas pasaban flotando muy deprisa. Siguió con la vista el curso del agua, que iba en dirección contraria al mar. Parecía moverse hacia el interior y luego desaparecer cerca de una cordillera. Su instinto le decía que ese era el camino.

—Creo que deberíamos seguir ese extraño río nuevo —dijo volviéndose hacia Fil y Egeo—. Algo me dice que fue creado por los dioses. Pegaso

puede ayudarnos a seguirlo hasta que lleguemos a la entrada del Inframundo.

Fil se acercó a la colina para mirar al agua de abajo.

—Para los mortales, el Inframundo solo es accesible en barco. Si crees que este es el río, vamos a necesitar algún tipo de embarcación.

A Egeo se le iluminaron los ojos.

—¡En eso sí puedo ayudaros! No es gran cosa, solo lo uso para pescar en el mar, aunque deberíais llevároslo.

Egeo y Fil bajaron corriendo a recoger el bote mientras Meg sostenía a Casia. Estaba decidida a memorizar cada detalle de la cara de la niña para hablarle de ella a Katerina. Caminó haciendo rebotar a la bebé y tropezó con algo. Miró hacia abajo. El sonajero de Casia se le había caído al dormirse. Meg lo recogió y observó la obra de Egeo mientras escuchaba las cuentas. Aquel sonido era muy relajante. Sin saber bien por qué, abrió el saco y se lo guardó.

Quince: Crecida de aguas

El *kaiki* de Egeo era un pequeño bote de pesca de un naranja brillante, con la proa larga y puntiaguda, y una vela que se tensaba a la mínima brisa. Pegaso fue el primero en subir a bordo, pisando con cuidado las tablas de madera, que de inmediato comenzaron a balancearse.

Meg subió justo tras él. Dejó a Casia en los brazos de Egeo y luego echó un vistazo al reloj de arena antes de volver a dejarlo a salvo en el saco. Se alarmó al comprobar que se había llenado más de un cuarto. Quedaban seis días; no era demasiado tiempo.

—¿Vienes, Fil?

—Ya voy —dijo el sátiro, que pareció gimotear al tocarle la mejilla a Casia—. Adiós, niña. Vas a echar de menos al tío Fil, ¿verdad?

—¿Tío Fil? —repitió Meg, y Pegaso y ella resoplaron.

—¿Qué puedo decir? —dijo Fil—. Los bebés son encantadores y es mucho más fácil tratar con ellos que con los testarudos héroes que entreno.

Meg puso los ojos en blanco.

—Te echaremos de menos, Filoctetes —dijo Egeo—. Si pasas otra vez por aquí, serás bienvenido.

Parecía que Fil fuera a echarse a llorar.

—Quizá me pase de vuelta a casa, para ver cómo estáis.

—Por favor, hazlo. —Egeo dirigió la vista a Meg—. Tú también eres bienvenida. Aún no sé cómo darte las gracias.

—Podrás hacerlo cuando regrese con tu esposa.

Meg miró a la bebé, que la buscaba con los brazos, y anheló poder decir algo que entendiese, aunque sabía que no era así, por lo que la contempló en silencio. «Espera, Casia, voy a encontrarla y traerla de vuelta contigo».

—Rezaremos para que regreséis sanos y salvos, Megara —dijo Egeo colocándose a la bebé en la cadera—. Que los dioses os favorezcan.

—Ya lo han hecho —dijo Fil con orgullo mientras subía a bordo.

Cortó el cabo que los sujetaba a la orilla y se alejaron tan deprisa que Meg apenas tuvo tiempo para darse la vuelta y ver a Egeo despidiéndose con la mano. El bote tomó una curva mientras se tambaleaba conforme aumentaba la velocidad río abajo. A Meg se le aceleró el corazón. Estaban de camino.

—Agárrate, chica —dijo Fil cuando el bote pasó sobre una roca—. Si estás en lo cierto y este río lleva hasta Aqueronte, va a ser un viaje movido, sobre todo teniendo en cuenta que nunca antes has navegado.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó Meg hundiendo el remo para esquivar un grupo de rocas que se aproximaban.

Fil la miró, sorprendido.

«Puedes agradecérselo a Hércules».

Meses antes, Hércules se había convertido en héroe prácticamente de la noche a la mañana. Día tras día, acababa con los monstruos más infames de Tebas. En cambio, Hades estaba lleno de frustración, y pretendía que ella y sus otros secuaces averiguasen cómo detener al fortachón. ¿Acaso podía evitar parecer ansiosa cuando Hércules apareció una tarde para verla?

—Hagamos algo —lo recordó suplicando—. ¡Lo que quieras! ¿Qué te parece dar un paseo sobre el mar en Pegaso?

—Nada de paseos en esa cosa —respondió ella rápidamente—. Mira, te agradezco que hayas venido, pero no estoy de humor para hacer turismo.

—Vamos, Meg —insistió Hércules—. Podemos limitarnos a sentarnos tranquilamente y mirarnos las sandalias, si eso es lo que quieres. Hagamos una pequeña pausa para pasar un rato juntos. Por favor.

Sabía que debía decir que no, para proteger tanto el corazón de Hércules como el suyo, pero el chico tenía aquella sonrisa tonta, demasiado grande para su cara, y veía determinación en su mirada. Incluso se había presentado con un ramo de flores, por el amor de Dios. ¿Cómo iba a rechazarlo?

—Supongo que podría escaparme un rato, pero nada más.

Su sonrisa se volvió aún más grande.

—¡Eso es genial! Nos valdrá. Podemos..., bueno, veamos: volar está descartado, y no podemos ir a ningún sitio donde Fil pueda encontrarnos —divagó—. ¡Ah, ya! Tengo una idea. Sígueme.

La cogió de la mano y la llevó a un lago cercano.

—¿Quieres ir a nadar? —le preguntó Meg, con una mirada de desprecio.

—No, no, claro que no. —Echó a correr detrás de unos matorrales y sacó con facilidad algo bastante grande de entre ellos: un bote de pesca—. ¡Vamos a navegar!

—Yo no navego —dijo Meg burlándose.

—¿Por qué no? Es divertido. Mi padre solía llevarme. —Empujó el bote al agua, luego puso un pie en el banco para mantenerlo firme y le ofreció la mano—. Te enseñaré.

Ella se quedó mirando su mano con aprensión.

—¡Vamos, Meg! Nadie nos encontrará en el agua. ¿Es que nunca piensas en escapar?

—Siempre —respondió sin dudar.

Antes de darse cuenta, estaba subiendo a bordo.

Hércules navegó sin esfuerzo hasta el centro del lago, sujetando ambos remos con sus prominentes bíceps. Entonces, le tendió uno a Meg, que se quedó mirándolo unos instantes.

—Puedo hacerlo yo solo, pero es más cómodo cuando cada uno lleva un remo.

—¿Y si ahora me encargo yo? —le preguntó Meg.

Cogió el otro remo e intentó manejarlos al mismo tiempo. Vale, era mucho más difícil de lo que parecía. Estuvo a punto de perder uno de ellos al sumergirlo en una ola, pero Hércules lo agarró.

—Espera, voy a enseñarte.

Hércules se dirigió con cuidado a la parte trasera del bote y se sentó detrás de ella para guiarla. Meg era muy consciente de que su cuerpo estaba muy cerca, pero trató de no parecer molesta mientras él colocaba las manos sobre sus brazos y le indicaba cómo hacer el movimiento circular.

—Así. Ya sabes.

Sentía su respiración en la nuca. «¿Por qué desprende un aroma tan dulce como el néctar con el calor que hace? —se preguntó—. ¿Oleré yo a sudor? ¿Por qué me preocupa?». Sin duda, aquella cercanía la estaba afectando.

—Vale, ahora inténtalo tú sola.

Hércules le soltó los brazos para dejarla remar, y al instante Meg notó la diferencia. Mover los remos por el agua le resultaba difícil, aunque no iba a decirlo, y solo era capaz de girar en círculos.

—¿Seguro que no puedo encargarme yo de uno y tú de otro? El trabajo en equipo no tiene nada de malo —le dijo él.

—De acuerdo. —Meg le pasó un remo—. Pero solo porque no quiero que nos quedemos en medio de este lago para siempre.

En cuanto Hércules cogió uno de los remos, el bote empezó a abrirse paso a toda velocidad por el lago.

—¡Muy bien, Meg! Lo estás haciendo —le gritó mientras iban cada vez más deprisa—. ¿No te parece genial?

En cierto modo, lo era, aunque no se atrevía a reconocerlo. Cómo no iba a gustarle el sol calentándole el rostro, la melena al viento y el hecho de

estar a solas en un lago con un chico que solo parecía querer su compañía.

—Eres una buena compañera de navegación, Meg —le dijo Hércules riendo.

—Tú también, fortachón.

«Compañeros». Nunca había estado con un hombre que no pareciera tener un motivo oculto. Su padre las había abandonado cuando su madre y ella se habían interpuesto en su camino, Hades la poseía, Egeo había resultado preocuparse solo por sí mismo y por la siguiente mujer. Sin embargo, con Hércules todo parecía estar bien.

Hércules era alguien que la desafiaba a ver lo bueno en el mundo, al tiempo que la aceptaba tal y como era, alguien que nunca dejaba de sorprenderla, que podía hacer que su corazón se acelerase con una simple mirada. Pero ¿significaba eso que les iría bien juntos durante toda la eternidad? ¿Cómo podía saber con certeza que estaba enamorada de él? No había ninguna guía para eso. Lo sentía, aunque ¿y si se equivocaba? ¿Y si tomaba una mala decisión, como había hecho en el pasado, que acabase con ellos? La eternidad era demasiado tiempo como para no arruinar las cosas.

El bote de Egeo se tambaleó y casi vuelca, pero Meg agarró un remo y lo enderezó.

—No te preocupes, Fil, sé lo que estoy haciendo. Este río va a ser la parte fácil de todo esto.

—No sé yo.

Fil se echó al lado izquierdo con su remo mientras Meg se encargaba del derecho. Poco después, ambos remaban a la par sin discutir. De alguna forma, conseguían que funcionase, interviniendo alternativamente para equilibrar la nave, y quizá se tratara de eso.

Lo mismo podría decirse de ella y de Hércules, ¿no? Cuando ambos trabajaban juntos, tomando el relevo e impulsando al otro, las cosas iban

bien. Tal vez nunca viera una gran señal de que él era el indicado. Tal vez no hubiera más que un montón de pequeñas señales, y lo único que tuviera que hacer fuera decidirse de una vez por todas a dar el salto.

Chocaron con una roca y el bote se elevó sobre el agua, luego bajó rápidamente y se sumergió por un momento. Meg mantuvo su remo firme mientras el río seguía serpenteando. La densa vegetación de las márgenes del río era tan espesa que no podía orientarse. Lo único que sabía era que no quería caer por la borda. El agua oscura que se agitaba bajo ellos le resultaba incómodamente familiar: le recordaba a los arroyos embrujados del Inframundo, rebosantes de almas perdidas y angustiadas. Su instinto le decía que, al menos, iban por el camino correcto.

—Pegaso —lo llamó Meg—. Coge un remo. Nos vendría bien tu ayuda.

El caballo cogió uno de los remos con el morro mientras todos se inclinaban hacia la izquierda, esperando que el bote se alejase de un tronco de árbol que sobresalía en el agua. Lo esquivaron por los pelos.

—¡Pelirroja, no estamos nada cerca de la entrada! —gritó Fil remando deprisa para rodear una rama flotante que se aproximaba—. Nunca llegaremos a este ritmo.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Meg—. ¿Has estado allí antes?

—No, pero... ¡Roca! —Se inclinaron hacia la izquierda y remarón para evitarla—. Si fuera tan fácil de encontrar, ¿no crees que todo el mundo estaría golpeando la puerta del Inframundo para recuperar a sus seres queridos?

A Meg no se le había ocurrido pensarlo de esa forma.

—¡Solo si no tienen en cuenta a Cerbero! —Pegaso resopló para mostrar que estaba de acuerdo—. ¿Cómo sabremos cuándo nos estamos acercando?

Fil se quedó mirándola.

—Créeme, lo sabremos porque... ¡Árbol!

Rodearon el tronco que sobresalía en los rápidos.

—¿Porque qué? —insistió ella—. Nunca antes he llegado al Inframundo en barco. La última vez me dejaron en la guarida de Hades.

Pasaron sobre otro bache y tanto ella como Fil cayeron hacia atrás. Se levantaron a duras penas.

—¿De verdad? —Fil se volvió para mirarla—. Vaya, no pensaba que a los humanos se les permitiera templarse en el Inframundo. Templarse. ¡Ja! ¿Lo pillas?

—Sí, y no se les permite —dijo Meg mientras el agua salpicaba el lateral del bote—. Hades me escondió, supongo.

Fil se secó el agua de la nariz. El bote se enderezó por sí solo y comenzó a avanzar con más estabilidad, dándoles la oportunidad a todos de recuperar el aliento.

—Dicen que el Inframundo te desorienta. Parece que pierdes la noción del espacio y el tiempo...

—Sí, ya me he dado cuenta de eso último. ¿Cómo es que todo el mundo lo sabe, excepto yo? —preguntó Meg.

Fil se encogió de hombros.

—Lo que quiero decir es que agarres bien ese reloj de arena que llevas —dijo mientras tomaban otra curva—. Te ayudará a recordar... ¡Eh! —Fil dejó de remar—. ¿Habéis oído eso?

—¿El qué?

Meg se limpió las gotas de agua de los ojos con el dorso de la mano. Peg resoplaba con nerviosismo mientras ella intentaba ver lo que había más adelante. El río parecía acabar justo tras una hilera de árboles, pero eso no tenía sentido. El agua seguía discurriendo, como si...

Fil y Meg se miraron a la vez.

—¡Cascada!

—¡Aguantad! —gritó Meg inclinándose hacia atrás.

Metió el remo en el agua para tratar de detenerlos con el lado plano, aunque el bote seguía avanzando a toda velocidad. Meg supuso que habría

una inmensa caída frente a ellos. Si aquel era el caso, estaban perdidos.

—¡Tenemos que salir de aquí! —dijo—. ¡Pegaso, a volar!

—¡NO! Solo se puede llegar hasta la entrada por el agua —argumentó Fil—. Si perdemos el bote, estamos acabados.

—¿Estás loco? ¡Si nos quedamos aquí, terminaremos hechos papilla! —exclamó Meg, que estaba deseando soltar el remo y correr hacia Pegaso—. No hay forma de que lo consigamos.

Ya estaban cerca del borde, se veía el punto exacto de la caída del agua.

—¡Lo conseguiremos! —dijo Fil—. Confía en mí.

«No confío en nadie más que en mí misma», quiso decir Meg, pero tenían una pequeña oportunidad.

—¡De acuerdo! —gritó—. Si morimos, no esperes que juegue a las tabas contigo en el Inframundo.

—¡Trato hecho! —respondió Fil—. ¡Ahora, echaos hacia atrás! ¡Todo el mundo! ¡Uno, dos, tres!

El bote alcanzó el borde y se precipitó hacia delante tan rápido que Meg pensó que iban a salir disparados y acabar muertos. Los chorros de agua caían sobre ellos, haciendo imposible gritar. Meg vio a Pegaso volando hacia ella. Se agarró al mástil al mismo tiempo que Fil, y Pegaso encajó su cuerpo detrás de él. Meg contuvo la respiración, esperando el impacto. Al final, el bote se estrelló contra un muro de agua, luego rebotó, llenándose de agua, y volvió a enderezarse.

Pegaso, exhausto, se desplomó sobre la cubierta. Fil se derrumbó agarrando su remo. Meg se tiró al suelo y vio un pez a su lado; lo recogió con repugnancia y lo lanzó al río.

—¡No puedo creer que lo hayamos conseguido! —Fil observó la cascada que caía tras ellos—. ¡Guau! ¡Es una altura inmensa!

—¿Qué quieres decir con que no puedes creer que lo hayamos conseguido? —preguntó Meg, que trataba de recuperar el aliento—. Has dicho que todo iría bien.

—Bueno, y así ha sido, ¿no? —Fil seguía escupiendo agua—. Tienes que aprender a confiar en la gente, pelirroja.

—Sí, porque eso siempre sale genial... —dijo por lo bajo.

—¡Lo digo en serio! En cuanto te des cuenta de que el caballo y yo estamos de tu lado, te llevaremos a la entrada del Inframundo y estarás de vuelta con Hércules en un abrir y cerrar de ojos. Y yo podré volver a relajarme.

Fil se retorció la cola para escurrir el agua de su pelaje.

—Sí, claro. Sin duda, esto ha sido baklava comida. ¿Qué más podría salir mal?

Meg se colocó el flequillo, empapado, tras la oreja izquierda y miró hacia otro lado.

—Oye, no hagas eso.

—¿El qué?

—Dudar de ti misma. —Fil se acercó a ella y se subió al banco del bote para mirarla a los ojos—. He formado a héroes que han actuado así, y son justo quienes no lo logran. Se necesitan agallas y fe para hacer lo que vas a hacer.

El sátiro hablaba con tal petulancia que Meg quería agarrar su pequeño cuerpo y lanzarlo por la borda. Pero, entonces, ¿quién la ayudaría a remar?

—Ya lo sé, Fil —dijo poniendo los ojos en blanco de forma involuntaria.

—¿Ah, sí? —protestó él—. Tienes que creerte capaz de enfrentarte a todo lo que se te cruce por delante en esta misión, ya sea una cascada o una arpía.

—¿Una arpía? —preguntó Meg—. ¿Por qué íbamos a cruzarnos con las arpías?

Fil suspiró.

—Te estoy diciendo que confíes en ti misma.

Fil bajó de un salto del banco y agarró un cubo para tratar de achicar agua del bote.

«Confía en ti misma». Otra vez aquella frase. Pero ¿acaso no contradecía eso lo que el sátiro acababa de decirle sobre confiar en los demás? Su madre pensaba que...

—Lo hago, ¿vale? —Meg se arregló la coleta—. Si no fuese así, no estaría aquí arriesgando mi vida.

El tintineo de unas campanillas hizo que dejaran de discutir de inmediato.

—Hola, chicos.

Hermes revoloteaba sobre la parte trasera del bote, gracias a que su sombrero alado lo ayudaba a seguirlos de cerca. Parecía estar sin aliento y tenía la frente sudada. De repente, apareció un pañuelo en su mano derecha, que utilizó para secarse la cara.

—¡Vaya, sí que sois difíciles de encontrar! —continuó diciendo—. ¡Llevo un rato volando sin parar! Ella me dijo que estaríais en el río Aqueronte y me pidió que te trajese este regalo, pero resulta que todavía no habíais llegado, aunque no queda mucho tiempo según tu reloj de arena. Así que pensé «no seguirán con Egeo, ¿verdad?». De todos modos, hice una parada allí, entré en su casa y desperté a la bebé. ¡Uf, cómo lloraba!

—¿Despertaste a la bebé? —gruñó Fil.

—¡Sin duda, esa niña tiene buenos pulmones! ¡Madre mía! —Hermes se agarró la cabeza—. Egeo me dijo que siguiera el río por la base de la colina, y eso hice. Entonces, al ver la cascada pensé «están perdidos», pero ella me dijo que siguiera buscando, y eso he hecho hasta encontraros aquí abajo. —Hermes revoloteó alrededor del barco, luego salió disparado hacia el cielo y volvió a bajar—. ¡Vaya! No es que hayáis llegado muy lejos, ¿no?

Meg trataba de guardar la calma.

—Hermes, has dicho que traías un regalo. —Esperaba que no se tratara de que el mensajero los acompañase durante el resto del viaje.

—Sí, suyo —dijo aleteando más deprisa.

—¿De quién, de Hera? —preguntó Meg con impaciencia.

—Qué va —rio Hermes—. Ella no va a entrometerse en tu misión. Por lo que respecta a Hera, estás sola.

—¿Por qué no darle donde duele, verdad? —murmuró Fil.

—Esto es de parte de Atenea.

Hermes chasqueó los dedos y aparecieron dos sacos en uno de los asientos del bote. Meg abrió el primero de ellos, donde encontró un arco y una flecha.

—¿Sabes cómo funciona? —preguntó Hermes.

Meg colocó la flecha con pericia y tensó la cuerda. Luego dio unas vueltas y apuntó hacia Fil.

—¡No es gracioso!

Fil dio un salto para alejarse de su trayectoria y ella se echó a reír.

Meg solía practicar el tiro con arco con su madre, que tenía muy buena puntería y cazaba la cena de esa forma. Llevaba años sin sostener un arco y una flecha, pero volvió a sentirse como antaño.

—Sí, mi madre me enseñó a usarlo.

Dejó ambos objetos de nuevo sobre el banco y abrió el segundo saco, donde había dos largas piezas de metal sujetas con unas correas de cuero.

—¿Se trata de un instrumento? —preguntó con curiosidad.

—Un instrumento especial —dijo Hermes—. Escucha el sonido que emite.

Meg unió las piezas de metal y de ellas salió un espantoso y agudo pitido. Todos se taparon los oídos. Siguieron percibiendo un zumbido cuando ya estaba en silencio. Pegaso relinchaba desconsoladamente.

—Es espantoso, ¿verdad? —preguntó Hermes—. Atenea le pidió a Hefesto que lo fabricase para ti. Dijo que podría serte útil en caso de que seas imprudente.

Fil resopló.

—Imprudente es su segundo nombre.

Meg le lanzó una mirada furiosa.

—Por favor, dale las gracias a Atenea de mi parte —dijo Meg.

Hermes miró a lo lejos del río y silbó.

—Así lo haré. Parece que necesitaréis todos estos regalos si seguís por este camino.

—¿Por qué? ¿Qué nos espera más adelante? —preguntó Meg con preocupación.

Se oyó de nuevo el tintineo de las campanillas.

—¡Llego tarde! —exclamó Hermes.

¡Puf! Ya se había ido.

Dieciséis: Ventaja

Meg observó con preocupación el arco, la flecha y el instrumento. Si Atenea le entregaba regalos repentinamente para su viaje, tenía que haber una razón. Miró al frente, a las tranquilas aguas y a los interminables árboles, y se preguntó «¿qué puede haber ahí fuera que me haga actuar con imprudencia?».

—He visto esa cosa antes —dijo Fil mientras ella metía el instrumento con cuidado en su saco—. Creo que tiene un nombre. ¿Croto?, ¿crota?

—Es un aplaudidor —dijo Meg.

—No, tiene un nombre oficial, te lo digo yo. —Fil se rascó la oreja izquierda—. Lo tengo en la punta de la lengua... Son crótalos.

—¿Qué son los crótalos?

La sonrisa de Fil se desvaneció.

—Lo he olvidado, aunque es importante, o eso creo.

—Bueno, pues parece que tienes tiempo para recordarlo. —Meg dirigió la vista al río—. Apenas nos movemos.

El agua estaba casi estancada y no había brisa. Más adelante, el río se estrechaba y las aguas se volvían de un color turquesa. Eran tan poco profundas que podía verse la arena blanca del fondo. Las rocas se elevaban en una parte, dándoles la bienvenida, mientras que la espesa vegetación y los árboles se quedaban en la otra orilla. No había ningún signo de vida en el lecho del río, ni barcos a la vista. Tampoco se oía la fauna salvaje. Para ser una zona tan serena, estaba desierta por completo. Meg observó el mástil y vio que se había partido en dos.

—Ha sido demasiado para el bote.

—No serviría ni aun estando entero —dijo Fil señalando el mástil roto—. No hay viento ni corriente. Ni siquiera el agua quiere ir hacia donde nos dirigimos. Al menos, vamos en la dirección correcta. Si no te equivocabas, hemos llegado al río Aqueronte. Cuando nos crucemos con los ríos Cocito y Flegetonte, encontraremos la entrada.

—Y Caronte nos estará esperando —dijo Meg casi para sí misma.

Había viajado con el barquero hacia el Inframundo en numerosas ocasiones; Hades siempre iba con él, pero ella nunca antes había recorrido el trayecto sola con Caronte. Se estremeció solo de pensarlo. Igual que Fil, aunque en su caso parecía deberse al hecho de haber metido una pata en el agua.

—¿Te has fijado en este río? Ya está muerto. Más frío que el hielo.

Meg se inclinó por un lateral del bote y sumergió los dedos en el agua; se le entumecieron al instante. Ya entendía por qué no había ningún tipo de vida salvaje ni otras personas. Aqueronte era hermoso, pero sin duda allí estaban las puertas del infierno. Extendió las piernas sobre el banco y se recostó para poner la cara al sol.

—¿Qué hacemos ahora? No tengo tiempo para sentarme aquí y esperar a que sople el viento.

—¡Relájate, pelirroja! Estoy seguro de que el viento se levantará en algún momento. Mientras tanto, rememos.

Fil cogió un remo, y Meg hizo lo mismo. Por cristalina que pareciera el agua, mover el remo por el río era como atravesar el lodo.

—No funciona —dijo Meg con frustración dejando el remo y sacando su reloj de arena, que estaba medio vacío—. Me quedan menos de seis días y el Inframundo es un laberinto. ¿Cómo voy a encontrar a Katerina y sacarla de allí antes de que se acabe el tiempo?

—¡Has de ser inteligente! —dijo Fil mientras seguía remando—. Los dos sabemos que Hades no va a alegrarse de volver a verte, así que evítalo

en lo posible. Dices que el lugar es un laberinto, pero seguro que conoces los caminos de por allí más que cualquier otra alma, ¿no?

—Más o menos —reconoció Meg.

—¡Bien! Quédate en la sombra y evita a los secuaces de Hades. Tienes que encontrar a Katerina antes de que él te encuentre a ti. ¿Te dio Egeo alguna pista para localizarla?

—Egeo hablaba de ella como si fuera un primor, así que seguro que no está en el Tártaro, aunque el Elíseo me parece poco probable. Apuesto a que está en la pradera de Asfódelos, como la mayoría.

Fil se rascó la barbilla.

—Sigue siendo un lugar bastante grande. ¿Cómo lo acotamos?

Meg pensó unos instantes.

—Egeo me dijo que tenía una hermana pequeña, Layla, que murió cuando Katerina era joven. Seguro que está con ella.

—¡Bien! —A Fil se le iluminó la cara—. Es decir, no que la niña muriese, pero es una pista para encontrar a Katerina. ¿Qué más?

—Sé que a Layla le encantan los campos de amapolas, y también a Katerina, así como contar historias fantásticas.

Meg bostezó. De pronto se sentía cansada. ¿Le estaban haciendo mella los últimos días?

—Eso es todo lo que sé —dijo—. Tuvimos que hablar de muchas cosas en muy poco tiempo.

—Sí, sí, una trágica historia de amor, lo sé. Céntrate y encuentra a la chica —dijo Fil, que parecía tan cansado como ella—. Vale que tengamos un plan para que entres en esa gruta, pero ¿cómo vas a salir?

—No estoy segura. —Meg se dio cuenta de ello al volver a recostarse en el banco; el bote apenas se movía—. Aunque Hércules me dio esto, que me permite llamarlo tres veces. —Sacó la orquídea del saco—. Bueno, dos, porque ya he gastado una —añadió poniéndose colorada.

—¡Entonces, eso es lo que te sacará del infierno! ¡Literalmente! —dijo Fil—. No malgastes los pétalos, úsalos para que Hércules te saque de allí en cuanto la encuentres.

—Tal vez.

Meg se quedó mirando la flor. A ella no tenían que rescatarla. Tal vez lograra salir por su cuenta.

Fil meneó la cabeza.

—Sin duda, eres testaruda, pelirroja, ¿lo sabías?

Fil bostezó de nuevo, contagiando a Meg. Volvió a meter la orquídea en el saco y lo cerró. ¿Tan mal estaría echarse una siesta? Comenzó a recostarse en el banco frente a Fil, que ya se estaba quedando dormido. De repente, se sentó.

—¡Fil, creo que este río está haciendo que nos durmamos!

—¿Dormirnos? —murmuró—. ¿Por qué iba un río a hacer tal cosa?

Fil se hizo un ovillo y comenzó a roncar.

—¿Fil? ¿Peg?

Al echar un vistazo alrededor, vio que el caballo estaba acurrucado, profundamente dormido. A Meg se le aceleró el corazón. «¡Mantente despierta!», se dijo a sí misma, aunque se le cerraban los ojos en contra de su voluntad. El río se había apoderado de ellos, como si no quisiera que vieran exactamente adónde se dirigían o cómo regresar. Y, por mucho que luchase, enseguida se dejó llevar por él.

Un tiempo después, cuando despertó, Meg se fijó enseguida en el sol: se había movido. Ya no lo tenía sobre la cabeza. Estaba a mitad del cielo, y los árboles proyectaban sombras. Debía de ser ya por la tarde, y parecía que apenas se hubieran movido. Al volver la vista a Fil, lo encontró todavía roncando, igual que Pegaso. Se apresuró a despertarlos.

—¡Fil! ¡Pegaso! —dijo, y el sátiro se removió—. El río ha hecho que nos durmamos.

Pegaso batió las alas y parpadeó rápidamente, como si despertase de un largo sueño.

—¿Qué? —Fil se frotó los ojos—. ¡No! ¿Cómo? —exclamó, estirando las patas y mirando alrededor—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Un buen rato —dijo Meg con un gruñido—. Y no nos hemos movido un ápice.

—¡No! —Fil corrió a asomarse por la borda y echó un vistazo—. Esos árboles parecen diferentes, o eso creo. —Se puso de pie en el banco del bote—. Y, mira, más adelante hay una pradera. Aún no habíamos visto ninguna.

—¿Una pradera?

Meg fue con él hasta la proa para ver mejor. Algo dorado relucía a lo lejos y la hizo parpadear. ¿De qué se trataba? Cuando el bote se acercó, apareció un claro de repente. Fil tenía razón: el bote se había desplazado hasta una pradera con árboles llenos de frutos que colgaban a poca altura. ¿Eran manzanas doradas? «No has vivido hasta que no has probado una de estas, cabecita loca —oyó decir a una voz en su mente—. Están para morirse. De hecho, muchos hombres lo han hecho. Ja, ja».

Recordaba haber visto alguna vez a Hades comiéndose una, saboreando cada bocado hasta el último pedazo. De las pocas ocasiones en que el dios parecía contento. Por lo general, solo hablaba de que los titanes consiguiesen el poder o de que un gran grupo de almas se presentara a la vez en su reino. Esas manzanas doradas eran algo positivo y esquivo en su vida. Si lograba hacerse con una de las piezas de fruta, tal vez obtuviera ventaja sobre Hades en caso de cruzárselo.

Meg dirigió la vista hacia la orilla, donde una pequeña verja era lo único que se interponía entre las manzanas y el río. Incluso había un grupo de

cestos en el suelo junto a ella, suplicando que los usasen para recoger la fruta.

—Fil —dijo Meg, emocionada—. Tenemos que llevar el bote hasta la orilla. Esas manzanas son las favoritas de Hades. Si me llevo algunas, quizá pueda hacer algún trueque con él.

Fil fue hacia la parte derecha de la nave y frunció el ceño.

—Ya, pero no podemos. Parece que ese huerto pertenece al jardín de las Hespérides.

—Las Hespérides... Ah.

Su madre le había contado leyendas sobre las Hespérides, que custodiaban fruta que supuestamente otorgaba la inmortalidad. No era de extrañar que a Hades le encantase comérselas. Él ya era inmortal, por lo que quitarle ese privilegio a un humano era algo de lo que sin duda disfrutaba. Pero no podía tratarse del huerto de las ninfas. La leyenda no decía nada sobre que estuviese cerca de la entrada al Inframundo, ¿verdad? ¿Por qué le parecía que ignoraba una parte de la historia?

—Esto no me gusta, pelirroja —dijo Fil—. Esas manzanas no son para consumo humano.

—Bien, no tenía pensado comérmelas —dijo Meg remando hacia la orilla—. Son por si me encuentro con Hades.

—¿Ves esa verja? Quiere decir que no pases. No podemos colarnos.

—Nadie va a darse cuenta de que estamos aquí —argumentó Meg—. El huerto está desierto.

—A no ser que haya un dragón dormido en alguna parte esperando para comernos. No me extrañaría que las ninfas contasen con protección extra para esas manzanas tan raras. —Fil trató de interponerse—. No hagas nada temerario. Vamos a llamar a Atenea, o a Hércules si quieres. Estoy seguro de que ellos te dirán que no es una buena idea.

Meg resopló. Lo de Fil era absurdo. Lo esquivó con amabilidad.

—No voy a hacer que pierdan el tiempo con algo así. No necesitamos su ayuda. Fil, en serio, los dragones son enormes; si hubiera uno, lo veríamos. —Metió el remo en el agua e hizo girar el bote en dirección a la orilla—. Me daré prisa, lo prometo.

Meg saltó en cuanto estuvo lo bastante cerca de la orilla, así que Fil no tuvo oportunidad de detenerla.

—Volveré tan rápido que no te dará tiempo siquiera a poner una pata fuera del bote.

—¡Pelirroja! —gruñó Fil—. ¡Estás siendo imprudente! ¿Recuerdas lo que te dijo Atenea? ¡No seas tonta!

Meg lo ignoró. Se adentró en la tierra, caminando a toda prisa en dirección a la verja. No tenía cerrojo. «¡Ajá! —quiso decir—. Así tenía que ser». Abrió la verja y dio unos cuantos pasos hasta el primer árbol que encontró, mirando a todas partes por si algo se movía. Nada. «Fil se preocupa sin motivo», pensó. Los árboles estaban llenos de manzanas doradas que colgaban a la altura de la cabeza de Meg. Prácticamente pedían que las recogiese. Alcanzó la primera manzana dorada brillante que vio, la giró en la rama y oyó un leve chasquido cuando se soltó.

—¿Veis? No hay ningún problema —dijo triunfante volviéndose hacia Fil y Peg.

Apenas las palabras habían salido de su boca, oyó un chillido. Al darse la vuelta, Meg vio innumerables pájaros cayendo en picado sobre el huerto que se dirigían hacia ella hechos una furia.

Diecisiete: La imprudencia no te sienta nada bien

A Meg le costó comprender lo que estaba viendo. A primera vista, los pájaros no eran más que unas diminutas manchas marrones en el horizonte, pero, conforme se acercaban volando, su tamaño se hacía evidente. Eran tan grandes como los humanos, con unas afiladas plumas metálicas y picos de bronce. Había cientos e iban hacia ella. Se fijó en que algo caía del cielo. ¿Eran excrementos? La sustancia, de color oscuro, alcanzó la copa de un árbol, cuyas ramas se marchitaron al contacto. Todo el árbol comenzó a echar humo. ¡Era veneno!

Se tapó los oídos por los agudos graznidos, pero no sirvió de nada. El ruido la estaba mareando. Tenía que salir de aquel huerto, aunque de pronto se sentía desconcertada por lo que la rodeaba. Se dio la vuelta y vio el bote en el río.

—¡Pelirroja, regresa! ¡Pelirroja! —la llamaba Fil.

Meg soltó la valiosa manzana y echó a correr, aunque no había dado más que unos pasos cuando chocó con una raíz. Tropezó, pero siguió avanzando, con los ojos fijos en la verja. ¡Pum! Volvió a caer. Se le habían enredado los pies con una gran raíz que parecía haber salido de la nada, lo que era imposible, aunque... Meg se incorporó y miró alrededor. Las raíces estaban creciendo por todas partes. Se esforzó por levantarse, pero una de ellas, bastante afilada, se le clavó en la sandalia derecha.

—¡Ay! —exclamó.

Se dirigió hacia la verja arrastrando el pie derecho. De pronto, una raíz brotó del suelo justo ante ella y se elevó como un árbol. Meg se detuvo en seco y trató de cambiar de dirección, pero las enredaderas le rodeaban los tobillos, sujetándolos con fuerza.

—¡Fil, estoy atrapada!

—¡Golpéalas con algo! —gritó Fil.

Meg divisó una gran roca. Se agachó y comenzó a golpear las raíces con ella. Estas retrocedieron, aflojando su agarre, y Meg se lanzó hacia la verja.

—¡Está cerrada! —gritó.

—¡Pegaso, ve a buscarla! —dijo Fil.

¿Por qué no pensaba las cosas primero? Había puesto a sus amigos y a sí misma en peligro.

El caballo despegó del bote y voló directo hacia la verja. Meg alzó los brazos, lista para agarrarse a cualquier parte de él que pudiera. Pegaso alcanzó la verja y... ¡PUM! Salió disparado hacia atrás como si hubiese chocado.

—¡Peg! —gritó Meg, horrorizada, al ver al aturdido caballo volando por los aires.

Fil vio lo que ocurría y se ayudó del remo para dar la vuelta al bote justo a tiempo. Pegaso aterrizó con un golpe seco, medio dentro y medio fuera de la popa de la embarcación, haciendo volar la madera y rompiendo la vela por completo. Fil se esforzó por meterlo dentro.

¡PIM! ¡PAM! Las plumas de los pájaros salían despedidas por el aire y daban en el blanco. Unas cuantas salieron disparadas hacia un árbol cercano a Meg y lo partieron por la mitad. El árbol cayó al suelo y las manzanas rodaron hasta la verja.

—¡Fil, sus plumas matan!

—¡Ya lo sé! —gritó Fil—. ¡Son aves del Estínfalo, pelirroja! ¡No están aquí para hacer un pícnic!

—¡¿Qué hago?! —gritó Meg mientras sacudía la verja con fuerza.

Trató de encontrar un punto de apoyo en la base para subirse y pasar por encima, pero se le resbalaban las sandalias. La verja era tan resbaladiza como el hielo.

—Ahora quieres consejo... ¡PELIRROJA, detrás de ti!

Meg se tiró al suelo cuando uno de los pájaros trató de clavarle las garras en los hombros. El ave siguió intentándolo. Meg rodó fuera del camino antes de que aterrizase. El pájaro se golpeó contra la verja, abollándola y quedando aturdido en el proceso. Agitó el pico para tratar de orientarse. Meg se levantó de un salto y echó a correr a lo largo de la verja en busca de una abertura por la que colarse. Las plumas llovían a su alrededor. Una enorme bola de estiércol cayó sobre el árbol más cercano y lo envenenó. El árbol se derrumbó y por poco la alcanza. Meg se tiró al suelo en busca de protección y se escondió entre sus ramas. Amontonó tantas manzanas como pudo a su alrededor para no ser vista.

Al percatarse de lo que estaba sucediendo, Fil remó en dirección a ella.

—¡Voy a buscarte! —gritó desde el bote, golpeando con el remo a los pájaros que se aproximaban, uno de los cuales acabó en el río—. ¡Necesitas un arma! Esos pájaros no pueden perforar el corcho; si encuentras un trozo de corcho, te protegerá.

Meg oía las plumas cortando la tierra a su alrededor mientras los pájaros graznaban furiosos. La estaban buscando. Se arrimó al tronco todo lo que pudo, tratando de que no la vieran, pero no sirvió de nada. Los pájaros se posaron sobre el árbol caído y comenzaron a dar picotazos. Uno de ellos le desgarró la túnica. Meg gritó; si no encontraba un arma pronto, estaba perdida.

«Armas». Los regalos de Atenea por si acaso era imprudente. ¿Cómo la conocía tan bien la diosa? Ojalá no se hubiese dejado el arco y la flecha en el bote.

—¡Pelirroja, usa los crótalos! —gritó Fil.

—¿Qué?

Meg apretó las piernas contra su pecho con fuerza.

—¡El aplaudidor! ¡Usa el instrumento!

«¿El aplaudidor? —se preguntó mientras un pájaro le agarraba el dobladillo de la túnica y empezaba a tirar—. ¿De qué va a servir eso? ¿Se lo tiro?». Meg sacó el instrumento del saco y lo miró con escepticismo, dispuesta a cuestionar a Fil, pero se lo pensó mejor. Debía tener fe en que sabía de lo que hablaba. Hizo chocar ambas piezas y estas emitieron un sonido agudo. Varios pájaros chillaron de dolor y salieron volando. «¡No puedo creerlo!», pensó con alegría, y volvió a tocarlo. Los pájaros del árbol desaparecieron y Meg salió arrastrándose.

—Fil, funciona.

—¡Buen trabajo, pelirroja! ¡Toma ya, cabezas de bronce!

El sátiro llegó a la orilla con el arco y la flecha.

—¡Cuidado! —le gritó Meg.

Un pájaro salido de la nada cayó en picado sobre el bote y se llevó a Fil, la flecha y el arco. Meg echó a correr tras él y le lanzó una manzana de oro para tratar de derribarlo, pero falló.

—¡Aaaaah! ¡Pelirroja! —gritó Fil tratando de zafarse de las garras del ave mientras se elevaban en el aire.

«No vas a llevarte a mi sátiro», pensó Meg. Cogió otra manzana y se la lanzó con tanta fuerza como pudo. Alcanzó el arco y la flecha, que se le cayeron a Fil de las manos. Salió disparada hacia el claro, volvió a meter los crócalos en el saco, cogió el arma y colocó a toda prisa la flecha en el arco. Apuntó a las alas del pájaro mientras este se elevaba. Solo le quedaban unos instantes antes de que estuviesen demasiado altos como para que Fil pudiera caer sin peligro. Entrecerró los ojos por la luz del sol y fijó el objetivo. Luego, soltó la flecha y perforó el ala del pájaro. Sin dejar de gritar, Fil cayó sobre la copa de un árbol.

—Fil, quédate oculto en ese árbol, o los pájaros... ¡Aaaaah!

Meg sintió que uno de los pájaros la levantaba por la parte trasera de la túnica y la elevaba en el aire. El resto de las aves se dirigían hacia ella para conseguir su parte. Ya sin flechas, usó el arco de la única forma que pudo: le pegó con él al pájaro que la tenía agarrada. El pájaro la soltó al instante, y Meg cayó al suelo, a unos cuantos palmos. Las enredaderas le agarraron las piernas y los brazos de inmediato, y le estamparon la cara contra el suelo. Intentó liberarse, pero algo la tenía cogida por los hombros. Aquel maldito pájaro había regresado y tiraba de su tronco mientras las enredaderas reclamaban su mitad inferior del cuerpo. Se sentía como si la estuviesen partiendo en dos.

Golpeó las garras del pájaro con el puño derecho y pudo soltarse lo suficiente como para alcanzar el saco donde tenía los crótalos. Los hizo sonar con fuerza y el pájaro la dejó ir al momento. Entonces, Meg usó el instrumento para golpear las enredaderas hasta que estas retrocedieron. Pateó las enredaderas y se lanzó hacia delante, aunque los crótalos se le escurrieron de entre los dedos. Trató de recuperarlos, pero solo pudo rozarlos justo cuando algo volvía a elevarla en el aire.

—¡Noooooooo! —gritó Meg.

Se dio la vuelta y volvió a golpear al pájaro. Este la soltó, y ella echó a correr.

—¡Pelirroja, se lleva a Pegaso! —exclamó Fil mientras bajaba del árbol.

—¡Fil, quédate ahí! —gritó Meg—. Yo lo... ¡Aaaaah!

Otras dos raíces la agarraron por las piernas y se enroscaron por su cuerpo, apretándole el pecho cada vez más, tanto que temió desmayarse. Empezaban a cerrársele los ojos. Había perdido el arco y la flecha, y también los crótalos. Pegaso no era más que un punto en el cielo. No le quedaba demasiado tiempo para salvarlo, ni tampoco a sí misma. ¿Y qué pasaba con Fil? «Mantente despierta —se dijo a sí misma—. Lucha».

Fil apareció de la nada, corriendo tan deprisa como sus patas le permitían, mientras lanzaba una manzana tras otra a las enredaderas. No vio

al pájaro que se le acercaba por detrás hasta que este lo levantó en el aire.

«¡No!», trató de gritar Meg, pero no tenía voz. La estaban apretando con muchísima fuerza. Como solo tenía libres las manos, le clavó las uñas a una de las enredaderas y logró que se apartase. Lo hizo una y otra vez hasta que se retiraron lo suficiente como para soltar sus brazos. Alargó la mano para coger las correas de piel de los crótalos, pero en ese preciso instante un pájaro tiró de ella y la levantó de nuevo.

«Concéntrate, Meg —se dijo a sí misma—. Eres una chica grande y fuerte...». Meg comenzó a dar patadas con fuerza hasta que la enredadera que sujetaba sus piernas la liberó. Agitando los brazos, le dio un puñetazo en el pecho al pájaro con la mano libre. «Puedes... hacerlo». El ave chilló y la soltó al instante.

No tardaría en volver, pero Meg solo necesitaba un momento para llevar a cabo su plan. Volvió a estirarse para tratar de alcanzar los crótalos. Si lograba cogerlos, asustaría a los pájaros. Luego, echaría a correr para recuperar el arco, encontraría la flecha perdida y la lanzaría al aire para hacer que los pájaros soltasen a Peg y a Fil. Y después... Vale, aún tenía que pensar cómo cazarlos, pero al menos tenía claro el inicio del plan. Los planes no estaban mal. Tenía que recordar elaborarlos mejor antes de que llegase la acción. El caso era que estaba arreglando las cosas a su modo.

Meg alargó la mano hacia el aplaudidor de nuevo y logró cogerlo en el mismo instante en que un pájaro se posaba sobre su espalda y otras dos enredaderas la agarraban por los brazos. Se oyó un fuerte chasquido y Meg vio una bandada de pájaros destrozando el arco con sus afilados picos justo antes de que las enredaderas se enrollaran en su pecho, oprimiéndola. Estaba perdiendo la consciencia. «Puedes hacerlo, Meg, lucha», se dijo a sí misma. Había comenzado a tocar los crótalos levemente cuando se oyó un trueno, seguido de un relámpago. Hércules apareció en el cielo vestido con lo que parecía una armadura de corcho.

Todo sucedió muy deprisa. Hércules dio dos puñetazos a los pájaros que sujetaban a Pegaso y agarró a otro con todas sus fuerzas para que no cayera. El ave soltó a Pegaso, aunque el caballo reaccionó justo antes de tocar el suelo. Con un enérgico aleteo, se elevó hacia el cielo. Hércules dio un salto para montar en él y ambos siguieron al pájaro que tenía a Fil. Al alcanzarlo, le dio un puñetazo en el pecho, y este soltó al sátiro, que acabó sobre el lomo de Pegaso. Los tres descendieron rápidamente y fueron directos hacia ella. Meg apenas tuvo tiempo de tomar aire antes de que Hércules saltara de Pegaso y aterrizase sobre el pájaro que la tenía agarrada. Lo levantó y lo lanzó al río, luego tomó los crótalos y los golpeó con tanta fuerza que todos los pájaros de alrededor levantaron el vuelo y se alejaron hasta que no fueron más que manchas en el horizonte.

Dieciocho: Control

—¡Meg! —Hércules echó a correr hacia ella y arrancó con sus propias manos las enredaderas que todavía la rodeaban—. ¿Estás bien?

Meg se frotó los brazos, observando las quemaduras que le habían producido las enredaderas, que reemplazaban a las de la empusa. Todavía le zumbaban los oídos por los crótalos, así que la voz de Hércules le llegó amortiguada, y sentía las piernas débiles porque le habían tirado de ellas, aunque los pájaros ya se habían ido. Cuando trató de levantarse, Hércules le ofreció una mano. No la aceptó.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —dijo con la voz ronca de tanto gritar.

Fil y Peg se dirigían hacia ella a la carrera.

—He oído que estabas metida en un lío.

Hércules se ajustó el pañuelo de la cabeza, que estaba torcido y le cubría el ojo derecho.

A Meg se le pusieron los vellos de punta.

—¿Y has pensado que necesitaba que me rescataras? —Meg se recostó contra un árbol para recuperar el aliento; estaba cubierta de manchas de hierba, tenía cortes por las ramas y las enredaderas y probablemente un tajo en la espalda debido a todos los picotazos, pero seguía de una pieza—. ¿No se te ha ocurrido que soy capaz de cuidar de mí misma?

Fil los interrumpió prácticamente saltando sobre Hércules para alcanzar su dorado cabello y revolvérselo. Pegaso brincaba con emoción a su lado.

—¡Qué contento estoy de que te hayas presentado, chico! ¡Nos daba por perdidos!

El sátiro se colgó del inmenso bíceps de Hércules y se sentó en él como si fuera una silla.

—Vi a mi madre y a Atenea mirando la Tierra desde su nube y, cuando las oí mencionar a Meg, corrí para ver lo que estaba sucediendo. —La miró tímidamente—. En cuanto vi que tenías problemas, salí corriendo.

—Y bien que hiciste —dijo Fil.

A Meg se le encendieron las mejillas por la vergüenza al pensar en Hera y Atenea contemplando todo aquel desastre.

—Fenomenal. Seguro que Atenea está furiosa conmigo.

—En realidad, creo que con quien está enfadada es conmigo —reconoció Hércules con los ojos muy abiertos—. Dijo que te dejase hacer las cosas a tu manera, pero no podía quedarme quieto mientras esos pájaros trataban de acabar con vosotros.

Su confesión hizo que a Meg se le erizase el vello de nuevo.

—Lo tenía controlado —dijo Meg con un hilo de voz mientras los hombres la miraban con escepticismo—. ¡Así es!

Fil se volvió hacia Pegaso, que resopló, y luego miró de nuevo a Meg.

—Eso no te lo crees ni tú. Los pájaros nos habían atrapado, las enredaderas te inmovilizaban en el suelo y tenías un pájaro en la espalda. Si Hércules no hubiera acudido para salvarnos el pellejo, nuestra misión habría terminado, y todo porque tú querías llevarle una manzana a Hades.

Hércules parpadeó, sorprendido.

—¿Querías llevarle una manzana a Hades?

—¡No! Es decir, sí. Me refiero a que es difícil de explicar —dijo Meg, frustrada—. ¡Ahora mismo no importa!

—Un momento, Meg, ¿estás enfadada conmigo? —Hércules parecía confuso.

Meg trató de morderse la lengua, pero no pudo reprimirse.

—¡Sí! Estaba a punto de usar los crótalos y acabar con los pájaros yo misma cuando irrumpiste aquí haciéndote el héroe. Atenea me entregó estos

regalos para que los usase yo, no tú.

—¡No habrías necesitado los crótalos si te hubieras quedado en el bote y atendido a razones! —intervino Fil—. Ahora hemos perdido aún más tiempo —bramó, lo que la hizo estallar.

—Me han encomendado la misión a mí, ¿te acuerdas? No a él. —Señaló a Hércules—. Y tampoco a ti. Es cosa mía y puedo hacer lo que quiera, también fastidiarla. No le he pedido a nadie que se meta.

—Quería echarte una mano —dijo Hércules—. Pensé que me necesitabas.

—¡Puedo cuidar de mí misma! ¿Es que no lo veis?

Meg fue hacia la verja hecha una furia.

—¡Meg! —Hércules echó a correr tras ella—. De verdad que no quería entrometerme, solo pretendía ayudarte.

Todo aquello de aparentar ser un inocente chico de granja era demasiado para ella en esos momentos.

—No necesito tu ayuda. Sé hacer las cosas por mí misma, siempre he sabido y siempre sabré —dijo pensando en su madre—. Esta es mi misión y solo saldrá bien si confío en mí misma.

Hércules pareció vacilar.

—Pero ¿por qué? Puedes contar conmigo; pensaba que lo sabías. Cuando me llamaste la última vez, querías que te ayudase a resolver ciertas cosas, ¿no es verdad?

—¡Sí! Quiero decir..., no, solo quería pensar en voz alta —gritó, empezando a sentirse confusa—. Quería que estuvieses allí para mí, no que tomaras las riendas; hay diferencia.

Thea le había enseñado a no estar nunca en deuda con nadie, y ya había metido la pata una vez acudiendo a Hades en busca de ayuda. No estaba dispuesta a hacerlo de nuevo.

—Pensaba que éramos un equipo —dijo Hércules.

—¿Un equipo? —A Meg no le gustaba sentirse impotente, y así era como la estaba haciendo sentir él—. ¡No somos un equipo! Tú eres un dios, y yo soy una mortal. ¿Cómo vamos a ser un equipo si solo yo he de ganarme un sitio en el monte Olimpo cumpliendo con esta misión? Tú no estás en la cuerda floja.

—Meg... —dijo Hércules tratando de acercarse, pero ella retrocedió.

A Meg le brotaron lágrimas de rabia. No quería oír lo que tenía que decirle.

—No. Cuando este bote llegue a la entrada del Inframundo, no serás tú, ni Fil, ni Pegaso quien siga adelante. Seré yo. Soy yo la que tendrá que convencer a Hades de que deje regresar a Katerina al mundo de los vivos. Soy yo quien habrá de vérselas de nuevo con la muerte. —Estaba temblando—. ¿Cómo se supone que voy a enfrentarme a Hades o a cualquier otra bestia que me espere allí abajo si cada vez que me meto en un lío el poderoso Hércules corre a salvarme? —Fue la primera vez que él no la contradecía, y por alguna razón eso la hizo darse cuenta de algo—. No crees que sea capaz de hacerlo, ¿verdad?

—Meg, no..., ¡eso no es cierto! —dijo Hércules, aunque ella veía el miedo en su rostro—. Solo quiero que sepas que estoy aquí si me necesitas.

—Bueno, pues no te necesito. —Meg quería acabar con aquella absurda pelea—. Sé hacer las cosas yo sola, y lo demostraré. —Sacó la orquídea del saco.

—Meg, ¿qué estás haciendo? —Hércules parecía asustado.

—¡Pelirroja! —dijo Fil a modo de advertencia—. ¡Piénsatelo! ¡Pelirroja! Sin embargo, ella no quería pensar. Lanzó la orquídea al agua, que flotó unos instantes antes de hundirse frente a los ojos de los presentes.

—Meg... —Hércules parecía desolado—. No puedo conseguir otra. Yo...

Sonaron unas campanillas y apareció Hermes.

—Hércules, tu madre quiere verte.

«Cómo no», pensó Meg.

—¿Puedes decirle que no tardaré? —le respondió Hércules.

—¡No! Te necesita ahora. No sé qué de un pájaro. ¡Vamos, tortolito! —
Agarró a Hércules por el bíceps derecho.

—Meg, yo... —dijo Hércules con la pena en el rostro.

Meg se apartó. Aquello le resultaba familiar..., iba a abandonarla igual que todo el mundo.

—Vete —le dijo.

Hércules la miró con tristeza mientras resplandecía cada vez más.

—Adiós, fortachón —susurró Meg mientras él desaparecía de su vista.

Diecinueve: Pensárselo dos veces

—¿Estás loca?! —gritó Fil, corriendo a la borda del bote para ver la orquídea, que ya desaparecía bajo la superficie—. ¡Necesitabas esa flor!

—Yo no necesito nada —dijo Meg, desafiante.

Sin embargo, por dentro ya se estaba arrepintiendo de su impulsividad. «¿Qué es lo que acabo de hacer?», pensó.

—Y eso por no mencionar lo de dejarlo marchar sin que nos lleve por el río —continuó vociferando Fil—. Por si no te has dado cuenta, no tenemos vela y sigue sin haber viento. ¡Estamos aquí atrapados!

Meg no había pensado en eso. Observó el lugar que ocupaba el mástil y luego echó un vistazo alrededor buscando los remos, pero, con todo aquel caos, también los habían perdido. El aire era insoportablemente bochornoso. Meg miró hacia arriba con la esperanza de ver algún indicio de una inminente tormenta al atardecer, pero no había ni una sola nube en el cielo. Se sentó en el desvencijado banco, triste y con la vista fija en el punto del río donde había lanzado la flor. Eso no había sido nada inteligente. Además, se había pasado bastante con Hércules. Tampoco nada inteligente. En realidad, todo aquello no era culpa de él. Se había vuelto loca. Se llevó las manos a la cabeza.

—Esto es un desastre.

—Sí —dijo Fil sentándose a su lado.

Pegaso los miró, desolado.

—Lo siento, Fil —dijo Meg tocándole la mano—. Estamos acabados por mi culpa, ¿verdad?

—Bastante. Ya casi es de noche, lo que te supondrá un día menos en el Inframundo, si es que somos capaces de llegar. —Le dirigió una mirada de enfado—. ¿En qué estabas pensando?

—No lo sé —gruñó Meg—. He empezado a pensar en Hera y Atenea viendo cómo lo fastidiaba todo y riéndose de mí, y me he enfadado mucho. Odio la idea de que no me crean capaz de llevar a cabo esta misión sin la ayuda de Hércules. ¿Qué dios no puede hacer las cosas por su cuenta?

—En realidad, muchos —reconoció Fil—. ¿Por qué crees que siempre se alían o buscan mortales para que los ayuden? —Meg palideció—. No pasa nada por no tener siempre todas las respuestas, ya lo sabes.

Los remos, el trabajo en equipo... Cierto.

—¡Ay, Fil! —gimió Meg—. Acabo de estropear la mejor relación que he tenido nunca.

—Anímate. —Le dio unas palmaditas en la espalda—. No puedes espantar a ese chico. Te quiere.

—Parece muy mala idea por su parte.

—¿Ah, sí? —dijo una voz.

Meg y Fil se volvieron. Pegaso dio un salto.

Una diosa estaba en la embarcación brillando en color magenta. Tenía las mejillas rosadas, largas pestañas y los ojos más azules del mundo. Meg recordó al instante dónde la había visto antes: en el monte Olimpo, hablando con Deméter.

—Afrodita... —dijo Meg, sorprendida—, ¿qué estás haciendo aquí?

Afrodita sonrió de oreja a oreja.

—Atenea me ha enviado, y parece que llego justo a tiempo, si es que piensas renunciar al amor después de una única pelea. —Miró a Meg acusadoramente—. No pensaba que una chica fuerte como tú estuviese dispuesta a tirarlo todo por la borda con tanta facilidad.

Meg se quedó mirando a la diosa, atónita. ¿Cómo sabía aquello?

—¿Es que estáis todos en el monte Olimpo viéndome estropear las cosas aquí abajo?

—No —dijo Afrodita riendo, aunque el brillo en su mirada indicaba lo contrario—. Digamos que unos cuantos estamos comprometidos contigo, Megara, y queremos que tengas éxito, por eso te proporcionamos ayuda cuando la necesitas. Atenea se ha proclamado tu guía y, como tal, me ha enviado para ayudarte a superar este desafortunado bache en el camino, por así decirlo. —Afrodita miró por la proa del bote—. Es un río demasiado hermoso para conducir a tan triste lugar, ¡qué pena! —Se dio la vuelta—. Y es desafortunado que vuestro mástil esté roto y no haya viento. ¿Cómo vamos a solucionarlo?

—¿Vamos? —repitió Meg mirando de reojo a Fil—. Supongo que podríamos empezar arreglando la vela, pero no puedo hacer nada respecto a la falta de viento; eso es cosa de Notos.

Su madre siempre le rezaba a Notos durante los calurosos meses del verano, esperando que el dios del viento del sur enviase una tormenta para refrescarlo todo. Y Hades siempre alababa la afición del dios por los huracanes.

Los brillantes ojos de Afrodita parecían penetrar en Meg.

—Oh, querida, Atenea ha hecho bien en enviarme. Claro que podemos hacer algo con el viento, trabajando juntas, como este sátiro ha tenido el acierto de señalar. —Fil hinchó el pecho—. Los dioses y los mortales lo hacen todo el tiempo; no supone ninguna debilidad.

Meg se sonrojó.

—No es así como me enseñaron a hacer las cosas.

Afrodita se sentó en el banco del bote.

—Lo sé, tu madre lo hizo lo mejor que pudo, aunque su vida fue dura. Thea te enseñó a valerte de tus instintos y confiar solo en ti misma para salir adelante, y no hay nada malo en ello. Pero, cuando encuentras a alguien merecedor de tu amor, dejar que te ayude también es importante, igual que

tú lo has ayudado a él, ¿no te das cuenta? No tiene por qué ser todo o nada. Has encontrado a un verdadero compañero en Hércules. El amor significa que está bien apoyarse en otro.

Meg recordó algo que Atenea le había dicho: a veces será tu cabeza la que te guíe; otras, tu corazón.

—No quería que pensase que no soy capaz de encargarme de esta misión.

—¡No piensa eso! —Afrodita parecía sorprendida—. Hércules sabe que eres una mujer fuerte y segura de sí misma, es una de las cosas que le gustan de ti, igual que a ti te gusta su gran corazón y su capacidad de ver el mundo de forma positiva. Os habéis abierto el uno al otro, lo que es maravilloso, pero es importante que recuerdes que, cuando dejas a alguien entrar en tu corazón, le permites ver todas tus facetas, incluso las vulnerables. Amar a alguien no te convierte en una persona menos fuerte, significa que confías y que confían en ti, que puedes dar y recibir. Nadie lleva la cuenta —dijo con suavidad—. Cuando amas a alguien, quieres entregarle el mundo.

Meg se cubrió los ojos con la mano. ¿Cómo podía haber sido tan corta de miras? Afrodita tenía razón: el fortachón no trataba de quitarle su poder, solo estar ahí cuando claramente necesitaba que le echaran una mano.

—Genial, ¿y ahora qué? He tirado la orquídea al río, así que no puedo llamarlo para decirle que lo siento.

Hércules le había hecho un regalo único, y se había deshecho de él con displicencia.

Afrodita sonrió.

—Tengo el presentimiento de que os irá bien..., si terminas la misión a tiempo. ¿Por qué no nos centramos en eso? Ten fe en el viaje, y el resto ya se verá.

—Confiar en el viaje, eso puedo hacerlo. —Meg se frotó las manos, feliz de seguir adelante; quizá pudiesen arreglar las cosas dando pequeños pasos,

empezando por el bote—. Primero, tenemos que reparar el mástil. — Usando toda su fuerza, Meg lo sacó del agua, empapando a Pegaso—. Quizá, si le unimos más madera, aguante para bajar por el río. —Cogió los restos del bote—. Fil, ¿sabes si Egeo ha dejado provisiones?

Fil metió la mano por entre las tablas del suelo y sacó una pequeña caja.

—Hay cosas de pesca.

Meg abrió la caja y sacó hilo de pescar.

—Esto podría servirnos —dijo.

En muy poco tiempo, lograron reparar el mástil, sujetándolo con hilo de pesca y tela rota de la vela. Construyeron otros remos con restos de madera a la deriva, y Meg recurrió a las habilidades de tallado que había visto utilizar a Egeo con sus instrumentos para suavizar los bordes de la madera que los llevaría por el agua. Aún quedaban agujeros en la vela del bote, pero la mayor parte estaba intacta, por lo que podía atrapar el viento, si es que lo había.

—El bote ya está listo otra vez. ¿Y ahora qué?

Afrodita le entregó a Meg una margarita que había aparecido arrastrada por el agua tras ella.

—Ahora confiaremos en que Notos responda a nuestras plegarias.

A Meg se le encogió el estómago. ¿Confiar en las plegarias? No habían funcionado cuando trataba de salvar a Egeo; por eso había recurrido a Hades.

—A veces hay que tener un poco de fe —dijo Afrodita con amabilidad.

Seguía sin acostumbrarse a que los dioses le leyeran los pensamientos. Un poco de fe. Como cuando el fortachón había querido escaparse con ella para remar en aquel lago, o cuando Fil había tratado de tirarse por las cataratas. Tenía que abrirse y aprender a dejarse llevar.

—De acuerdo. Invoquemos a Notos.

Fil cogió una gigantesca hoja de palma y se la colocó sobre la cabeza.

—Ese dios es brutal. ¿Cómo sabemos que no va a mandarnos una tormenta que nos lleve a todos por delante? Se dedica a arrasar las cosechas.

—Sí, pero esta vez Meg le está pidiendo ir a un sitio que Notos considera favorable: el Inframundo. —Afrodita miró fijamente a Meg—. Concéntrate y ten fe en que te escuchará; sé que lo hará.

Quizá Afrodita estuviera en lo cierto. Además de los huracanes, Hades siempre cantaba alabanzas a Notos por causar hambrunas en medio del caluroso verano o destruir todo un campo de grano. Si alguien podía ayudarlos a llegar hasta el Inframundo era él.

—Vamos a ser positivos, Fil. Por lo menos, la lluvia nos refrescará un poco.

Meg cerró los ojos y concentró toda su energía en contactar con Notos. «Si puedes oírme, dios del viento, el gran Notos, manda tu lluvia y viento al río Aqueronte para que este bote avance hasta la entrada del Inframundo». Abrió los ojos.

—Todavía hace sol —dijo Fil con el ceño fruncido.

—Sigue intentándolo —la animó Afrodita.

Meg se quedó pensativa un instante. ¿A qué respondería Notos? ¿Qué querría él que ella pudiera ofrecerle?

«Notos, te prometo que la pasajera de este bote se ganará el favor de Hades. Haz que llueva y serás recompensado». Hizo una pausa. A los dioses parecía gustarles tener el favor de otros dioses, sobre todo de aquellos más poderosos. Seguro que Notos apreciaría la oportunidad de lucirse ante Hades. «¡Danos todo lo que tengas, viento, lluvia, rayos! ¡Haz que tiemblen los cielos con tu tormenta! Podemos soportarlo. ¡Lo necesitamos y lo queremos ahora! ¡Te lo ruego, Notos!». Unió sus manos, tratando de canalizar toda la fe ciega que tenía en que aquello iba a funcionar. En ese momento, oyó un trueno a lo lejos.

—Pelirroja, ya veo las nubes acercándose, son enormes. ¡Mira!

Fil dio un salto y señaló las oscuras nubes, que se movían a toda prisa, como aquel día en el monte Olimpo cuando Meg había desatado la ira de Zeus. Enseguida, comenzaron a caer gotas y se oyó el susurro de los árboles al levantarse el viento. El bote comenzó a moverse. Pegaso relinchó, emocionado.

—¿Cómo podré recompensarte? —le preguntó Meg a Afrodita.

—Sabía que podrías hacerlo. —La diosa sonrió—. Sigue abriendo tu corazón a la ayuda y a las nuevas posibilidades, Megara, no te hará ningún mal. —Afrodita comenzó a brillar con más intensidad—. Te estaremos observando desde arriba, rezando por que estés bien y guiándote en esta siguiente etapa.

Se oyó un enorme trueno y comenzaron a caer gigantescas gotas de agua. El bote empezó a navegar a toda prisa.

—He de irme —dijo Afrodita comenzando a desvanecerse—. Que te vaya bien, Megara.

Meg la cogió de repente.

—Por favor, dile a Hércules que lo siento.

—Díselo tú misma cuando lo veas —dijo Afrodita. Metió los dedos en el agua y la removió—. Ah, y presta atención —añadió mientras el río se agitaba y los relámpagos iluminaban el cielo—. Nunca sabes lo que va a arrastrar la corriente.

Como si de una respuesta se tratase, el río revuelto salpicó la embarcación y Megara vio un destello blanco: era la orquídea. Alargó la mano para cogerla antes de que se la llevara la corriente.

—Sagrada Hera —susurró Fil.

—Mira eso —dijo Afrodita comenzando a desvanecerse de nuevo—. Una flor tan inusual merece que la cuiden, ¿no crees?

—Gracias —dijo Megara tratando de no emocionarse.

Llovía a cántaros, por lo que guardó enseguida la flor en el saco. Un enorme trueno sacudió el bote. La lluvia caía con tanta fuerza que Meg y Fil

tuvieron que entrecerrar los ojos para ver algo mientras cogían los remos y se ponían en posición. Entonces, el bote empezó a moverse a toda velocidad.

«Estamos solos de nuevo —pensó Meg—. Bueno, no del todo». Metió el remo en el agua y siguió adelante.

Veinte: Lo desconocido

La tormenta estuvo rugiendo durante lo que pareció una eternidad, con relámpagos atravesando el cielo y un viento salvaje. Los truenos eran tan fuertes que ninguno de los tres dijo nada. Se limitaron a remar y continuaron observando la vela remendada, pensando si volvería a romperse por la fuerza del viento. «Aguantará —se dijo Meg a sí misma tratando de creerlo con todas sus fuerzas—. Este bote nos llevará a donde tenemos que ir».

Cuando empezaron a dolerles mucho los brazos tras remar sin parar y ya temblaban por estar empapados, la tormenta cesó y la barca comenzó a detenerse. El cielo seguía oscuro y los truenos retumbaban a lo lejos, pero la tormenta estaba amainando. En su lugar, una bruma empezó a cubrir gran parte del paisaje. Fil y Meg se limpiaron el agua de los ojos y se miraron.

—¡Estamos vivos! —dijo Fil mientras se escurría el agua del pelaje—. No estoy seguro de que vayamos a secarnos después de tal tormenta, pero mira. —Señaló la popa—. El río parece ensancharse de nuevo, eso debe significar que estamos cerca del cruce entre los tres ríos y de la entrada al Inframundo. —Miró a Meg, asombrado—. Lo has conseguido, pelirroja. ¡Has logrado que Notos desatase una tormenta y nos transportara hasta aquí!

—Lo he conseguido, ¿verdad? —dijo Meg, encantada consigo misma, escurriéndose el agua de la coleta.

Sin duda, el río parecía crecer más adelante, aunque era complicado ver nada con aquella densa niebla. «Notos», pensó. Sus tormentas, a veces

despiadadas, parecían generar mucha niebla, envolviendo todo el río en un halo de misterio.

Meg sacó el reloj de arena del saco y Fil echó un vistazo por encima de su hombro. La brillante arena rosa de la parte inferior había aumentado desde la última vez que lo comprobara.

—Va por la mitad —dijo Fil con cierto desánimo—. Parece que hemos perdido medio día entre lo de los pájaros y la falta de viento.

Meg guardó de nuevo el reloj de arena y trató de pensar de forma positiva.

—Cinco días sigue siendo mucho tiempo para encontrar a Katerina..., ¿verdad?

—Sí, claro —convino Fil de inmediato—. ¡Mira todo lo que ya has conseguido en estos cinco días!

Era cierto. ¿Cómo es que solo habían pasado cinco días desde que empezara el viaje? En ese tiempo, había ido al infierno y vuelto, dejado al fortachón en el monte Olimpo, luchado contra una empusa por la flauta de Atenea, ganado la confianza de la diosa de la guerra y la sabiduría, hecho las paces con Egeo, casi los había matado a todos en su excursión para conseguir una manzana de oro y había tenido una charla motivacional con Afrodita. Y también se había peleado con Hércules. Meg cerró los ojos, deseando borrar aquello último. Habría dado cualquier cosa por decirle cuánto lamentaba la forma en que lo había tratado. Tenía que pensar en que volvería a verlo, pero, por el momento, debía concentrarse en el viaje que le esperaba. La siguiente parte iba a ser la más difícil de todas.

—Deberíamos ver a Caronte en cualquier momento —dijo Fil, que parecía ansioso—. Lo siento, solo con pensar en él me pongo nervioso. Pero todo va a salir bien —añadió enseguida—. ¿Estás preparada?

Meg palpó su saco y señaló la flauta de Atenea, que colgaba de su cintura.

—Más preparada que nunca, supongo. Sé lo que tengo que hacer. El primer paso es superar a ese perro de tres cabezas.

Fil asintió.

—Trata de evitar a Hades todo lo que puedas y dirígete hacia la pradera de Asfódelos.

—Entendido —dijo Meg respirando hondo.

La corriente cada vez era más fuerte y los iba acercando a la laguna Estigia. Su tiempo juntos se acababa, lo que significaba que pronto estaría sola. A Meg comenzó a latirle el corazón más deprisa. La única vez que había viajado antes por la laguna Estigia había sido con Hades. Nunca había estado en la barca de Caronte sola. Fil y ella se miraron. Meg tenía la sensación de que estaban pensando lo mismo.

—Fil, no sé cómo darte las gracias por haberme acompañado hasta tan lejos. —Había mucho que quería decirle, y no le quedaba demasiado tiempo—. Sé que no te caigo demasiado bien...

—No me gustabas —reconoció Fil—, pero ahora sí. Lo que hiciste con los pájaros para salvarme..., hay que tener agallas. —Tragó saliva—. Vas a conseguirlo, pelirroja, lo sé.

—Gracias, Fil —dijo Meg con un nudo en la garganta.

Mantuvieron la vista fija el uno en el otro mientras la niebla los iba cubriendo. Meg apenas era capaz de ver a un palmo de su cara. El aire se volvió frío y el sonido de los pájaros desapareció. Su bote parecía haberse detenido. Entonces, empezó a girar.

—¡Agarraos! —dijo Meg.

La embarcación comenzó a moverse cada vez más deprisa, dando vueltas sin parar hasta que no supieron dónde estaba ni el norte ni el sur.

Al final, el bote salió disparado hacia delante, deslizándose por entre la niebla hasta detenerse de nuevo en medio de la laguna, donde la niebla se disipó. Una pared de roca chamuscada apareció frente a ella. La ladera de la montaña estaba salpicada de árboles muertos, que parecían haber sido

calcinados. Cerca de la falda de la montaña había una cueva por la que discurría un río: la entrada al Inframundo.

De él, emergió una pequeña barca que se aproximaba hacia ellos lentamente. Lo dirigía una criatura similar a un esqueleto. El secuaz de Hades que transportaba a los muertos al Inframundo la puso nerviosa. Meg se llevó la mano a la flauta de Atenea para mantener la calma. «Puedes hacerlo —se dijo, quedándose quieta mientras la barca se acercaba—. Confía en ti misma».

Caronte se detuvo y olfateó el aire.

—Mortales, no podéis entrar aquí.

—Podemos pagarte, Caronte —se apresuró a decir Meg.

El barquero la miró con curiosidad.

—¿Ah, sí? —dijo Fil.

—Sí, dale un dracma —le indicó Meg.

Fil la miró sin comprender.

—No llevo monedas.

—¿Cómo que no llevas monedas? —susurró—. Sabías que tenías que traerme hasta la entrada del Inframundo. ¡Se necesita un dracma para entrar!

—Cierto. —Fil se rascó un cuerno—. Me había olvidado de eso.

—¿Cómo es posible?

—Oye, pelirroja, tenía otras cosas por las que preocuparme, como traerte hasta aquí y que llegaras de una sola pieza.

Meg refunfuñó, incapaz de creer que no hubiesen hablado todo aquello antes.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó.

—¡No lo sé! —Fil echó a andar—. Si no puedes pagar, dicen que Caronte te hace esperar, y no tenemos tiempo que perder. ¿Dónde voy a encontrar una moneda?

Fil comenzó a revolver todo el bote durante su búsqueda, aunque Meg sabía que no encontraría ninguna moneda. Egeo no era tan descuidado como para dejarse una. ¿Dónde podría conseguir un dracma rápido? «Piensa, Meg». No le parecía bien llamar a Hércules para aquello, pero podría invocar a su guía, ¿no? Meg alzó la vista.

—Atenea, diosa de la guerra y de la sabiduría, guía de héroes y cuidadora de los viajeros, si nos ves u oyes, nos vendría bien tu ayuda —susurró—. Necesito un dracma.

No sucedió nada.

Caronte emitió un leve gruñido.

—¿Puedes pagarme o no? Hoy tengo muchas almas que transportar.

—Por favor, Atenea —dijo Meg volviendo a intentarlo—. Me llevaré conmigo tu conocimiento y tus obsequios al otro lado, pero no puedo hacer esto sin tu ayuda. —Meg pensó un momento sobre lo que podría conmovérsela—. Algún día, te daré las gracias en persona y tocaré tu aulós, y cuando lo haga mi música te llegará al corazón, te lo prometo.

Meg y Fil miraron hacia el cielo e imaginaron una moneda cayendo desde las nubes. No sucedió nada. Meg estaba empezando a contagiarse del pánico de Fil justo cuando notó algo frío en su mano derecha. Abrió la palma: era un dracma de plata.

—¡Buena jugada, chica! —exclamó Fil—. ¡Tenemos un dracma!

—¿Ssssí? —siseó Caronte, alargando su esquelética mano para recibir el pago.

—Gracias, Atenea —dijo Meg mirando al cielo con solemnidad—. Supongo que debería irme.

—Espera —se apresuró a decir Fil—. ¿Y si le pides a Atenea dos monedas más? —Miró hacia la cueva que tenían delante—. Podríamos ir contigo; quizá te seamos de ayuda ahí abajo.

Meg sonrió lánguidamente. No podía creerse lo que Fil estaba proponiéndole. A pesar de que ambos sabían que él no podía acompañarla,

aquel era un gesto conmovedor. Estaba empezando a sentir más real que nunca el hecho de que se dirigía hacia el Inframundo, un lugar que los mortales no podían abandonar, y mucho menos escapar dos veces de allí.

—¿Tanto me vas a echar de menos?

—No —dijo él poniendo los ojos en blanco—. Es que no quiero que te metas en líos.

Se miraron el uno al otro, y Meg vaciló.

—Fil, si no consigo regresar, dile a Hércules que...

—No —la cortó Fil—. No voy a darle ningún mensaje. Díselo tú misma cuando vuelvas.

—Pero, si no lo hago —insistió Meg—, prométeme que le dirás a Hércules que... —Tragó saliva, no muy segura de las palabras adecuadas—. Hazle saber que yo... Dile que lo siento.

Fil la miró con el rostro más serio que nunca.

—De acuerdo.

Meg se dirigió hacia la parte delantera del bote, palpó el saco para comprobar que tenía los crótalos y se llevó la mano a la cadera a fin de asegurarse de que la flauta seguía allí colgada. Le frotó la nariz a Pegaso, que relinchó con tristeza. A Meg se le encogió el corazón.

—Fil, una cosa más.

—Lo que quieras —dijo él.

—Si no regreso, asegúrate de que Hércules supera todo esto.

—Meg... —Fil tragó saliva.

Era la primera vez que Fil la llamaba por su nombre real. Meg intentó ordenar sus pensamientos.

—No quiero que eche a perder su inmortalidad por mi culpa. Es un buen chico que da mucho de sí mismo. Se merece tener a alguien que haga lo mismo por él. ¿Está claro?

—Vaya, sí que quieres a ese chico, ¿eh? —dijo Fil.

Meg no respondió. Le entregó la moneda a Caronte, y él le indicó que subiera a la barca. Después, Meg se dio la vuelta y miró a Fil y a Peg una última vez.

—Os veo en el otro lado —dijo, esperando sonar más segura de lo que estaba.

—¡Lo harás! —dijo Fil, aunque las lágrimas corrían por su rostro; incluso Peg parecía disgustado—. Lo sé. Te veo dentro de unos días. Oye, ¿sabes qué?, te esperaré en casa de Egeo; los dioses saben que no le viene mal un poco de ayuda. Nos vemos allí.

—Trato hecho —dijo Meg.

De inmediato, Caronte comenzó a remar.

Meg alzó la mano a modo de despedida. Fil hizo lo mismo, y ambos se miraron en silencio mientras pudieron. Entonces, una sombra cruzó el rostro de Meg. Habían entrado en la cueva.

Se oyó un gemido en medio de la oscuridad, y luego otro. Meg notó un golpe bajo la barca y un tirón en su túnica. Retrocedió de un salto. Algo la había alcanzado y la tenía agarrada. No importaba cuántas veces viajase en aquella barca, era una sensación a la que no podía acostumbrarse.

—Mantén tus extremidades dentro de la barca, mortal, o te arrastrarán con ellos —dijo Caronte con voz grave.

Meg tragó saliva y trató de no pensar en el río bajo sus pies lleno de almas perdidas que harían cualquier cosa por salir de allí. Recogió cuanto pudo sus brazos y piernas, y se sentó en el estrecho banco, observando la oscuridad que la rodeaba. Los gemidos continuaban, igual que el balanceo de la barca mientras los muertos trataban de subir a bordo.

—¿Cuánto vamos a tardar?

Hades siempre estaba demasiado ocupado hablándole como para que prestase atención al tiempo que pasaba, aunque no recordaba que el viaje durara tanto.

Caronte avanzaba lento pero seguro.

—El reino de los muertos es un lugar grande y no es una travesía rápida. Está pensada para tener tiempo de asimilar todo lo que uno ha perdido.

Meg cerró los ojos, tratando de no pensar en los gritos, pero era casi imposible. «¡No mires al agua! ¡No mires al agua!». Recordó que había perdido la noción del tiempo en el Inframundo antes y también las advertencias de Fil sobre no desorientarse. Habría sido muy fácil dejarse llevar por la oscuridad, perder la esperanza, como le reclamaban aquellos que tenía debajo. «Piensa en algo feliz —se dijo a sí misma—. Piensa en algo bueno para que no te tiren al agua». El fortachón. Meg sonrió mientras recordaba la única oportunidad que había tenido de cocinar para él.

—¿Has preparado tú todo esto? —le había preguntado Hércules tras convencerlo de encontrarse con ella una tarde en el lago donde iban a remar.

Se suponía que ella debía estar buscando al Minotauro para sumarlo a la causa de Hades, mientras que Hércules debía pronunciar discursos para conservar sus habilidades de héroe. Sin embargo, Meg pensó que tenían que comer de todos modos y que nadie los echaría de menos durante aquel rato.

—¿Qué te parece? —le preguntó señalando la manta sobre la hierba y la variedad de comida.

Había nueces y dátiles, pan caliente y queso que había conseguido en el mercado y, como plato principal, un pescado asándose en un pequeño fuego.

—Nunca nadie ha cocinado para mí —dijo Hércules dirigiéndose a admirar la trucha. Miró a Meg tímidamente—. A excepción de mi madre. Bueno, y Fil, pero es malísimo. No le digas que he dicho eso —añadió enseguida.

Ella se echó a reír.

—Tu secreto está a salvo conmigo, fortachón. —Señaló la manta—. Siéntate y come algo, no tenemos mucho tiempo.

Hércules parecía un niño con un juguete nuevo mientras partía un pedazo de pan y lo acompañaba de un trozo de queso y unos dátiles.

—El pescado huele delicioso. No sabía que supieras cocinar.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí —bromeó—. En realidad, he aprendido yo sola. Mi madre siempre estaba trabajando y llegaba a casa exhausta por la noche, así que la ayudaba preparando la comida. Pasaba el día en el mercado hablando con los vendedores y dándoles la lata con preguntas sobre cómo cocinar el pescado o qué quesos combinar con ciertas carnes, el modo de enrollar las hojas de parra... Para cuando mi madre llegaba a casa, tenía una comilona esperándola. —Fue a comprobar el pescado—. Era el único momento del día en que no parecía cansada. —Se detuvo al oír su propia confesión y miró a Hércules, que la escuchaba con atención—. Te estoy aburriendo, ¿verdad? No suelo hablarle a nadie sobre mi vida.

En realidad, nunca le había contado a nadie aquella anécdota, ni siquiera a Egeo. ¿Qué estaba haciendo, cocinando para el hombre al que Hades quería derrotar?

—Puedes contarme lo que quieras —dijo el fortachón poniéndole la mano en el hombro—. Quiero oírlo todo, quiero saberlo todo de ti.

—¿Estás seguro? —dijo sin poder evitarlo.

—Lo estoy.

Después, Hércules se había inclinado para besarla. Sus labios eran tan dulces como los dátiles que acababan de comer. Ella le había devuelto el beso.

Meg vio un destello y alzó la vista. Las antorchas cobraban vida a lo largo de todo el camino de la cueva, y de pronto recordó dónde se encontraba.

—Prepárate, mortal —dijo Caronte—. Puede que te hayas librado de mí, pero Cerbero no será tan indulgente.

Veintiuno: La nana de Cerbero

El final de la cueva se abrió de pronto, separándose como si alguien estuviera tirando de unas enredaderas demasiado crecidas. Enseguida, Meg vio lo que había al otro lado: Cerbero.

La inmensa criatura de tres cabezas era más negra que el tizón y tan grande como el primer monstruo con el que había hecho luchar a Hércules cuando ella todavía trabajaba para Hades. Observó roncar a una de las cabezas, abriendo y cerrando las fauces, mostrando unos dientes tan grandes como las columnas de un edificio. Alrededor de su enorme boca se iba acumulando la baba, que goteaba hasta el río. La criatura estaba atada al suelo, pero podía mover sus cabezas. Uno no podía pasar por delante sin que se lo tragase entero. Para complicar las cosas, la zona alrededor del animal estaba llena de huesos y calaveras, que daba por hecho que pertenecían a otros mortales igual de estúpidos que también habían intentado entrar al Inframundo con sus vidas intactas.

Debía estar preparada para enfrentarse a él. Enseguida, comenzó a desatar la flauta de Atenea.

—¿Podemos ir más despacio? —dijo Meg.

Sin embargo, Caronte siguió remando a su ritmo. Meg se maldijo a sí misma por no haber aprovechado mejor el tiempo en la barca. Solo tenía unos instantes para prepararse y ni siquiera estaba segura de qué iba a tocar con la flauta de Atenea, y mucho menos si recordaría cómo hacerlo. Atenea se había dado cuenta de que no ponía el corazón en ello. ¿Sería igual con

Cerberos? Si no era capaz de crear una melodía convincente para la bestia, estaba acabada.

Un aullido grave sacudió la cueva y Meg alzó la vista. La cabeza derecha de Cerbero estaba despierta y alertaba a las otras dos de que había una mortal ante ellas. Las tres cabezas se elevaron y la criatura se lanzó hacia delante, ocupando todo el espacio disponible en la cueva. Tenía los ojos de un rojo sangre y sus hocicos eran tan grandes como las aves del Estínfalo. El perro daba dentelladas al aire y escupía por todas sus fauces, cuya saliva aterrizaba muy cerca de la barca. El sonido le recordó a huesos quebrándose. Se esforzó por ignorarlo.

«Tocas tan bien que podrías dormir a Cerbero», pensó, aunque la frase no la hizo recordar a Egeo esa vez. La hizo pensar en el reto que tenía entre manos y en lo que iba a costarle regresar con Hércules. «Duerme a esta bestia y recupera a Katerina para que puedas salir de tan lúgubre lugar», se dijo a sí misma. Estaba a punto de tocar la flauta por su vida. Literalmente.

—Adiós, mortal —dijo Caronte con cierto regocijo mientras la barca se acercaba a la criatura.

Sin duda, tenía muy claro cómo solía acabar la historia.

«Eso no sucederá hoy», juró Meg. Se llevó la flauta de Atenea a los labios y emitió unas cuantas notas para captar la atención de la bestia.

La cabeza derecha le prestó atención de inmediato, mientras que las otras dos miraban alrededor.

«Bien». Meg continuó. Tocó unas cuantas notas altas seguidas que incluso la hicieron estremecerse. Las otras dos cabezas se removieron y comenzaron a olfatear el aire. Dejaron de gruñir por un instante.

«Ahora tengo toda tu atención», pensó Meg. Se le resbalaban las manos por el sudor, pero sujetó las cañas con firmeza y colocó los labios en la boquilla. De nuevo, regresó a *La suerte de un lirio blanco*.

La cabeza izquierda empezó a gruñir al ver aproximarse la barca, y la cabeza del centro rugió como respuesta. No estaba funcionando. Meg

apartó el aulós y suspiró. Le temblaban las manos. «Concéntrate —se dijo—. Recuerda por qué solías tocar». Comenzó de nuevo la melodía.

Esa vez, se dio cuenta enseguida del cambio. La segunda cabeza retrocedió para escucharla, luego la tercera, y después la primera. Meg se centró en cada nota. Sus dedos recorrían las cañas mientras la música salía, procedente de algún lugar de su mente. Trató de no hacer caso de la criatura y dar lo mejor de sí misma. «Olvida que está ahí —pensó—. Límitate a tocar».

Después de unos instantes, Meg sintió una profunda calma. Entreabrió los ojos. La barca se había acercado a la criatura, pero sus cabezas no se movían. Tenía los ojos cerrados y se estaba recostando despacio. Acabó tumbada en el suelo. En cuanto Meg oyó un ronquido de la primera cabeza, empezó a relajarse. Siguió tocando mientras Caronte pasaba junto al perro y no dejó de hacerlo hasta que perdió de vista a Cerbero y la cueva se cerró tras ellos.

—Impresionante, mortal —dijo Caronte mientras doblaba una esquina y la cueva se abría de nuevo, revelando una gigantesca estructura—. Te has ganado un pasaje al Inframundo.

Meg suspiró aliviada. ¡Había superado la primera prueba!

El Inframundo se elevaba, dándoles la bienvenida. El paisaje frente a la barca parecía un árbol clamoroso con una ciudad sobre él. Un edificio gris tras otro, todos apilados, que ascendían caóticamente hasta el cielo. Bajo ellos, había dos ojos cavernosos que parecían conducir en diferentes direcciones. Y, más abajo, dos columnas con aspecto de hueso sostenían todo aquello. Meg sabía lo que encontraría entre ellas: la guarida de Hades.

—¡Detente! —se apresuró a decir Meg.

Por primera vez, Caronte dejó de remar.

—¿Sssssí? —preguntó formando una espeluznante mueca con sus esqueléticos labios.

—Yo... —empezó a decir Meg.

¿Adónde quería ir? ¿Hacia qué lado estaba la pradera de Asfódelos? Contempló de nuevo la enorme estructura que conducía a cada reino del Inframundo. El fuego del Tártaro indicaba el camino que no debía seguir. Pero ¿en qué dirección estaba el Elíseo y en cuál la pradera de Asfódelos? ¿Encontraría a Katerina?, ¿sin que la vieses?

—Quiero bajar —dijo Meg de repente—. Por favor, detente.

—Al final —dijo Caronte, comenzando a remar de nuevo—. Solo hay un camino de entrada y otro de salida.

—Pero quiero ir a la pradera de Asfódelos —protestó Meg mientras la barca se aproximaba a una escalera en espiral que le resultaba familiar, conducente a la estructura superior.

Estaba iluminada por unas antorchas azules. Meg había subido por aquellos escalones muchas veces antes. Buscó alguna señal de la presencia de Hades. Necesitaba salir de aquella barca antes de que él supiera que estaba allí.

—¿No es eso lo que quiere todo el mundo? —dijo Caronte aproximándose a una plataforma junto a la escalera para detenerse—. Solo hay una forma de llegar a todos los caminos del Inframundo, y es esta. El final del trayecto, por así decirlo.

Meg suspiró y bajó de la barca. Se acercó a la escalera.

—Gracias por el viaje. ¿Tienes alguna idea de a qué piso debo ir?

—No —dijo Caronte.

Después, dio la vuelta con la barca y regresó río abajo, con las almas perdidas tras sus huesudos talones.

—Muy servicial. Gracias.

Meg miró a su alrededor. La cueva estaba inquietantemente silenciosa, excepto por el crepitar de las llamas. Respiró hondo y empezó a subir, pasando a toda prisa por los dos primeros pisos, que eran la casa de Hades. Nunca había tenido la necesidad de ir más arriba. Todo su trabajo para Hades había tenido lugar en la Tierra, así que la mayor parte del

Inframundo fuera de su guarida era un completo misterio para ella. Meg subía los peldaños de dos en dos, manteniéndose cerca de la pared para evitar caer. Cuando llegó al primer tramo, se sintió aliviada al ver los letreros tallados en los muros de piedra.

TÁRTARO, ABAJO

ELÍSEO, ARRIBA

PRADERA DE ASFÓDELOS, CENTRO

Bajo los letreros, había un marcador en el que se leía: 5.000.000.001 DE ALMAS ATENDIDAS (Y SUBIENDO).

—El Inframundo..., de tanta ayuda como siempre.

Meg miró alrededor. Bueno, en general sabía qué dirección quería seguir: hacia arriba. Salir de la oscuridad parecía una buena idea. Meg comenzó a ascender por la interminable escalera. Se sentía como si llevase caminando una eternidad. Daba vueltas a un recodo tras otro buscando la pradera de Asfódelos, pero no había rutas de salida. Después de diez pisos, le ardían las piernas y respiraba entrecortadamente, por lo que no tuvo más remedio que detenerse un momento. Y solo un momento. El miedo a que apareciera Hades fue suficiente para que siguiera adelante. Se apoyó en la pared y miró hacia arriba. Ya había ascendido bastante como para ver luz entre las torres apiladas. ¿Era el cielo azul o una ilusión? ¿Sería el mundo de los vivos o el Elíseo? No estaba segura, pero sabía que tenía que seguir avanzando..., siempre y cuando no le diera un infarto con tanto escalón.

¡Ping!

Meg observó el peculiar objeto que había causado aquel ruido. En los muros de roca había excavadas unas puertas dobles. Parecían formar parte de la propia piedra, por lo que, de no haber sido por el ruido, no las habría visto. Mientras las miraba, las puertas se abrieron. Meg bajó unos cuantos escalones para esconderse.

—¿Subes? —preguntó una voz burlona.

Meg se asomó. El hueco tras las puertas estaba vacío. ¿A quién se dirigía aquella voz?

—La pradera de Asfódelos está en el segundo piso.

«¿La pradera de Asfódelos?». Vacilante, Meg se aproximó a las puertas abiertas. Tal vez gracias a aquel artilugio subiese más deprisa que por la escalera. Se asomó al diminuto espacio: estaba vacío.

—¿Subes? —insistió la voz sin cuerpo.

Meg echó un vistazo dentro. Había cuatro botones: ELÍSEO, PRADERA DE ASFÓDELOS, TÁRTARO y PALACIO DE HADES. Si aquello significaba que podía evitar tantos escalones y esquivar a Hades, merecía la pena intentarlo.

—Bueno, qué demonios. —Entró y tocó el botón.

Tal vez usar la palabra *demonios* hubiera sido un error por su parte. Las puertas se cerraron y, al volver a abrirse, empezaron a llenarse de un humo que se iba abriendo paso alrededor de sus hombros y acabó cubriendo todo su cuerpo antes de que pudiera reaccionar. Se vio arrastrada hacia delante.

La cara de Hades apareció de repente a un palmo de la suya.

—Hola, pequeña Meg. ¿Me echabas de menos?

Veintidós: Hades

Como dios del Inframundo, había una cosa que Hades no era: tonto.

Supo que Meg había vuelto en cuanto Caronte comenzó a remar por el interior de la cueva.

Bueno, no. Supo que la cabecita loca de Meg había vuelto en cuanto Notos fue a hablarle de una mortal pelirroja que rogaba por un poco de viento para que su bote llegase hasta la entrada del Inframundo. No era la primera que intentaba esa jugada, y por lo general se negaba a ese tipo de peticiones. O, si estaba generoso, dejaba que Notos hiciera de las suyas para que la embarcación se diera tantos golpes que todos a bordo pudiesen; así él conseguía unas cuantas almas nuevas sin tener que mover un dedo. De todos modos, los mortales lograban lo que querían: el pasaje al Inframundo, aunque no de la forma que habían imaginado. En cualquier caso, todos salían ganando.

Pero, aunque la idea de que Meg tratara de colarse de nuevo en el Inframundo le hacía hervir la sangre, también estaba intrigado. Su más preciada sierva lo había traicionado y había huido con aquel dios fornido y descerebrado, arruinando todo por lo que llevaba trabajando los últimos dieciocho años. Por algo como aquello, habría dejado el alma de Meg flotando en la laguna Estigia el resto de la eternidad. Sin embargo, había sido él quien había tenido que salir del turbulento río mientras aquellas repugnantes bestias se le aferraban suplicando por una segunda oportunidad.

Por supuesto, Hades no daba segundas oportunidades. ¿Acaso no lo sabían ya? Solo le había dado una segunda oportunidad a una mortal en una ocasión, y solo había que ver dónde lo había llevado aquello. Meg se la había jugado, librándose de paso de su contrato con él. Por lo que la venganza estaba servida.

—Entonces, mi querida Meg, ¿qué te trae por mi barrio? —le preguntó Hades mientras la empujaba fuera del artilugio elevador, envolviéndola con su humo y oprimiéndola.

Meg consiguió emitir una única frase.

—Me pareció ver una rata en este agujero.

Hades la lanzó al aire y la dejó colgada de sus esposas hechas de humo.

—Mi florecilla, mi pajarito, mi nuez moscada Meg, por agradable que sea volver a verte, me pregunto qué te ha hecho regresar tan rápido. ¿Ya se han torcido las cosas con tu musculitos?

Meg luchaba contra las humeantes ataduras.

—Hércules está bien, aunque no gracias a ti.

—Hum..., entonces ¿qué te trae por aquí? —se preguntó, disfrutando de todo aquello un poco más de lo que pensaba—. No estás muerta, por desgracia, así que has entrado sin permiso, lo que significa que quieres algo. ¿Qué ha pasado?

—No quiero nada —dijo con un hilo de voz por la presión del humo.

—¿Estás segura? —Hades se llevó la mano a la calavera de su túnica, evitando hacer contacto visual con la seductora Meg—. Tengo la impresión de que sí, o no te habrías atrevido a presentarte aquí. —Emergieron llamas azules de su cuerpo mientras la rabia se apoderaba de él—. ¡Me engañaste para mantener tu alma y ayudaste a Hércules a derrotarme!

—¿En qué se diferencia eso de tu engaño? —soltó Meg.

—¿Que yo te engañé a ti?

Curioso descubrimiento. El humo desapareció y Meg comenzó a caer en picado mientras Hades se alejaba, pensando en lo que significaba aquella

frase. Entonces, la oyó gritar. Si moría tan deprisa, las cosas serían mucho menos interesantes. Hades chasqueó los dedos y su humo la cogió antes de que tocara el suelo. Lo usó para llevarla frente a él.

—¿Te importaría explicarte? —dijo acercando su cara a la de Meg.

—Me mentiste —respondió Meg apretando los dientes.

—¿Yo, mentir? —preguntó Hades, y su humo desapareció—. ¿Te parece eso algo propio de mí?

Meg aterrizó en el suelo. Se levantó de un brinco y se sacudió el polvo.

—Me hiciste creer que Egeo había seguido con su vida solo unos días después de que yo me fuera. ¡Estuve aquí dos años!

Lo había pillado en aquel embuste, ¿verdad?

—¿Quién? —Hades se rascó la barbilla—. Perdona, pero el nombre no me suena de nada.

—Me hiciste creer que me había dejado por otra nada más irme para que me olvidara de él e hiciera tu trabajo sucio durante toda la eternidad.

—¿En serio? Eso no puede ser cierto —dijo fingiendo inocencia—. Me enciendo solo de pensarlo.

—Ya he pagado mi deuda. —Meneó la cabeza mientras su enloquecido pelo se movía al compás—. Hiciste un trato con Hércules, así que no deberías pelearte conmigo.

—Cierto, cierto, cierto, pero ¿adivina qué? —Dejó los dientes al descubierto—. ¡Estoy loco! —Su cuerpo entero irrumpió de nuevo en llamas—. Así que, ¿vas a decirme por qué estás aquí o me vas a hacer lanzarte a la laguna Estigia con todas esas almas inútiles?

El dios volvió a enviar su humo lentamente hacia ella.

Meg retrocedió mientras el humo comenzaba a envolverle los pies y la parte inferior del cuerpo. La levantó de nuevo en el aire.

—¡Vale! Te lo contaré —dijo—, pero bájame.

Hades movió una mano, y ella cayó de rodillas, aunque le dio tiempo a apoyar las manos.

—Adelante, cuenta tu triste historia. No me vendría mal; lleva semanas sin pasar nada interesante aquí abajo.

—Me han enviado para rescatar un alma perdida.

Hades la miró y parpadeó lentamente. Entonces, se deshizo en carcajadas; las llamas de su cabeza casi alcanzaban el siguiente piso.

—Me tomas el pelo, ¿no? Esto tiene que ser una broma. —Miró alrededor—. ¿De quién ha sido la idea? ¿Hércules? ¿Atenea? ¿Poseidón?, a él le encantan los cantos de sirena. ¿Quién?

—Hera —dijo Meg con calma.

El dios rio con más fuerza.

—¿La mujercita de Zeus? ¡Desternillante! Nadie sale del Inframundo una vez entra. ¡Nadie! —Su risa cesó, y el humo salió disparado de sus manos y rodeó a Meg por la cintura—. Y menos contigo.

El humo llevó a Meg de nuevo al borde de la escalera mientras ella se resistía.

¡Ping!

—Vaya, magnánimo señor del Inframundo. —Los pequeños demonios Pena y Pánico salieron nerviosos del artilugio elevador—. Las Moiras quieren verle Su Oscuridad.

—¡Que esperen! —rugió Hades mientras se preparaba para lanzar a Meg por la escalera.

Pánico se aclaró la garganta.

—Dicen que tiene que ver con el polizón del Inframundo.

Sin pensárselo, soltó a Meg y la oyó gritar mientras desaparecía por el hueco de la escalera.

—¿El polizón? Diles que voy enseguida.

Hades montó con ellos en el artilugio elevador, que bajó a una velocidad vertiginosa y se abrió en la primera planta. Dejó que Pena y Pánico fueran delante para entregar su mensaje. Él esperó hasta que las puertas se cerraron y suspiró.

Era una lástima no poder saber qué más tenía que decir Meg respecto a todo aquello de Hera, pero seguro que la caída la había matado al instante. Supuso que podía descubrir los detalles sobre su viaje fallido una vez que su alma estuviera en uno de sus reinos. Tenía cosas más importantes de las que ocuparse en ese momento.

—¿Per? Ya puedes salir.

Una figura emergió lentamente de entre las sombras.

—¿Ya se han ido?

—No hay nadie aquí —dijo con voz calmada para tranquilizarla.

Era extraordinaria. Le gustaba todo de ella, desde la corona de flores plateadas que llevaba sobre su melena azabache hasta sus ojos oscuros, que combinaban con su piel morena. Por primera vez, incluso se fijó en su ropa. No pudo evitar admirar su preferencia por las túnicas azul cobalto en lugar de las de color marrón apagado. Ese día, llevaba un cinturón de flores plateadas.

—¿Qué han dicho las Moiras? —preguntó con timidez por primera vez desde que la conocía.

Era todo menos una delicada flor. Era fiera: aquello era lo que más le gustaba de ella.

Hades se deslizó a su lado y la abrazó.

—Voy ahora a verlas. No quiero que te preocupes por nada. Pensaba que ibas a hacer eso que decías para olvidarte de todo esto.

—Así es —dijo con una sonrisa—. Te va a encantar.

Lo dudaba, aunque quería que ella fuera feliz.

—De todos modos, nos aseguraremos de que el destino nos sea favorable. Aunque tengamos que acabar con el mundo entero.

Ella asintió y rodeó como pudo con los brazos la enorme cintura de Hades.

—No voy a regresar, Hades.

A Hades un fuego le recorría el cuerpo, diferente a todo lo que había sentido hasta el momento. No podía determinar de qué se trataba. No era ira, ni odio, ni siquiera envidia. ¿Sería eso de lo que siempre hablaban todas aquellas almas enamoradas? ¿Estaba enamorado? Se sentía como si lo estuviera, y si eso era cierto...

Estaba acabado. Sin embargo, no podía negar lo agradable que era tener a alguien con quien hablar después de tantos años, alguien distinto de sus estúpidos secuaces, las almas lloricas o las innecesariamente confusas Moiras. Ella era interesante y animada. Se enfrentaba a él cuando no estaba de acuerdo con algo, lo cual era divertido. Y hacía que su futuro pareciera más brillante, algo que creía imposible tras el fracaso del plan de los titanes.

—Lo sé —dijo Hades acariciándole la mejilla—. No dejaré que nadie se interponga entre nosotros. Es una promesa.

Veintitrés: La pradera de Asfódelos

Estaba cayendo. Otra vez. Meg agitaba los brazos extendidos mientras trataba de agarrarse a algo que le impidiera caer en picado docenas de pisos hasta la muerte. Su mano derecha chocó con algo duro y se agarró a ello, golpeándose el cuerpo contra la superficie rocosa.

«Ay», pensó. Se quedó sin aliento al quedar colgada del borde de la escalera. Miró hacia arriba, casi esperando que Hades irrumpiese rugiendo tras ella. Por extraño que resultara, el Dios no apareció, así que no podía quejarse.

Jadeando, se agarró al borde con la otra mano y, con una mueca de dolor, logró volver a subir a la escalera. Tenía que salir de allí antes de que Hades se diera cuenta de su error.

Subió los escalones de dos en dos, doblando las esquinas a toda prisa, sin prestar atención al número de pisos que estaba subiendo. Pasó la planta con el extraño artilugio elevador, evitó el desvío hacia la calurosa zona del Tártaro y sus insoportables gritos, y siguió avanzando, rezando por que Hades estuviera tan ocupado con las Moiras que se hubiese olvidado de ella por completo. ¿Dónde estaba la pradera de Asfódelos? Necesitaba desaparecer enseguida en aquel nivel.

Nunca antes había estado en aquella parte del Inframundo. Nadie iba al Tártaro por elección propia, aunque había visitado el Elíseo en una ocasión para entregarle un mensaje a Aquiles de parte de Hades. El Elíseo era como una inmensa fiesta: comida exquisita, clima ideal, casas tan grandes como los templos y risas infinitas. No parecían hacer nada más que pasar el día

allí sentados contando sus gestas de guerra. Meg incluso llegó a plantearse si recordarían que estaban muertos.

Había visto la pradera de Asfódelos una vez y, en aquel momento, le había recordado mucho a la Tierra: el exterior era encantador, pero, echando un vistazo más a fondo, las cosas no eran tan perfectas. Tal vez por eso Hades apenas se preocupaba por las almas que estaban allí. Si había un sitio en el que perderse era la pradera.

Meg subió otro piso y ahí fue cuando por fin vio el letrero tallado en la roca:

CENTRO: PRADERA DE ASFÓDELOS

Fue deprisa hasta la puerta y giró el pomo. No estaba cerrada con llave. Respiró hondo y pasó.

A primera vista, parecía que hubiese entrado al pueblo donde había pasado los primeros cinco años de su vida antes de que su padre muriese. Había una plaza rodeada de pequeñas construcciones, todas bastante sencillas pero bien cuidadas. Las ventanas estaban llenas de macetas, aunque, extrañamente, cada una solo contenía una flor. Se oían sonidos de martilleo a lo lejos y el canto de los pájaros era incesante, pero no se veía ninguno.

Meg tiró de su túnica. Allí había más humedad que en la escalera..., no hacía exactamente calor ni frío, solo algo de bochorno. En el cielo, había un puñado de nubes que tapaban el sol, como si el tiempo no pudiera decidir qué hacer ese día. Se adentró en el pueblo, caminando sobre la hierba, con algunas zonas peladas. Aparte del martilleo y de los pájaros, no se oía nada ni se veía a nadie.

«¿Es este el lugar correcto? —se preguntó—. Las almas viven aquí, ¿no?».

Al fin, oyó voces y se dio la vuelta. Un grupo de mujeres se dirigía hacia ella. Iban vestidas con chitones y túnicas de varios tonos marrones. Una de ellas llevaba un pañuelo en la cabeza, lo que le recordó a alguien.

Sintió una punzada repentina. «Madre».

Thea tenía que estar por allí en alguna parte. Meg lo sabía por lo que había descubierto la última vez. Cómo no, en aquel entonces, Hades había impedido que Thea supiera que su hija se encontraba allí para que no tratase de encontrarla. Sin embargo, esa vez Meg no estaba segura de que Hades hubiese pensado en colocarle un velo a Thea. ¿Significaba aquello que Thea sabía de su llegada al Inframundo como sabían las demás almas de la entrada de sus parientes? ¿Buscaría a la hija que llevaba casi dos décadas sin ver? A Meg le dio un vuelco el corazón. ¿Tenía tiempo para intentar...? No. Fil había sido claro: cíñete a la tarea. Dicho eso, si se la cruzaba por la pradera de Asfódelos, sabía que no sería capaz de ignorarla. Quería decirle muchas cosas.

Ojalá tuviese más tiempo. El viento se levantó y Meg se llevó la mano al saco. Sacó el reloj de arena y lo miró, consternada. Dos terceras partes estaban llenas. ¿Cómo era eso posible si acababa de llegar al Inframundo?

«El tiempo pasa de forma diferente aquí abajo —se recordó— y me estoy quedando sin él». Debía centrarse en la tarea que tenía entre manos.

Meg miró otra vez hacia las mujeres, cuyos rostros sin nombre se aproximaban. Se interpuso en su camino. Hablaban muy deprisa y una de ellas reía. Era bueno saber que la gente seguía sonriendo en el Inframundo.

—Disculpen —las interrumpió Meg—, ¿alguna de ustedes conoce a Katerina?

Las mujeres se detuvieron en seco.

—Disculpa, cariño. Katerina ¿qué más? —preguntó una.

«Qué tonta soy. Debe de haber miles de Katerinas aquí».

—Katerina Dimas —aclaró.

Las mujeres se miraron unas a otras y se encogieron de hombros.

—Lo sentimos, cielo, no conocemos a nadie que se llame así —dijo una de ojos grises.

—¿Eres nueva, querida? —preguntó la que llevaba el pañuelo en la cabeza—. Hablas muy alto para estar muerta.

—Y tu túnica es púrpura —dijo la más baja con nostalgia—. ¡Cuánto echo de menos los colores llamativos! Esta vestimenta marrón es tan sosa.

—Y nunca te queda bien —dijo la primera mujer—. La mía es demasiado larga.

—Y a mí me queda demasiado suelta en la cadera —dijo la del pañuelo.

—Eso es por comer poco —dijo la más baja, y luego miró a Meg—. Aquí se come bien, no te preocupes, pero siempre da la sensación de que podrías haber tomado algo más, ¿sabes?

—U otro sorbo de vino —dijo la de ojos grises con un suspiro—. El vaso nunca está del todo lleno.

—Aunque podría ser peor —le recordó la más baja—. Podríamos estar asándonos.

—Cierto —convinieron todas.

—Tienes un aspecto muy vital, querida —dijo la del pañuelo—. ¡Aún te brilla la piel!

Meg sabía que no podía decir que estaba viva. Aquello habría causado una conmoción en el Inframundo que no necesitaba: Hades la encontraría al instante.

—Es porque soy nueva, tenéis razón.

—Eso lo explica —les dijo la más alta a las demás—. Entonces, estás en el lugar equivocado, querida. Tienes que ir con los nuevos. En el Sempiterno, al sur.

—¿Cómo? —preguntó Meg mientras aumentaba el ruido del martilleo.

La del pañuelo resopló.

—En serio, esa obra día y noche... —dijo—. ¡Estoy cansada de tanto martillo!

—¡Y de los pájaros! —dijo la primera mujer.

—¡Y de las abejas! —dijo la segunda—. Pero ganan los martillazos. Hay tanta gente mudándose que la obra es interminable. ¡Qué dolor de cabeza!

—He dicho que vayas al sur, hacia el Sempiterno —repitió la más alta, alzando la voz y pronunciando bien para que la oyese, a pesar de los martillazos.

—¿Cómo llego hasta allí?! —gritó Meg.

—Sigue el camino —dijo la baja—. Pero date prisa, la fiesta de bienvenida solo es en ciertos momentos del día, y seguro que no quieres perdértela: todos los parientes suelen estar esperando.

—¡Es muy divertida! —dijo otra.

—Y la única vez que corre el vino a discreción —dijo con melancolía la de los ojos grises.

—¿Cómo te llamas? Por si alguien pregunta por tu paradero —preguntó la más alta—. Las noticias vuelan cuando llega un ser querido.

Meg vaciló mientras veía las nubes tapando de nuevo el sol.

—Megara Egan —dijo en voz baja—. Hija de Thea.

—Thea —dijo una abriendo mucho los ojos—. Creo que conozco a una Thea con una hija. Si la veo, le diré dónde encontrarte.

—Gracias —dijo Meg, que deseaba más que cualquier otra cosa poder quedarse y buscar a su madre ella misma.

«No estás aquí para eso —se recordó—. Cíñete a la tarea».

Siguió el camino a toda prisa durante lo que le pareció una eternidad, atravesando pueblo tras pueblo, todos ellos idénticos al primero. Tenían nombres muy parecidos, con edificios con letreros del estilo de ASFÓDELOS B-1.000. Se preguntó cuál sería el de su madre.

Por lo menos, ya veía gente en el exterior. Algunos hablaban sentados sobre mantas, otros dando paseos o tocando instrumentos. Oía risas y cantos. La gente parecía genuinamente contenta, aunque también había alguna queja ocasional sobre el sofocante aire, el martilleo o la abundante población de pájaros.

—¡Qué preciosos colores llevas! —señaló una mujer que paseaba con su esposo—. Casi como si siguieras viva.

—No seas tonta —soltó su esposo mirando a Meg—. ¿Por qué iba a querer alguien vivo venir aquí?

Meg sonrió con inquietud. No pasaría mucho tiempo antes de que alguien alertara de que había una mortal entre ellos. Caminó más deprisa cuando vio un prado sobre la siguiente colina. A medida que se acercaba, el sol parecía alejarse de las nubes, y la hierba bajo sus pies se volvía de un verde brillante. Se oía una fiesta a lo lejos. Aceleró el paso. El aire traía un aroma más dulce. ¿Eran albaricoques lo que olía?, ¿o higos?

¡Volvía a haber árboles! No se había dado cuenta de lo mucho que los echaba de menos hasta que los vio crecer a lo largo del camino. Tenían unas hojitas verdes perfectas y flores en las ramas. A un lado, había una mujer arrodillada en un jardín, ocupándose de un parterre de hortensias de vivos fucsias, azules y blancos.

—¡Son preciosas! —dijo Meg, sorprendida; eran lo más colorido que había visto en el Inframundo, y eso la reconfortó por un instante—. ¡No puedo creer que algo así crezca aquí abajo!

La mujer levantó la vista y le sonrió; tenía unos ojos oscuros aunque cálidos.

—Gracias. Yo tampoco tenía claro que fuera posible, pero con unas raíces fuertes y un buen suelo parece que lo es.

—¿Las has plantado tú? —dijo Meg con admiración.

La mujer parecía satisfecha mientras miraba los coloridos parterres de flores de las praderas cercanas.

—Podría decirse. Me encanta el dramatismo de todo esto: sembrar las semillas, los elementos trabajando a favor y en contra de ellas, el florecimiento a pesar de todas las adversidades y luego la muerte de la flor. Mucho más emocionante que mi antigua vida. —Miró a Meg como si acabase de recordar que estaba allí—. De todos modos, mejor que no le cuentes a nadie que me has visto.

—Ah. —Meg hizo el gesto de sellar sus labios—. No hay problema. Preferiría que tampoco le contases a nadie que me has visto.

Se preguntó cuáles serían las normas para hacer cambios en el paisaje del Inframundo... Probablemente, Hades no se lo tomase demasiado bien.

—Trato hecho —dijo Meg.

—No pensaba estar aquí tanto —reconoció la mujer, limpiándose sus bronceadas manos en la túnica azul cobalto que llevaba—, pero el tiempo pasa deprisa.

—Muy deprisa —convino Meg, echando otro vistazo de admiración al jardín que la mujer había cultivado.

—Y me niego a que controlen lo que hago —dijo con más ímpetu, pasándose una mano por su cabello negro—. No tengo muy claro por qué te estoy contando esto.

—Es agradable tener a alguien con quien hablar —dijo Meg, que nunca habría pensado echar de menos a Fil, pero así era; por no mencionar al fortachón—. Evita que pienses en los problemas.

—Así es —dijo la mujer—. Igual que la jardinería. —Frunció el ceño—. Excepto por lo extremadamente frustrante que es este grupo de aquí. Es la tercera vez que me ocupo de estas hortensias esta semana y las hojas siguen marchitándose. —Extendió un tallo amarillento para que Meg lo viera—. Nunca había tenido este problema.

Meg se inclinó, cautivada por el dulce aroma y la belleza de las flores.

—¿Tienen bastante sol en esta zona? Parece que a este lugar nunca llega suficiente, pero aquí hay mucha sombra, ¿no crees? Las hortensias están mejor a pleno sol por la mañana y con poca luz el resto del día. —Meg echó un vistazo al lugar—. Quizá haya que trasladar este parterre más adelante, donde el sol pega con más fuerza.

La mujer se balanceó sobre los talones. Miró a Meg con interés mientras se apartaba su pelo negro y rizado hacia el lado derecho del cuello.

—Sin duda, sabes cómo cuidar hortensias.

—A mi madre le encantaban —recordó Meg—. No importaba dónde nos mudáramos, siempre derrochaba en flores para arreglar el sitio. —Se le encogió el corazón al pensar que Thea estaba tan cerca—. Me enseñó a podarlas y a hacerlas crecer.

—Son de mis favoritas —reconoció la mujer, y miró a Meg de nuevo—. ¿Cómo se llama tu madre?

—Thea —dijo Meg.

Al hacerlo, se dio cuenta de que le gustaba volver a pronunciar su nombre en voz alta. De repente, se le ocurrió que debería decirlo más a menudo. «Llevamos a quienes perdemos en nuestro corazón», pensó. Egeo le había contado que a Katerina le gustaba decir aquello.

—Thea —repitió la mujer, y respiró hondo al decir el nombre—. Se alegrará de verte, estoy segura. Supongo que eres nueva.

—Sí —se apresuró a decir Meg, y sintió una oleada de pánico—. Por eso debería irme; tengo que encontrarla.

—Tienes suerte de poder estar con quien quieres —dijo con nostalgia la mujer, que parecía no querer acabar la conversación—. Yo también estoy aquí por eso, pero no es tan fácil.

—No, no lo es —convino Meg—. El amor es complicado.

—¡Exacto! —La mujer meneó la cabeza, soltó un suspiro y arrancó una de las flores que tenía a los pies—. Vivir en las sombras es agotador, ¿verdad?

Meg asintió. Entonces, oyó la música cada vez más alta a lo lejos y supo que ya llevaba allí demasiado tiempo.

—Ha sido un placer conocerte.

—¡Buena suerte con tu madre! —dijo la mujer.

Meg siguió avanzando por el camino, donde crecían flores casi fluorescentes, muy brillantes y abundantes. A continuación, aparecieron los edificios. De inmediato, se fijó en que eran de colores tan llamativos y

variados como un arcoíris. En medio de un gran jardín, había unas cuantas fuentes que lanzaban chorros de agua al cielo. Entonces, reparó en la gente.

Al contrario que en los otros pueblos, aquella plaza estaba llena de personas bailando, abrazándose y con lágrimas de alegría. Llevaban túnicas de intensos colores (que parecían ser de su talla) y seguían teniendo un aspecto tan radiante como si continuaran vivas, aunque no fuera así. Ya no se oía el incesante canto de los pájaros ni martilleo alguno, solo risas y luz. Meg se relajó por un instante, revitalizada por la alegría. El Inframundo podía hacerte sentir como si llevaras el peso del mundo sobre los hombros.

También te hacía creer que el tiempo no pasaba, cuando claramente iba mucho más deprisa allí abajo. Había transcurrido menos de una semana desde el ataque de los titanes, pero quién sabía cuánto tiempo le habría parecido a Katerina. ¿Seguiría de fiesta y disfrutando de haber reencontrado a su familia? ¿Cuánto tiempo se quedaba la gente en aquel limbo? Solo había una forma de descubrirlo: pidiendo ayuda. «¿Qué diría Afrodita sobre todo esto?», se preguntó Meg con una leve sonrisa, y luego «¿qué diría mi madre?».

Meg se apresuró a unirse a la multitud, cuyos componentes seguían pareciéndose mucho a ella. Al oír una flauta, se dio la vuelta. Un grupo de hombres se habían reunido para tocar mientras otros bailaban con algunos que llevaban vestimentas marrones y tenían un aspecto más gris. Una mujer bailaba junto a ella, y Meg le tocó el brazo con amabilidad.

—Disculpa, estoy buscando a alguien.

—¡Claro! ¿A quién buscas, querida?

La sonrisa de la mujer seguía siendo radiante y sus ojos conservaban el color.

—Katerina Dimas.

La mujer se quedó pensativa unos instantes.

—No me suena el nombre. ¿Cuándo ha llegado? ¿Iba en el barco que se ha hundido hoy en las islas griegas? Hay un grupo bastante grande al sur de

la ciudad.

—No. —Meg negó con la cabeza—. Lleva aquí unos cuantos días. Murió la semana pasada, durante el ataque de los titanes.

—¿La semana pasada? —dijo la mujer, sorprendida—. Eso ocurrió hace meses.

—No, fue solo hace unos días... —empezó a decir Meg, aunque se detuvo.

Cómo no. Si el tiempo transcurría de modo diferente allí abajo, las reglas habituales no servían. Sin duda, Katerina habría seguido adelante si llevaba allí unos cuantos meses. ¿Dónde podía estar?

—Lo siento —dijo Meg—. Tienes razón. ¿Adónde se habrá trasladado entonces después del Sempiterno? ¿Hay algún directorio para consultar dónde vive ahora?

—¿Un directorio? —La mujer se echó a reír—. Claro que no, querida. ¿Te imaginas lo grande que sería y la frecuencia con la que habría que actualizarlo? Lo siento, pero no. Tendrás que preguntar por ahí, a no ser que alguno de sus parientes esté aquí entre los recién fallecidos, o que se haya apuntado para ser guía, igual que yo. Me quedaré aquí toda la eternidad, conservando el rubor en las mejillas, lo que es maravilloso. —Miró de nuevo a Meg—. Me resultas familiar. —Abrió los ojos como platos mientras la examinaba de arriba abajo—. ¿Eres Megara?

Meg la miró con sorpresa.

—Sí.

—Tu madre acaba de pasar por aquí buscándote —dijo la mujer—. Le han dicho que has llegado hoy y me dio tu descripción, pero no he visto a nadie con un pelo tan brillante como el tuyo, así que la mandé a la unidad A-6.985 de Asfódelos, donde han ido la mayoría de los recién llegados los últimos días. Quizá la alcances.

Meg sintió una punzada de nostalgia. Su madre la estaba buscando.

—Nada me gustaría más, pero antes tengo que encontrar a Katerina. ¿Seguro que no se te ocurre dónde podría estar alguien que lleva aquí unos cuantos meses?

La mujer apretó los labios.

—Ojalá lo supiera. Los únicos que siguen por el Sempiterno durante un tiempo son los niños, y también los adultos que se encargan de ellos suelen quedarse. Hades no se molesta en echarlos. Al fin y al cabo, alguien tiene que cuidar de los más jóvenes.

Meg vio un rayo de esperanza. «Layla».

—¿Todos los niños? ¿Qué pasa si llegan solos y después se reencuentran con algún adulto?

La mujer se quedó pensativa unos instantes.

—Siempre enviamos a los adultos con ellos allí, el paisaje marítimo es el más bonito, hay montañas y el clima es magnífico. ¡Es maravilloso! Uno se queda prendado de la zona nada más verla. Aparte del Elíseo, no hay sitio mejor para estar en el Inframundo.

—¿Dónde es? —preguntó Meg, esperanzada.

La mujer señaló al sol, que empezaba a ponerse en el horizonte.

—Junto al agua. A veces, también puedes encontrarlos en los campos de amapolas.

—Los campos de amapolas. —Meg sintió que le daba un vuelco el corazón—. ¿Dónde están?

—En la misma dirección, querida —dijo la mujer mientras Meg ya estaba abriéndose paso entre los bailarines que danzaban junto a ella—. ¡Buena suerte!

—Gracias.

Al fin estaba llegando a alguna parte, y más deprisa que si no se hubiese molestado en preguntar. «Gracias por el consejo, Afrodita».

Meg echó a correr hacia el agua que se veía a lo lejos. Se fijó en que el camino se ensanchaba y las flores brotaban por las grietas del suelo. Los

árboles crecían más fuertes y las flores eran más coloridas que las de la Tierra. Incluso el aire parecía distinto en el Sempiterno. Ya no había bochorno, sino una agradable temperatura y un sol más brillante. Y eso sin contar el maravilloso sonido de las risas infantiles.

Al coronar la siguiente colina, los vio. Niños de todas las edades corrían y jugaban por los inmensos campos de amapolas a lo largo de la escarpada costa. Se subió a una roca para verlos mejor. Algunos estaban solos y otros, con adultos. La pregunta era: ¿cuál sería Layla? Meg tenía la esperanza de que se pareciera a Katerina, a quien había visto en las llamas de Hades.

Saltó de las rocas, poniendo una mueca de dolor, y empezó la búsqueda, pero era como tratar de encontrar la uva más madura en una enorme cuba. Los niños corrían en todas direcciones, jugaban y recogían amapolas, que parecían volver a crecer al instante. A lo lejos, parecían idénticos. Todos iban vestidos con hermosos colores vibrantes y llevaban cestas de amapolas, y muchos de ellos tenían flores en el pelo. Algunos iban de la mano de sus padres, que los miraban jugar. Aun así, aquello no le ofrecía ninguna pista para encontrar a la niña.

Meg sacó el reloj de arena del saco y suspiró. Ya estaba más de tres cuartos lleno. Atravesar la pradera de Asfódelos le había llevado casi todo un día, lo que significaba que solo le quedaban dos. Si le costaba lo mismo localizar a la pareja, estaba acabada. «Por favor, que Katerina y Layla estén aquí», les rezó a los dioses mientras caminaba entre familias jóvenes y mayores buscando la melena rubia de Katerina, su piel pálida y ojos oscuros. «Por favor, me quedo sin tiempo».

Aquel campo no parecía tener fin. Muchas de las mujeres con las que se cruzaba eran rubias, pero mayores o más jóvenes de lo que imaginaba que Katerina debía ser. Otras tenían el pelo más largo o más corto, por lo que las descartaba. Después de un tiempo, se preguntó si la encontraría. Al final vio a alguien que coincidía con la descripción de Katerina. Estaba de pie con una niña de la edad de Layla. Meg le tocó el brazo.

—¿Katerina? —preguntó, esperanzada.

La mujer se dio la vuelta. Tenía los ojos verdes y la miraba confundida. No era ella.

—Lo siento —dijo, y siguió avanzando.

Lo mismo le ocurrió una y otra vez, hasta el punto de que llegó a pensar que nunca la encontraría. Era como si fuese capaz de oír los granos de arena cayendo. «Apenas queda tiempo —le decían—. ¡Ve más deprisa! ¡Más deprisa! ¡Encuentra a Katerina!». Dio vueltas, desesperada, buscando de nuevo entre los enormes campos de amapolas. Y, entonces, oyó tararear una melodía que le resultaba familiar. «Egeo», pensó de inmediato.

La melodía que recorría la pradera era una de las que Egeo había tocado para ella la noche que se conocieron, y después cientos de veces más durante su noviazgo. Conocía las notas tan bien como si las hubiese escrito ella misma. Echó a correr en la dirección de la que provenía tratando de averiguar quién la estaba produciendo. Pasó por entre niños, madres, bebés en brazos de sus padres, y dio vueltas por todas partes mientras seguía oyéndola, pero no vio a nadie. ¿Cómo iba a encontrarla?

¿Y si la tocaba también ella misma con la flauta? Sí. Así, tal vez la persona fuese a buscarla a ella. Se llevó la mano al aulós de Atenea. Pero ¿descubriría así también Hades su paradero?

No tenía elección, debía arriesgarse. Con manos temblorosas, cogió la flauta doble de Atenea de la correa que llevaba en la cintura, colocó los labios en ella y comenzó a tocar la canción de Egeo. De dos notas, una estaba mal y la otra demasiado alta. Era como si el pasado le saliese al paso, y aquello no le gustaba. La melodía la hacía sentirse inquieta e incómoda, y tuvo que luchar contra su deseo de dejar la flauta y olvidar que aquella canción existía, pero sabía que debía seguir intentándolo. Respiró hondo y tocó deprisa, evitando relacionar la música con sus recuerdos. Cuando terminó, una niña de pelo castaño con una cesta de amapolas estaba frente a ella.

—¡Conozco esa canción! —dijo la niña riendo.

Meg contuvo la respiración.

—¿Ah, sí?

—Sí, de una vez que escuché a Medusa tocarla para las serpientes y todas se durmieron —dijo la niña abriendo mucho los ojos—. ¡Todas ellas! ¡A la vez!

—¿En serio? —preguntó otro niño que estaba escuchando.

—Sí —dijo la niña muy seria—. La estaba espiando, pero, cuando Medusa me pilló, despertó a las serpientes, y por eso he acabado aquí.

«A Layla le gusta contar historias», recordó Meg.

—¿Layla? —susurró Meg.

—Sí. —La niña sonrió—. ¿Cómo sabes mi nombre?

Veinticuatro: Recuperar lo perdido

Meg inspiró hondo. No quería asustar a la niña.

—Conozco a tu hermana. ¿Está por aquí?

—Está justo ahí. ¡Katerina! —la llamó Layla.

Se alejó unos pasos para acercarse a una mujer que estaba tranquilamente sentada con las piernas cruzadas y el rostro vuelto hacia el calor del sol.

«Katerina». Meg se detuvo. Era una persona en la que llevaba pensando mucho tiempo: primero, con rabia y amargura al contemplar su historia de amor con Egeo en las llamas de Hades; después, como el objeto de su búsqueda, mientras iba descubriendo más sobre una mujer que no era tan diferente de ella misma, alguien que parecía haberse visto sorprendida en el fuego cruzado de los dioses. Le resultaba raro tenerla al fin delante en carne y hueso, por así decirlo, sentada y tamborileando sobre su pierna despreocupadamente.

Tenía el pelo del color del trigo y estaba tan pálida como la arena. Meg se fijó en que sus ojos eran de un marrón intenso y resultaba imposible confundir aquella distintiva nariz redonda. La bebé tenía la misma. Conforme se acercaba, oyó a Katerina tararear la melodía de Egeo. Respiró hondo. Había llegado el momento.

—Esta mujer te está buscando —dijo Layla dando saltos—. Estaba tocando esa canción que te gusta.

—Layla —le advirtió la mujer, dirigiendo a Meg una mirada de disculpa. La niña se volvió hacia Meg.

—Lo siento. Quería decir que cómo te llamas. ¿Eres nueva aquí? Mi hermana siempre dice que tenemos que ayudar a las almas recién llegadas.

Al sonreír, a la mujer se le formaron dos hoyuelos en las mejillas. Casia también los tenía.

—Eso está mucho mejor —dijo.

—Me llamo Meg.

Dirigió la mirada de nuevo a la mujer, no muy segura de cómo explicar todo de forma sucinta. Cuanto más deprisa pudiera convencer a Katerina de que ella era su salvoconducto para salir de allí, mejor—. Estoy buscando a Katerina Dimas, ¿eres tú?

—Yo soy Katerina. —Su sonrisa se desvaneció, se sentó sobre los codos y la miró fijamente—. Aunque me apellido Aikos.

—Te refieres a tu apellido de soltera, ¿verdad?

—¿De soltera? —Katerina parecía confundida—. No estoy casada.

—¡Katerina! —la riñó Layla riendo—. Eso no es verdad. Cuando llegaste, dijiste que tu apellido era Dimas, ¿no te acuerdas?

—¿Ah, sí? Lo había olvidado. —Katerina le cogió la mano a la niña y sonrió—. Lo único que sé es que debo estar contigo.

Layla se inclinó y abrazó a su hermana. Katerina alzó la vista hacia Meg de nuevo y meneó la cabeza.

—Siento estar tan distraída. Perdóname. ¿Nos conocemos?

—Es una pregunta complicada —reconoció Meg—, y no tengo demasiado tiempo para explicarla con detalle, por desgracia. —Miró a Layla—. ¿Podemos hablar en privado? Es importante.

Katerina susurró algo al oído de la niña. Esta le dedicó una sonrisa a Meg y luego echó a correr hacia la pradera con la cesta en la mano. Katerina siguió sonriendo hasta que Layla desapareció de su vista. Entonces, miró a Meg y su rostro se tensó.

—Si pretendes que me vaya del Sempiterno, no voy a hacerlo —dijo con los ojos ardiendo con un fuego que Meg comprendía—. No pienso dejar

sola a mi hermana y, por lo que he oído, está más feliz aquí de lo que podría estar en cualquier otra parte. Nos quedamos.

—No tiene nada que ver con el Sempiterno... —la interrumpió Meg, pero Katerina siguió hablando.

—Lleva aquí sola demasiado tiempo —dijo con firmeza—. Si te supone un problema, llévame hasta Hades y lo resolveré con él. No voy a abandonarla otra vez.

Meg levantó las manos a modo de rendición.

—Nadie va a ir a ver a Hades, al menos eso espero. Esto no tiene nada que ver con Layla, sino contigo. Estoy aquí para llevarte a casa.

—¿A casa? —Katerina estaba sorprendida.

—Sí —dijo Meg, ansiosa—. Estoy aquí por órdenes directas de Hera para sacarte del Inframundo —susurró—. Tu esposo, Egeo, y tu hija, Casia, te necesitan en el mundo de los vivos.

Katerina se pasó una mano por el pelo, claramente turbada.

—¿Mi hija?

—¡Sí! Y tu esposo, Egeo —repitió Meg alzando la voz con emoción—. No debíais haber quedado atrapados por la inundación.

—¿La inundación? —repitió de nuevo Katerina.

Meg la miró fijamente, preguntándose si no estaba siendo lo bastante clara.

—La que te arrastró. Creo que los dioses no pretendían que murieses. En cualquier caso, me han enviado aquí para recuperar tu alma. Voy a llevarte de vuelta con tu familia, pero, para que así sea, debemos darnos prisa, antes de que Hades nos encuentre.

Meg no podía culparla por sentirse abrumada. Nadie solía recibir ofertas como aquella. Cogió a Katerina de la mano, buscando el contacto visual para asegurarse de que la mujer comprendía lo que le estaba diciendo.

—¿Lo entiendes? ¡Puedes irte del Inframundo! —Una sombra cruzó el rostro de Katerina, y Meg se fijó en que unas inquietantes nubes oscuras

empezaban a formarse en el cielo—. Pero tenemos que irnos ahora mismo.

Katerina se zafó de su mano y comenzó a respirar agitadamente.

—Creo que te equivocas de persona —dijo—. Yo no conozco ni a Egeo ni a Casia. ¡No tengo ninguna hija! Lo siento. Buena suerte en tu búsqueda.

Se levantó y comenzó a alejarse a toda prisa.

Meg se quedó muda. «¿Cómo es posible que Katerina no recuerde a su propia hija?». ¿Acaso los muertos olvidaban a los vivos al cruzar al otro lado? No. Eso no era posible. Si lo fuera, las familias que estaban a su alrededor no se habrían reencontrado. Las personas que estaban de celebración en el pueblo del Sempiterno no estarían reunidas. Entonces, ¿por qué Katerina no se acordaba ni de Egeo ni de Casia? De todos los problemas a los que había imaginado Meg enfrentarse en el Inframundo, que Katerina no quisiera vivir no era uno de ellos.

—Katerina —dijo Meg yendo tras ella—, esa canción que te he oído tararear cuando te he encontrado es de Egeo, tu esposo, él la escribió, tienes que recordarlo.

Por un instante, Meg creyó ver en el rostro de Katerina cierto reconocimiento, pero desapareció tan pronto como había llegado.

—No recuerdo dónde la aprendí. En realidad, lo único que sé es que a Layla le gusta.

Meg sintió pánico y tropezó con una piedra. Fue tras la mujer, que seguía alejándose.

—Sé que esto tiene que resultarte confuso, pero debes entender que es una oferta única. Serías tonta si no la aceptases. ¿Es que no quieres volver a la vida?

Katerina se dio la vuelta.

—¡Ya estoy viva! En cierto modo..., con mi hermana aquí en el Inframundo. —Sonaba triste, pero sus ojos mostraban determinación—. He elegido pasar la eternidad con ella; por favor, respétalo y déjanos en paz.

Katerina corrió hacia Layla, que estaba recogiendo más amapolas. A Meg se le encogió el corazón al verlas juntas. Solo entonces se dio cuenta de lo que le estaba pidiendo a aquella mujer que abandonase.

«¡No me dejes, madre! —Oyó su propia voz en la cabeza y se estremeció al recordarlo—. Quédate conmigo».

«Eres una chica grande y fuerte. Sabes atarte las sandalias y todo...».

Thea y Meg habían pasado poco tiempo juntas, y gran parte de él fue difícil, pero Meg no lo habría cambiado por nada del mundo. Ni siquiera era capaz de imaginar lo que supondría decirle adiós a una hermana pequeña. No cabía duda de por qué Katerina tenía sentimientos encontrados.

—Yo también perdí a alguien a quien quería cuando era joven —dijo Meg acercándose con cuidado a la pareja, y tanto Layla como Katerina se volvieron hacia ella—. A mi madre. —Miró a Layla—. Murió cuando yo era una niña, y luego me quedé sola. Mi vida no ha vuelto a ser la misma desde entonces. La echo muchísimo de menos todos los días.

—Yo también echo de menos a la mía. La pérdida es parte de la vida y de la muerte —dijo Layla con tranquilidad. Katerina la tomó de la mano y la niña se sintió mejor—. ¿Te pareces a tu madre? —le preguntó a Meg.

A Meg le sorprendió que a una niña tan pequeña no le molestase hablar de la muerte.

—Sí —dijo agachándose a su altura—. Teníamos la misma melena pelirroja y a las dos nos encantaba la música, a mi madre escuchar, y a mí tocar. Me enseñó a confiar en mis instintos y a ser fuerte. Soy quien soy gracias a ella.

—Parece una buena persona —dijo Layla con melancolía—. ¿También está aquí?

—Sí —dijo Meg, con el corazón encogido al pensarlo.

—Seguro que ella también te echa de menos —añadió Layla—. Se alegrará de verte cuando os reencontréis. Mientras tanto, seguro que está bien. Aquí estamos bien, ¿sabes?

—Gracias. —Meg le sonrió con delicadeza.

Qué extraordinaria niña era Layla. Meg se preguntó si sería el resultado de llevar tanto tiempo en el Inframundo o si siempre habría sido así. Levantó la vista a Katerina.

—Mi madre tuvo una vida dura, y criar ella sola a una niña fue difícil. Estoy segura de que, si tuviera la oportunidad de ser madre de nuevo, desearía que las cosas fuesen distintas —dijo.

Katerina no abrió la boca.

Meg le sonrió a Layla.

—Incluso ahora, estando separadas, la llevo siempre conmigo. —Meg dirigió la vista a Katerina y repitió las palabras que Egeo le había asegurado que la conmoverían—. Alguien me dijo una vez que llevamos a quienes perdemos en nuestro corazón.

De nuevo, un destello recorrió el rostro de Katerina, pero rápidamente desapareció.

—¡Layla, mira, una mariposa! —exclamó—. A ver si puedes atraparla.

La niña sonrió y echó a correr por el prado persiguiéndola.

—Siento lo de tu madre —dijo Katerina—, pero seguro que eso hace que entiendas mis sentimientos al respecto.

—Así es. —Meg asintió y miró a Layla a lo lejos—. Ningún niño se merece ese destino.

—No, por eso no puedo abandonarla —susurró Katerina—. No recuerdo demasiado de mi vida reciente, aunque sí de cuando era joven. El fallecimiento de Layla siempre me ha atormentado. Mis padres nunca dijeron nada, pero siempre sentí que su muerte había sido por mi culpa. —Sus rosados labios temblaban y cerró los ojos—. Solo la perdí de vista un instante junto a su cama y de repente ya no estaba. —Se tapó la cara con las manos.

Meg le puso una mano en el brazo.

—Egeo me contó que Layla estaba muy enferma; no podrías haber hecho nada para salvarla. —Hizo una pausa—. Pero sigues teniendo la oportunidad de estar ahí para Casia. —Katerina abrió los ojos y la miró con curiosidad—. Tu hija, la que tienes con Egeo. —Meg hizo otro intento—. La he visto y es una bebé maravillosa, tiene el pelo del mismo color que tú y hoyuelos en las mejillas.

Katerina parecía estar concentrándose en algo, probablemente en recordar algo que se le resistía. Al final, negó con la cabeza.

—Lo siento. Sé que me acordaría de mi propia hija.

Meg frunció el ceño. Tenía que lograrlo.

—Tiene una risa muy dulce, eso cuando no está llorando, ¡y cómo come esa niña! Layla no tuvo la oportunidad de crecer y experimentar el mundo, pero Casia sí, no permitas que lo haga sin ti.

—Por favor, para. No me acuerdo de ella. —El rostro de Katerina se llenó de lágrimas.

Pero Meg ya no podía parar. Estaba cerca de llegar a Katerina, lo sentía.

—Casia te echará mucho de menos —continuó diciendo mientras el viento se levantaba, las nubes se arremolinaban y se veían relámpagos a lo lejos—. Te necesita, y yo estoy aquí porque Hera me ha dado la oportunidad de llevarte a casa con ella.

Katerina se llevó las manos a la cabeza y empezó a tirarse del pelo. ¿Al fin estaba recordando?

A Meg sus remordimientos le removían el estómago.

—Te han dado un regalo que nadie recibe. Nunca. Ojalá mi madre hubiera estado en tu lugar. Vuelve conmigo ahora que tienes la oportunidad.

Katerina negó con la cabeza.

—No me acuerdo, pero...

—¿Sí? —dijo Meg conteniendo la respiración mientras se inclinaba.

Una ráfaga de viento recorrió los campos, agitando las amapolas a un lado. Katerina se mordió el labio.

—Si lo que dices es verdad, ¿permitirá Hera que Layla regrese también?
Meg miró a la inocente niña jugando y se le partió el corazón de nuevo.

—Lo siento. Eso no era parte de su oferta.

—Pero podrías pedírselo —la presionó Katerina mientras el trueno volvía a retumbar, esa vez más cerca que antes.

—No creo que... —Meg no tenía claro qué decir. Layla llevaba mucho tiempo fuera. Los dioses podían hacer cosas milagrosas, pero devolver a alguien a la vida tantos años después parecía imposible, incluso para ellos —. No creo que puedan hacer eso.

La angustia escrita en el rostro de Katerina era demasiado para Meg.

—Entonces, me quedo aquí —dijo Katerina, y se dio la vuelta para marcharse justo cuando retumbó un trueno.

A Meg se le paró el corazón.

—¡Espera!

—¡No! —gritó Katerina, y todos los niños la miraron con preocupación —. Lo siento. —Bajó la voz—. No pretendo ser desagradecida, es una oferta muy generosa de parte de Hera, pero sin Layla no puedo aceptarla. Por favor, déjanos tranquilas.

Katerina se apresuró a ir junto a Layla, y Meg se quedó allí unos instantes, atónita. Estaba perdiéndola. Se devanó los sesos. «¿Qué me convenció a mí de que Egeo había seguido adelante?». Entonces, se dio cuenta: «¡Verlo con Katerina! ¡Eso es! Necesito que Katerina vea lo que se está perdiendo. Que lo tenga enfrente, que sea incapaz de negarlo». Pero ¿cómo podía hacerlo?

«La orquídea». Meg buscó la flor en su saco. Estaba un poco aplastada, pero seguía allí esperando servir de ayuda. Su corazón empezó a latir deprisa otra vez.

—Espera, por favor, sé cómo puedo ayudarte a recuperar tus recuerdos.

Katerina se dio la vuelta. Layla observaba a las dos adultas con curiosidad mientras balanceaba la mano de su hermana.

—Esta flor me la regaló un dios —explicó Meg extendiendo con cuidado la orquídea—. Puedo usarla para pedir ayuda. Quizá viendo a la familia que has dejado atrás al llegar al Inframundo te des cuenta de a qué estás renunciando.

—¿Tienes una familia? —preguntó Layla, emocionada.

—¡No! —se apresuró a responder Katerina, echando un vistazo a la flor—. No le hagas caso, Layla.

—Por favor —suplicó Meg—. Dame la oportunidad de mostrarte lo que has perdido.

Meg respiró hondo y arrancó el segundo pétalo.

—¡Ya basta!

Katerina le quitó a Meg el pétalo de la mano y lo hizo pedazos antes de que empezara a brillar.

—¡No! —gritó Meg tirándose al suelo para recoger los trozos.

—¡No quiero recordar lo que he perdido! —dijo Katerina enfadada—. Por favor... —Se le quebró la voz mientras las lágrimas resbalaban por su cara—. Déjanos en paz, te lo suplico. Vámonos, Layla.

La niña volvió la vista con tristeza a Meg.

—Buena suerte buscando a tu madre.

Empezaron a caer gotas y los niños echaron a correr en todas direcciones, riendo y gritando encantados, mientras el viento se llevaba los trozos de orquídea. Había gastado un pétalo para nada. Ya solo le quedaba uno.

«¡No las pierdas», le ordenó una voz en su cabeza, pero Meg la ignoró. Se hundió en la hierba, dispuesta a renunciar. Incluso aunque volviera a alcanzar a Katerina, ¿qué iba a decir para convencerla? Si intentaba usar el último pétalo, ella volvería a romperlo. Sacó el reloj de arena. Estaba más lleno que nunca. Según sus cálculos, le quedaba un día y medio como mucho. Se le acababa el tiempo.

¡Clic! Meg notó algo en su brazo: una esposa roja brillante. La miró horrorizada.

—¡Te tengo! —dijo emocionado Pánico, de pie junto a Pena—. Hades quiere verte.

Entonces, Pena chasqueó los dedos, y los tres desaparecieron.

Veinticinco: Ultimátums

Meg apareció instantes después en la sala del trono de Hades. Un enorme horno —la puerta del Tártaro— desprendía calor mientras la música favorita de Hades, quejidos y lamentos, creaba un ambiente funesto. Pena y Pánico la dejaron en el centro de la sala, donde estaba Hades sentado en su trono de huesos.

—Estás viva —dijo señalándola.

—Eso parece —dijo Meg.

Movió el pie. Tenía que encontrar a Katerina antes de que se acabara el tiempo.

—Culpa mía. —Hades chasqueó los dedos y un humo comenzó a extenderse—. Pero puedo arreglarlo enseguida.

Meg tenía que pensar deprisa.

—¿No quieres saber por qué Hera me ha enviado aquí?

El humo se detuvo en el aire.

—Deja que lo piense un momento. ¡No! —El humo comenzó a rodear las piernas de Meg—. Y tampoco me importa tu madre.

—¿Mi madre?

El humo la apretaba cada vez más, dejándola sin aire. Hades puso los ojos en blanco y, con un movimiento de la muñeca, la lanzó hasta el horno.

—Se pasó a verme cuando estaba con las Moiras, e interrumpió mi reunión por cierto... Estaba llorando porque necesitaba verte esta vez..., bla, bla, bla.

—¿Esta vez? —repitió Meg—. Dijiste que mi madre no sabía que estaba aquí la última vez. —Estar tan cerca y a la vez tan lejos de Thea había sido una tortura para ella mientras estaba en el Inframundo cumpliendo las órdenes de Hades—. ¿Ella lo sabía?

—Puede que olvidase colocarle un velo y estuviera al tanto, ¿vale? ¡Vaya cosa! —Hades resopló—. De todas formas, no ibas a quedarte, así que ¿importaba algo que te dijese que ella vivía en la unidad Asfódelos C-23.762?

Meg se quedó boquiabierta. ¿No había pasado por aquel edificio ese mismo día?

Los ojos amarillos de Hades estaban encendidos.

—Oye, no pasa nada. Ahora puedes quedarte con ella. ¡Que vaya bien el reencuentro, cabecita loca!

El humo la condujo hasta la puerta del horno, que se abrió sola. Meg sentía el calor rozándole los talones. Se quemaría a no ser que hiciera algo.

—¡Le he contado todo a Katerina! —soltó.

El humo se detuvo.

—¿Y quién es Katerina?

Meg apretó los dientes mientras las llamas le chamuscaban el vello de las piernas.

—La mujer de Egeo. —Hades no dijo nada—. Mi... antiguo amor.

—Tu antiguo amor..., tu antiguo amor... —murmuró Hades—. Conociéndote, debes de tener un montón de exnovios por ahí.

—¡Ya sabes a cuál me refiero! La muerte de Katerina fue un accidente, no formaba parte de un ningún plan cósmico. Hera la quiere de vuelta. Si no haces lo que piden... —¿Con qué podía amenazarlo?—. ¡Habrás consecuencias!

—Consecuencias, ¿eh? —Hades apareció junto a Meg al momento y pegó su siniestra cara a la suya—. Ya me he enfrentado a todas las consecuencias: así es como he acabado dirigiendo este lugar. Y, ahora, no

hay nada que puedan hacerme aquí abajo. Liberé a los titanes para que se desmadrasen y causaran estragos, y mira quién ha vuelto al Inframundo con sus tejemanejes. ¡Soy yo quien está a cargo de las almas que llegan aquí! —rugió—. ¡No mi hermano ni su mujer!

—Entonces, ¿por qué Katerina no se acuerda de su antigua vida? —Meg probó otra táctica—. ¿Has hecho tú que la olvide?

—¿Olvidar? —El humo de Hades la soltó ligeramente—. ¿Por qué iba a hacer eso, porque su vida era extremadamente aburrida? Yo no hago que las personas olviden su pasado. Su pena me alimenta, nena.

Meg no entendía nada.

—¿Y cómo es que no es capaz de recordar a su familia?

—¡Quién sabe! —dijo Hades—. ¡No soy psicólogo! Quizá estuviese tan afectada que su cerebro lo haya borrado, o tal vez sea un error divino, a veces sucede.

«Un error divino». Si Katerina había muerto a causa de una inundación originada por la batalla de los dioses, tal vez su pérdida de memoria fuera un efecto colateral. Esa podía ser otra de las razones por la que los dioses querían enmendar su error.

—Sea como sea, yo no voy por ahí borrando la memoria de la gente, chica. Soy un buen tipo cuando quiero.

—¿Tú bueno? —soltó Meg—. Te niegas a dejar que su alma se vaya para que pueda reunirse con sus seres queridos.

Hades se encogió de hombros.

—Sí, bueno, el amor es algo caprichoso, ¿no? Ahora lo tienes y ahora ya no. ¿O alguien está diciendo que dos no pueden estar juntos por vivir en sitios distintos? —Enseñó los dientes—. Nadie dice que la vida y la muerte sean justas. —El horno rugió con un rojo encendido, igual que la cabeza de Hades—. Adiós, pequeña Meg.

El humo estaba listo para lanzarla a las llamas justo cuando se abrieron de par en par las puertas de la sala del trono de Hades. Una mujer de cabello

oscuro irrumpió en la habitación.

—¡No podía aguantar más! ¿Qué han dicho? ¿Las has convencido de...?
—Se dio cuenta de que iban a lanzar a Meg al horno y dejó de hablar—.
¡Eres tú!

—¡Y tú! —dijo Meg, sorprendida.

—¿Os conocéis? —las cortó Hades—. Mi amor, estaba a punto de quemar a la pequeña Meg en la hoguera, ¿puedes esperar?

—¿Quemar a quién? —La mujer se llevó las manos a las caderas—. ¿A ella? ¡No! Bájala ahora mismo.

Hades volvió la vista desde Meg hacia la mujer muy sorprendido, y Meg se fijó en que las llamas de su cabeza centelleaban.

—No, Per, no lo entiendes.

—¡No hay nada que entender! Bájala. Ha salvado toda mi plantación de hortensias esta tarde. No vas a tirarla al horno.

—Pero, Per... —vaciló Hades.

Meg se quedó atónita. Nunca lo había visto tan manso.

—Bájala, Hades, y habla conmigo —dijo la mujer apretando los labios.

Hades suspiró.

—Vale. —Movió la muñeca y el humo se desenrolló, y las llamas del horno se convirtieron en un simple destello—. Pero ella se lo había buscado.

Meg cayó al suelo y se dio un doloroso golpe. Odiaba que le pasara aquello. La mujer se acercó a ella y le ofreció una mano.

—Gracias por ayudarme antes —dijo con una sonrisa—. Soy Perséfone.
¿Y tú eres?

Meg aceptó su ayuda.

—Perséfone... ¡Eres la hija de Deméter! —dijo Meg al caer en la cuenta—. Eres a quien buscan los dioses del monte Olimpo.

El rostro de Perséfone se cubrió de pánico.

—¿Quién eres tú? —Miró a Hades—. ¿Quién es ella? —le preguntó alzando la voz.

Hades sonrió con suficiencia.

—Es a quien no me has dejado asar: Megara. Ya sabes, esa que me estropeó el plan para destronar a Zeus.

Perséfone dio unas vueltas alrededor de Meg mientras la observaba.

—¿Es ella? —Comenzó a retroceder—. Eso significa que estás con Hércules y que estás viva, lo que quiere decir que, cuando te vayas, podrías contarles a los demás dioses dónde estoy. —Se alejó todavía más—. ¡Mi madre me encontrará y me sacará de aquí! —Corrió hasta Hades y le cogió las manos—. Estaremos acabados.

—Eh, eh, no pasa nada —dijo Hades acercándola a él—. No la dejaremos.

Meg los miraba boquiabierta. Aquello no era para nada propio de Hades. Sin duda, el dios todavía suponía una amenaza para su vida, pero parecía estar realmente preocupado por alguien que no era él mismo.

—¿Qué tenían que decir las Moiras? —susurró Perséfone.

Hades mostraba un rostro adusto.

—No quiero disgustarte.

—¡Ya estoy disgustada!

—No lo saben todo.

—Claro que lo saben todo. ¿Qué han dicho? —Al verlo dudoso, Perséfone le cogió las mejillas—. Cuéntamelo.

Hades suspiró.

—No es que veamos las cosas de la misma manera. De hecho, pensé en asegurarme de que nunca más vieses nada.

—Hades...

—Lo sé. No lo hice, solo he dicho que lo pensé.

—Entonces, ¿cuál es su vaticinio? —Perséfone buscó el rostro de Hades—. ¿Hay futuro para nosotros o no? —Le temblaba el labio inferior.

—Han dicho un acertijo sobre que la Tierra es tu única esperanza. — Perséfone ahogó un grito—. Pero ¿a quién le importa lo que piensen?! — dijo Hades levantando la voz—. Nadie sabe que estás aquí. Estamos a salvo. —Miró a Meg y se dibujó una sonrisa en sus grises labios—. Al menos, lo estábamos antes de que apareciese Meg.

Perséfone la miró y empezó a retroceder. Fuera cual fuese el lazo que hubiesen forjado en la pradera claramente no era suficiente para salvarla en ese momento.

—¿Por qué creías si no que iba a deshacerme de ella? —preguntó Hades, y Perséfone se cruzó de brazos—. Tu madre forma parte de la cuadrilla del Olimpo; si dejamos que Meg se vaya, irá corriendo detrás de ese musculitos novio suyo, y entonces papá Zeus, Deméter y todos los demás se presentarán aquí para llevarte con ellos.

—No —susurró Perséfone, dirigiendo a Meg una mirada de preocupación.

—No se lo contaré a nadie —juró Meg.

—¿A quién vas a creer, Per?

Perséfone miró fijamente a Meg.

—Tírala al fuego.

Hades sonrió burlonamente y volvió a salir humo de sus manos.

—Será un placer, mi amor.

A Meg solo le quedaba un instante para tomar una decisión.

—¡Puedo ayudaros a estar juntos!

En cuanto las palabras salieron de su boca, supo que aquello iba a costarle caro, pero era la única baza que le quedaba.

—Detente —dijo Perséfone.

El humo de Hades desapareció.

—Solo está haciendo tiempo —se quejó Hades—. ¿Cómo podría ayudarnos?

—Oí a Afrodita y a Deméter hablar sobre ti cuando estaba en el monte Olimpo —le dijo a Perséfone—. Tu madre está desesperada por encontrarte, está preocupada.

—Sí, porque no entiende mi amor por Hades. Quiere que esté ocupándome de las cosechas en la Tierra, y lo que yo quiero es quedarme aquí con él. —Perséfone puso una mano en el carnosos brazo gris de Hades—. Si ella me encuentra, me llevará lejos de aquí.

Meg se lamió los labios, secos por el calor, y pensó deprisa. Perséfone cultivaba un huerto en el Inframundo; sin duda, echaba de menos una parte de su antigua vida, aunque por alguna incomprensible razón quería estar con Hades. ¿Y si hubiese una forma de que lo tuviera todo?

—¿Y si llegáis a un acuerdo? Ofrece pasar la mitad del año cuidando de los campos de la Tierra, y la otra mitad aquí, en el Inframundo con Hades.

Perséfone y Hades se miraron el uno al otro.

—¿Por qué iba Deméter a aceptar tal cosa? —preguntó Hades.

—Porque quiere que su hija sea feliz —dijo Meg—. Deméter seguiría viendo a su hija, tú seguirías estando con Perséfone, y ella tendría todo lo que ama. Es una situación beneficiosa para todas las partes..., si los dioses están de acuerdo.

—Entonces ¿qué, quieres que rece? —Perséfone puso los ojos en blanco—. Las plegarias no siempre funcionan..., y menos cuando se trata de una diosa rezándole a otra.

—Tal vez no, pero ¿y si yo pudiese hacer aparecer a una diosa para dirigirnos a ella en persona? —Meg sacó la orquídea del saco—. Esta orquídea hace que aparezca cualquier dios al que invoque. Solo queda un pétalo y podría usarlo para llamar al monte Olimpo en tu nombre.

Perséfone dirigió la mirada a la flor.

—¿Y qué quieres a cambio de hacer esto por nosotros?

—Quiere recuperar un alma para llevársela al mundo de los vivos —explicó Hades con cara de preocupación—. Como si yo fuera a permitirlo.

—¿De quién se trata? —preguntó con curiosidad Perséfone—. ¿Qué alma es?

Meg respiró hondo.

—Se llama Katerina. Es la mujer por la que me dejó mi primer novio.

A Perséfone le brillaron los ojos.

—Cuéntamelo todo.

Veintiséis: Tejemanejes

Meg no perdió el tiempo.

—Murió en una inundación causada por la batalla de los dioses con los titanes, pero parece que no estaba destinada a perecer. Tiene una hija pequeña en la Tierra, y Hera me pidió que la llevara de vuelta con la niña.

Perséfone miró a Hades.

—¿Puedes hacer lo que ella te pide: permitir que un alma regrese a la vida?

—No está muy claro —dijo Hades, algo incómodo—. No lleva mucho tiempo aquí, así que es técnicamente posible, pero, si ahora lo hago por Meg y se corre la voz, todas las almas querrán salir del infierno.

—En eso tiene razón —dijo Perséfone.

—No tiene por qué enterarse nadie —se apresuró a responder Meg—. Solo dame la oportunidad de convencerla para que regrese conmigo.

Entonces fue Hades quien sonrió.

—¿Convencerla? ¿Quieres decir que no quiere irse?

Meg palideció. ¿Cómo era posible que se le hubiese escapado aquello?

—Lo hará, pero ahora mismo no recuerda la familia que tiene en la Tierra, aunque puedo solucionarlo y llevársela a Hera a tiempo.

La sonrisa de Hades cada vez era más amplia.

—Vaya..., interesante. Tienes una misión, así que debe de haber un plazo. ¿Cuándo se te acaba el tiempo?

Meg estaba volviéndose descuidada por el calor que sentía, pero era demasiado tarde para echarse atrás. Sacó el reloj de arena del saco y se le

revolvió el estómago al verlo: ya había caído casi toda la arena.

—Un día.

—¡No lo conseguirás! —dijo Hades riendo.

—Entonces, ¿qué tienes que perder? —Perséfone dirigió la vista a Meg durante un instante—. Deja que nos ayude, y luego Megara puede intentar ayudar a esa mujer antes de que se le acabe el plazo. —Cogió a Hades de la mano—. Quiero estar contigo para siempre, pero no podemos escondernos. Deberíamos ser libres para disfrutar de nuestra vida aquí sin tener miedo a perdernos el uno al otro. —Hizo una pausa—. ¿Qué es lo que te dijeron las Moiras?, ¿cuál era el acertijo?

Hades suspiró.

—Dijeron algo sobre que la Tierra era tu única esperanza. No sé, es complicado obtener una respuesta directa de esas sabelotodo, dan muchos rodeos.

—Pero, técnicamente, ella pertenece a la Tierra —continuó diciendo Perséfone señalando a Meg—. ¿Y si se refieren a ella?

Meg aprovechó la oportunidad.

—Las Moiras nunca se equivocan —dijo—, y yo estoy ofreciendo mi ayuda. Al menos, dejad que lo intente.

Hades colocó ambas manos sobre las de Perséfone mientras la miraba fijamente. Permanecieron así durante un rato. Después, Hades suspiró y, bajando la voz, dijo:

—Haz la llamada.

Perséfone asintió.

Tomando aire despacio, Meg partió un pétalo por la mitad. Tras hacerlo, tanto el pétalo como el tallo se rompieron y salieron volando por el aire. Se preguntó vagamente si de verdad serviría para llamar a otro dios que no fuese Hércules, y se le revolvió el estómago al pensar en perder la única oportunidad que tenía de hablar con él. Meneó la cabeza, tratando de centrarse. Solo había una diosa que podía hacer realidad la propuesta de

Perséfone. Una que no solo creía en el matrimonio, sino que podría convencer al padre de todos los dioses de llegar a un acuerdo tan inusual.

—Deseo hablar con Hera, por favor.

Una cálida esfera naranja y rosa comenzó a formarse en el centro de la sala. Fue creciendo hasta convertirse en un rayo tan brillante como el sol. Hades y Perséfone se protegieron de la luz. Lentamente, fue apareciendo la silueta de la diosa. Llevaba la misma túnica magenta con la que Meg la había visto en el Olimpo y la misma corona, que brillaba a pesar de la lúgubre estancia. Hera miró sorprendida a su alrededor.

—¿Megara? —Luego hizo una doble comprobación—. Hades. —Entrecerró los ojos al ver a la mujer que estaba a su lado—. ¡Y Perséfone! Así que estabas aquí escondida. Tu madre te ha buscado por todas partes. —Volvió a mirar a Meg—. ¿Qué significa esto? ¿Por qué me has convocado? ¿Cómo lo has hecho?

—Disculpa mi atrevimiento —dijo Meg mientras Hades y Perséfone las observaban—. Hércules me dio una orquídea que me permitía llamarlo si lo necesitaba.

Hera apretó los labios.

—Ya veo, y aun así me has llamado a mí en vez de a él.

Su tono era, como mínimo, gélido. Aquella no era la forma de ganarse a su potencial suegra.

—Solo tú puedes ayudarme a hacer lo que debe hacerse..., que es permitirles a Hades y a Perséfone estar juntos —dijo Meg, para sorpresa de Hera—. Sé que puede sonar raro, pero..., bueno, están enamorados. —Miró a la pareja—. Los he visto juntos y de verdad parecen complementarse. Cuando él se enciende, ella lo apacigua. Además, el Inframundo estaba muy falto de la belleza que le aporta Perséfone, algo que Hades nunca antes había permitido. —Hizo una pausa y pensó en voz alta—. Creo que es porque le inspira estar con él; tal vez se inspiren el uno al otro. En cualquier

caso, desean estar juntos. Además, no puede hacer ningún daño que el dios del Inframundo sea feliz, ¿verdad? —añadió Meg al darse cuenta de ello.

—Eso no estaría mal —reconoció Hera—. Pero Perséfone tiene responsabilidades; las cosechas de la Tierra, por ejemplo...

—Por eso te pido que intercedas ante Zeus y Deméter para que dejen a Perséfone quedarse con Hades en el Inframundo la mitad del año y suba a la Tierra la otra mitad para las cosechas. Todo el mundo sale ganando.

«Incluida yo», pensó Meg. Al acordarse de Layla, sintió dolor. «Tal vez no todo el mundo». Aunque volverían a reunirse todos algún día, sabía el duro golpe que supondría para Katerina dejar sola a su hermana.

Hera le dirigió una aguda mirada.

—Así que esa es tu petición. ¿Es eso lo último que quieres suplicar a los dioses?

—Sí —dijo Meg con firmeza—. Creo que ayudarlos a ellos ayudará a otros.

Hera parecía estar considerando sus palabras.

—Entonces, te concederé lo que pides, Megara. Hablaré con Zeus y con Deméter. —Miró a Perséfone—. Serás la primera diosa a la que se le permita viajar con regularidad al Inframundo.

—¿En serio? ¡Gracias, Hera! ¡Gracias! —exclamó Perséfone.

Hades y ella se abrazaron.

Meg no podía creérselo: lo había conseguido, ¡había negociado con Hera! Quizá pudiese codearse con los dioses.

—Por supuesto, habrá algunas condiciones —siguió diciendo Hera—. La primavera está llegando y hay que reponer las semillas. Perséfone, volverás ahora para ocuparte de tus tareas en la Tierra y, cuando el verano haya terminado, pasarás con Hades el otoño y el invierno.

Hades y Perséfone se miraron el uno al otro.

—Haremos que funcione —dijo Hades, tanto para Perséfone como para Hera.

—Dentro de poco, vendrá un barco para llevarte al mundo de los vivos —continuó diciendo Hera—. Pero ten en cuenta que, una vez estés a bordo, no podrás darte la vuelta para mirar al Inframundo ni a Hades. Debes concentrarte en tu trabajo en la Tierra y confiar en que regresarás con Hades solo cuando termines —recalcó Hera—. Si vuelves la vista por cualquier razón, el trato se romperá. No se le permite a nadie viajar entre ambos mundos. Esta es una excepción que se hace solo por tratarse de... una situación inusual.

—Gracias, Hera —dijo Perséfone—. No te defraudaré.

Hera volvió la vista hacia Meg.

—Lo has hecho muy bien, chica, y no lo digo por decir.

Entonces, Hera se desvaneció tan deprisa como había llegado, aunque el brillo de sus llamas se elevó hasta el techo cavernoso. Meg volvía a estar sola.

Mientras Hades y Perséfone se abrazaban de nuevo, Meg le echó otro vistazo al reloj de arena que llevaba en la mano. Solo quedaban unos cuantos granos de arena, y aún tenía que convencer a Katerina de acompañarla, así como descubrir el camino a casa. Como había dicho Hera, no se le permitía a nadie viajar entre ambos mundos.

—Tengo que encontrar a Katerina —dijo Meg—. ¿Cuál es el camino más rápido a la pradera de Asfódelos?

—La escalera —respondió Hades sin apartar la vista de Perséfone—. Y no te olvides de que solo haré la vista gorda hasta que se te acabe el tiempo.

Meg refunfuñó. Había tenido que subir un sinfín de escalones y recorrer una larga distancia para llegar hasta Katerina la primera vez. Nunca lo lograría.

—Hades, un trato es un trato —intervino Perséfone—. Al menos dale una oportunidad.

En cuanto la diosa chasqueó los dedos, los pies de Meg comenzaron a arder y salió disparada como un rayo directamente hasta la escalera.

Oyó gritar a Hades mientras recorría los escalones más rápido que la luz.
—¡Buena suerte, nena! Vas a necesitarla.

Veintisiete: Otra canción

Meg iba tan deprisa que lo único que veía eran verdes, dorados y amarillos mientras atravesaba la pradera de Asfódelos. Al fin, el cielo que tenía enfrente comenzó a enfocarse y una escena le dio la bienvenida: amapolas. No estaba segura de cómo sabrían las llamas cuándo detenerse, aunque se sentía agradecida por que la hubiesen llevado hasta aquel prado. Según sus cálculos, le quedaba menos de un día, pero en el Inframundo aquello podía parecer infinitamente menos.

La hierba seguía húmeda por la tormenta reciente, pero la gente había vuelto a salir en tropel, y ya estaban riendo y jugando otra vez. Meg buscó desesperadamente a Katerina por toda la pradera, rezando en silencio para que siguiese allí. Notó que le tocaban la espalda y oyó una risita familiar. Se dio la vuelta.

—¡Has vuelto! —Layla le tendió la mano—. ¿Estás buscando otra vez a mi hermana?

Meg asintió mientras se le formaba un nudo en la garganta al pensar que trataba de llevarse Katerina lejos de ella.

—Sí.

El pequeño rostro de Layla se ensombreció ligeramente.

—¿Has encontrado a tu madre, a Thea?

—Vaya, sí que tienes memoria —dijo Meg con admiración—. Por desgracia, todavía no.

Layla arrancó una amapola y se la dio a Meg.

—Qué mal, estoy segura de que te echa de menos, porque eres su hija, aunque ya no seas una niña. —Rio—. A todo el mundo le gustan los niños.

—Claro. —Meg nunca pensó que estaría de acuerdo con aquello, pero Casia se la había ganado, y Layla también era muy especial—. Aunque la perdí cuando era muy joven.

Layla arrugó la cara.

—Mi madre tampoco pasó conmigo mucho tiempo.

La niña se centró en la amapola que tenía en la mano y arrancó unos cuantos pétalos. Aquel gesto hizo que Meg pensara en su orquídea.

—No es justo —dijo con delicadeza.

—No —convino Layla, y levantó sus enormes ojos redondos hacia ella—. ¿Has vuelto para llevar a Katerina a casa con su bebé?

Meg se arrodilló. No podía mentirle.

—Voy a intentarlo.

—Deberías, seguro que sería una buena madre, y sé que nos volveremos a ver algún día.

—Así es. —Aquella niña era más sabia que ella a los siete años; quizá se debiera a que estaba rodeada de gente mucho mayor—. Pero tampoco quiero que tú te quedes sola.

—Estaría bien estar con alguien —dijo Layla pensativamente, y esbozó una sonrisa—. Aunque quizá pueda.

La niña le susurró algo tan deprisa al oído que Meg le pidió que lo repitiera, solo para asegurarse. Le tamborileaba el corazón con ilusión y, por increíble que fuese, con esperanza. Se inclinó y le respondió a Layla también susurrando. La niña asintió.

Ya solo le quedaba convencer a Katerina de irse; esa vez tenía que hacerlo bien.

—Ahí viene mi hermana.

Layla le agarró la mano con fuerza. Meg vio a la mujer corriendo por la pradera hacia ellas y trató de conservar la calma.

—¡Tú! —Katerina parecía molesta—. ¡Te dije que nos dejases en paz! Layla, apártate de ella.

—Por favor, Katerina —dijo Meg soltando a la niña—. Solo quiero hablar contigo.

—Escúchala, Katerina, puede ayudarte a volver a casa —dijo Layla.

Katerina pareció sobresaltarse. Puso una mano sobre la cabeza de Layla y miró a Meg.

—Mira, agradezco lo que intentas hacer, pero no voy a irme de aquí. No recuerdo a esas personas de las que hablas.

—Pero... —dijo Meg tratando de interrumpirla, aunque Katerina la cortó.

—No importa las veces que trates de describírmelas, no va a cambiar nada —dijo más calmada—. Sé que no es lo que esperabas oír, pero creo que deberías irte. Vámonos, Layla.

—Katerina... —Layla frunció el ceño mientras su hermana tiraba de ella.

—¡Layla, vámonos! —insistió Katerina.

Layla volvió la vista a Meg con lágrimas en los ojos. Meg trató de sonreír para tranquilizarla, pero ella también estaba perdiendo la esperanza. Volvió a sacar el reloj de arena y su desesperación creció: solo quedaba una pizca de arena. No iba a lograrlo.

Meg no era de las que lloraban, pero si tenía que haber una primera vez era esa. Había fracasado en su misión.

Se dejó caer sobre la hierba húmeda y cerró los ojos. No podría volver a salir del Inframundo. No se convertiría en diosa. Casia crecería sin su madre, igual que ella. Nunca más volvería a ver la cara de Hércules ni podría disculparse por su comportamiento la última vez que habían estado juntos. Sus últimas palabras hacia él habían sido crueles. ¿Cómo podía haber desperdiciado el tiempo que les quedaba preocupándose por si estaban destinados a pasar la eternidad juntos o no? ¿Por qué no se había dado cuenta de lo bien que iban las cosas entre ellos en ese momento? Ni siquiera le quedaban los restos de la orquídea para recordarlo.

Distraídamente, Meg se llevó la mano al saco, donde había guardado la flor, y rozó algo de madera. Lo sacó: el sonajero de Casia. Las cuentas de su interior comenzaron a tintinear.

—¿Katerina? —Meg se levantó de un salto, corrió hacia la mujer y le tendió el sonajero—. Deberías quedarte esto.

Por una vez, Katerina no se opuso. Cogió el sonajero de la mano extendida de Meg, se dio la vuelta y se marchó.

Meg vio desaparecer a Katerina y Layla por el campo, llevándose toda esperanza con ellas. Puede que no estuviera segura de sí misma al inicio de su viaje, pero, cuanto más cerca se sentía de Katerina, más creía que tendría éxito en aquella misión imposible.

Sin duda, la antigua Meg nunca habría sido capaz de confiar en que otros la ayudasen, ni habría creído en los actos de fe. Tampoco le habría ido tan bien negociando con Hades o convenciendo a diosas como Atenea, Afrodita o Perséfone. Incluso a Hera le había gustado su resolución para la relación entre Hades y Perséfone. Entonces, ¿cómo había fallado después de llegar tan lejos?

Se levantó el viento y se frotó las piernas para entrar en calor. Al hacerlo, rozó con los dedos la flauta. La soltó de la correa y observó el instrumento que había recuperado para la diosa. «Ya no tocas como antes», le había dicho Atenea, lo cual era cierto. Su amor por la música había estado ligado a su madre y después a Egeo; tras perderlos a ambos, no tenía ánimo para tocar como solía hacer. Sin embargo, al ver la flauta, se quedó pensativa. Su vida había acabado. ¿Desaparecería la flauta por haber fracasado en su misión? Si así era, ¿tendría oportunidad de volver a tocarla?

Meg decidió llevarse las cañas a los labios por última vez. Conforme la melodía que tocaba tomaba fuerza, pensó en lo que aquella misión le había enseñado y en las cosas que nunca más volvería a hacer. La melodía se transformó en la primera canción que había aprendido para su madre, *La suerte de un lirio blanco*. Luego, pasó a ser la canción que tocaba con Egeo,

cuyas dulces notas llenaban el aire, y después la melodía volvió a cambiar. Pensó en la inquebrantable fe de Hércules en ella, en el monte Olimpo, en Katerina y en aquella misión, y las notas se convirtieron en una canción diferente. Dejó que la música la llevase a otro tiempo y lugar, y por un instante se abandonó por completo. Cuando por fin tomó aire y abrió los ojos, Katerina estaba frente a ella deshecha en lágrimas.

—Es la canción de Egeo —susurró—. Y tú eres...

—Me-Megara —contestó Meg con el corazón acelerado.

Katerina se dejó caer sobre el césped, aún con el sonajero de Casia.

—Me casé y tuve una bebé. —Estaba pálida—. Ella era muy pequeña cuando acabé aquí. —Le cogió las manos a Meg y abrió los ojos de par en par—. Se llamaba Casia, tenía una mirada profunda y era muy alegre, y su llanto te calaba hondo.

—Sí. —A Meg se le paró el corazón.

Katerina soltó un gemido y alzó el sonajero.

—Egeo hizo esto para nuestra niña cuando estaba embarazada. —Empezó a llorar de nuevo—. Ya lo recuerdo. Quiero regresar a mi vida, quiero ver a mi bebé. —Miró a Meg horrorizada—. ¿Es demasiado tarde? ¿Puedes llevarme con ella? Yo... —Se volvió, sobrecogida, pareciendo haberse olvidado de su hermana, que estaba tras ella—. Layla...

—Tienes que volver con Casia. —Layla le cogió la mano—. Yo estaré bien, como siempre he estado. Y volveremos a vernos. Estoy deseando conocer a tu bebé.

Katerina se levantó y abrazó a la niña con fuerza, con el rostro desencajado de nuevo.

—¿Estás segura? Layla...

—Vete —insistió Layla—. Te prometo que no estaré sola.

Layla miró a Meg antes de besar a Katerina. Luego, echó a correr por la colina sin despedirse por segunda vez. Probablemente fuese mejor de aquella manera.

«Esa niña es asombrosa», pensó Meg.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Katerina mirando a Meg.

El tiempo se acababa, y ya no estaba Perséfone para acelerar el viaje. «Perséfone». Meg se puso firme y tuvo otra idea: tenían que alcanzar a la diosa. Hera le había dicho que enviaría una barca debido a la inusual situación de Perséfone, pero no había dicho nada de que la diosa de la vegetación tuviera que ser la única pasajera. Podrían aprovechar el viaje. Al fin y al cabo, sus historias estaban entrelazadas.

—Perséfone, no te vayas sin nosotras —suplicó Meg.

Después, cogió a Katerina de la mano y se preparó para decirle a la mujer que moviera las piernas más deprisa que nunca, pero, antes de que abriese la boca, ambas desaparecieron.

Veintiocho: La última oportunidad

Meg y Katerina se materializaron en el extremo de un muelle rocoso y oscuro junto a la laguna Estigia. A través de la oscuridad, les llegó una voz.

—He oído tu plegaria en la que pedías acompañarme en esta barca —dijo Perséfone alzando las cejas—, así que he pensado en llevarte. Nos vamos enseguida.

Meg habría abrazado a la diosa si no hubiera pensado que la ofendería.

—Gracias —dijo.

—Ya estamos en paz —dijo Perséfone, y se fijó en que Katerina iba del brazo de Meg—. Así que esta es la nueva mujer de tu ex.

Meg asintió.

—Ella es —dijo.

Sin embargo, la atención de Meg estaba puesta en la barca de Caronte, que se aproximaba remando a ellas. Su presencia era bastante inquietante a la luz de las antorchas que había a lo largo de la laguna. Deseó que se moviera más deprisa.

—¿Dónde estamos? —Katerina temblaba mientras contemplaba la enorme cueva.

Las estalactitas pendían precariamente sobre sus cabezas y las inmensas ciudades del Inframundo se extendían tras ellas, unas sobre otras, como un árbol falto de poda.

A Meg se le ocurrió que tal vez Katerina no recordase aquel lugar, y mucho menos haber llegado al Inframundo después de todo por lo que

había pasado. Agarró con fuerza la mano de la mujer con miedo de que huyese.

—Esta es la entrada al Inframundo —le dijo Meg—, y esa barca va a sacarnos de aquí.

Katerina le apretó la mano mientras observaba las almas perdidas removiéndose en el agua oscura. Una densa neblina las cubría. Meg notaba que Katerina temblaba más que antes. «Ve más deprisa —ordenó a la barca imaginándose el último grano de arena cayendo en su reloj—. Más deprisa».

—¿No va a venir Hades a despedirse? —preguntó con inquietud, ya que, si aparecía, estaban acabadas.

—Ah, sí, claro que vendrá. —Perséfone levantó una mano para mostrar una ornamentada alianza de plata en forma de serpiente que envolvía su dedo anular—. Me ha pedido que me case con él. —Sus ojos negros brillaban en un tono casi amarillo en la oscuridad, aunque parecía estar sonriendo—. Mi madre va a flipar.

—Enhorabuena —dijo Meg esperando sonar sincera, a pesar de que deseaba que Hades no llegase a tiempo.

«Vamos, vamos», le suplicó a Caronte, que ya estaba muy cerca. Una vez subieran al barco, serían libres, ¿verdad? No quería pensar en la alternativa. Había conseguido llegar tan lejos con Katerina que tenía que verla llegar al final.

A Katerina se le aceleró la respiración cuando la barca de Caronte golpeó el muelle. El hombre extendió el remo para mantener la barca firme. Perséfone subió a él, se dio la vuelta y le tendió la mano a Katerina. Meg prácticamente empujó a la mujer dentro y luego saltó tras ella.

—Uy, uy, uy. —La voz de Hades resonó por la cueva

El dios del Inframundo se deslizaba hacia ellas envuelto por una nube de humo, con las manos cruzadas tranquilamente.

—No tan rápido, cabecita loca Meg —dijo—. Per ha conseguido la carta de salida de la cárcel, pero, en lo que respecta a vosotras dos, estoy bastante seguro de que el plazo para completar la misión ya ha acabado. Eso quiere decir que has fracasado y que no hay trato. —Sus ojos amarillos brillaban—. Vosotras dos me pertenecéis.

A Meg le dio un vuelco el corazón.

—Si se hubiese acabado el plazo, no estaríamos aquí, ¿verdad? —dijo tan serenamente como pudo mirando a Perséfone por el rabillo del ojo, preguntándose si la diosa revelaría la verdad—. Todavía nos queda tiempo.

—¡Demuéstralo! —Hades extendió la mano—. ¡Enséñame el reloj de arena!

—De acuerdo.

Meg tragó saliva. El denso calor la hacía estar sedienta y le temblaban los dedos mientras buscaba en su saco el frasco de cristal. «Por favor, que todavía quede arena —les rezó a los dioses—. Por favor. Estamos muy cerca». Agarró el reloj y lo sacó. Contuvo la respiración mientras todos se volvían para mirar.

—¡AJÁ! —rugió Hades.

El último grano de arena había caído al fondo. Ya no quedaba tiempo.

—¡No vais a iros a ninguna parte! —La voz de Hades tenía un aire de triunfo, y el humo comenzaba a salir de sus manos en dirección a ellas.

Katerina agarró con fuerza a Meg otra vez.

—¿Qué quiere decir? Megara, no. Por favor, no. —Se echó a llorar.

Meg se puso firme. «No, esto no va a acabar así». Agarró a Perséfone del brazo, aunque se arrepintió al instante, al ver a la diosa mirar su mano con sorpresa. Meg ya había sido demasiado insolente con los dioses antes y se había metido en líos por ser una deslenguada. Sin embargo, esa vez sus palabras eran lo único que le quedaba para salvarse. Las soltó, tratando de mantener la calma y ser diplomática.

—¿Podrías hablar con él? A ti te escuchará. —Perséfone frunció el ceño, pero Meg siguió hablando antes de que se negara—. Estamos tan cerca de acabar este viaje que no puedo mandarla de vuelta ahora. —Ambas miraron a Katerina, que sollozaba—. Por favor, ya estamos en la barca, ¿no puede dejarnos intentar salir de aquí?

Perséfone apretó los labios.

—Pero, si se te ha acabado el tiempo, la misión también, ¿no? Ni siquiera Hera te dejaría irte del Inframundo si has fracasado.

—No he fracasado todavía —la corrigió Meg—. Si Hera no ha detenido esta barca para impedir que nos vayamos debe de estar de nuestra parte, ¿no?

Perséfone se quedó pensándolo.

—Tal vez, o tal vez aún no sepa lo que está pasando.

—Eso significa que tenemos una oportunidad —argumentó mejor—. A pesar de todas las adversidades, como tus flores. Y, si tenemos una oportunidad de salir de aquí, voy a aprovecharla. Pero necesito tu ayuda. Yo he renunciado a mi última posibilidad de convocar a los dioses para ayudarte. ¿No podrías hacer lo mismo por nosotras?

Perséfone observó a Meg y luego a Katerina, y estuvo callada unos instantes. Tras lo que pareció una eternidad, se volvió hacia su prometido.

—Hades, se vienen conmigo.

Hades se quedó paralizado.

—Espera... ¿QUÉ?

—Se vienen conmigo —repitió Perséfone despacio—. Está lleno el reloj de arena o no, ya están en la barca, así que Hera debe de permitirlo.

—¡O no sabe lo que está pasando!

De la cabeza de Hades surgieron llamas azules.

«Sin duda, piensan igual», se dijo Meg.

—Sea como sea, no hay nada de malo en dejar que intenten irse —dijo Perséfone con mucha calma—. Megara nos ha ayudado a estar juntos, mi

amor. ¿No deberíamos tener la misma deferencia con ella? ¿No es mejor la historia así?

Hades miró a Meg.

—¡No!

—Bueno, pues yo sí quiero ayudarla —anunció Perséfone, y las llamas de Hades se apagaron—. Por lo menos, déjala que intente llegar al final de la laguna Estigia. Si Hera no le permite la entrada, volverá.

Hades se cruzó de brazos y miró hacia otro lado. De su cabeza volvieron a surgir llamas.

El sonido del agua fue interrumpido por el movimiento de los huesos de Caronte.

—Bueno, ¿nos vamos o no? —preguntó, con el remo en alto.

Meg vio un alma tratando de alcanzarlo, y Caronte la apartó de un manotazo.

—¿Hades? —dijo Perséfone intentándolo de nuevo.

—¡Vale! —dijo Hades, molesto.

Katerina se abrazó a Meg y comenzó a llorar otra vez. Meg suspiró.

—Gracias, Hades mío —dijo Perséfone.

La determinación de Hades pareció flaquear.

—De nada, amor. Te veré pronto. —Hades miró a Meg con los ojos brillantes—. En cuanto a ti, cabecita loca, se aplican las mismas reglas que Hera le dio a Per: si una de las dos vuelve la vista atrás al salir del Inframundo, no irá a ninguna parte.

—Créeme, nada conseguiría que volviésemos la vista hacia este lugar. —Miró a Perséfone—. Lo siento, no pretendía ofender.

Perséfone se encogió de hombros y se dirigió a Caronte.

—Vámonos ya o mi madre me matará. —Se sentó en el banco y miró hacia delante—. ¡Adiós, querido!

—Te veré pronto, mi mascotita. —Hades se echó a reír—. Y a ti también, pequeña Meg. Ahora que lo pienso, tal vez en menos de lo que

canta un gallo.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Katerina mientras se colocaba de modo que estuviera mirando hacia delante, igual que Perséfone y Meg.

El barquero partió, yendo más despacio de lo que parecía posible.

—Solo intenta asustarnos —le aseguró Meg.

Hades continuó riéndose.

—Eh, ¿es que no queréis decirles adiós a vuestros seres queridos antes de irlos?

Meg sintió pavor. «¿Qué estás haciendo?», se preguntó. Levantó las cejas mirando a Perséfone, que se encogió de hombros.

—Oye, que yo solo le he pedido que os deje marchar. No va a ponérselo fácil, no es su estilo.

Perséfone suspiró, con mirada soñadora de enamorada, y Meg gruñó para sus adentros.

—Layla... —dijo Katerina.

Meg la cogió de la mano.

—Pase lo que pase, no te des la vuelta —le dijo con rotundidad.

—Pero... —replicó Katerina con la voz quebrada—. Layla es muy pequeña, no debería quedarse sola.

—Estará bien —le aseguró Meg—. Te lo prometo.

Katerina arrugó su diminuta nariz con preocupación.

—¿Cómo puedes prometer tal cosa?

Meg trató de esbozar una sonrisa, a pesar de lo rápido que le iba el corazón.

—Vuelve a preguntármelo cuando hayamos salido de aquí. Ahora intenta centrarte en regresar a casa con tu bebé. No hagas caso a nada de lo que diga.

La barca comenzó a tambalearse mientras las almas del río gimoteaban y suplicaban subir a bordo. Katerina se apartó y agarró a Perséfone, que no parecía nada entusiasmada con la invasión de su espacio personal. Las

mujeres permanecieron en silencio. Meg no tenía claro que Katerina tuviese fuerza de voluntad suficiente si aparecía Layla. Al final, Caronte se acercó a una zona donde dos gigantescas manos huesudas servían de puertas, las cuales se abrieron, revelando a Cerbero, que estaba inmóvil. Katerina ahogó un grito.

—Tranquila, está fuera de combate —explicó Perséfone—. Hades se ha asegurado de ello.

Una de las cabezas de Cerbero roncaba sonoramente. La barca siguió avanzando y a Meg se le revolvió el estómago. «Todo va a salir bien», se dijo a sí misma mientras la zona del guardián se cerraba tras su paso. Habría podido jurar que se veía una pequeña luz al fondo. Tal vez la amenaza de Hades solo hubiera sido una táctica para meterles miedo. «Más deprisa —instó silenciosamente a Caronte, que no parecía preocupado por su lento ritmo—. ¡Más deprisa!».

—¡Megara! Megara, ¿dónde estás?

A Meg se le heló la sangre al oír aquella voz retumbando por la cueva. Tragó saliva.

—¿Madre?

—¡Me ha dicho mucha gente que estás aquí, pero no te encuentro! —exclamó su madre—. Por favor, déjame verte. Te echaba mucho de menos.

A Meg se le llenaron los ojos de lágrimas. «¿Cómo puede Hades ser tan cruel?». No podía ignorar a su madre.

—¡Mamá, soy yo! —gritó.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Katerina—. Megara, no.

—¡Megara! ¡Te he encontrado! ¿Dónde estás, niña? Deja que te vea.

—Sé fuerte —le dijo Katerina apretándole la mano—. No te des la vuelta. Piensa en todo lo que hay en juego.

A Meg cada vez le latía más deprisa el corazón mientras sus lágrimas seguían cayendo.

—Te quiero mucho, pero, si me muestro, Hades me atrapará aquí para siempre, y ahora soy libre de irme, madre. ¡Soy libre! Tengo la oportunidad de hacer algo extraordinario con mi vida. Por favor, no trates de que dé la vuelta para buscarte, porque te quiero tanto que estoy segura de que lo haría. —Se le quebró la voz y luego hubo un silencio atroz—. ¿Madre?

¿La habría escuchado Thea?, ¿lo entendería?, ¿estaba bien? Meg agarró el banco mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Madre? —repitió con más fuerza.

—¡Lo entiendo, mi niña! —gritó su madre con angustia—. No puedes volver. Sé fuerte y valiente, como te enseñé, mi amor. Eres una chica grande y fuerte. Sabes atarte las sandalias y todo.

Meg gimoteó y se rodeó el cuerpo con los brazos, tratando de mantener la calma.

—Te quiero, madre —dijo.

Esa vez no obtuvo respuesta.

—Mira, Megara —dijo Katerina apretándole el hombro.

Meg levantó la cabeza y vio la luz.

Veintinueve: El final del río

—Casi el final del río —anunció Perséfone.

Meg respiró unas cuantas veces entrecortadamente mientras Katerina le acariciaba la espalda. «Ya basta de lágrimas, Meg —se dijo a sí misma poniéndose firme y alzando la cabeza—. Tienes que ser fuerte para lo que venga ahora».

Meg observó la barca de Caronte aproximándose a la gran abertura. Al otro lado, se veía la niebla que cubría el lago a la entrada de la Tierra. Al acercarse, se volvía más espesa y las almas bajo ellos estaban más calladas.

¿Las dejaría pasar Hera, o estaban Katerina y ella a punto de regresar junto a un triunfal Hades? A Meg se le había acabado el plazo, pero también había luchado para salir de la oscuridad y había ganado. Aunque ella no pudiese convertirse en diosa y estar con Hércules, Katerina merecía regresar con Egeo y Casia. «Por favor, deja que viva —le rezó a Hera conforme la barca se aproximaba al final del río—. Ahora ya entiendo lo que tratabas de enseñarme con esta misión. Si una de verdad quiere vivir, tiene que abrir su corazón a los demás, y lo he hecho. No importa lo que me pase a mí. Lo único que sé es que he amado y me han amado. Llevaré eso conmigo el resto de mis días si me lo permites. Déjanos pasar».

Caronte llegó a la laguna al salir de la cueva, y Meg notó la mano de Katerina separarse de la suya. Observó con asombro cómo la pálida mujer empezaba a resplandecer. Sus manos y brazos brillaban en un tono anaranjado, así como el resto de su cuerpo. Su túnica marrón se desvaneció y fue reemplazada por una tan amarilla como el sol. El color regresó a sus

mejillas y, por último, la mujer respiró hondo; el aire llenaba sus pulmones por primera vez en meses.

—¿Estoy viva?! —exclamó mirando sorprendida a Meg.

—¡Estás viva! —gritó Meg.

Ambas se abrazaron mientras Perséfone las observaba con los ojos brillantes.

«Y yo también lo estoy —pensó Meg—. Gracias, Hera. ¡Gracias!». Respiró hondo. Ya no olía a quemado ni a putrefacción. Habría jurado percibir a lo lejos el aroma de las granadas.

—Lo hemos conseguido —dijo Katerina—. Ay, Megara, ¿cómo voy a darte las gracias? —Se acercó a Meg y se echó a llorar de nuevo.

Mientras Megara abrazaba a Katerina, no pudo evitar pensar en el hecho de que tenía en sus brazos a la persona por la que había sentido resentimiento durante mucho tiempo. En ese momento, ambas eran libres. Katerina viviría su vida y estaría allí para ver crecer a su hija, y ella había ayudado a que eso sucediera.

—Este es el final del viaje —dijo Caronte cuando la barca se detuvo de repente.

—Gracias, Caronte —dijo Perséfone—. Nos vemos dentro de unos meses. —El barquero se encogió de hombros, y Perséfone miró a Meg—. Gracias por ayudarnos a Hades y a mí, y por hacer las cosas infinitamente más interesantes.

—De nada —respondió Meg—. Y gracias por abogar por nosotras para que nos fuésemos.

Perséfone sonrió y le tendió la mano.

—Buena suerte, Megara.

—Buena suerte a ti también —dijo Meg—. Eh..., ¿hay alguna posibilidad de que nos dejes en la orilla antes de irte?

—Por supuesto.

Perséfone chasqueó los dedos y las tres acabaron en la orilla.

Al notar la hierba bajo sus pies y volver a sentir la tierra firme, Meg soltó un grito de felicidad. La niebla comenzaba a disiparse. El río Aqueronte, donde había pasado días remando, empezaba a aparecer tras la bruma. Katerina y ella se abrazaron de nuevo.

—Yo me voy a ver a mi madre y enseñarle mi anillo —dijo Perséfone exultante mientras lo admiraba a la luz. Luego se dirigió a Katerina—. Y tú, cuida de esa niña. Una criatura necesita amor y cuidado, ¿me oyes?

—Sí —dijo Katerina—. La querré con todo mi corazón.

Perséfone asintió con la cabeza y, tras mirar por última vez a ambas mujeres, chasqueó los dedos y desapareció.

—Por cierto, ¿quién era esa? —preguntó Katerina.

Meg no pudo evitar reír al darse cuenta de lo sucedido, ya que no había tenido la oportunidad de explicarse.

—Esa era Perséfone, la diosa de la vegetación.

—¿Hemos viajado con una diosa? —preguntó Katerina con los ojos abiertos de par en par.

Meg se rio con ganas. Se sentía bien después de diez días tan complicados. Aun así, seguía pensando en lo que había perdido durante todo ese tiempo. Se había librado del Inframundo, pero le daba la impresión de que iba a quedarse en la Tierra.

—Vamos. Vamos a tu casa.

Meg miró a su alrededor, preguntándose si podrían construir un bote. Estaban demasiado lejos como para ir andando. El río planteaba más retos que ayuda, y solo pensar en las aves del Estínfalo era suficiente para que quisiera quedarse en esa orilla para siempre.

De repente, oyó un relincho y alzó la vista. Pegaso volaba hacia ellas.

Treinta: Reunión

—¡Peg! —exclamó Meg, corriendo al lado del caballo cuando aterrizó junto a ellas.

El caballo parecía tan feliz de verla como ella de verlo a él. Meg le dio unas palmaditas en el lomo, acarició su crin azul y acurrucó la cara junto a él.

—¿Puedes llevarnos a casa de Egeo? —Peg volvió a relinchar—. Ya tenemos medio de transporte —le dijo a Katerina—. ¡Sube!

Peg levantó de nuevo el vuelo, y Katerina y Meg se sujetaron mientras el caballo se alejaba de aquel espantoso lago y río, sacándolas de la boca de la muerte. Con cada batida de las majestuosas alas de la criatura, Meg respiraba más tranquila.

«El último viaje», pensó con cierta tristeza. Después de aquello, Pegaso regresaría con Hércules, y ella..., bueno, en realidad no estaba muy segura de dónde iría. Fuera donde fuese, sin duda no tendría aquellas vistas.

Meg rio satisfecha. ¿Era posible que, después de tanto tiempo, de verdad disfrutase volando sobre las nubes? Miró hacia abajo, tratando de memorizar cada detalle: los árboles no eran más que motas, y los lagos, gotas de pintura azul.

Pegaso relinchó con ganas, y comenzaron a descender por entre las nubes. Katerina se agarró con fuerza a la espalda de Meg. Al ver la costa, a Meg se le aceleró la respiración. Peg se precipitó a toda velocidad, dirigiéndose hacia un pequeño punto en la colina del horizonte. Al final, cayó en picado, inundando el aire con sus relinchos mientras dos diminutas

figuras se acercaban corriendo hacia ellos. Se oían sus vítores mientras Pegaso aterrizaba.

—¡Katerina! —gritó Egeo mientras Fil y él corrían desde la casa.

—¡Egeo! —sollozó Katerina, que se bajó de Pegaso y echó a correr junto a él.

Meg observó los abrazos y besos de Katerina y Egeo. Se sentía agradecida por no sentir envidia al verlos juntos. Al contrario, estaba llena de júbilo por poder celebrar el triunfo de otros, un amor reencontrado. ¡Quién iba a decir que tal sentimiento fuera posible!

—¡Pelirroja! —Meg se dio la vuelta, y Fil prácticamente saltó a sus brazos—. ¡Lo has conseguido, pelirroja! ¡No puedo creerlo, pero lo has conseguido! Cuando no apareciste en la ribera del río el décimo día, Pegaso y yo nos temíamos lo peor... Lo he enviado varias veces a buscarte, y al fin estás aquí. —De pronto, parecía emocionado—. Estoy muy orgulloso de ti.

¿De verdad iba el sátiro a hacerla llorar otra vez?

—Gracias, Fil.

—Bueno, cuéntamelo todo —continuó diciendo Fil a toda velocidad—. ¿Cómo era Cerbero?, ¿más grande que un titán? ¿Y Hades?, ¿de verdad está en llamas? ¿Cómo diste con Katerina? —Se detuvo—. Oye, ¿por qué no brillas como Hércules?, ¿no eres una diosa?

Meg suspiró.

—Fil, hay algo que tienes que saber.

—¡Hay muchas cosas que tengo que saber! ¿Has llamado ya a Hera? —Le dio un golpe en el brazo—. Quizá tengas que arreglar algunas cosas con ella y luego te lleven al monte Olimpo.

—Fil... —Meg sacó el reloj de arena y se lo mostró—. He fracasado.

Fil observó el frasco de cristal y parpadeó.

—¿Fracasado? ¡No! Pero ¡si estás aquí! —Se volvió para mirar a Katerina, que seguía abrazando a Egeo—. Y ella también está aquí. —Se

puso colorado—. ¿Cómo es que estás aquí si has fracasado? —quiso saber—. ¿Es una broma?

—Conseguimos salir del Inframundo, pero no a tiempo.

Meg le informó de todo lo sucedido desde el momento en que había subido a la barca de Caronte: Cerbero, sus encuentros con Hades y Perséfone, lo ocurrido al encontrar a Katerina y el descubrimiento de que ya había caído el último grano de arena al subir a la barca de Caronte por segunda vez. Fil se quedó boquiabierto cuando le contó que había oído la voz de su madre llamándola en la laguna Estigia. Y, de alguna forma, Hera les había permitido regresar al mundo de los vivos.

—Aaaaah, lo siento mucho, chica. —Fil meneó la cabeza—. Pensaba que lo habías logrado, de verdad que lo pensaba. —Le tocó el brazo—. De todas formas, lo has hecho bien. Muy bien. Mira a esos tres.

Meg y Fil se dieron la vuelta. Egeo estaba dejando a Casia en los brazos de Katerina. Meg vio a la niña dudar durante un instante, antes de levantar las manos hacia su madre y acurrucarse junto a ella como si no hubiera pasado el tiempo. Katerina abrazó con fuerza a su hija mientras la niña reía y le tiraba de un mechón de pelo.

—Katerina está viva, y Casia vuelve a tener a su madre —dijo Meg—. Eso es lo que importa. Y, quién sabe, quizá algún día Egeo y Katerina le cuenten quién fue la mujer que viajó al Inframundo para reunirlos.

—Claro que lo harán. —Fil le dio una palmadita en el brazo—. ¿A quién le importa el plazo? De todos modos, has pasado la prueba. Para mí, eres una diosa, pelirroja.

—Gracias, Fil. Ojalá pudiese ver a Hércules por última vez. Fue su amor lo que inspiró toda esta misión, y gracias a él fui capaz de ir a buscar a Katerina y vencer a Hades en su propio juego. —Se le formó un nudo en la garganta—. Creo que no era consciente de cuánto lo quería hasta que lo perdí.

—Tal vez debas decírselo a él.

Meg y Fil se dieron la vuelta. Atenea y Afrodita estaban allí.

—¡Por los dioses! —dijo Egeo.

Katerina y él se arrodillaron mientras Casia seguía retorciéndose en los brazos de su madre.

—Lo has hecho muy bien, Megara, y has actuado como una auténtica heroína —dijo Atenea—. Incluso cuando el trayecto era turbio, has encontrado tu camino.

—Y sin duda alguna has aprendido lo que significa el verdadero amor —añadió Afrodita con una brillante sonrisa—. Dar y tomar, sacrificio, confiar en los demás; todo es parte de ello, como ahora sabes.

Meg miró a ambas diosas.

—Estoy muy agradecida por toda vuestra ayuda.

—Y yo también.

Una tercera diosa apareció al pie de la colina.

Meg tomó aire.

—Hera.

—Lo que hiciste en momentos de apuro no ha pasado inadvertido —dijo Hera—. Te esforzaste por llegar hasta Katerina y no te detuviste hasta que recordó a sus seres queridos. Incluso al enfrentarte a la adversidad y tener que elegir entre guardarte la orquídea para ti o usarla para ayudar a otros, decidiste anteponer sus necesidades a las tuyas propias. —Ladeó la cabeza y miró a Meg con curiosidad—. Creía conocerte, pero está claro que me había hecho una idea equivocada. Por eso estoy aquí para ofrecerte un regalo. Aunque has fracasado al completar la misión antes de que cayera toda la arena, dejaré que veas a Hércules por última vez.

Antes de que a Meg le diese tiempo a procesar lo que estaba sucediendo, el fortachón se había materializado frente a ella.

—¡Meg! —exclamó corriendo hacia ella y tomándola entre sus brazos—. ¡Has vuelto!

La besó apasionadamente y la levantó en el aire. Meg tomó su cara con ambas manos mientras se le saltaban las lágrimas.

—Fortachón... —susurró—, pensé que no volvería a verte.

Hércules sonrió y volvió a dejarla en el suelo.

—Sabía que podías conseguirlo. Lo sabía, Meg.

—Pero no lo he conseguido. —A Meg se le borró la sonrisa—. Al menos no a tiempo.

—Pero si estás aquí. —Hércules frunció el ceño.

—Sí, es una larga historia, pero ahora no importa. —Lo abrazó con fuerza y habría seguido así de no ser porque tenía que hablar con él mientras aún tuviera la oportunidad—. Tengo que disculparme —dijo atropelladamente—. Siento haberte gritado cuando tratabas de ayudarme con las aves del Estínfalo. Fue un error no aceptar tu ayuda.

—Meg... —dijo Hércules.

—No, escúchame —lo cortó—. He aprendido algo a lo largo de este viaje. Ahora sé que el amor significa estar ahí para tu pareja y confiar en que esa persona siempre te apoye. Saber pedir ayuda a veces, y no creer que eso es ser débil. El amor requiere abrir tu corazón sin importar las consecuencias.

—Meg —dijo Hércules, apartándose para mirarla—, ¿qué ha pasado ahí abajo?

Megara sonrió con tristeza.

—Muchas cosas, y lo he hecho bien; estarías orgulloso de mí. He conseguido salvar una historia de amor, sacrificando la mía propia. —Volvió a pensar en la pequeña Casia, en Katerina, en Perséfone y en todos aquellos a los que había ayudado, aunque no hubiese podido ayudarse a sí misma, y se le quebró la voz—. La gente hace locuras cuando se enamora.

A Afrodita se le escapó un sollozo y apoyó la cabeza en el hombro de Atenea. La otra diosa no parecía demasiado conforme. Incluso Fil se echó a

llorar de nuevo. Ahí estaba: el final de su historia de amor con el fortachón. Sabía que nunca encontraría otro como él.

—Meg, no entiendo... —empezó a decir Hércules.

—No tienes por qué —lo interrumpió Hera antes de que Meg pudiera explicarse y fue hacia ellos, radiante—. Ya veo que mi hijo es muy feliz contigo y has probado tu valía con creces. Nos has dado lo que más importa: a Katerina. —Miró a la bebé, a unos pasos de ella—. Casia florecerá bajo la protección de su padre y su madre, y un día se convertirá en una gran heroína con la ayuda de Filoctetes.

Meg abrió los ojos como platos. Así que ese era el motivo por el que los dioses estaban tan dispuestos a traer de vuelta a Katerina al mundo de los vivos.

—¿Con mi ayuda? —repitió Fil hinchando el pecho—. Supongo que podría retirarme más adelante.

Una paloma revoloteó hasta posarse en el hombro de Hera. En su pico, sostenía una diminuta botella de cristal, similar al reloj de arena que Meg había llevado consigo durante diez días. Hera cogió la botella y se la ofreció a Meg.

—Bébetelo —le dijo—. Es ambrosía, el néctar de los dioses. Con un trago, te convertirás en diosa. —Meg no podía ocultar su sorpresa—. Sé que no has completado la misión a tiempo, pero los dioses siempre encuentran la forma de ayudar a una heroína cuando muestra su verdadera naturaleza. —Le tocó la cara a Meg—. Y yo he visto la tuya, Megara.

Meg cogió la botella de la mano extendida de Hera y se bebió el contenido sin dudarlo. Un calor la invadió mientras el líquido se deslizaba por su garganta y llegaba a cada uno de sus miembros. Su cuerpo comenzó a brillar ligeramente del color del cardo hasta que emitió luz por cada poro de su piel. Veía a Egeo, Katerina, Casia y Fil observándola junto con las diosas, pero en ese momento ella solo tenía ojos para Hércules, que la contemplaba estupefacto.

—Meg... —empezó a decir mientras ella seguía transformándose.

Megara sabía cuál era su sitio: al lado del fortachón. Juntos harían un gran trabajo.

Meg le tapó la boca a Hércules y sonrió, incapaz de contener su felicidad.

—Dímelo cuando estemos en casa, fortachón.

Epílogo

Unos meses más tarde...

Meg se estaba acostumbrando a todo aquello de ser diosa.

Todavía le quedaba mucho por aprender, sin duda, pero, cada vez que oía a un mortal pidiendo ayuda, su propósito le resultaba más claro. Hera la había nombrado diosa de la vulnerabilidad, y le pegaba, aunque el título le hubiese chocado al principio.

Como siempre le decía el fortachón, tenía un don para escuchar a los mortales en apuros, mucho más que otros. Cuando la duda asomaba, o un mortal actuaba con soberbia, intervenía y trataba de llevarlo por el buen camino.

Y, por la sagrada Hera, que los mortales la escuchasen de verdad y aceptaran su ayuda era muy gratificante.

Incluso el viejo Zeus, que no estaba nada entusiasmado con ver a Meg en su territorio, tuvo que admitir que era buena en su trabajo. Parecía hacer a Hércules increíblemente feliz, y el sentimiento era mutuo. Todos los dioses hablaban sobre la boda en el monte Olimpo, pero Hércules y ella se estaban tomando su tiempo. A Meg todavía le quedaban asuntos pendientes antes de pensar en la siguiente parte de su historia. Y uno de esos asuntos la llevó de vuelta a la Tierra.

Meg apareció allí de repente una tarde mientras Katerina cuidaba del jardín, con Casia a su lado en una cesta.

—Hola, Katerina —dijo Meg.

—¡Megara!

Katerina se levantó a toda prisa, muy sorprendida, dejando caer la pala. Casia gritó de alegría al verla, aunque quizá se debiera a que brillaba. Egeo acudió corriendo.

—¡Megara! —dijo mirándola con sorpresa—. ¿A qué debemos el honor?

—Egeo, olvídate de las formalidades. Seré una diosa, pero sigo siendo yo —dijo.

Meg se sentó en el banco del jardín y cogió a la bebé para hacerla rebotar sobre sus rodillas. La niña había crecido, y pesaba más, desde la última vez que la había visto.

—Traigo noticias para Katerina —dijo.

—¿Noticias? —dijo Katerina, confusa.

—Sí. —Meg sonrió y volvió a dejar a Casia en la cesta—. Sé que la culpa de haber dejado a Layla todavía te atormenta, sobre todo cuando sale la luna.

—Es cierto —dijo Katerina con la cara desencajada mientras Egeo la rodeaba con el brazo—. Estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí y por nuestra familia, y no podría imaginar no estar aquí para ver cada paso que da Casia, pero haber dejado a Layla sigue siendo una de las cosas de las que más me arrepiento en la vida. Estoy preocupada por ella.

—Lo sé —dijo Meg—. Por eso quería que supieras que he cumplido la palabra que te di al irnos del Inframundo. Te prometí que Layla estaría bien, y de verdad lo está. Es más, ¿por qué no lo compruebas tú misma?

Meg se dirigió al pequeño estanque del jardín, seguida a toda prisa por Katerina y Egeo. Hizo un gesto con la mano y el agua, de un verde oscuro, comenzó a arremolinarse. De pronto, les devolvió una imagen: era Layla y los estaba saludando.

—¡Layla! —exclamó Katerina dejando escapar un sollozo sobre el hombro de Egeo—. Esa es mi hermana —explicó.

Layla alzó un cesto de amapolas para mostrárselo y luego saludó a alguien fuera de su vista que apareció en escena. Meg sentía que iba a explotarle el corazón al verlas juntas.

—¿Quién está con ella? —preguntó Egeo refiriéndose a la mujer de larga melena roja.

—Es mi madre: Thea —dijo Meg suavemente mientras la pareja la miraba—. Katerina, Layla y yo hablamos sobre mi madre y, cuando te dio su bendición para que te marchases, me preguntó dónde podía encontrar a alguien que buscase amor y cuidado en el Inframundo. Le dije dónde estaba mi madre y me he enterado de que, desde entonces, son inseparables. Layla ha encontrado a la madre que necesitaba, y mi madre al fin tiene la oportunidad de ser la madre que nunca pudo en la Tierra. De hecho, Perséfone las tiene controladas ahora que ha vuelto con Hades, y me ha dicho que ambas están muy felices juntas. Pensé que te gustaría saberlo.

—Sí —dijo Katerina sonriendo entre lágrimas—. Gracias, diosa de la vulnerabilidad. Gracias por este regalo.

Al oír un chillido, todos se dieron la vuelta. Casia había salido de la cesta e iba gateando hacia ellos. Katerina alzó a la niña y la colocó frente a la fuente para que Layla y Thea pudieran verla.

La imagen de todas ellas mirándose era algo que Meg sabía que nunca olvidaría.

Se oyó un tintineo de campanillas y Hermes apareció a su lado.

—¡Vámonos, Megara! Hércules y Hera te están esperando. La reunión empieza enseguida —dijo revoloteando junto a ella.

Meg se volvió hacia la familia que había reunido y sonrió.

—Debo irme, pero ya sabéis que estoy a solo una plegaria si me necesitáis.

La imagen de la fuente desapareció a la vez que Megara.

Lo siguiente que vio Megara fue al fortachón esperándola con las manos extendidas.

—¿Ha salido bien? —preguntó.

Meg se lanzó a sus brazos y lo besó.

—Ha sido absolutamente perfecto.

No importa la distancia. Un giro inesperado
Disney

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la traducción: Clara González-Bruzos, 2022

© 2022 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados

© 2022, de la presente edición en castellano: Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2022

ISBN: 978-84-18940-13-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

UN GIRO INESPERADO

*¿Qué pasaría si la madre de Rapunzel
hubiera bebido de la flor equivocada?*

Torna lo que ya fue

LIZ BRASWELL



Torna lo que ya fue. Un giro inesperado

Disney

9788418940125

416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Desesperados por salvar la vida de su querida reina y de la pequeña que llevaba en su vientre, los súbditos peinaron las tierras en busca de lo único que podía curarlas: la mítica Flor Gota de Sol. Sin embargo, alguien cogió por error la Flor Gota de Luna. La flor curó a la reina, que dio a luz a una preciosa niña de cabello plateado pero portadora de una magia muy peligrosa: el poder de herir, en vez del poder de curar. Por el bien del reino, Rapunzel fue encerrada en una torre y quedó al cuidado de una única persona, la poderosa Madre Gothel. Sabiendo que debía proteger al mundo de su peligrosa cabellera, la princesa ha permanecido en la torre durante diecinueve años..., hasta que decide abandonarla para ir a ver las misteriosas luces flotantes. Rapunzel se verá envuelta en una inesperada aventura con dos ladrones llamados Gina y Flynn Rider. Lejos de alcanzar su final feliz, Rapunzel descubrirá que hay muchas cosas que no sabe sobre su historia, sus poderes y su futuro.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Disney. 7 cuentos para la semana. Animales

Disney

9788418939921

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una aventura para cada día de la semana. En este libro encontrarás 7 historias de tus personajes favoritos de Disney llenas de ternura y fantasía para compartir y disfrutar en familia.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Encanto. Disney presenta

Disney

9788418939075

80 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Encanto es el lugar donde vive la familia Madrigal. Es un enclave único, lleno de magia, que ha bendecido a cada miembro de la familia con un don sobrenatural. A todos menos a Mirabel. Sin embargo, cuando la joven descubre que la magia de Encanto está en peligro, se da cuenta de que solo ella podrá devolver a su familia a su extraordinaria normalidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Minnie. Cuentos de buenas noches

Disney

9788417062453

16 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Los nuevos cuentos de buenas noches de Minnie, ideales para contar antes de ir a dormir: ¡cada noche uno distinto! Disfruta con estas nuevas historias de la ratita más famosa de Disney.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Luca. El libro de la película

Disney

9788418335853

64 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Luca es un joven monstruo marino fascinado con el mundo de la superficie. En compañía de Alberto, su nuevo mejor amigo, se atreverá a salir a tierra firme y pasará un verano inolvidable en el pintoresco pueblo italiano de Portorosso. Juntos harán nuevos amigos y descubrirán el helado, la pasta, los paseos en motocicleta y mucho más. Sin embargo, la diversión se verá amenazada por el secreto que ambos guardan: su verdadera identidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)